



**Luis del Val**

**Las amigas  
imperfectas**

**Lectulandia**

«Julia llegó al colegio una mañana de febrero», nos cuenta Luis del Val, y a partir de ese momento la vida de Clara cambiará por completo, casi tanto como la vida de una familia, una ciudad y un país en los últimos treinta años.

«Las amigas imperfectas» es una historia de amistad y complicidad, de entendimiento y desencuentros, entre dos mujeres muy distintas, desde la infancia hasta la madurez. Un relato sobre las ansias de vivir y la incesante búsqueda de la felicidad. Pero también es la historia de un cadáver familiar oculto en el armario demasiados años. Y de un sueño incumplido. Y de una promesa rota.

Narrada con un estilo tan personal como característico, llena de benevolente ironía y amable lucidez, esta novela supone el retorno de Luís del Val a su faceta más literaria, que revalida una sólida trayectoria como narrador.

Novela galardonada con el XXXV Premio de Novela Ateneo de Sevilla (2003).

**Lectulandia**

Luís del Val

# **Las amigas imperfectas**

ePub r1.0

Titivillus 24.08.2018

Luís del Val, 2003  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Pepe Ros y los Argonautas, en recuerdo de aquellas singladuras por el Egeo, cuando descubrimos que el paraíso no estaba tan lejos.

EL AUTOR

# ***Agradecimientos***

*A Gemma Carrasco que sugirió el título. A Beatriz Pérez Aranda, que me puso en la pista de alumnas teresianas de los años sesenta. A Eva Gallud. A Poni. Al neurocirujano José Gerardo Martín y al psiquiatra José Antonio López Rodríguez, amigos ambos, que me asesoraron sobre sintomatología de enfermedades mentales de difícil etiología. A Miguel Ángel Matellanes, que se tomó la historia de Clara y Julia como si fueran amigas suyas. Y a las Julias y Claras con las que he tratado y, sin saberlo ellas, e ignorándolo yo, me ayudaron a escribir esta historia.*

## *A modo de disculpa y prólogo*

**R**ECUERDO QUE AQUELLAS NAVIDADES UNA OLA DE nieve cubrió medio país. Mi mujer y yo habíamos decidido pasar las vacaciones en nuestro refugio de Alicante, y afortunadamente nos pusimos en camino antes de que la nieve invadiera carreteras y cerrara los puertos de montaña. A orillas del Mediterráneo también se padecía un frío inhabitual incluso para aquella época del año, lo que me reafirmó en mi propósito de aprovechar los días de asueto corrigiendo las pruebas de unos relatos que acababan de enviarme desde la editorial. Llevado por esa ansiedad que suele acompañar las decisiones voluntariosas, nada más llegar y deshacer el equipaje, me dirigí a mi cuarto de trabajo y encendí el ordenador. O lo intenté encender, porque la pantalla no se iluminaba. Era primera hora de la tarde de un viernes e intenté localizar por teléfono algún establecimiento donde pudieran repararlo. Después de una tediosa búsqueda, una voz al otro lado de un teléfono de Santa Pola pareció comprender mi angustia, aunque me desanimó enseguida al informarme de que al día siguiente, sábado, no abrirían, y, por tanto, debería esperarme hasta el lunes. Le supliqué con toda la seducción de la que fui capaz y, al final, me dijo que lo único que se le ocurría era que le acercara mi ordenador y que me podría alquilar otro hasta que el mío estuviera reparado. En un momento cargué el ordenador en el coche, recorrí los ocho kilómetros que me separaban de Santa Pola, me dirigí hacia el puerto y nada más pasar el ayuntamiento, torcí a la derecha: en efecto, en una calle bastante oscura, como me había indicado, se distinguía la azulada luz de una tienda, cuyo escaparate exhibía diversos accesorios de PC y libros de informática.

Un hombre grueso de gafas oscuras asintió al verme abrir la puerta con timidez, salió a mi encuentro y me ayudó a descargar el ordenador del coche. Como siempre he sido muy torpe con cualquier clase de ingenios electrónicos, le hice repetir varias veces las instrucciones de puesta en marcha del aparato que me iba a llevar, y regresé, esta vez más tranquilo y despacio, una vez solucionado el problema.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando conecté el ordenador alquilado. Todo fue tal como me había explicado el amable arrendatario hasta que intenté introducir el disquete con mis textos en la ranura correspondiente y... no lo logré. Comencé a descargar adrenalina camino de la desesperación, cuando se me ocurrió algo tan elemental como comprobar si alguien se había dejado algún disquete dentro. En efecto, ése era el problema: en un instante observé cómo mis relatos aparecían en la pantalla, y guardé el disquete olvidado en alguno de los cajones del escritorio.

El miércoles siguiente me llamaron por teléfono para decirme que mi ordenador estaba arreglado, y viajé de nuevo a Santa Pola para efectuar el canje y abonar la reparación y el coste del alquiler.

De lo que me olvidé por completo fue del disquete que me había encontrado: no sólo cuando fui a devolver el ordenador y a recoger el mío, sino que incluso volví a Madrid sin acordarme de él.

A principios de febrero fuimos con unos amigos a pasar un fin de semana en Alicante. Una tarde, después de comer, aprovechando que todos se habían retirado a dormir la siesta, bajé a leer a mi habitación de trabajo. No sé por qué abrí los cajones y me encontré con un disquete que no estaba en el estuche con todos los demás ni contenía ninguna indicación. Ni siquiera lo relacionaba con el que se habían olvidado en el ordenador alquilado —el incidente se había borrado de mi memoria— y supuse que era uno de mis disquetes, y que se me había pasado por alto anotar su contenido. Dispuesto a reparar el despiste, encendí el ordenador para ver de qué se trataba y me sorprendió encontrarme con algo que, desde luego, yo no había escrito. Se trataba de un relato, de una confesión o de algo parecido a un diario redactado por una mujer. Fue entonces cuando recordé mis viajes informáticos a Santa Pola y el hallazgo del ejemplar olvidado en la disquetera. Por un lado, tentado de leer algo más y, por otro, cohibido porque parecía encontrarme ante unas confesiones íntimas, decidí sofocar mi curiosidad y tratar de devolver el diario o lo que fuera a su dueña. Sin embargo, no iba a ser fácil, porque el negocio de informática cerraba los fines de semana, los únicos días en que yo podía desplazarme a Alicante o a Santa Pola.

El lunes llamé desde Madrid al teléfono que tenía anotado, y me respondió una dulce voz de mujer sobre un extraño fondo de pájaros. Al principio, mantuvimos una conversación algo surrealista en la que ella quería concretar qué clase de pájaro quería devolverle y yo le hablaba de un disquete. Por fin, me enteré de que el negocio de cursos de informática y alquiler y reparación de ordenadores había cerrado a principios de año, y que ahora el local era una tienda de animales domésticos. No, no conocía a los antiguos arrendadores, ni podía darme su dirección o su teléfono. Lo único que podía hacer era proporcionarme el contacto con la agencia inmobiliaria.

Cuando la amable señorita de la agencia inmobiliaria estuvo convencida de que no deseaba comprar ningún apartamento en primera línea de playa, ni alquilar un local en el puerto deportivo de Alicante, y que lo único que deseaba era molestarle para que me diera los datos de unos antiguos inquilinos de un local de Santa Pola, fue algo menos amable y me dijo que lo consultaría con su jefe previa solicitud por escrito.

Después de dos cartas, el ocho de marzo de 2000, recibí la siguiente contestación:

*Estimado señor Del Val:*

*Respecto a la petición de datos personales de uno de nuestros clientes, queremos informarle que por deontología profesional y de no*



*concurrir circunstancias especiales, que en este caso no se dan, no es costumbre de esta empresa proporcionarlos a terceros.*

*Le rogamos disculpe las molestias que puedan causarle nuestra negativa, y le recordamos que la misma discreción frente a otras personas recibirían sus datos personales, si usted tuviera la deferencia de llevar a cabo alguna operación con nosotros.*

*Queda a su disposición atentamente...*

Poco más podía hacer. No obstante, el domingo 9 de abril de 2000, en la página 9 del diario *Información* de Alicante, apareció un recuadro en la parte inferior en el que podía leerse:

---

### **Relato olvidado en un disquete**

*Se ruega a la persona que olvidó disquete  
en PC alquilado en Santa Pola en las navidades  
1999-2000, se ponga en contacto con el teléfono...*

---

Nadie llamó por teléfono, ni ese domingo, ni el lunes, ni en toda la semana siguiente. Debo confesar que, en el fondo, deseaba que así sucediera. Quería legitimarme para poder hacer lo que verdaderamente me apetecía desde el primer momento y que ciertas normas de caballerosidad me habían impedido hacer: leer el contenido del disquete, cualquiera que éste fuere.

Y lo leí. Y me quedé aturdido. Impresionado. Sorprendido. No sé si es un verdadero diario o una narración ficticia, o una forma de novelar unas confesiones auténticas, pero cuando acabé la historia sentí esa punzada de regusto y melancolía que uno cree que sintió en su niñez al término de las historias contadas al amor de la lumbre, cuando, concluido el relato, quedaba todo en silencio como si a los presentes nos costara volver a la realidad.

Lo que van a leer a continuación es el contenido del disquete olvidado que me encontré aquellas navidades. He corregido algunos problemas sintácticos y he procurado evitar cacofonías, reiteración de palabras o una cierta tendencia de la autora a encadenar sinónimos. También he puntuado los diálogos, que aparecían escritos sin guiones separadores, y he suprimido unas cuantas páginas en las que la narradora vaga en especulaciones personales que no añaden nada y que carecen de valor, o así me lo ha parecido. ¡Ah! He cambiado los nombres. Los de las personas y los de los lugares. A la ciudad la he denominado Etnacila, pero podría ser Alicante, Murcia, Castellón, Tarragona... Lo que no he podido cambiar es el sentido de la historia, una historia de amor, como es la historia de cualquier amistad, con sus apasionamientos, sus traiciones, sus reconciliaciones, su esperanza... y su

imperfección.

# Capítulo primero

**J**ULIA LLEGÓ AL COLEGIO UNA MAÑANA DE FEBRERO, y recuerdo que era febrero porque unos días antes mis padres habían acudido a una fiesta de carnaval. Entró en el aula con sus ojos grandes y oscuros observándolo todo con insolencia. Yo entonces era una niña atolondrada, que probablemente no sabía lo que significaba la palabra insolencia, pero me llamó la atención su llegada a la clase, sin ese aspecto asustado de cualquier alumna que se incorporara a mitad de curso, sin los enormes deseos de pasar inadvertida que nos invadían a esa edad cuando sabíamos que todas las miradas se fijaban en nosotras. Obedeció con resolución a la señorita Carmela, que le indicó uno de los últimos pupitres y, como todas nos volvimos para observarla y la hermana hubo de llamarnos la atención, fingió que nos ignoraba y se puso a mirar al frente, como si no se sintiera concernida por la expectación que su llegada había causado. Años más tarde, en el estreno de una de sus películas —puede que la única película en la que trabajó como protagonista—, al verla caminar por el pasillo alfombrado y mirar al frente con indiferencia complacida, me recordaría de nuevo a la Julia que, con apenas once años, los mismos que tenía yo, entró una mañana de mediados de los sesenta en el aula de la señorita Carmela.

Julia venía de Orán. El triunfo del FLN y la ascensión al poder de Ben Bella había provocado la emigración de numerosas familias francesas, una emigración que, en la mayoría de los casos, no fue precipitada, porque desde la aparición de los primeros brotes de independentismo, y sobre todo tras las acciones terroristas que se produjeron más tarde, las autoridades aconsejaron a la mayor parte de las familias occidentales que se fueran preparando para una retirada que no tardaría en llegar. Yo entonces no conocía nada de eso. Había visto en el No-Do al General De Gaulle, que era un militar con unas narices enormes, pero ni sabía que se había organizado un referéndum para la independencia de Argelia, ni creo que estuviera segura de que Orán pertenecía a ese país. Puede que me llegaran ecos de las bombas que el FLN colocaba en los cafés de París, pero sin relacionar una cosa con la otra y, desde luego, sin saber qué era eso del FLN. También ignoraba que, desde tiempo inmemorial, en Orán siempre había existido una nutrida colonia española. Y Julia pertenecía a una de esas familias que llegaron a Etnacila y a otros muchos lugares del Mediterráneo español.

Lo que me sugería el nombre de Orán era un enclave lejano, situado en algún lugar del norte de África y sumergido en ese ambiente pintoresco y exótico que recreaban las películas de chillones colores que se estrenaban en el cine Rialto. Julia

podía ser una niña raptada en las estrechas callejuelas de la *kasbah* para mitigar el dolor de una sultana que había perdido a su verdadera hija; o una pequeña princesa que se había extraviado en el puerto, y había llegado sin saber cómo a Etnacila; o la nieta de un hombre blanco que se había casado con una mora y había formado una familia mitad árabe, mitad cristiana, o más bien cristiana del todo, porque en el colegio de las Madres Teresianas en el que nos encontrábamos no se impartían otras enseñanzas que las que ordenaba la Iglesia Católica.

—Ha venido al cole una niña de Orán —le dije a mi madre en cuanto llegué a casa.

—Ten cuidado con quién te relacionas —me comentó, como siempre que le nombraba a alguien que no fueran las hijas de sus amigas que iban al mismo colegio, o sea, Mari Paz, Victoria, Manuela y Concepción: es decir, Mari Pau, Vicky, Nela y Conchi, fuera de los muros del colegio.

Mi madre era una Olaya, y los Olaya se habían pasado la vida mirando con quién se relacionaban. Le hubiera dado igual que le hubiera dicho que la niña venía de Madrid o de Nueva York.

—Ha venido una niña de Orán —le informé a mi padre cuando Tachi servía la sopa.

—Están viniendo muchas familias. Algunas traen bastante dinero —observó con aspecto pensativo.

Mi padre era un Meralt y los Meralt solían hablar más bien de dinero.

—Ten cuidado —me recomendó tía Dori, que también era una Olaya, y a la que la salida de casa para ir a misa los domingos le parecía una expedición llena de aventuras y no exenta de peligros.

Mi hermano mayor tiró algo al suelo, la cuchara o el tenedor, no recuerdo, porque en aquella época, con su cara llena de granos y sus catorce años de brazos larguísimos y un cuello que parecía que se le iba a romper, parecía especialmente dedicado a tropezar con las puertas y a tirar cosas en la mesa.

—Javier, eres un desastre —le dijo mi madre, mientras Tachi, más molesta por la bronca que podría organizar mi madre que por tener que traer una cuchara o un tenedor de repuesto, se apresuraba a tomar del aparador un cubierto nuevo.

Toni, mi hermano pequeño, se rió por lo bajo, y mi madre le lanzó una de sus miradas asesinas, y tía Dori, su gran protectora, le dirigió una desesperada y muda súplica para que se contuviera.

En el fondo éramos una familia bastante contenida. Papá discutía contenidamente con mamá; mamá discutía contenidamente con tía Dori, y tía Dori se contenía del todo y, en lugar de discutir con Tachi, tal como parecía corresponder en la jerarquía de la casa, se encerraba en su habitación y ponía un fragmento de *El Mesías* de Haendel, en un tocadiscos que había traído mi padre y del que se apropió ella por dejación de todos los demás.

No he hablado de mi abuela Asunción, que también era una Meralt, porque la

abuela comía a las doce y media y se retiraba a dormir la siesta. Luego, por la tarde, muchas veces cuando acabábamos de comer nosotros, empezaban a llegar sus amigas para asistir a unas interminables partidas de *bridge*, cuyas jugadas eran ardorosamente discutidas por las participantes, e incluso podían dar lugar a tensiones inesperadas, como el día en que mi abuela llamó burra a la madre del gobernador civil y ésta se mantuvo varias semanas sin aparecer, hasta que, en una de las fiestas del casino, entre mi padre y el gobernador lograron que las dos ancianas hicieran las paces.

Les llamo ancianas injustamente, porque entonces me parecían viejísimas, pero mis padres debían de rondar los cuarenta y mi abuela podría ser una sexagenaria recién estrenada.

Hoy, cuando he empezado a teclear en el ordenador estos recuerdos, me sobresalta admitir que voy a cumplir cuarenta y cinco años y que soy ya mayor de lo que eran mis padres en los días en que apareció Julia.

Ha sido un impulso repentino, puede que una consecuencia de varias semanas rumiando los recuerdos, tal vez llevada por la falsa creencia de que escribiéndolos se iban a ordenar por sí solos, de la misma manera que llegaba a pensar que esta obsesión por el pasado se neutralizaría si me iba a pasar unos días a la casa de Aljarafe, en la inútil búsqueda del tiempo perdido, como si allí, en los polvorientos graneros o en huerto abandonado, se hallara la explicación de todo.

¡La casa de Aljarafe! Creía que esto de escribir iba a ser mucho más sencillo, sobre todo porque no tendría que inventarme nada, pero la memoria es más emotiva de lo que yo me había imaginado. No es un archivo dormido que disciplinadamente envía las fichas que solicita el cerebro, sino que se agita con una palabra, con un olor, con una expresión, y ese encalabrinamiento vuelve los ficheros relacionados con el asunto convulsos y temblorosos, pugnando por salir, compitiendo a ver quién lo va a lograr antes.

Los veranos en la casa de Aljarafe, sobre todo los veranos en que comenzó a venir Julia, fueron los más bellos, los más plenos que he disfrutado nunca. Las siestas en la mansarda, en un viejo colchón allí arrumbado, rodeadas de muebles medio rotos y un cajón con tebeos, muertas de risa por cualquier cosa, excitadas sin saber por qué, ignorantes de que las hormonas ya empezaban a desequilibrarnos, a proporcionarnos una alegría tan extraordinaria que parecía extravagante, y que nos hacía cómplices y camaradas al compartir lo que sólo se puede compartir a una determinada edad: el descubrimiento de la vida, de la vida que se intensificaba dentro de nosotras mismas y de la vida exterior que nos recibía y de la que aparecía cada día una nueva porción para que nosotras la descubriéramos. Era como si, más allá de la colina con la que tropezaba la mirada a través del ventanuco de la mansarda, un gran mago, un dios nada menor, presentara cada mañana una bandeja en la que había colores diferentes, sensaciones nuevas, emociones distintas y perturbadoras. Y no se cansaba nunca. Y si esta bandeja era excitante, la del día siguiente lo era mucho más, o puede que no más,

pero diferente. ¡Cómo no reír cuando veíamos tropezar a Tachi, o si Javier tartamudeaba, o cuando, en un momento de silencio, en el comedor de la planta baja, se escuchaba el rebuzno de un asno, y Julia, sentada frente a mí, con la boca prieta para que no se le escapara la comida, agrandaba los ojos, y yo no podía aguantar y soltaba el trapo y lo que llevara en la boca, y mamá me despachaba! ¡Cómo podíamos dejar de regocijarnos si el aire era cálido, y los días largos, y las noches inquietantes como un secreto a punto de desvelarse!

Elena, mi psiquiatra, me dijo en cierta ocasión que creer que la parte más feliz de tu vida reside en la infancia es un signo de inmadurez. ¡Pero es que yo fui muy feliz, inmensamente feliz! ¿Cómo explicarle a Elena la sensación de que un dios desconocido te ofrece una bandeja de experiencias todos los días? ¿Cómo resumirle la seguridad que me proporcionaba la compañía de Julia, algo que hasta entonces era para mí desconocido? ¿Cómo decirle —sin que se pierda por los meandros de la jerga psicoanalítica— que hasta que no conocí a Julia me costaba un gran esfuerzo relacionarme con personas desconocidas y que mi inseguridad me había vuelto hosca y tímida? ¿De qué me sirve conocer la etiología de esa inseguridad, si cuando salía con Nela, Mari Pau, Vicky o Conchi me parecía que mi ropa no era la más adecuada y, sin embargo, en compañía de Julia yo estaba convencida de ser elegante, incluso con unas simples bragas de algodón blanco tumbada en el colchón de la mansarda?

Pocos días después, cuando por ausencia de Nela, que estaba acatarrada y faltó a clase, la hermana Carmela le dijo a Julia que se sentara en mi pupitre, ella me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Clarita —le respondí muy modosa.

—Yo te llamaré Clara —sancionó.

Y lo afirmó como si tuviera poderes para bautizar a las personas, plenamente convencida de que entre las atribuciones que le habían conferido quienes fueran se encontraba la de llamar a las personas como ella quisiera.

Es posible que a otra chica le hubiera molestado este atrevimiento, incluso era probable que a mí, en otro momento, puesto que pasaba de ratos tímidos a momentos airados, me hubiera provocado una reacción nada amable. Pero me lo dijo en un tono de afectuosa protección, que me pareció incluso lógico. Y es curioso que Julia consiguió que, al cabo de no demasiado tiempo, todo el mundo me llamase Clara, incluida mi madre, que ya he dicho que era una Olaya, y los Olaya conservaban el diminutivo de las chicas al menos hasta el primer nieto.

Aunque eran los años de la explosión turística y Etnacila se encontraba en plena costa, nosotros veraneábamos en el campo. Las familias principales de Etnacila veraneaban en el interior, lejos del bullicio de las playas, donde comenzaban a crecer desordenada y anárquicamente bloques y más bloques de apartamentos, en los que se apiñaban las familias de clase media llegadas de tierra adentro, y hoteles impersonales que llenaban los trabajadores de Francia, Suiza y Alemania, que

parecían más ricos, simplemente porque conducían unos automóviles más amplios que los modestos Seat fabricados en Barcelona. Hubo alguna excepción, como los padres de Nela, que se construyeron un chalé en un terreno que poseían al lado de la playa, pero era más elegante tener una casa en el campo, una casa amplia, lejos del bullicio de los turistas, como siempre había sucedido con las familias acaudaladas.

La casa de Aljarafe, la preferida de mi abuela Asunción, la cuidaban Rosario y Vicente. Rosario era una mujer que ahora pienso que debía de tener la misma edad que mi madre, pero parecía mayor debido al cutis cuarteado por el sol y la intemperie, y a su gruesa complexión, de cadera ancha y bamboleante. Aunque llevaba las sayas largas, a media pantorrilla, cuando se agachaba la pompa del culo le subía la falda hasta más allá de medio muslo, y Julia me hacía gestos de asombro, y yo sofocaba la risa y nos íbamos a un rincón del garaje, o cerca del invernadero a soltar el trapo, felices con cualquier detalle que rompiera la formalidad o la monotonía. Vicente era el padre de Rosario, un viejo enjuto, tieso y ágil, que se subía a los manzanos o al alero del tejado con la rapidez de un rapazuelo. A Rosario, en el pueblo de al lado — al que Julia y yo nos escapábamos con frecuencia, en bicicleta las más de las veces, y otras, andando— la llamaban *la Sacristana*, porque casó de joven con el sacristán de la iglesia, pero a los dos días el pobre hombre pilló una pulmonía de la que salió camino del cementerio. Entre Rosario y su padre cuidaban una pequeña huerta en la que veíamos crecer judías, tomates, cebollas, lechugas y rabanetas en verano, y coles, acelgas y alcachofas en invierno. Había dos limoneros que bailaban del verde al amarillo, un manzano de verde doncella, media docena de cerezos y un mandarino junto al lavadero. Además, Vicente cultivaba un hortal que también pertenecía a la abuela y que se hallaba al otro lado del pueblo, y, una vez al mes, bajaba a Etnacila con una de las camionetas de la fábrica de harinas, y Tachi se enfadaba porque le dejaba toda la cocina perdida de hojas de acelga machacadas, pedazos de coliflor y aun tierra apelmazada, procedente de sus pies o de las escarolas y de las zanahorias recién arrancadas y pegoteadas de arcilla.

La casa de Aljarafe fue siempre para mí el símbolo de la libertad. En Etnacila ocupábamos una planta entera en una casa de cuatro pisos. La planta estaba dividida por dos puertas en el descansillo, pero se comunicaba por la parte de atrás. Se suponía que el piso de la izquierda correspondía a mi abuela Asunción, y el de la derecha a nosotros y a tía Dori, pero mi abuela sólo se marchaba a su piso para dormir; las partidas de *bridge*, y la lectura —porque leía mucho—, y ver la televisión, cuando comenzó a funcionar, eran actividades que realizaba en nuestra ala derecha.

Creo que fue Julia la que consiguió que los domingos me dejaran salir sola, quiero decir con ella y con Nela, Mari Pau y las demás amigas, y por eso, la visión de la casa de Aljarafe representaba el fin de la libertad condicional y la llegada de la libertad auténtica.

En uno de aquellos veranos, me parece que en julio del 67, unos días después de que celebráramos mi cumpleaños, me vino la menarquia. Mi madre me había

explicado meses atrás, con palabras que yo creí bastante claras, en qué consistía el fenómeno de la menstruación, pero cuando en el arroyo de Menaya, al que acudíamos muchas tardes Julia y yo, al salir del agua, observé que el líquido que se escurría de la entrepierna era de un color marrón rojizo, pensé que se me habría introducido algo de arcilla. Fue después, al secarme, cuando el líquido siguió saliendo y Julia dijo que tenía sangre, y entonces me acordé de las advertencias de mamá, y me fui al fondo de la chopera a quitarme el bañador y Julia me limpió con una toalla. Menos mal que fue por la tarde, porque por la mañana subían río arriba algunas chicas y chicos de Aljarafe, y creo que me hubiera dado mucha vergüenza a pesar de que Julia estaba conmigo.

Ni había tenido dolores de cabeza, ni grandes trastornos que me hubieran llamado la atención. Un par de días antes había notado molestias en el vientre, pero me imaginé que serían por haber tomado fruta verde o por algún helado. Así fueron los primeros menstruos. Me llegaban sin grandes avisos, a veces, por la noche, mientras dormía, y a la mañana siguiente me despertaba en unas sábanas que parecía que habían arrojado el cuerpo de una víctima acuchillada. Pero por poco tiempo. Enseguida anunciaron su llegada con fuertes cefaleas que me ponían de mal humor, y unos dolores que algunos meses me dejaban acogotada. Pronto empecé a distinguir entre el ovario izquierdo y el derecho. Cuando ovulaba el izquierdo apenas sentía molestias, pero el derecho se tomaba la revancha y mordía con dolores que ni las buscapinas, ni los nolotiles, ni las cibalginas lograban calmar. Pasado algún tiempo descubrí un remedio que no se vendía en las farmacia y del que siempre mi padre tenía provisiones: la ginebra. La ginebra dilatava, precipitava la salida de los humores, con lo que las contracciones se interrumpían y dejaban una secuela de euforia nada desdeñable. Un año descubrí que Rosario pertenecía a la cofradía del alcoholismo mensual, porque me ofreció una botella de anís que contenía un enorme pepino. Vicente lograba el portento introduciendo aquel pepino nada más nacer por el cuello de la botella, y dejándolo crecer en el interior de ésta. Creo que por entonces estaba ya en el instituto, a punto de terminar el bachillerato, y debería de tener entre dieciséis y diecisiete años. No me desagradó el aguardiente azucarado, o el anís, pero ya me había acostumbrado a la ginebra a la que, al principio, le añadía medio terrón de azúcar si no la mezclaba con coca-cola.

El caso es que mamá me había descrito aquel proceso con la asepsia con la que la profesora de Física nos había enseñado la teoría de los vasos comunicantes, como si se tratara de los efectos de un resfriado común que trastorna un par de horas, pero no me había dicho que a partir de entonces iba a tener una desagradable cita mensual que me volvería irritable, me arrebataría el hierro que se escapaba con la sangre y me haría sufrir. Y al que nunca me llegaría a acostumbrar. Todavía hoy odio los anuncios de compresas de televisión. Odio a esas aladas adolescentes que parece que en lugar de vagina tengan una taza de porcelana de Sèvres, o que han sustituido los ovarios por bolitas de marfil, o que no tienen sexo y lo han cambiado por una pieza de



poliuretano. Ya sé que la culpa no es de ellas, sino de los publicitarios, pero entre los publicitarios no debe de haber mujeres, y si las hay, no tienen jerarquía ni poder para explicar que, por muy molesto que sea, lo tenemos incorporado a nuestra vida, y no nos pasamos media existencia ocultando el menstruado, y que cuando reglas, reglas, y te aguantas y, desde luego, si ataca como mi ovario derecho, no se tienen deseos de jugar al tenis, ni de montar a caballo, ni de posar para anuncios de televisión.

Lo que sí hizo mi madre fue emocionarse. Se lo conté —se lo contamos, porque Julia estaba presente— y mi madre me abrazó y se le humedecieron los ojos, y fue a ver dónde estaba la abuela Asunción y le dijo con voz un tanto enfática:

—Clarita ya es mujer, abuela. Ya es mujer.

La abuela me miró por encima de las gafas con media sonrisa preocupada y comentó, nunca supe si dirigiéndose a mi madre, o a mí, o puede que a las dos:

—Ya puedes tener cuidado.

Las diferencias entre los Olaya y los Meralt, que eran muchas, no se notaban demasiado en los aspectos sexuales, sobre todo si los aspectos sexuales se referían a las hembras. Y aquel verano del 67, en el que tuve la primera regla y moría Jane Mansfield en un accidente de automóvil —mi hermano Javier se volvió taciturno, como si se le hubiera muerto una novia—, aquel verano en que, según la versión Olaya, *era mujer*, fue el principio de una letanía interrumpida pero constante en la que se me advirtió, de todas las maneras posibles, lo sencillo que podía ser que me quedara embarazada.

La que se quedaría embarazada sería Julia, un año antes de casarme; tardó mucho en decirme quién era el padre y eso me enfurruñó tanto como su extraño alejamiento y la negativa a que la acompañara a una clínica de Londres. Prefirió que Nela fuera con ella, y yo no lo podía entender porque Julia nunca tragó a Nela, demasiado lenta de reflejos, excesivamente dubitativa para lo que yo llamaba *las inusitadas urgencias julianas*, pero fue Nela, y me sentí traicionada y perpleja. Dolida por lo que consideré una intolerable infidelidad de mi amiga, y perpleja de que la gran sabia en cuestiones sexuales, la experta de la pandilla, la predicadora de que «lo importante no era la relación, sino la precaución», hubiera tropezado por una imprudencia.

Releo el párrafo anterior y parece que fuéramos unas jóvenes promiscuas y de una gran actividad sexual, cosa que no era cierto. Excepto Julia, que no se escondía, y Mari Pau, que se escondía con discreta habilidad, el resto casi podíamos pasar por muchachas ejemplares, y estoy convencida de que Vicky, que fue la que se casó más tarde de todas nosotras, incluso llegó virgen al matrimonio, estaría por jurarlo, no sé, hay una cierta sonrisa de media asta en las doncellas que no han dejado de serlo, una suficiencia tan expresiva que parece sospechosa y anunciadora de todo lo contrario, esa cara de guardia de la circulación que ya lo ha visto todo y contempla los chistes verdes que se cuentan, las situaciones escabrosas que se comentan o las ironías y juegos de palabras de intención erótica como si fueran autobuses, camiones y vehículos vistos demasiadas veces.

Y Julia, que era la pionera, la gran informadora, la que conseguía las revistas que circulaban entre la marinería y la que se enteró de que, en el humilde quiosco de prensa que había al principio de la Rambla, con cierta recomendación se podían conseguir preservativos —me parece que fue en quinto curso cuando nos reunimos en casa de Nela, y Julia nos enseñó el primer condón que habíamos visto en nuestra vida, aunque Mari Pau confesaría al final que había descubierto una cosa parecida en la mesilla de sus padres—, esa Julia que era la exploradora del largo cursillo sexual que comenzamos en la pubertad y parecía no terminar nunca, la admirada Julia, tendría que tomar el avión a Londres y pasar por una experiencia que me imagino en toda su sordidez y que Nela nos contaría con detalles minuciosos en la cafetería Delfín, en ausencia de Julia, porque Julia sufrió un gran cambio, y no es que pareciera que huía de nosotras, sino que lo hacía descaradamente.

Nos impresionó tanto el relato de Nela que, a veces, me parece haber conocido ese semisótano de un edificio tan eduardiano como decrepito, y a la enfermera gruesa que la atendió, y al médico negro, «pero negro-negro», insistía Nela por si cometíamos la frivolidad de pensar en un mulato atrayente; e incluso creo haber leído la palabra *clinic* en unas letras de plástico, un cartel que lo mismo podía haber anunciado una peluquería, un pedicuro o un veterinario. He llegado a creer que fui yo la que le ayudó con un pañuelo a que se limpiara en el servicio de señoras de una *tea shop*, después de vomitar con el terrible miedo de que las convulsiones le sacudieran el dolorido bajo vientre, porque los efectos de la anestesia comenzaban a pasar, y la anunciada estancia para el postoperatorio había consistido en permanecer algo más de una hora tumbada en una camilla situada en un cuarto que ni siquiera era un dormitorio, y donde, entre otros muebles, había un armario donde guardaban los útiles de limpieza.

Nela recogió una tarjeta con un teléfono a donde habría de llamar en el caso de que se produjera una hemorragia, y se volvieron al hotel de Bloomsbury Street, a la quinta planta abuhardillada, dos chicas de veinte años que en Etnacila parecía que se podían comer el mundo, y que allí, en aquel cuarto de un hotel de Londres, donde unas flores rosadas se repetían por las paredes como si la primera flor hubiera sufrido una partenogénesis continuada y delirante, parecían lo que eran: dos chiquillas asustadas lejos de sus referencias, de su familia y de sus amigos.

Bastantes años después, una tarde en que Julia había venido a visitarme camino de Barcelona o de Madrid, y en la apacible charla en la que estábamos presentes mi marido, Mari Pau, Julia y yo, surgió el comentario sobre el aborto espontáneo de una amiga común y mi marido hizo un comentario puede que excesivamente ligero. Julia se enfadó muchísimo, pocas veces la he visto tan enfadada, y de sus ojos oscuros salían unos brillos tan amenazadores que mi marido se apresuró a pedirle disculpas, se tragó su soberbia, declaró que no había sido un comentario muy afortunado, y aun así a Julia le resultó difícil desprenderse de la cólera en la que parecía envuelta, hasta el punto de que creo que precipitó el final de la visita, no me cabe duda de que a

causa de los punzantes recuerdos de la experiencia londinense, de aquellos días amargos en que Julia cambió, y cambió también su destino. Su huida de nosotras se convirtió en una huida general, y fue la única que se atrevió a sacudirse el colchón de Etnacila y a marcharse de la ciudad, algo en lo que todas nosotras pensamos y ninguna fuimos capaces de hacer.

En el curso 1966-1967 tuvo lugar otro fenómeno natural que me sorprendió mucho más que la menstruación, a pesar de pertenecer a la misma cadencia lógica: me empezaron a crecer los pechos. Aquello suscitaba un sentimiento contradictorio en el que iban parejas una cierta sensación de complacencia y un deseo de ocultar el prodigio. Por un lado, me inundaba la placentera suficiencia de comprobar que ya no era una niña o, como había dicho mamá, que ya era una mujer, y, por otro, había momentos en que creía que las miradas de todas las personas que cruzaban a mi lado permanecían fijas en mi busto, en aquellas dos convexidades que cada día se advertían más nítidamente sobre el tejido de los jerséis.

En clase, en casa, y con las amigas, lograba que mis pechos formaran parte de mi cuerpo, como lo eran las rodillas o los codos, pero cuando salía a la calle mis temores —no del todo infundados— me impelían a protegerme el tórax con carpetas y libros, como si me costara asumir aquella transformación.

Acrescentaban mi inseguridad las miradas de los otros, sobre todo las miradas masculinas. Es posible que mis obsesiones resaltaran matices que, de otra manera, hubieran podido pasarme inadvertidos, pero había ocasiones en que sorprendía a los chicos mirándome el pecho de una manera descarada, como si observaran un fenómeno que les incitaba a investigar o calcularan la masa de misterio que se ocultaba tras las ropas. Aquello me asqueaba y me entristecía, y me confirmaba en la protección de libros y carpetas, así como en la vigilancia sobre la abertura de las blusas.

Un poco antes del verano siguiente, una tarde de esas de primavera que en Etnacila comenzaban a ser calurosas y parecían de puro estío, me monté encima del brazo del sillón preferido de la abuela y me asomé a ver qué leía. Mi madre se estaba pintando las uñas delante de un televisor que ninguna de las dos miraba, y la casa permanecía en silencio, esos silencios vespertinos donde cualquier ruido queda amortiguado y parece que tropieza con un muro de colchones invisibles. Me agaché a ver el título del libro que leía la abuela —que era, lo recuerdo nítidamente, *Las siete columnas*, de Wenceslao Fernández Flórez—, cuando su voz sonó atronadora, o me sonó a mí fortísima, dirigiéndose a mi madre con una recomendación que no admitía réplica:

—A esta niña le tienes que comprar sostenes, Clara.

Me incorporé, me crucé rabiosamente la blusa, y me marché a mi habitación con los latidos persiguiéndose dentro de mi inocente e inexperimentado corazón, otro

empujón más que me alejaba de la infancia. Pero lo peor llegaría el sábado siguiente, *el gran día de la compra del primer sujetador*, cuando fui con mi madre a una corsetería que existía detrás de Sederías Roma, a cuatro pasos de casa, pero cuatro pasos que me parecieron un larguísimo paseo, durante el cual todas las personas con las que nos cruzamos podían darse cuenta de que me llevaban a comprar un sostén, creo que estaba más claro que si una fanfarria hubiese ido delante de nosotras anunciando el motivo de la salida con unos grandes carteles. Quizás por ello, ni el untuoso dependiente, del que mamá tuvo la delicadeza de prescindir, ni la señora de severa bata azul oscuro con cuello redondo blanco, lograron causarme más desasosiego del que ya llevaba encima, aunque cuando la señora tomó el metro y me midió el pecho, observé la puerta y el escaparate con el temor de que la mitad de los alumnos de primero de los hermanos maristas asomara la cabeza. Pero no había nadie. Mamá entró conmigo en el probador y, poco a poco, mis pudores pánicos fueron cediendo y hasta me satisfizo que de los tres sujetadores que compramos, los tres iguales, austeros y sin apenas adornos, mamá me dijera que me dejara uno de ellos puesto, que era algo así como salir de la zapatería con un calzado nuevo en los pies. No sé si el hábito hace el monje, pero luego acompañé a mamá a Correos y a una tienda de telas, y me sentí algo más segura, hasta que al pasar por un escaparate, me vi reflejada de perfil, y entonces advertí algo terrible e inesperado, algo de lo que ni siquiera fui consciente delante del espejo del probador: que mis pechos se veían más agresivos y puntiagudos, todavía más osados.

Es curioso que mientras iba aceptando con sosiego el resto de la metamorfosis, y ni la menstruación, ni el crecimiento del vello en el pubis me habían perturbado excepto en los aspectos físicos que un poco antes he descrito, sin embargo el equilibrio entre mis pechos y yo tardó mucho en llegar, y hube de esperar casi al término de la juventud para llevarme bien con mis tetas, para firmar el armisticio definitivo. Y no es que me parecieran grandes, ¡es que eran grandes! Entonces Julia apenas mostraba un esbozo, pero con el tiempo disfrutamos de un intercambio de envidias. A ella siempre le pareció que sus pechos eran demasiado pequeños y yo estaba convencida de que los míos eran enormes. Si el hada madrina de guardia hubiera podido realizar el prodigio del intercambio habríamos sido dos seres felices, pero tuvimos que conformarnos con el deseo y la compasión.

La primera vez que estuve a punto de separarme de Emilio, Julia vino a verme desde Madrid. Yo me había retirado estratégicamente a un apartamento de la playa, y aunque Julia había dejado el equipaje en el hotel, se quedó a dormir conmigo. Yo me instalé en la cama grande que ocupaba normalmente con Emilio, y Julia en una de las dos habitaciones, cuyo cuarto de baño era común. Aquella noche, antes de acostarnos, descubrimos que nuestros sueños se habían hecho realidad: Julia se había implantado silicona y yo, tras muchas dudas, había pasado por la mesa de operaciones y había salido con unos pechos más firmes, pero sobre todo más pequeños. Julia sostuvo la teoría de que las tetas suelen durar más que los maridos, y

que si a los maridos se les pudiese implantar una materia neuronal semejante a la silicona, que les devolviera la tersura al cerebro, los matrimonios durarían al menos tanto como las tetas.

Habíamos bebido algo de ginebra con agua tónica, pero Julia estaba tan graciosa y teníamos un aspecto tan ridículo reflejadas en el espejo del cuarto de baño —Julia sin la chaquetilla del pijama, y yo con la parte superior del camisón enrollada hacia abajo—, comparándonos como colegialas el volumen de las mamas, que me reí como hacía tiempo que no me reía, casi con la misma inocencia con la que nos regocijábamos en la casa de Aljarafe, y digo *casi* porque ya habían pasado muchos calendarios con su correspondiente carga de dolorosas realidades y su tara de experiencias.

Recuerdo que aquella noche, pasado el jolgorio, cuando cada una nos fuimos a nuestra cama y una vez acostadas, Julia vino a mi habitación, se sentó en un lado de la cama, me tomó de la mano, y me dijo apretándola muy fuerte su frase preferida: «Todo tiene remedio menos una cosa». Sentí sus labios algo ásperos rozar mi frente y vi su sombra que se perdía en el umbral de la puerta, su pijama azul claro convertido en una mancha oscura, y noté la sensación casi olvidada de ser querida por alguien.

Al padre de Julia no le fueron las cosas demasiado bien. En Orán era propietario de una importante casa de muebles y alquiló un local en Etnacila para exposición y venta que mantuvo durante un par de años, pero tuvo que cerrar. Luego, formó sociedad con el dueño de un restaurante para ampliar el negocio; lo mantuvieron cerrado durante casi cuatro meses, invirtieron una gran cantidad de dinero en la reforma, fue un acontecimiento su inauguración, pero a los dos meses la gente dejó de ir, por esos inexplicables vaivenes de las preferencias que logran abarrotar una cafetería y mantener casi desierta la de al lado, o que llenan y vacían las discotecas. Le oí decir a mi padre que el restaurante del padre de Julia era el que poseía la mejor bodega, no sólo de la ciudad, sino de la región. Habían habilitado un gran sótano para almacenar los mejores vinos, y allí aguardaban tendidas las botellas, esperando ser reclamadas para hacerse presentes en las mesas del comedor, pero había exceso de botellas y escasez de comensales. Parece que fue entonces cuando el padre de Julia comenzó a beber. Ella nunca fue muy explícita conmigo, pero era evidente que evitaba a toda costa que fuera a buscarla a su casa, y ya entonces me daba cuenta de muchos detalles que antes me habían pasado inadvertidos: la posición social de nuestra familia, su influencia en la ciudad, la latente incomodidad de Julia con el grupo, que yo resolví convirtiéndome en su mejor amiga y en su seguidora, la soberbia de Julia que no soportaba los aires suficientes de Vicky, la hija pequeña del fiscal de la Audiencia, que se creía princesa de un cuento de la colección Azucena... ¡La colección Azucena! Príncipes de quijada firme y nariz recta, castillos de soberbias almenas alzados sobre territorios llenos de bosques y poblados por súbditos

felices. Y princesas como han sido siempre las princesas, con vestidos hasta los pies, talle bajo y sombrero de cucurucho, rodeadas de pajes con capota y siervos con papahígo. Pero Vicky no era dulce ni bondadosa como las princesas, sino más bien autoritaria y caprichosa. A medida que los negocios del padre de Julia se deterioraban, el vestuario de Julia se volvía más justo y escueto. En las teresianas no llevábamos uniforme y eso, que podría parecer un signo de igualitarismo respecto a las escuelas públicas que tampoco lo tenían establecido, se convirtió en una sorda competición entre el alumnado que rivalizaba sobre el número de faldas y, sobre todo, de *lacostes*. A pesar de que mi busto era algo mayor, como Julia y yo teníamos la misma talla, yo le dejaba polos de Lacoste para que variara su atuendo. Un día, Vicky, en el recreo, estando presente un grupo muy numeroso, señaló el polo rojo que llevaba Julia y dijo:

—¡Llevas un polo de Clara!

Se produjo un silencio expectante, porque ya era conocido el carácter de Julia, pero ella se quedó tan sorprendida que tardaba en reaccionar, así que me apresuré a intervenir:

—No. Es el suyo. Nos los compramos del mismo color.

—Si quieres, te lo dejo un día —añadió Julia, dirigiéndole una sonrisa a Vicky que yo sabía lo que significaba.

Lo que significó fue que Julia le arrebató a Vicky el portero de balonmano de los maristas.

A los maristas iban mis hermanos y los hermanos de nuestras compañeras, pero hermanos aparte, era el vivero masculino del que sabíamos que podría salir nuestra pareja. No era un conocimiento consciente y, desde luego, nada premeditado, pero estaba en la cultura burguesa de la ciudad. Las chicas de las teresianas se solían casar con los chicos de los maristas, y los chicos de los maristas se ennoviaban con las chicas de las teresianas.

Una de las maneras de aproximarnos a los chicos era convertirnos en fans del equipo de balonmano, porque a los partidos acudían no sólo los jugadores que se alineaban en uno y otro equipo, sino muchos de los compañeros de estos jugadores. Los partidos se solían disputar los domingos por la mañana, en el patio del colegio, y como también celebraban misa en la capilla escolar, una de las salidas programadas era acudir a oír la misa dominical y, después, pasar al patio del colegio donde se jugaba el encuentro.

Los chillidos de ánimo y los gritos eufóricos tenían dos objetivos: celebrar el juego del equipo y llamar la atención del androceo. A veces, programaban el partido muy temprano, a las nueve o a las diez de la mañana, temprano para ser domingo, y allí estábamos a esa hora, perfectamente arregladas, sin que ese inusitado interés por el balonmano perdurara en ninguna de nosotras, años después, en cuanto pudimos ir a otros lugares.

Julia era la más estática, Mari Pau la más efusiva, Vicky la más inquieta, porque

le estabas hablando y ya se había marchado a otro lado de la banda o detrás de una portería, y Nela y Conchi formaban una extraña pareja, mucho más alta Nela, bajita y algo regordeta Conchi, susurrando siempre, cocinando guisos de cuchicheos que no me imagino que fueran sobre las tácticas del balonmano, que tampoco eran demasiadas.

El portero titular de nuestro equipo se llamaba Carlos. Era un chico de unos quince o dieciséis años, no muy alto, pero ágil y musculoso. Mientras la delantera del equipo contrario se pasaba el balón tratando de buscar un hueco en la defensa, él se movía de un lado para otro como un boxeador que hiciera piernas, hasta que le lanzaban la pelota y el boxeador se convertía en un felino, en un gato que se estiraba hasta lo inverosímil, en un gato de dieciséis años por el que tres cursos de las teresianas suspiraban.

Y se lo llevó Vicky, casi como un premio a la constancia, porque en lugar de ver el partido desde la zona central de cualquiera de los laterales, ella se quedaba cerca de uno de los palos de la portería defendida por Carlos, lo que le valió algún que otro balonazo.

Fue uno de esos disparos que le llegaron a la cabeza y le desprendieron la diadema de plástico con que se solía adornar el pelo, el que propició el acercamiento de Carlos a Vicky: ella se cayó al suelo —Julia y yo pensamos que se había tirado, porque cuando llegamos estaba en una posición muy pudorosa— e incluso el árbitro suspendió durante un momento el partido, hasta que el entrenador del equipo, un hermano marista de gafas de concha y rostro permanentemente congestionado, se acercó con el botiquín y le dio un sorbo de agua, mientras Carlos le sujetaba la cabeza, lo que provocó que la lástima que habíamos sentido al verla caerse se volviera envidia sin tapujos. Menuda suerte que te dieran un balonazo y te atendiera nada menos que Carlos, la estrella del equipo.

Fuese por esa solidaridad que se establece con las víctimas, fuese porque las anteriores y sucesivas llamadas de atención de Vicky, no tan sutiles como a ella le debían parecer, hubiesen surtido su efecto, sucedió que por la tarde Vicky se excusó para no salir con nosotras, pero como Etnacila no es Manhattan, nos la encontramos cerca del club marítimo, paseando con Carlos.

Ella, al vernos, esbozó media sonrisa y, como estaba claro que nos íbamos a tropezar, intentó un saludo de adiós para que no nos parásemos, pero ni Nela, ni Conchi, ni Mari Pau, ni Julia, ni yo, por supuesto, nos disponíamos a pasar por alto la oportunidad de estar con Carlos, aunque fuesen unos pocos minutos.

Debíamos de tener entonces trece o catorce años. Recuerdo que Julia llevaba una falda escocesa, sujeta por un lado con un imperdible, y una blusa blanca de manga corta. Estaba muy guapa. Los rasgos de su rostro se habían afianzado, y la mandíbula, firme e imperiosa, contrastaban con la fragilidad de su cuello y con unos pómulos que parecían querer llamar la atención sobre sus ojos tan negros como vivaces. Pero era su boca, una boca que parecía pequeña en reposo y que se agrandaba acogedora

apenas comenzaba a sonreír, lo que más me deslumbraba, y lo que sin duda debió deslumbrar a Carlos.

Nos quedamos las cinco formando una barrera, casi sin saber qué decir ni qué hacer, excepto Julia, que se acercó a Vicky con expresión preocupada, reflejando que lo que más le interesaba de las cosas de este mundo era la salud de su amiga, y le preguntó qué tal se encontraba, mientras le pasaba la mano por la cabeza con un gesto que parecía maternal, pero que yo juraría que se había iniciado con la intención de lograr despeinarla.

En tanto Vicky intentaba recomponerse la diadema y mascullaba unas palabras de compromiso, Julia prescindió de ella, y comenzó a mirar y a sonreír a Carlos con una habilidad que me dejó pasmada. He visto a muchas mujeres intentar seducir a un hombre, y he sido testigo de ese despliegue, y ahora conozco la mesurada mezcla de ingenuidad y atrevimiento, de cómo hay que alternar la demostración de la ignorancia que permita al hombre sentirse sabio y protector junto con la malicia precisa para hacerle notar que hay otras cuestiones en las que puede que seas experta, pero jamás vi una actuación tan intuitiva —a los catorce años tenía que ser intuitiva— como la que exhibió Julia que, en seguida, se transformó en anfitriona de la calle, y nos presentó a Carlos a todas las demás, y añadió al final: «Y yo soy Julia», iniciando una reverencia versallesca de saludo que pretendía ser humorística, pero que debió lograr que Carlos se sintiera un príncipe de la colección Azucena, aunque él no hubiera leído aquellos tebeos.

—¿Adónde vais? —preguntó sin tener en cuenta las reglas de urbanidad que nos inculcaban en las teresianas.

Y como Carlos se quedó muy sorprendido mirando a Julia, y Vicky estaba ya con el pelo recompuesto, dispuesta a contestar, siguió hablando Julia:

—Nosotras vamos a las fiestas de La Almonisa. ¿Por qué no venís?

Y ante el silencio que podría interpretarse como rechazo o reflexión, añadió:

—Hay baile en la calle, y nos vamos a ver allí con unos amigos... Son de tu edad —dijo esto último mirando a Carlos para que no creyera que habíamos quedado con unos críos.

Era cierto que había fiestas en La Almonisa, un barrio de Etnacila, pero ni nos habíamos planteado ir allí, ni por supuesto conocíamos a unos chicos que nos estuvieran esperando y que fueran de la edad de Carlos.

En el colmo de la familiaridad, como recordando que Vicky existía, la tomó del brazo a ella, lo que le permitió también poner su mano en el brazo de él, y remató mirando y sonriendo a Carlos:

—Puede ser muy divertido...

—Es que... —comenzó a defenderse Vicky.

—Bueno, si no puedes bailar, porque te duele la cabeza, lo dejamos —observó Julia formalmente, pero con la intención de expresar: «Si eres una tía aburrida y enferma, es mejor que no te juntes conmigo». Todo ello, claro, sin soltar el brazo de



Carlos, al que debió presionar antes de separar la mano, una presión que podía haber sido casual, uno de esos movimientos reflejos, mientras con los ojos le volvía a invitar a una excursión que a lo mejor podía llegar más allá del barrio de La Almonisa. ¿De qué ancestro había sacado Julia esa facilidad para tratar a los hombres y para lograr que hicieran lo que ella quería? ¿Había existido en Orán alguna tatarabuela suya, alguna hurí docta y entendida en las artes de seducción? ¿Y esta tatarabuela no descendería de alguna hetera que desembarcó de una nave que, navegando desde Grecia, llegó a las costas africanas antes, mucho antes, de que los musulmanes de al-Andalus fundaran Orán?

Luego, en más de una ocasión, me divertiría viendo a Julia disponerse a entrar en combate frente a un hombre, pero aquella tarde me sorprendió porque era una Julia desconocida para mí; habíamos salido en pandilla con otros chicos, de nuestra edad, claro, pero la exhibición que hizo frente a Carlos, el complejo juego de los gestos, las miradas y las palabras, esa trilogía en la que se basa cualquier atracción, fue deslumbrante para mí y, lo que es más importante, debió resultar deslumbrante para Carlos, porque el acto siguiente tuvo lugar en el tranvía camino de La Almonisa, con una Vicky cada vez más hosca, más encerrada en sí misma, sin comprender que a la hija del fiscal de la Audiencia le sucedieran esas cosas, y una Julia que, de repente, mostraba un gran interés por las explicaciones que le estaba dando Carlos sobre la técnica que usaba ante los penaltis. Cuando llegamos a La Almonisa la tarde estaba ya parda y se habían encendido los farolillos de las dos calles más anchas e importantes, y Carlos le explicaba sus planes para cuando lograra el ingreso en Ingenieros Agrónomos a una Julia que se había vuelto repentinamente seria, una adulta de muchos más años de los que tenía y que escuchaba los proyectos de un joven de dieciséis, porque Julia parecía la mayor de los dos, a pesar de su falda escocesa y su sencilla blusa blanca.

En la calle más amplia se había improvisado un tablado para la orquesta, y la gente bailaba. Olía a cerveza agria, a churros fritos, a miel y a perfumes baratos.

Yo no sabía cómo iba a salir Julia del enredo de nuestros pretendidos amigos, pero entonces se le ocurrió a Vicky hacer lo más inoportuno. Al comprobar que no dominaba la situación, expresó su deseo de marcharse:

—Quiero irme a casa.

—Pero si acabamos de llegar —comentó Nela que, a pesar de que era consciente de no tener demasiadas posibilidades con Carlos, estaba encantada de poder disfrutar de su compañía en un ambiente mucho más íntimo que los partidos dominicales de balonmano.

—¡Quiero irme a casa! —repitió con voz algo chillona y expresión de enfurruñamiento.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Carlos, consciente de que casi se había olvidado de ella desde que habíamos subido al tranvía.

—¡No! Quiero irme a casa.

Su empecinamiento sin aportar razones, el encastillamiento en una decisión autoritaria, al margen del grupo, puesto que ya éramos un grupo, desveló su carácter de niña caprichosa y planteó una situación difícil de resolver, puesto que a ninguna de nosotras le resultaba placentero alejarse de Carlos. Decidí ayudar a Julia:

—Está bien, Vicky, yo te acompaño y me voy contigo.

Abrió ligeramente los ojos sin comprender las consecuencias de su actitud, pero cuando consiguió entenderlo estábamos las dos en el tranvía, de vuelta al centro, porque Carlos no encontró argumentos para someterse a los caprichos de Vicky y, luego, según me contaron a la mañana siguiente, Nela se alejó con las otras intentando encontrar a esos amigos que se había inventado Julia y que casi habían llegado a parecer reales cuando las luces de la verbena nos saludaron a la llegada a La Almonisa, en aquella excursión urdida sobre la marcha por Julia, maquinada de una manera tan improvisada como de precisos resultados, gracias a la colaboración voluntaria de la torpeza de Vicky, que creyó antes de tiempo que el príncipe se sometería a sus caprichos.

Carlos fue el primero de una larga serie de acompañantes de Julia que, a partir de entonces, parecía que intentaba conocer el padrón masculino de Etnacila entre los dieciséis y los veinte años, si nos atenemos a la frecuencia con que cambiaba de compañía, en una concepción de las relaciones que a mí me resultaba extraña. En tanto Nela o Conchi, cuando decidían salir con algún chico, lo hacían de manera habitual y por un largo período de tiempo —incluso la propia Mari Pau, a pesar de sus secretillos—, Julia nos desconcertaba porque había semanas en las que se parecía a esos campeones de ajedrez que juegan simultáneas con varios aficionados a la vez en distintos tableros.

Y es que, a la sensación placentera de los primeros veranos en Aljarafe, cuando la casa era un balcón bajo el que pasaba la vida, había seguido el descenso a pie de calle donde había gentes y situaciones que ya no eran tan hermosas y, sobre todo, una inseguridad que ninguna de nosotras quería confesar ni confesarse, y que nos impedía unirnos al desfile o reaccionar de una manera aburridamente normal ante circunstancias habituales.

Recuerdo que aquel año y el siguiente, cuando nos cambiamos al instituto por temor a los exámenes de reválida, podía echarme a llorar por los detalles más triviales, presa de un sentimentalismo desordenado que se apoderaba de mí, y que me llenaba de tristeza: por ejemplo, al ver a la ciega albina que vendía el cupón en la esquina de la avenida de España con la Rambla —y a la que había visto cientos de veces en el mismo sitio, pronunciando la eterna cantinela: «¡Iguales, hay iguales para hoy!»—, porque, de pronto, me daba cuenta de que era ciega, y de que ella no podía ver las hojas de las palmeras mecidas por la brisa, ni el bamboleo de los cascos de los veleros en el puerto, ni el horizonte de azul y cielo que aparecía a un costado del malecón, ni el ir y venir de las gentes delante de ella. O bien, de repente, en la comida, mientras tía Dori a hurtadillas de mamá hacía recomendaciones visuales a mi

hermano pequeño, o mi padre hablaba de que le habían propuesto para concejal del Ayuntamiento, o de que los negocios iban mal o iban bien. A mí me daba lo mismo: súbitamente percibía un júbilo que crecía dentro de mí, y se apoderaba de las vísceras y llegaba hasta la piel, y me inundaba toda, y me parecía que la vida era algo maravilloso, y entonces cualquiera me decía algo, y yo me echaba a reír a carcajadas, y me miraban como si estuviera loca, y eso aumentaba mi hilaridad hasta el punto de que algún día papá me despachó de la mesa. Qué importaba si dentro notaba un carrusel, una orquesta, un tiovivo que daba vueltas y donde cada caballito llevaba un nombre —Julia, Javier, mamá, Nela— y esos nombres, esos caballitos, se hacían personas, y esas personas reían felices, tan felices como yo.

Julia y yo no nos contábamos nuestros ataques de tristeza. Una vez lo intenté y me observó con extrañeza, no porque ella no fuese víctima de aflicciones semejantes, sino que pasado el instante, desprovisto de la melancolía subjetiva con que se había percibido, parecían carecer de fundamento.

En realidad siempre tuve la sensación de que yo le contaba a Julia más cosas que ella a mí. No es que fuera reservada. Más bien pienso que tuvo cuidado en no hacerme daño, aunque esa precaución pudo causarme más dolor del necesario, como cuando me enteré de que en el viaje a Londres, en la deprimente excursión a la que entonces fue la capital del aborto, eligió como acompañante a Nela, a pesar de que quien financió la clínica, los pasajes de avión y la estancia en el hotel, no fue otro que mi padre.

## Capítulo segundo

**M**I PADRE ERA UN MERALT, Y LOS MERALT TENÍAN la más importante fábrica de harinas de Etnacila desde finales del siglo pasado. Lo que había sido un pequeño molino en las afueras de la ciudad se fue transformando, sobre todo con la aparición de los cilindros molturadores y la implantación de la energía eléctrica, en una industria que se amplió a la panificación.

Todo esto comienza por culpa de un saco de tierra, en el año 1859, cuando un soldado austríaco llamado Karl Merhaltt, derrotado con su regimiento en la batalla de Magenta, en una retirada desordenada tras la que dejan material bélico y más de diez mil cadáveres, se desmaya de cansancio, y, cuando se despierta, se encuentra solo en un bosque de álamos en plena Lombardía. A pesar de la barba poblada y de los estragos de la lucha, sus ojos azules delatan a un joven de apenas veinte años, de aspecto tan fiero como asustado, que trata de orientarse bajo el temor a caer prisionero o ser abatido por el ejército de Napoleón III. No tiene heridas de bala, pero en la desbandada que se ha producido en la mañana de aquel cuatro de junio, denominada por los generales repliegue estratégico, le ha caído un saco de tierra sobre la pierna izquierda, se le ha inflamado la rodilla, y la articulación le duele cada vez que se pone en movimiento. Pasa casi una semana andando por la noche y durmiendo durante el día, en repechos del terreno o matorrales abundosos. Come lagartijas, ranas, raíces, un erizo que le deja las manos punzadas y sangrantes, y tres manzanas que se ha encontrado en la cuneta de un estrecho camino, y que se han debido caer de alguna alforja o de algún serón. No puede disparar el fusil porque atraería la atención de las gentes de los alrededores, y la rodilla le duele cada vez más y sus fuerzas van a menos, hasta el punto de que sería incapaz de acertarle con una piedra a un conejo que olfateara a escasa distancia de él. Acuciado por el hambre, baja una tarde hasta las proximidades de una casa que ha avistado. Es una casa modesta, dividida en dos cuerpos, el primero cubierto por un tejado de dos aguas, y el pequeño, algo más bajo, rematado por una sola agua de inclinación más suave, y que le hace pensar que albergará algún animal doméstico. Sale humo de la chimenea, pero no se ve a nadie. Se acerca sigiloso, como lo que es, como un ladrón, y cuando ya ha oído el suave cloqueo de una gallina y las glándulas salivares han comenzado a destilar con demasiada abundancia, como si fuera un enfermo de tialismo, aparece la silueta de un hombre que parece mayor y que se queda tan sorprendido y asustado como el soldado austríaco. Éste da media vuelta y echa a correr, pero en su atolondrada huida se golpea la rodilla con el mango de una carretilla. Es un golpe

seco que le hace caer al suelo y aullar de dolor. Encogido en una tierra húmeda y pegajosa, ve al hombre mayor dirigirse hacia él con un hacha que ha debido de tomar de alguna parte. El hombre se acerca, se mantiene a una prudente distancia y lo observa. El soldado, antes de desmayarse, en medio del pánico y del dolor, comprueba que el hombre que posiblemente va a acabar con su vida es un anciano.

Lo primero que percibe al despertarse es un fuerte olor a resina. Es algo así como una mezcla de menta y pino que atufa la habitación y parece salir del interior de la cama. Llamarle *cama* sería algo pomposo. Permanece echado sobre un catre de tijera al que un colchón relleno de hojas de panoja de maíz disimula la dureza de las tablas. Es una alcoba pequeña, muy pequeña, a la que la luz llega desde la habitación de al lado, que se presume más amplia y de techo más alto.

El olor proviene del emplasto que le han colocado alrededor de la rodilla, que milagrosamente ya no le duele. Cuando la nieta del hombre del hacha, Elisabetta, viene a cambiarle el emplasto con la decisión de una enfermera experimentada y lo ve despierto, se queda quieta, a punto de retroceder, pero aparta la frazada, quita el paño con el emplasto ya amarillento y lo sustituye con un paño limpio sobre el que, de un tarro de barro de un palmo de altura, extrae con los dedos una masa verde oscura que extiende y vuelve a aplicar y a sujetar sobre la rodilla.

El padre de Elisabetta combate junto a Garibaldi y, si supiera que su hija cuida a un soldado austríaco, es posible que ni por esas regresara a su casa. Le gusta la aventura. Le gustan las posibilidades de estar enrolado en un tiempo donde se siente protagonista de algo que intuye y no sabe qué es, pero que debe de ser importante. Garibaldi dice que por fin está naciendo Italia. Pero al padre de Elisabetta no le importa tanto Italia como la emoción de la batalla, los traslados, el recibimiento como héroes en algunos pequeños pueblos, no tanto en las ciudades, la posibilidad de conquistar mujeres o de comprar sus favores y, por encima de todo, el alejamiento de las tareas agrícolas que siempre le aburrían.

Karl Merhaltt, en cambio, se enroló sin ninguna convicción guerrera, y más bien por huir de un puesto de mancebo en la Academia Militar de Viena que le había procurado su padre, uno de los palafreneros de Federico Guillermo IV, quien es pronto sustituido por el príncipe Guillermo de Prusia, cuando se comprueba que la enfermedad mental le incapacita para ser rey. Su padre nunca tuvo oportunidad de ser palafrenero mayor y disfrutar de la gloria de mantener la cabezada del caballo cuando montaba el monarca, sino que era uno de los muchos que ensillaban y cuidaban los caballos cansinos y mansos que empleaban las damas de la corte en las excursiones campestres. Muerta su madre, su padre casó en segundas nupcias con una viuda algo joven que aportó otro hijo más a los seis del palafrenero. Delgada, de carácter colérico e hispido, se enfrentó desde el primer momento con el joven Frank, que entonces tenía diez años y era el mayor de todos los hermanos. Para evitar disputas, su padre lo llevó a la Academia Militar, donde hizo de mancebo de seis cadetes a cambio de la comida, una rudimentaria instrucción que no iba mucho más allá de las

primeras letras, y un andrajoso uniforme gris que proclamaba su carácter de criado.

Frank Merhaltt se daría cuenta muy pronto de que la mayor parte de los mancebos eran huérfanos o hijos bastardos de las familias más pobres de Viena. Los mancebos mayores robaban y apaleaban a los mancebos de menor edad, en una especie de ritual que era conocido y consentido por los cadetes. Cuando Frank Merhaltt cumplió los catorce años dejó de ser apaleado y robado y pasó a formar parte de la casta superior de los apaleadores y ladrones. Suponía un gran cambio, pero no se sintió satisfecho. Soñaba con salir de la Academia, pero los trabajos que podía encontrar en Viena no eran mucho mejores, y desde luego menos seguros. Los aprendices que había conocido dormían en tugurios bastante peores que el dormitorio comunal que había en la Academia, y ni siquiera tenían la posibilidad de sisar algunos centavos en los trueques y compras, o de recibir algunas propinas en los recados a los que les enviaban los cadetes. Además, los aprendices ni siquiera sabían leer. En 1857, un año antes de morir, se retiró el general Joseph von Radetz, conde de Radetzky, y la Academia organizó unos actos en su honor. El conde de Radetzky era una leyenda, y hasta el gran Strauss le había dedicado una de sus composiciones. Ante los cadetes formados en el patio, el mariscal de campo Wanscherputz pronunció un encendido discurso sobre el general y las tropas del imperio. En casos como aquel, en el que los amos estaban ocupados con sus deberes, Frank aprovechaba para organizar una partida de cartas en alguno de los sótanos, pero en aquella ocasión, asomada su cara al tragaluz, escuchó al mariscal de campo, y aunque odiaba a los cadetes y odiaba el ejército, odiaba todavía más limpiar botas, cepillar uniformes, abrillantar botonaduras y llevar sobres cerrados bajo la lluvia a los más apartados rincones de Viena. El acto concluyó con el desfile de los cadetes al son de la marcha de Radetzky. El mancebo Frank iba a cumplir dieciocho años y entonces lo expulsarían de la Academia, y otro huérfano, otro bastardo, u otro desgraciado como él, con apellido pero sin fortuna, vendría a ocupar su lugar. A los mancebos, al principio, no les dejaban formar parte de la clase de tropa, pero a medida que los conflictos se sucedían con sus correspondientes bajas, el criterio se hizo menos selectivo y más flexible, y Frank logró el ingreso como mozo de cañones. En teoría, debía tener a punto las cargas de pólvora y trasladarlas al lugar indicado por los artilleros, pero en la práctica volvió a hacer lo mismo que como mancebo: limpiar botas, abrillantar botones y llevar recados de los oficiales, hasta que la guarnición se trasladó a Neuemburg, a causa del conflicto con Suiza, y allí fue ascendido a soldado.

El soldado austríaco se recupera enseguida y ayuda en las labores del molino, uno de los pocos molinos de Lombardía, situado en un minúsculo afluente del Oglio, tan minúsculo que parece un regato, y que, tras un azud, se estrecha en una pendiente rápida mitad natural, mitad artificial, pero que logra que el agua tenga la suficiente fuerza para mover la noria del molino. Poco a poco aprende las palabras más elementales del italiano y el abuelo le enseña los secretos de la aceña. Arregla los desperfectos del caz, repara los cangilones, y comienza a distinguir la harina de la

primera molienda y de la segunda. Pasan varias semanas y ni el abuelo ni Elisabetta le dicen que se marche, porque se gana el pan que se come y se necesitan sus brazos. Pero sabe que tiene que incorporarse a su regimiento y que tendrá que volver a su triste trabajo, a escuchar las órdenes de los oficiales, a subir por laderas bajo el humo y el olor a pólvora, a ver caer al compañero, a tragarse el miedo y seguir subiendo o seguir bajando y, en el mejor de los casos, a soportar las largas marchas con el macuto a la espalda y el pesado y largo fusil delante, sujeto y acunado entre las manos.

Aplaza la decisión un día tras otro. Por las mañanas se despierta contento, y se alegra todavía más cuando baja a la cocina y se encuentra con Elisabetta, que trastea con los pucheros, y con el abuelo, que prepara cuerdas para los sacos de harina, mezcla pienso para las gallinas o repasa los aperos con la minuciosidad y la prudencia de quien sabe que son limitados sus recursos económicos y sus fuerzas físicas.

Entrado el mes de julio, las noches son cálidas y el agua parece cantar una melodía llena de buenos augurios. El cuco avisa con intermitencia de su existencia sobre la percusión monótona de los grillos, y el soldado austríaco, que ya no sabe lo que es, da vueltas en su catre ansioso y desasosegado. Tiene veinte años y Elisabetta dieciséis. A finales de agosto, Elisabetta le confiesa a su abuelo entre lloros que está embarazada, mientras Frank pasea fuera de la casa desconcertado y confuso. No sabe qué va a suceder, ni qué se espera de él. Se abre la puerta y la figura del abuelo se recorta sobre la luz del interior. Por lo menos no lleva el hacha en las manos. Le hace señas de que se acerque y, en el umbral, le abraza sobriamente, casi con sequedad.

Se casan después de la vendimia y en la pequeña parroquia de Nazzato el cura decide por su cuenta italianizar el nombre del marido y lo inscribe como Francesco Meralto, proporcionándole una copia certificada de la inscripción que Frank Merhaltt, ahora ya Francesco Meralto, recibe con unción, porque cree que eso le puede librar de futuros problemas, puesto que al no haber asumido el sacrificio de morir por el imperio, podría ser declarado desertor. Un desertor, en tiempo de guerra, es condenado a muerte tras un juicio sumarísimo, y Austria siempre está en guerra.

Las gentes de las aldeas cercanas que acuden al molino se acostumbran enseguida a la presencia del marido de Elisabetta, que ayuda a los hombres a cargar los sacos en los carros y atiende con una sonrisa a las mujeres.

En una noche de abril, en la que los cielos parece que quieren vaciarse de agua, da a luz Elisabetta, auxiliada por un abuelo eficiente que ayudó a más de una hembra a parir, y por un Frank atolondrado que estorba más que ayuda. Es una niña, y Elisabetta, al verla, cambia sus lágrimas de dolor por otras de felicidad.

Como si aquella noche de abril hubiera terminado con la reserva de nubes, la primavera de 1859 fue especialmente seca en Lombardía, hasta el punto de que se resienten las cosechas y, durante ese verano, al molino apenas llega faena. Mediado julio, el sueño de felicidad de Frank, ahora Francesco Meralto, se quiebra

bruscamente. En las aldeas próximas a la cuenca del Oglio se declaran varios casos de viruela. Ataca especialmente a los niños, y Elisabetta comienza a sentir pánico de lo que le pueda ocurrir a su hija. Además, se dice que las tropas austríacas están acercándose a Venecia y hay movimientos revolucionarios en la Toscana. El idílico sueño de Frank concluye. Si las tropas se acercan, está perdido. Digan lo que digan los certificados parroquiales, su aspecto y su acento no hay manera de disimularlos, y a nadie va a engañar pretendiendo hacerse pasar por italiano. Al temor a la viruela se une el miedo a ser capturado y juzgado como desertor. Una noche de agosto, tras una larga conversación en voz baja, el matrimonio decide que lo mejor es marcharse. Al día siguiente, el abuelo les escucha sin asombro, pero se niega a acompañarles. Le da a Elisabetta unas monedas de oro envueltas en un pañuelo, la abraza, besa a la niña, estrecha la mano de Frank sin rencor y sin cariño, y se queda junto al cobertizo, cerca del corral, sabiendo que es la última vez que verá a su nieta y a su biznieta.

Frank no es un hombre ilustrado, y ha vivido un año apartado de las noticias que corrían por los cuarteles, pero sabe que Italia está convulsa, que los Balcanes son una bomba siempre dispuesta a estallar y, además, las tropas de Napoleón III le producen una aversión en buena medida comprensible. Así que proyecta ir hasta Génova y, desde allí, tomar un barco hacia España, de la que oyó decir a un capitán que, terminadas las guerras carlistas, gozaba de un período de prosperidad.

En una época en la que miles de europeos emigran hacia las nuevas colonias, Frank elige España como punto de destino y, tras numerosas peripecias, logrará embarcar con su mujer y su hija en un carguero que va a partir hacia Barcelona y, luego, caboteará hasta Valencia, Gandía y Etnacila, donde cargará la sal que luego llevará a Escocia.

¿Por qué los Meralto no desembarcaron en Barcelona? ¿Por qué eligieron Etnacila? Se lo pregunté muchas veces a mi padre, pero se encogía de hombros y no me daba ninguna explicación.

Pudo suceder que antes de llegar a Barcelona se corriera el rumor de que también en la ciudad española había brotes de viruela, o una de esas corazonadas de Elisabetta o de su marido, esos pálpitos inexplicables que nos impiden tomar un tren o que nos abocan a coger un avión distinto al que teníamos previsto. O bien algún detalle azaroso o irracional, porque el carguero no atracaba y se marchaba, sino que tardaba varios días en vaciar las sentinas y lograr nuevas cargas. ¿Qué hacía aquel matrimonio con una hija de cuatro meses en un barco que no estaba preparado para transportar viajeros, seguramente en un pequeño espacio improvisado como camarote, a no ser que algunas de las monedas de oro del abuelo hubieran pasado a manos del capitán?

El caso es que cuando, años más tarde, Francisco Meralt —la o se desprendió en un documento notarial y ya quedó el apellido estabilizado— compró la casa de Aljarafe en 1879, precisamente el año en que se casaron Alfonso XII y María Cristina de Habsburgo-Lorena, el abogado que representaba a la parte vendedora, al oírle el



acento extranjero del que Frank Merhaltt nunca intentó desprenderse, y preguntarle cómo había llegado hasta Aljarafe, le respondió tan escueto como misterioso:

—Fue a causa de un saco de tierra. Es una larga historia.

La primera vez que le conté todo esto a Julia pareció muy interesada. Fue una tarde en la playa, en el mes de octubre, tendría yo entonces dieciséis años, la misma edad de Elisabetta cuando se casó con mi tatarabuelo, y recuerdo que Julia llevaba una falda gris plisada, porque para concentrarme mejor bajaba los ojos o los elevaba al horizonte, y cuando bajaba los ojos me encontraba con los surcos rectilíneos del plisado por los que vagaba mi ensoñador relato. Sé que le interesó porque me hizo algunas preguntas, inquiriendo sobre determinados detalles que a mí se me escapaban o daba por sabidos, pero cuando regresamos a casa, y caminando por la avenida de España yo me sumí en el silencio habitual que sucede tras las evocaciones, ella lo rompió para decirme inesperadamente:

—Detrás de todas las monarquías hay un pirata, un ladrón o un parricida. Detrás de cada familia hay un lado oscuro del que los parientes se olvidan. A nadie le gusta ocuparse de las cosas desagradables del pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Que tu maravilloso antepasado, además de desertar de su ejército y renunciar a su patria, tendría que hacer algo no muy claro para llegar a la prosperidad.

—¿Crees que todos los abuelos han hecho algo feo?

—Todos, no. Pero el mío, por ejemplo, comerció con los alemanes y los aliados, sin importarle que un hijo suyo muriera bajo el fuego de Rommel. Gracias a eso mi padre tuvo el dinero suficiente para montar su negocio de muebles en Orán.

Y, cambiando bruscamente de tono, como si le molestara el asunto del que hablábamos:

—Oye, Clara, que tú no eres Sissí. ¿Te vas a ver con Eduardo?

Eduardo era un chico de los maristas con el que, a veces, salía sola, sobre todo cuando Julia me abandonaba; en realidad mi segundo chico de los maristas, porque el primero había sido mi bautismo de amor romántico.

—No te gusta ese chico, ¿verdad? —le planteé, quizás porque estaba molesta por su comentario sobre el pasado de las familias.

—Te tiene que gustar a ti.

A partir de aquella ocasión y, aunque Julia me haría confidencias sobre el pasado de su familia, más frecuentes a medida que se deterioraba la situación económica de su padre, no volví a mencionar nada relacionado con el pasado de los Meralt, entre otras cosas porque no tardaría en tropezarme con el lado oscuro de la guerra civil, llena de sufrimientos, de pérdidas, de muertes y, también, de aprovechamiento por parte de mi abuelo, el padre de mi padre, que le sacó ventajas al período de posguerra, cuando la escasez y el hambre convirtieron la harina en algo casi tan valioso como el oro.

Mi abuelo logró hacerse con la concesión del pan para todos los cuarteles de la zona y para algunos economatos de funcionarios. Ello le garantizaba poder disponer de una materia tan apreciada y rara como la harina y, a través de manipulaciones fraudulentas, como el añadido de otras harinas más baratas, recomponer sobradamente un patrimonio devastado cuando la República se incautó de la fábrica, y no sólo no concedió ninguna compensación, sino que encarceló a mi abuelo y a dos de sus hermanos, uno de los cuales moriría de tuberculosis en la celda que compartía con otros seis desgraciados más.

Yo sabía que Julia, en el fondo, tenía razón, pero me molestó especialmente aquella despectiva definición de mi antepasado como un desertor y un antipatriota. No era justo, y no era justo porque yo sí le conocía y ella no. Quiero decir que, a través de las confidencias que me había hecho mi padre, yo tenía más elementos de juicio, más detalles, que me lo presentaban como una persona tan llena de inteligencia como de voluntad. Julia, que enseguida se volvería pacifista —antes de marcharse a Estados Unidos participó en una manifestación donde se pedía algo así como la supresión de todos los ejércitos— no podía culpar a un hombre que había sido un juguete de los intereses del imperio austrohúngaro que se desmoronaba, por un lado, y de los de Francia e Inglaterra, por otro, que se vigilaban de reojo entre sí, pero que deseaban que Prusia y Austria rompieran sus acuerdos y se desgastaran mutuamente.

Julia era muy parcial y apasionada, y se entregaba a las causas con toda su energía, a pesar de que siempre mantenía un cierto aire de escepticismo, como si le asustara aquella entrega y quisiera mantener una distancia entre ella misma y las cosas que hacía.

En esa tarde bajo las palmeras de la avenida de España, yo sentía un cierto orgullo de clase, aunque para mí entonces las clases sociales eran algo que se distinguía por el tipo de ropa que llevabas, y creía que Frank Merhaltt pertenecía a esos hombres que luchan y se esfuerzan, que se sobreponen a la falta de oportunidades fáciles que a otros se les brinda en abundancia, y que esos hombres ayudan al progreso tanto como los científicos o los descubridores, porque buscan ganar dinero, sí, pero no es sólo eso lo que les mueve, es algo más, no podía ser únicamente la ambición, sino una cierta fe en el progreso y en el futuro basada en la fe en sí mismos.

No le podía explicar estas cosas a Julia. Ella odiaba o amaba, y, por lo que fuera, había decidido despreciar a mi antepasado, cuya historia posiblemente yo había adornado con detalles tan fantásticos como imaginados, pero en el fondo se trataba de la historia de un pobre chico al que su padre despacha de casa porque prefiere la paz con su esposa antes que tener que mediar continuamente entre el crío y la madrastra, y que en una Europa cuyo mapa político se desmorona, sin apenas formación —las cuatro letras que le hicieron aprender en la Academia—, consigue sobrevivir, llegar a un país del sur tan extraño para él y levantar una pequeña fortuna que, al menos,

había aguantado hasta la quinta generación.

Sin embargo, en algo tenía razón Julia. No habría que irse muy lejos para descubrir un cadáver en el armario familiar.

Es curioso que estando cerca de mí, conviviendo con el secreto, no me diera cuenta. Yo notaba que tía Dori sentía una predilección especial por Toni. No quiero decir que no nos quisiera a mi hermano Javier y a mí, pero se notaba enseguida una mayor atención, casi un cuidado obsesivo que, por otra parte, irritaba a mi madre. A mí me parecía natural, puesto que era el benjamín, y el más pequeño es el que recibe más órdenes que nadie —de los padres, de los hermanos, de cualquier familiar— y, asimismo, también es el que recibe más afecto. A mí me encantaba hallarme en el medio, porque Javier estaba destinado a sustituir un día a mi padre al mando de los negocios y todos daban por sentado que debía comportarse como una especie de director de una sucursal bancaria. El pequeño, Toni, era el más mimado, el más celebrado, y eso me ayudaba a pasar inadvertida.

A mí lo que me gustaba era fijarme en los demás, pero mi capacidad de observación no debía de ser muy buena, porque se me pasó por alto una tensión permanente alrededor de tía Dori, mi madre y Toni. Mi abuela, no. Mi abuela creo que se propuso sortear los aspectos desagradables de la vida y el problema más tremendo al que me parece que se enfrentaba era el que surgía de alguna jugada del *bridge*.

Para comenzar, el estatus de tía Dori en casa resultaba extraño. No era un ama de llaves, pero mamá parecía encargarle los asuntos domésticos, aunque a quien obedecía Tachi sin rechistar era a mamá. No estaba de paso, formaba parte de la familia, pero daba la impresión de que en algún momento llegaría a marcharse, incluso recuerdo que a veces hablaba de irse, como una salmodia, ese viaje recurrente que muchas personas acarician a lo largo de toda su vida sabiendo en lo más íntimo que nunca lo emprenderán. Era soltera, al parecer con vocación de soltera, y de entre todos los adultos sólo se llevaba bien con Tachi, que era a la vez con quien más discutía, aunque existía entre ellas dos una suerte de rara y entrañable complicidad.

Su papel más destacado era disimular las faltas y pecadillos de los sobrinos: los de Javier y los míos, por supuesto, pero sobre todo los de Toni. Y, en cuanto defendía a Toni, mi madre se enfadaba, y de ese enfado surgía la huida de tía Dori a su habitación, que se hallaba en el piso de la abuela, al lado del dormitorio de ésta, un refugio en el que se quedaba a llorar.

—¿Por qué lloras, tía? —tendría yo seis años y me impresionaba ver llorar a los mayores.

Y tía Dori me acogió en su regazo, me abrazó estrechamente, me dio un beso en el pelo, mientras me acunaba como si fuera una niña mucho más pequeña, y musitaba entre suspiro y suspiro:

—Por nada, niña, por nada. Cosas de los mayores.

Y decía «cosas de los mayores» como si ella misma permaneciera en la edad

infantil, igual que yo, y tuviéramos que enfrentamos juntas a la incompreensión de los adultos.

Y algo de niña había en tía Dori, una suerte de ingenuidad, esa ingenuidad de las doncellas, esa falta de malicia de las vírgenes que le hacía ignorar las frases de doble sentido que, pasada la adolescencia, Javier y yo manejábamos con más desparpajo que conocimiento de causa.

Tía Dori no tenía amigas, no salía de casa excepto los domingos por la mañana cuando iba a misa, generalmente con la abuela, porque mamá y papá iban más tarde, sobre mediodía, y no se le conocía proyecto o ambición, excepto el cariño que volcaba hacia sus sobrinos, y en especial hacia el más pequeño.

Toni se parecía mucho a ella. A medida que crecía se parecía más. Un día lo dije en la mesa y nadie hizo ningún comentario. Antes bien, parecía que había pronunciado alguna palabra malsonante. Ni siquiera entonces me di cuenta. Otro día, creo que también en el comedor, estábamos recordando tonterías que hacíamos de niños, y yo me acordé de que un día, de visita en la fábrica —debía de tener cuatro años—, tiré un tintero en las oficinas. Entonces tía Dori trabajaba en las oficinas. Años más tarde tía Dori me contó que llevaba la correspondencia de papá y era una especie de secretaria, aunque el término puede que resultara demasiado pomposo. Así que al hilo de nuestros recuerdos infantiles planteé por qué tía Dori no había vuelto a trabajar y, tras un silencio excesivo, papá arguyó que la oficina se había mecanizado y que el sistema de trabajo resultaba distinto.

Estos incidentes eran frecuentes, pero espaciados, de tal manera que yo no los consideraba relevantes, y me parecían aspectos nimios de la vida cotidiana, incidentes dignos de olvidarse y carentes de significado.

Una noche en que Toni estuvo algo impertinente, mamá le chilló y Toni se echó a llorar. Inmediatamente tía Dori se levantó y fue a consolarle.

—Dori, por favor, vuelve a tu sitio —ordenó mamá con una voz fría y autoritaria.

Pero Dori estaba acariciando al niño y mamá volvió a repetir la orden, en esta ocasión con un tono de voz más fuerte.

Su hermana parecía no escucharla y entonces mamá se levantó y le soltó:

—Te recuerdo que ésta es mi casa y éste es mi hijo. O te marchas a tu sitio y te sientas, o te marchas de esta casa.

Tía Dori, que hasta entonces parecía no haberse dado cuenta de lo que sucedía, se quedó mirando a su hermana con una tristeza honda y profunda que nunca he olvidado, se levantó mansamente, y volvió a su sitio; estaba a punto de sentarse, cuando pareció que algo se removió en ella, y la mansedumbre habitual cedió a una sonrisa enigmática. Sin sentarse, tomó la copa de vino, parecía que iba a brindar por mamá, como si quisiera olvidarse del incidente, y mamá la miraba confiada en que todo hubiera vuelto a ser como antes, y entonces tía Dori, la buena y apocada tía Dori, la siempre obediente tía Dori, arrojó el contenido de la copa a la cara de su hermana y, a continuación, estrelló la copa contra el suelo. Luego, sin decir nada,

salió de la habitación, mientras la abuela, ante la paralización de todos los presentes, fue la única que tuvo la serenidad de decirle a Tachi:

—Recoge los cristales, no se vayan a hacer daño los niños.

Presencí numerosos incidentes de parecida índole. Si aquel se me quedó grabado fue por ser testigo de la única vez que tía Dori, en toda su vida, se rebelaba contra algo y contra alguien. Nunca más volvió a repetir el gesto. Ni se envalentonó por la falta de consecuencias de su acto, ni mostró una especial cautela en los días siguientes. Volvió a ser la tía Dori de siempre, cariñosa con nosotros y huidiza de los mayores, niña grande que no había podido resistirse a crecer y que era incapaz de pensar con egoísmo.

Un día de abril de 1971 —y puedo precisar el año y el mes, porque hacía poco que Cassius Clay había perdido el campeonato mundial, y mi padre se pasaba el día haciendo comentarios sobre las consecuencias de que el boxeador se hubiera hecho musulmán—, una de esas tardes que en Etnacila, si no sopla viento de levante, son casi veraniegas, se produjo una bronca a propósito de la merienda de Toni, y de que Toni deseaba otra cosa y tía Dori se la trajo. Mi madre reaccionó con esa virulencia que a mí me sorprendía tanto, le arrebató a Toni lo que le había traído su tía y le obligó a comerse la merienda que inicialmente le habían preparado. La tensión desencadenada no fue ni mayor ni menor que en otras ocasiones, pero yo tenía dieciséis años, el contacto con Julia me había despertado una autoestima y una seguridad que no tenía antes, y me enfrenté con mamá. Creo que estuve bastante desagradable, que era lo que trataba de hacer, y mi madre pasó del asombro que le producía una actitud tan poco sólita en mí a la irritación contenida y, viendo que no me podía acallar dialécticamente, ni tampoco dándome órdenes, se echó a llorar, una de las pocas veces que vi llorar a mamá, porque los Olaya, excepto tía Dori, consideraban que mostrar los sentimientos era un signo de mala crianza. Los gritos y los lloros eran cosa de los pobres, y por eso también tía Dori era despreciada por su hermana y por su madre, mi abuela.

El descubrimiento de ese poder de conmoción me llenó de una complacencia desconocida, aunque en seguida llegaron los remordimientos y, aunque me marché a mi cuarto a estudiar e intenté afrontar con entereza las consecuencias de mis actos y olvidar la imagen de mi madre derramando lágrimas, no me podía concentrar en lo que estaba estudiando. Volví al cuarto de estar a buscar a mamá; no se encontraba ya allí, y la hallé por fin en su dormitorio, serena, preparando en el galán de noche el traje que mi padre iba a lucir al día siguiente.

—Bueno, perdona, mamá —le dije en tono manso, esperando un gesto afectuoso.

—Estás perdonada —me respondió con altiva indiferencia, mientras elegía una corbata, acaso para hacerme saber que la elección de la corbata era mucho más importante que mi perdón.

Me senté en la cama sin pedirle permiso, y sentarse en *su* cama era una familiaridad que sólo consentía a mi padre, y le dije que, de todas formas, me

extrañaba el comportamiento de ella con tía Dori, y argumenté algo así:

—Si el ejemplo de cómo nos debemos llevar los hermanos, de cómo me tengo que comportar yo con Javier y con Toni, y ellos conmigo, es lo que tú nos enseñas, creo que nuestra relación sería insoportable.

Se detuvo de espaldas al tocador, me miró con una expresión poco amistosa, y me soltó:

—Me voy a olvidar de esta impertinencia, como me he olvidado de la de antes, porque eres mi hija, pero hay cosas que nunca podré olvidar. Cosas que tú no sabes. Y cuando las sepas, en su día, que no es el momento, pensarás de otra manera y espero que me comprendas.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Nada.

—¡Tengo ya dieciséis años! —exclamé como si fuera un argumento irrefragable.

—Una edad estupenda para pensar en otras cosas.

Recuperando su serenidad y mirándome para que me percatara de que se había dado cuenta de la transgresión de haberme sentado en su cama, me advirtió con un tono burlón:

—Lo que no te voy a perdonar es que deshagas la cama. Ya sabes que es algo que no soporto.

En realidad, había otras muchas cosas que mamá no soportaba, una larguísima lista imposible de recordar, pero el tono daba por concluida la conversación y hubiera sido inútil insistir.

Además, hasta las vacaciones de verano no volvía Javier de la universidad, el único al que podía preguntarle. Mi abuela no contaba, tía Dori quedaba descartada de antemano, y mi padre... Mi padre comenzaba a mostrar un comportamiento raro e inquieto a causa de los negocios. Estaría mucho más raro dos años más tarde, a partir del asesinato de Carrero, pero ya no se encontraba especialmente asequible. Mi padre hablaba del Opus, de la bajada de pantalones de los falangistas, y de que el nuevo gobernador ya no lo llamaba para hacerle consultas como los anteriores.

Javier vino a últimos de junio convertido en un hombre. Las mujeres experimentamos el cambio antes, pero los chicos tardan más, los chicos tienen que pasar de los veinte años para que se les asienten las facciones y se les coloque definitivamente la voz. Si antes no podía soportar lo que yo consideraba sus aires autoritarios, ese verano descubrí que me agradaba sentirme protegida por él, caminar a su lado, escucharle. El curso anterior me seguía pareciendo que decía tonterías, pero en aquel verano lo encontré maduro e interesante. Incluso Julia me hizo un comentario de antropófaga, «se ha puesto para comérselo», y le tuve que suplicar que no me lo estropeará.

Le dejé tranquilo los primeros días para que se viera con sus amigos y contara, con ese entusiasmo egocéntrico de los chicos jóvenes, toda suerte de batallas, pero pasada una semana y media lo abordé en su cuarto y le pregunte directamente qué

sabía de tía Dori.

—¿Y tú, qué sabes? —me interrogó a su vez.

—Nada. Por eso vengo a preguntarte. Me dijo mamá que ya me enteraría en su día, y creo que éste es el día.

—Yo no sé nada... —se excusó sin demasiada convicción.

Entonces me dirigí a la puerta, cerré, me senté en la alfombra, a los pies de la cama, y le amenacé, medio en broma, medio en serio:

—No me pienso mover de aquí hasta que no me lo digas.

Remoloneó inquieto, como si se enfrentara de pronto a una cuestión realmente importante. No es que comenzara a dar vueltas y circunloquios, sino que se advirtió que yo hablaba en serio y que, si él era ya un hombre, su hermana puede que no fuera una mujer, pero desde luego ya no era una niña.

—¿Por qué no le robamos el coche a mamá y nos damos una vuelta por San Pedro? —me propuso más camarada y menos hermano mayor que nunca.

San Pedro era una playa situada a las afueras de Etnacila, alrededor de la cual estaba creciendo la construcción turística. Estaba muy animada en aquella época, salpicada de bares y cafeterías, y donde podríamos pasar más inadvertidos que en el centro de la ciudad.

Comprendí que quisiera salir de casa. Hablar de los asuntos de casa dentro de la propia casa provoca inhibiciones, amén de que era imposible sostener una larga conversación sin que Toni, o Tachi, o tía Dori, o cualquiera, entrara a interrumpir en la habitación, sin contar con el teléfono y sus reclamos.

Javier se encargó de doblegar la voluntad de mamá, que no era nada proclive a desprenderse de su viejo 1400, y emprendimos rumbo a la playa de San Pedro, con el rostro algo grave mi hermano y yo intentado secundarle, aunque con dificultad, porque sentía por dentro ese regocijo que te asalta cuando estás a punto de que te admitan como socio en el club de los mayores.

Dejamos el coche en una calle paralela al paseo marítimo y entramos en un bar-cafetería-restaurant donde se mezclaban los veraneantes nacionales, que se levantaban tarde y desayunaban al mediodía, con los turistas extranjeros que, a esa misma hora, tomaban un frugal almuerzo, sin desdeñar a los del lugar, como nosotros, para quienes era la hora del aperitivo.

—¿Puedo pedir una cerveza? —le pregunté, más que por solicitar su aquiescencia, para dejarle claro que yo también había crecido.

Nos sentamos junto a la terraza, pero dentro del local, en unos sillones de mimbre con unas almohadas espantosas llenas de flores, junto a una mesa baja cuya superficie de cristal aparecía churretosa.

—¿También fumas? —inquirió tendiéndome un paquete de Winston.

—Sólo cuando me invitan y no me ve papá —respondí cogiendo un pitillo.

El camarero igualó los churretos de la mesa con una bayeta de color incierto, de tal manera que la suciedad quedó uniformemente repartida, y al poco trajo dos jarras

de cerveza muy fría.

Mi hermano observaba el mar, daba caladas al cigarrillo, y evitaba mirarme, me imagino que buscando la manera de ponerme al corriente del gran secreto. Yo intuí que debía ser discreta, así que también pegué unas caladas al cigarrillo, y también observé la playa que comenzaba al otro lado de la calzada, y a las personas que con ropas ligeras o en traje de baño caminaban bajo el sol.

Cuando las jarras estuvieron mediadas y el cigarrillo apagado, Javier me miró a los ojos y, antes de contarme nada, quiso saber cuáles eran mis conocimientos sobre lo que ocurría alrededor de tía Dori. Yo fui sincera, no podía comportarme de otro modo, y le dije que nada. Javier medio suspiró, como si tuviera más de los veintiún años que no hacía mucho había cumplido, y procedió a ilustrarme:

—Yo me enteré en los maristas, porque me lo contó un compañero de clase. No me lo creí y me pegué con él, y casi me expulsan del colegio. Después, cuando el director llamó a papá para decirle que había cometido una falta muy grave, papá me preguntó por los motivos de la pelea, se los expliqué y fue él mismo quien me puso al corriente. ¿De verdad no te ha dicho nada ninguna amiga?

Y ante mi negativa silenciosa y rotunda, prosiguió:

—Tía Dori es bastante simple, no sé si lo has observado.

—Es buena. Es muy muy buena —comenté como si hubiera que defenderla de algo.

—Sí, es muy buena, es un pedazo de pan, pero no es muy inteligente. Te habrás dado cuenta de que es la única de los Olaya que no ha estudiado.

Era cierto. Los Olaya siempre habían sido profesores y catedráticos. Mamá, aunque no ejercía, era licenciada en Filosofía y Letras, y la abuela había estudiado Farmacia, aunque creo que no terminó la carrera.

—A todo el mundo no le gusta estudiar —seguí intentando excusar a tía Dori.

—Es cierto —prosiguió Javier con paciencia—, pero aquí no hubo problemas de gustos o de preferencias, sino de capacidad. Tía Dori ni siquiera pudo terminar el bachillerato. No, no es tonta, no me interrumpas, y ya sé que es muy buena, pero no tiene una gran capacidad intelectual y eso la ha convertido en un ser bastante simple, lo que no quiere decir que no la queramos o que la despreciemos.

—Mamá parece que sí la desprecia —recordé.

—No, lo que ocurre es que... En fin, tía Dori vino a pasar una temporada con la abuela, y fue mamá la que propuso que se quedara a vivir con nosotros. Para que ocupara su tiempo, papá se la llevó a la fábrica, a las oficinas, y bueno, tía Dori salía de casa, tenía amigas, amigos... Ha sido muy guapa... Parece como si la Naturaleza, que no fue generosa con su inteligencia, lo hubiera sido con su cuerpo y, según me cuentan, y todavía puede vérselo, era eso que los hombres mayores llaman una *real hembra*...

—¿Y...?

—Pues que, no se sabe cómo, o mejor dicho, se sabe cómo, pero no se sabe



quién, un día tía Dori le dijo a la abuela que estaba embarazada...

—¿Y no sabía quién era el padre?

—Ella no es *madame* Curie, pero sabe perfectamente quién es el padre. Pero nunca quiso decirlo...

—¿Y qué fue del niño o de la niña?

—Fue niño. Y lo conoces: es nuestro hermano Toni.

Debí quedarme con la boca abierta, porque Javier continuó sin esperar a que me recuperara y evitando así las preguntas inevitables.

—Cuando tía Dori avisó a la abuela, estaba embarazada de cuatro meses. Ya conoces a la familia de mamá. Un Olaya fue alcalde de Etnacila durante la dictadura de Primo de Rivera, y otro Olaya director del instituto donde tú eres alumna. No hay antecedentes de madres solteras entre los Olaya, y mamá, que es una Olaya, no quiso que tía Dori fuese la primera, así que, tras tormentosas reuniones familiares, se llegó a una solución consensuada entre los Olaya y los Meralt. A partir de entonces, mamá se dedicó a decir a todas sus amistades, e incluso a las que no lo eran, que estaba embarazada. Fueron quince días de anuncio permanente, de tal manera que no quedó comerciante, conocido o amiga lejana o cercana que no supiera que mamá esperaba un bebé. A la semana siguiente, se amplió la información: el médico que atendía a mamá le había recomendado que la gestación se llevara a término en algún lugar montañoso, por lo que mamá pasó otros quince días despidiéndose de amigos, conocidos, comerciantes y vecinas, explicando que se iba a pasar el embarazo a un pueblo de Guadarrama, muy bien comunicado con Madrid, y que tía Dori se iba con ella para hacerle compañía.

—Y desaparecieron las dos —deduje.

—Y desaparecieron las dos —corroboró mi hermano—. Mejor dicho, desaparecieron las tres, porque la abuela se marchó con ellas a Madrid.

—No a Guadarrama —apunté para no perderme en ningún detalle.

—Lo de la sierra de Guadarrama quedaba muy bien para hacer verosímil la desaparición, pero no hacía falta. Alquilieron un piso en Madrid y aguardaron los acontecimientos. Luego nació Toni, y regresaron a Etnacila. Tía Dori había recuperado su figura, mamá había tenido un niño, y aquí no había pasado nada.

Confieso que no me esperaba lo que contó Javier. Había pensado más bien en alguna vieja historia de herencias, esos odios que nacen en los despachos de los notarios, cuando los cadáveres están todavía calientes y las condolencias se entremezclan con los cálculos, pero de ninguna manera en aquella superchería calculada para el exterior, una maniobra compleja con el único objeto de evitar el escándalo.

—Entonces —intenté hacerme a la idea— Toni no es hermano nuestro.

—Para mí sí lo es —dijo Javier muy rotundo—. Y lo amparan las leyes: lleva los mismos apellidos y consta en el registro civil con los mismos padres que tú y que yo.

—¿Cómo pudieron hacer eso?

Mi hermano mayor, tutor de secretos de familia en aquel día, se encogió de hombros, un gesto muy habitual en él, y comentó:

—Ya sabes. Las influencias de papá. Los médicos no van al registro, y los oficiales del registro no preguntan a los médicos. Al fin y al cabo se trata de papeles.

El sol rebotaba en las aguas arrancando chispas de luz cegadora, y caía sobre los cuerpos tendidos en la playa y sobre la gente que transitaba por la calle con la pesadez contundente del estío. Parecía otro mundo muy diferente al que me acababa de describir Javier.

—¿Por eso odia mamá a tía Dori?

—No la odia. Mamá ha estado varios años temiendo que el engaño se descubriera, que tía Dori no pudiera resistir a la renuncia de su hijo y, o bien lo reclamara sin importarle las consecuencias, o bien se denunciara por su excesivo cariño. De ahí que cada vez que tía Dori consuela a nuestro hermano, o sea, a su hijo, y la ve dirigirse a él con la ternura y el afecto de lo que es, de una madre, no pueda soportar los nervios y se lance contra ella.

—¿Y qué culpa tiene Toni?

—Ninguna. Lo único que sucede es que mamá, obsesionada porque no hubiese diferencias ni de trato ni de educación, quiso evitar en todo momento la pasión de madre de tía Dori.

—Pues no lo ha conseguido. Creo que Toni le tiene miedo a mamá.

—Eres injusta.

—Puede que sí, no lo sé. Llevas ya tres años fuera de casa y... no vives el día a día. Estás aquí en verano, en Semana Santa, en Navidades... Son fechas especiales. Pero te aseguro que es muy difícil de soportar ese ambiente que crea mamá. Me parece una exageración...

Javier me ofreció otro cigarrillo y, puede que aliviado íntimamente por haber superado la parte más delicada, quiso hacerme partícipe de sus reacciones anteriores.

—A mí todo esto me dejó muy hundido. Lo pasé mal, te lo confieso. No porque se enteraran los demás, que a mí eso me daba lo mismo, sino porque parecía que después de descubrir quiénes eran los Reyes Magos ya no iban a existir más mentiras familiares. Y pasé por varios estadios. Por echarle la culpa a tía Dori por su descuido; por considerar que mamá era una persona rencorosa, que no le había perdonado a tía Dori la pantomima que había tenido que protagonizar; por especular incluso si esta mentira no tapaba otra... Pero puedes mirarlo de otra manera. El sacrificio de mamá por su hermana, el sufrimiento de todos estos años, la generosidad de papá y mamá con Toni...

—Al que le han arrebatado a su auténtica madre.

Javier me contempló en silencio. Estaba serio. Reflexionó un momento y me expuso lo siguiente:

—Imagínate que yo ahora te digo que tu auténtica madre no es mamá, sino una señora de Madrid, y que mamá te adoptó. ¿Dejaría en ese momento mamá de ser tu

madre? ¿Se borrarían todos estos años, quince años...?

—Dieciséis —le corregí.

—Dieciséis años... ¿de un solo golpe? Toni tiene unos padres y una tía que vive en casa, y que es tía Dori.

Yo no podía competir dialécticamente con Javier, pero intenté imaginar de qué forma hablaría Julia, y añadí:

—Tía Dori es aquí la víctima, la despreciada, la culpable, la que ha tenido que renunciar a su hijo... y no sólo a eso, sino incluso a vivir.

La extraña reclusión de tía Dori se me apareció entonces clara como mi nombre.

—Bueno —intentó Javier zanjar el asunto—, fue la que se quedó embarazada.

El residuo de la cerveza era una espuma reseca, puntillas viejas que se adherían a las paredes y al fondo de la jarra. Javier miró el reloj y comentó que teníamos que volver a casa. Me levanté de mala gana. Me hubiera quedado allí frente a la playa y el mar, sin importarme la pringosa mesa de cristal, y sin oír las voces demasiado fuertes de los veraneantes, esas voces de niños mayores a la hora del recreo, cualquier cosa preferible a tener que regresar al hogar, dulce hogar, al ejemplar hogar de los Olaya y los Meralt, y evitar una mirada curiosa a Toni, o a tía Dori, o a mamá.

Pero fue sorprendente que, a pesar de la confesión de Javier, cuando llegamos a casa y me enfrenté con tía Dori, con Toni y con mamá, casi esperando dentro de mí misma encontrarlos de otra manera, me pareció que lo que me había contado mi hermano resultaba bastante irreal, parte de una leyenda, y que lo único que existía era lo de siempre: mi tía y mi madre que no se llevaban muy bien, y el hermano pequeño, que como todos los pequeños resultaba el más problemático. Y si me decepcionó esta ausencia de crisis tras el misterio, todavía me frustró más mi intento de explicárselo a Julia. La cité con mucho misterio y le dije que teníamos que dar un largo paseo, y hasta logré despertar su curiosidad; mas en cuanto comencé a desgranar el argumento por las calles estrechas que rodean el Ayuntamiento, detrás de mi casa, se adelantó a mi premeditado discurso y me dijo con brusquedad:

—¿No me irás a contar que Toni es hijo de tu tía Dori?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté sorprendida.

—Lo sabe todo Etnacila, Clara. Yo creía que tú también, te lo juro.

—¿Y cómo no me has dicho nunca nada? —le repliqué enfadada.

—Pues por eso —insistió con mucha calma—, porque yo creía que era algo que se daba por supuesto y me parecía una falta de tacto hablar de ello. Tampoco tú me dices que mi padre es un borracho. Lo sé yo, lo sabes tú, pero no lo comentamos.

En ese tiempo empecé a alimentar la idea de que yo quería a Julia mucho más que ella a mí. La adolescencia y los primeros años juveniles representan una etapa muy rara y complicada para la mujer. Los chicos de nuestra edad nos parecían críos —me lo parecía Eduardo, al que no conté nada sobre tía Dori—, pero nosotras tampoco teníamos la mente madura, ni el cuerpo, claro. Yo estaba hipersensible y volvía a sumirme en profundas tristezas por motivos que hoy me parecen fútiles, pero que

entonces me sepultaban en la desgracia. Por otro lado, casi nada se parecía a lo que soñabas que fuera a ser. Mi relación con Eduardo no rezumaba el romanticismo que se desprendía de los cuentos de la colección Azucena, ni tampoco tenía nada que ver con las tórridas pasiones que se vislumbraban en alguna de las películas que veíamos los sábados o los domingos en el cine Rialto. Eduardo y yo no éramos Bonnie and Clyde, pero no sólo porque no atracáramos bancos, sino porque yo no sentía esa furia de la posesión, esa ansia de estar junto a la persona amada que se percibía en la película de Penn. Sí que había sentido una cierta sensación lírica, un año antes de que Julia viniera al colegio, con un niño que vivía en el portal de al lado y que, naturalmente, iba a los maristas. Pero ese aceleramiento del corazón cuando me lo encontraba o las excusas barrocas para cambiar de itinerario y tropezarme con él, sin saber qué decir y, más tarde, en mi cuarto, recordar el encuentro como si se hubiese tratado de una aventura peligrosa, duraron muy poco, y se desvanecieron de la misma manera que se desvaneció él y su familia cuando se marcharon a vivir a otra ciudad. Es cierto que, en algunas ocasiones, bailando con Eduardo, sentía una cierta plenitud, y me gustaba el olor que salía de la piel de su cuello, una mezcla de sudor y Varón Dandy, y me agradaba su mano en mi cintura, y sentía ese vértigo de la sexualidad vestida, pero no se prolongaba demasiado. O se acababa la canción, o él me decía algo que yo no consideraba apropiado, o notaba la evidencia de su deseo, demasiado rígida, demasiado cercana, demasiado evidente, apoyándose descaradamente en mi vientre, y entonces se rompía el hechizo y yo lo separaba haciendo un gran esfuerzo con la mano derecha, mientras mi cuerpo se ahuecaba hacia atrás y me sentía ridícula e insatisfecha conmigo misma, no tanto por los intentos de Eduardo como por mi falta de capacidad de respuesta. En el fondo, me hubiera gustado ser apasionada y no sé, un poco o un mucho puta, aunque yo no sabía de ellas demasiado, excepto el aire de leyenda que envuelve su miserable oficio cuando la sexualidad es todavía un regalo envuelto en un paquete que sólo se ha abierto a medias. ¿Era eso el amor? ¿Era eso lo que hacía cerrar los ojos a Liz Taylor, a Sofía Loren, a Audrey Hepburn, cuando el hombre de su vida las tomaba en sus brazos y les daba un beso? ¿Lo que yo sentía por Eduardo era exactamente el amor? ¿Se trataba de lo mismo de lo que me hablaba Julia en los primeros días de su última conquista?

Llegué a pensar que existía un gran complot universal, una conspiración planetaria para exaltar las sensaciones amorosas, que nadie se atrevía a romper para no sentirse excluido, quién sabe si para no estropear la conjura. Las emociones que yo sentía en el cine Rialto, mis sobresaltos con las peripecias de los protagonistas, mi alegría tremenda cuando todo se arreglaba y llegaba el abrazo final, mientras el plano se alejaba y la música ganaba en intensidad hasta que aparecían los títulos de crédito, aquello que lograban proyectarme los actores y el director, no me era dado encontrarlo en mi vida real.

Comenzó a crecer en mí un notorio sentimiento de culpa, que me hizo ser más

permissiva con Eduardo, intentando conocer si la causa de ello era mi renuencia física. Y no es que me desagradaran sus caricias, ni me repugnaran sus besos, pero desde luego, por mucho que me esforzaba, no los encontraba sublimes. La primera vez que, siguiendo sus súplicas, tomé su miembro en la mano, me pareció una pieza incómoda y algo esperpéntica. No podía explicarme cómo los hombres podían vivir con algo tan incómodo entre las piernas y que, inesperadamente, podía crecerles tanto, sin sentirse algo ridículos. Me imaginaba, por un momento, que a las mujeres los labios de la vagina se nos hincharan desmesuradamente al excitarnos y me parecía una situación verdaderamente vergonzosa e inadmisibile, algo como para ocultarse. Sin embargo, allí estaba Eduardo, que se había sacado su miembro sin ningún pudor, al contrario, casi orgulloso de aquella alteración a todas luces anormal, pretendiendo que yo lo acariciara. Estábamos de pie al final de la playa, apoyados en una roca, y se percibían siluetas de personas a prudencial distancia, me imagino que ocupados en menesteres semejantes, así que para acallar mi sentimiento de culpabilidad, froté aquel pedazo de carne torpemente y oí los jadeos de Eduardo que tampoco me parecieron nada sublimes, y, de repente, me encontré con la mano húmeda y pegajosa y, lo que es peor, con parte del espermatozoides arrojado por mi enamorado en mi falda negra, una mancha blancuzca que no hubo manera de eliminar, a pesar de que la froté incluso con arena. No, no fue una experiencia memorable, y lo peor resultó el regreso, porque Eduardo se mostraba excesivamente sumiso y cariñoso, como un perro hambriento al que acabas de dar de comer, y eso me hizo sentirme tan superior a él, tan por encima, que los escasos vestigios de amor que pudiera tenerle se desvanecieron aquella misma noche.

Seguimos saliendo hasta el comienzo del curso siguiente, pero una vez desaparecido mi sentido de culpa, me inundó una sensación de alivio que me permitió negativas, excusas nada creíbles, hasta que poco después de unas navidades me preguntó directamente si le quería, y le contesté que no. «Entonces, lo tenemos que dejar», comentó con mucha serenidad. «Creo que sí, Eduardo», asentí con sosiego. Y se me echó a llorar. Fue cerca del paseo de la Explanada, y pasaba mucha gente, y yo me sentía molesta de que nos vieran, porque lloraba a moco tendido, como un crío, inconsolable, él llorando, yo detrás de él, alguna gente mirando curiosa y divertida hasta que logré que se serenara y entonces me propuso que para celebrar la despedida fuéramos a la playa y que le volviera a acariciar «como la otra vez». Y Eduardo no era raro o distinto, sino que se movía dentro de esa lógica que Julia me subrayaría tantas veces, sobre todo al regreso de su aventura hollywoodense: «Para un hombre lo más importante no es su cerebro, sino su polla».

No le contesté. Le dejé en medio del paseo y me marché directamente a mi casa. Desde allí telefoneé a Julia y le conté con todo detalle mi primera ruptura en una larguísima conversación.

Me dormí pensando en todo lo que me había sucedido como si le hubiera pasado a otra persona, y recordé que mi bisabuela Elisabetta, a mi edad, ya había sido madre.

Creo que esa noche soñé con ella.

## Capítulo tercero

**S**ERÍA JULIA QUIEN ME TRAERÍA LA PERSONA QUE borraría mis dudas y aclararía mis confusiones amorosas. Y llegaría desde Orán, como un príncipe del desierto, como un tuareg, aunque era casi rubio, con los ojos de color miel, y se llamaba Louis.

Estaba yo en la playa de San Pedro, medio adormilada, tendida sobre una toalla, esperando a Julia, cuando escuché su voz, como venida de otro lugar, o como si yo me encontrara en otro sitio. Abrí los ojos y vi la silueta de un chico alto, con el sol a su espalda, como si fuese una aparición.

Tenía veinte años, vivía en París, y era hijo de una familia amiga de los padres de Julia, desde los lejanos tiempos de Orán, antes de que, como a tantos otros, el FLN les obligara a levantar la casa y los negocios. Su madre era francesa y su padre español, y Louis hablaba un español con acento francés, un español musicado, que acaba las frases en un tono algo más agudo y que a mí me parecía tierno y acogedor.

Yo era algo retraída, pero aquella mañana Louis se debió creer que tenía dificultades para expresarme o que era algo tonta, porque respondía a sus preguntas con murmullos y con monosílabos. Julia, más experimentada que yo, debió advertir que no estaba resultando demasiado brillante mi conversación, así que se puso a enumerar mis muchas virtudes, lo que me inhibió todavía más, aunque reconozco que lo hizo con muy buena voluntad.

Luego vino Nela, en cuyo chalet, a pocos metros de la playa, nos cambiábamos de ropa, y me relajé un poco, a pesar de que Louis me miraba con cierta intriga.

Regresé a casa en el autobús, confundida, a medias exaltada, a medias triste, porque era el principio del verano, ya estaban mi madre, mi tía y mi abuela en la casa de Aljarafe, y yo remoloneaba con la excusa de que papá se quedaba en Etnacila, porque a Julia no le apetecía venir; en realidad nos habíamos hecho mayores, habíamos cumplido dieciocho años, las noches en San Pedro estaban llenas de alicientes y la casa de Aljarafe, *taja* maravillosa y tan anhelada antes, nos resultaba un poco aburrida. El pueblo era algo más que una aldea, y con las chicas y los chicos de nuestra edad no teníamos demasiadas cosas en común, aparte de compartir años.

En el autobús, recordando la cara de Louis, su rostro barbilampiño, su mentón firme como el de los príncipes de Azucena, y sus ojos de la miel de azahar, que es mucho más clara que la del monte, comencé a urdir la manera de convencer a mi padre para que me dejara pasar el verano con Nela en su chalet. De esa manera podría estar con mis amigas, con Julia... y con Louis, porque Louis se iba a quedar casi un

mes.

—Papá —le dije después de comer, mientras Tachi retiraba los platos—, me gustaría quedarme este verano en Etnacila, porque Julia tiene que estudiar y no va a venir a Aljarafe, y yo allí sola me aburro muchísimo.

—La semana que viene yo me voy también y me llevo a Tachi. No quiero que te quedes aquí sola.

—Me podría quedar en el chalet de Nela.

—¿Te lo han dicho sus padres? —me preguntó con interés.

El padre de Nela era entonces el alcalde de Etnacila. Yo había escuchado algo de que mi padre quería cambiar la fábrica de pan a otros terrenos y estaba negociando con el Ayuntamiento. Me pareció que tenía una posibilidad de que mi plan se cumpliera. Claro, que yo no había hablado ni siquiera con Nela, y, mucho menos, me habían invitado sus padres, pero como Nela era hija única y la eterna aspirante a formar un trío con Julia y conmigo, esperaba que no pusiera ningún inconveniente. Así que mentí con aplomo:

—Sí, me lo dijeron el otro día.

—Bueno, llamaré mañana al padre de Nela por teléfono.

—¡No! —casi grité—. Quiero decir que no me parece bien que le llames tan pronto. Puede dar la impresión, no sé, de que estás agradecido. ¿No sería mejor que hablaras con él la víspera de irme a su casa, o sea, a la semana que viene?

Mi padre me observó, como si descubriera en mí talentos diplomáticos que hasta entonces le habían pasado inadvertidos, y comentó:

—Puede que tengas razón... Sí, le llamaré la semana que viene —añadió—. Supongo que tu madre estará de acuerdo...

Cuando alguien se lanza por el tobogán de la mentira no puede parar hasta que finaliza el último acto, así que corroboré:

—Sí, sí... Bueno, en realidad me dijo que dependía de lo que pensaras tú.

Mi padre sopesó los inconvenientes y las ventajas de mi puplaje veraniego y decidió que yo le podía servir de efugio para acercarse a sus objetivos inmobiliarios:

—No me parece mal. Pero no quiero que estés más de un par de semanas o tres.

Aquello era demasiado para mí. No podía establecer las tácticas para cumplir mis fines estratégicos sin contar con la ayuda de Julia, que acudió en mi auxilio a primeras horas de la tarde. Nos encerramos en nuestra habitación, Julia encendió un pitillo, comenzó a pasear alrededor de la cama, y se puso a pensar en voz alta:

—Lo más urgente es que hables con tu madre y le comuniques que te vas a quedar, pero como si le dieras una información sobre algo que ya ha decidido tu padre. No se te ocurra pedir su parecer, porque su parecer será que te vayas a Aljarafe. Tú le comunicas los hechos como un parte de guerra. Algo así como: «Papá ha decidido que me quede con Nela...».

—Pero no lo ha decidido mi padre...

—¡Ya lo sé! —me interrumpió impaciente—. Es una manera de hablar. Lo que



quiero decir es que no se te ocurra pedirle su opinión, sino... informarle de los hechos consumados. Bien. Luego tenemos a Nela y a su padre, el insoportable padre de Nela...

Así como Nela era más bien larguirucha, semejante a su madre, que a todos nos parecía alta y esbelta, su padre era rechoncho, y a Julia y a mí no nos caía nada bien, porque en las fiestas del casino nos decía: «¿Y que tal se lo pasan las pollitas?», y en vez de miramos la cara, sus ojos se colaban por el escote de nuestros vestidos.

Julia dejó de pasear y se echó en la cama a mi lado. Me alarmó, porque cuando se quedaba quieta se quedaba sin ideas, pero me tranquilizó enseguida anunciándome:

—De Nela me encargo yo.

Desconozco qué le dijo Julia a Nela, pero al día siguiente, en la playa, Nela comenzó a decirme que ella había pensado... bueno, si a mí no me parecía mal, que... en fin, puesto que Julia no se iba a ir conmigo a Aljarafe... que por qué no me quedaba con ella en el chalet. Su habitación tenía dos camas...

—No sé, no se me había ocurrido. Además, tampoco sé que pensaré mi padre...

—Lo mejor sería que le llamara el mío, ¿te parece? Así le damos un aspecto formal y, luego... ¡quemamos San Pedro!

«¡Quemar San Pedro!» era una frase de Julia, un grito tras el tercer cuba libre, que significaba muchas cosas y que concluía por ser un término literal, pero reducido, porque nos íbamos hacia el principio de los arrecifes y encendíamos una hoguera a cuyo alrededor nos quedábamos hasta más allá de la medianoche.

Algunos chicos se daban un chapuzón, yo creo que más por impresionarnos a las chicas que por deseos de bañarse, y algunas chicas también se arriesgaban a meterse en el mar, pero luego venía la enojosa espera a que se secase la ropa interior y su impúdica exhibición encima de alguna roca. Pudores aparte, el mar, de noche, siempre me ha impresionado. Ese lomo oscuro de animal mugiente que se agita sin cesar me inquieta y me llena de pavores y miedos antiguos, de la intuición de esos seres que pueblan las leyendas del Mediterráneo, el mar de Ulises, de los dragones, de las sirenas, de Poseidón enfadado. A mí siempre me ha parecido que para adentrarse en el mar de noche hay que tener una justificación, un objetivo, como pescar o viajar, y que adentrarse en el mar por frivolidad o por divertimento es, de alguna manera, provocar sus enfados, incitarlo a que se agite, a que el viejo monstruo te engulla.

—Me ha llamado el alcalde —me informó mi padre con un orgullo difícil de disimular—. Le he dicho que te puedes quedar. Y he aprovechado para establecer una cita, porque le tengo que hablar de los terrenos de la fábrica.

—¿Cuándo te marchas a Aljarafe? —inquirí impaciente.

—El próximo viernes. Ya le he dicho a Tachi que te prepare una maleta con lo que necesites, y que el chófer la lleve al chalet de tu amiga.

Algunos de los chóferes de los camiones, cuando se jubilaban por la edad, se ofrecían a mi padre para llevarle y traerle en su automóvil. Siempre se trataba de

personas mayores que conducían con una lentitud desesperante, como si continuaran maniobrando con un camión, pero por las calles de la ciudad.

—¡Ah! Te dejaré una llave, por si se te olvida algo. Se la puedes dar a la madre de Nela para que te la guarde.

Ni esas palabras, ni la entrega efectiva de la llave que tuvo lugar el jueves siguiente, a pesar del énfasis que puso mi padre, como si me confiara la llave de un castillo, fueron considerados por mí actos importantes, hasta tal extremo que la llave —que luego jugaría un papel decisivo en mis relaciones con Louis— se quedó abandonada en el cajón de la mesilla que me había cedido Nela.

Enamorarse es un verbo reflexivo que indica la mayor de las irreflexiones. ¡Por fin, sentía algo parecido a lo que debían sentir las heroínas de las películas del Rialto! Mejor dicho: por fin experimentaba algo que ninguna mujer debía de haber sentido, porque cuando te enamoras, sobre todo por primera vez, es como si antes de ese acontecimiento nadie en la Tierra hubiera sufrido esa serie de trastornos, esa suave locura, esa borrachera tejida de sensualidades y sueños.

No puedo decir con precisión cómo era Louis, pero sí recuerdo la morbosa obsesión por estar a su lado, la sensación de creer que junto a él nunca sucedería nada desagradable, la nostalgia mezclada con la esperanza de verle al día siguiente después de la despedida, la somnolencia en la que su rostro se mezclaba con los difuminados albores del sueño, el sobresalto de escuchar su voz por teléfono, el desencanto por los retrasos, la nerviosa espera y el borrón de las impaciencias con su sola presencia, al traer consigo la absolución total.

Creo que con Louis cometí todas las maravillosas estupideces que hacemos las mujeres cuando nos hallamos bajo ese síndrome, que es casi una enfermedad y que, a pesar de ello, siempre esperamos volver a contraer, aunque sea con un desilusionante marido.

La mayoría de las mujeres somos una rara mezcla de pragmatismo y romanticismo, circunstancias antitéticas que hemos logrado que convivan dentro de nosotras, y que puede que por ello nos hagan misteriosas o incomprensibles a los ojos de los hombres. Porque en medio de esa ebriedad, tanto al inicio como en los momentos culminantes de nuestra pasión, creo que no perdí de vista los detalles más minuciosos. Al principio —eso sí, ayudada por Julia— lograba quedarme junto a él, coincidir en el sitio de al lado en la fogata nocturna... Y luego fui yo la que planifiqué con toda meticulosidad, como si se tratara del asalto a un banco, el encuentro a solas con Louis... en mi casa.

Fue una decisión a la que me animó Julia:

—Creo que ya tienes edad de mantener unas relaciones completas, Clara.

—¿A qué viene eso?

—Por nada, lo decía porque si te gusta el chico... Bueno, mejor con él que con otro, ¿no?

Aquella frialdad de Julia no me agradaba, o puede que mi suspicacia de

enamorada no admitiese injerencias, ese sentido de la propiedad sentimental que nos asalta respecto a las relaciones con nuestra pareja y que somos más proclives a romper y compartir cuando las cosas no van bien.

Pero como todo lo que me decía Julia concluía por ser determinante, sopesé algo que creía que, de producirse, debería ser iniciativa de Louis o porque unas circunstancias providenciales nos abocaran a ello, pero sin mover un dedo o, al menos, sin tener que ocuparme yo de los engorrosos detalles.

Me ocupé de los engorrosos detalles. En primer lugar, aunque en esa época no se hablaba del sida, el terror a quedarnos embarazadas constituía uno de los argumentos más influyentes para practicar la castidad. Podía procurarme un preservativo, pero no me veía yo en situación de sacar del bolsillo de mi pantalón vaquero un condón y dárselo a Louis, como quien le alarga un pañuelo a un niño mocososo. No sólo me parecía de un pragmatismo que rompía cualquier tentación lírica, sino que Louis podía pensar que mis pantalones estaban llenos de preservativos para prestárselos a los chicos que me llevaba continuamente a la cama. Julia volvió a aportar su celestinaje, y fue ella quien se lo proporcionó, advirtiéndole que en Etnacila, si quería llegar a intimar con cualquier chica, debería tenerlo al alcance de la mano. Pero Louis lo rechazó, porque traía un surtido francés, según me contó Julia, como si en lugar de venir a pasar unas cortas vacaciones se fuera a quedar a vivir un año.

Solventado ese engorroso detalles, quedaba el aprovechamiento de la llave de mi casa, aspecto que parecía sencillo, pero que no lo era tanto. Para entrar en la casa había que penetrar por el portal, saludar al portero, que en seguida preguntaría por mi abuela, por mi madre, por tía Dori y por mis hermanos; subir hasta nuestro piso y abrir la puerta sin tropezarte con ningún vecino. Todo eso no lo podía hacer con Louis al lado. Él tendría que subir más tarde, pero ¿cómo? Lo primero que haría el portero, al encontrarse con una persona desconocida, sería preguntarle adónde iba. ¿Adónde podía ir Louis?

En el primero, encima de nosotros, vivía un dentista que pasaba consulta por las tardes, de cinco a ocho. Louis tendría que presentarse con apariencia cariacontecida, echarse la mano al carrillo con expresión de dolor, y confirmar con el portero si la consulta del dentista estaba en la primera planta. El plan no podía ser más sencillo.

No fue sencillo. Lo más fácil resultó mi entrada en mi propia casa, el saludo al portero, los inevitables recuerdos para la familia, mi llegada a la puerta, la apertura de las dos vueltas con las que había cerrado mi padre, y la entrada en el piso abandonado. A partir de ahí, la nerviosa espera durante los cinco minutos que tardaría Louis en llegar y que se hacían largos, tan largos que pasó media hora y Louis no venía; yo, con el ojo escudriñando la escalera a través de la mirilla, y ni rastro de Louis, a pesar de que, a poco de entrar, y mientras me dirigía a mi habitación —había pensado que nuestro encuentro debería tener lugar en mi habitación— creí haber oído la voz de Louis, ese período terminado en un tono más agudo, como si cada frase hubiera de concluir en un minúsculo calderón.

Cuando ya llevaba una hora aguardando decidí salir, sopesando las hipótesis más inverosímiles. Había visto por la tele una película en la que una pareja queda citada en lo alto del Empire State Building. No saben su dirección: sólo saben que se aman y que tienen una cita en lo alto del rascacielos. Él acude puntual. Ella viene un poco más retrasada, y, aturullada por la tardanza, cruza imprudentemente la Quinta Avenida y es arrollada por un coche. Jamás llegará a la cita. Mientras tanto el hombre pasa las horas en la terraza del rascacielos hasta que la tarde se oscurece, y decide abandonar el lugar de la cita con el dolor y el desencanto de una tremenda frustración. Nunca sabrá lo que sucedió. Pensará que ella cambió de idea, que le mintió, que no se atrevió a dar el paso que le había asegurado que daría... Y a mí me pareció atroz esa ignorancia, ese final tan infeliz.

Podía estar sucediéndome a mí algo parecido. Quién sabe si a Louis le había ocurrido algún accidente, si le había atropellado un automóvil en la avenida de España, si se había puesto enfermo...

Bajé las escaleras con el temor de encontrármelo hablando con el portero, pero la portería permanecía silenciosa; agité la mano para despedirme y salí a la avenida con la sospecha de que enfrente habría un corro de personas alrededor de un cuerpo tendido. No había nadie. Eran poco más de las cinco de la tarde y el termómetro de la farmacia marcaba treinta y cuatro grados a la sombra.

Subir otra vez a mi casa para llamar por teléfono a casa de Julia me parecía demasiada exhibición delante del portero, así que llamé desde una cabina de la avenida. Dentro, el calor era tan sofocante que, incluso para una etnailense como yo acostumbrada a las altas temperaturas, resultaba insoportable. Pregunté por Julia, primero, por Louis, después, y ninguno de los dos estaba. Tomé el autobús hacia la playa de San Pedro, lugar de reunión de la pandilla, aunque era demasiado temprano. Fue una tarde memorable, extraña, que podía haberse titulado *La tarde en que seguí siendo virgen*, y en la que vagué por las cafeterías del lugar, jugué al fútbolín con unas antiguas alumnas de las teresianas, fumé mucho, y gasté un montón de fichas en teléfonos públicos, hasta que me encontró Nela sentada en una terraza con el aire derrotado de una chica de la Cruz Roja después de asistir a las víctimas de un terremoto.

—¿No estaba el paquete? —me preguntó Nela.

Me encontraba tan cansada que debí mirarla como si acabara de salir de un quirófano, y es que en mi provechosa carrera de mentirosa le había dicho a Nela que tenía que recoger un paquete muy delicado, siguiendo instrucciones de mi padre.

—No, no. Tendré que ir otra tarde.

A pesar del esfuerzo que representaba salir de mis atormentadas suposiciones me alegré de tener compañía. No podía contarle mi secreto, pero el cielo se estaba oscureciendo, como en el ático del Empire, y me encontraba confundida y melancólica, como corresponde a una novia abandonada.

Es curioso que mientras sucesos de hace muchos menos años han desaparecido de

mi memoria, incluso en sus detalles más sobresalientes, tengo plena consciencia de aquella tarde, de los achinados ojos de Nela en los que adivinaba un deseo de complacerme, y de mi situación de repudiada sin causa.

Nos encontraríamos con Julia y Louis, y un chico que acompañaba entonces a Julia con más frecuencia que otros, un poco antes de que Nela y yo tuviéramos que ir a casa a cenar, porque las reglas de mis anfitriones establecían la cena obligatoria sobre las diez de la noche, aunque luego nos dejaran salir a dar una vuelta por los alrededores del chalet. El concepto que teníamos Nela y yo de «los alrededores del chalet» llegaba hasta el mismo centro de Etnacila, y ni nos interesaba negociarlo con sus padres, ni sentíamos curiosidad por saber si coincidían en esa apreciación.

Louis y yo nos apartamos un poco de los otros tres, y en voz baja él me musitó un «ya te contaré» que me dejó todavía más intrigada.

Creo que luego fuimos a cenar a casa de Nela, pero el «ya te contaré» se descifró por la noche y parecía el argumento de un vodevil: Louis cumplió fielmente mis instrucciones, pero cuando estaba preguntándole al portero por el dentista dio la casualidad de que regresaba precisamente la mujer del dentista, quien se ofreció acompañarle, le convenció de que no merecía la pena tomar el ascensor porque eran sólo dos pisos, ella nunca lo tomaba, etcétera, y éstas debían de haber sido las voces que yo había escuchado cuando ellos pasaron por la planta principal, camino del primero. Yo le miraba la boca como si fuera a mostrarme las consecuencias de su osadía, pero no llegó a entrar en el consultorio: dijo que se había olvidado el dinero y huyó a la calle, y deambuló como yo por calles, plazas y paseos, no con la misma frustración, porque él, al menos, sabía las causas del desencuentro.

Me sentía demasiado decepcionada para intentar repetir el plan a la tarde siguiente. Nada le propuse y nada me dijo Louis. El acompañante de Julia había traído una guitarra, y tras los arrecifes encendimos una fogata y nos pusimos a cantar. Las ramas secas de las higueras y de los pinos habían formado un crisol de luz roja que oscurecía nuestras pieles morenas y destacaba el brillo de los ojos. Louis me tomó de la mano, su mano derecha en mi mano izquierda, entrelazamos los dedos, y me sentí segura de todo, de la inmortalidad del mar y del amor de Louis, de la razón de mi existencia y de la intensidad de aquel momento, como si toda mi vida anterior hubiese sido una preparación para que Louis esa noche me tomara de la mano, y, allí, frente al Mediterráneo, hiciéramos una promesa muda de futuro.

Algunas noches venían los guardias y nos ordenaban que apagáramos la hoguera. Y aparecieron y rompieron el encanto, y nos replegamos hacia el paseo marítimo, Louis y yo más rezagados: no sé si consciente o inconscientemente, me dejaba llevar. Julia se volvió y frustró el intento de llamamos de Nela, así que, sin decir nada, volvimos otra vez a la zona de los arrecifes, en silencio, como si tuviéramos que cumplir una misión.

La cumplimos en una gruta minúscula que se formaba al otro lado de una roca enorme que era el comienzo de la transición hacia la otra playa. Mi lecho fue la arena

húmeda y algún canto suelto, pero esas percepciones quedaban difuminadas por mi preocupación y mi inexperiencia. Menos mal que Louis fue delicado. Y paciente. Y cuando empujó con energía después de los preámbulos, creo que me sentí parte de la tierra que me sujetaba, como un planeta inteligente que recibe a otro cuerpo astral, o simplemente como una hembra que recibe el homenaje del macho. Sé que luego tenía los ojos como si hubiera llorado, y que pasamos un buen rato intentado encontrar una de mis sandalias que no aparecía. En nuestro apasionado abrazo le debíamos de haber propinado una patada y había ido a parar a la entrada de la gruta. Y luego de arreglarnos las ropas, un poco cansados, un mucho felices, nos sentamos en un banco al final del paseo marítimo y Louis me habló de sus padres, de Monique, una chica francesa que estudiaba con él, y que yo intuí que era su novia, y de su hermana mayor, que era muy inteligente, daba clases de Filosofía en la Sorbona e iba en silla de ruedas. Los domingos por la mañana Louis sacaba a pasear a su hermana por el Bois de Boulogne, les echaban comida a los patos, y Louis le contaba sus secretos y su hermana le daba consejos, pero no consejos directos, sino que, al hilo de lo que le había contado, ella le narraba el retazo de la biografía de un filósofo o alguna anécdota de su vida que tenía alguna semejanza con lo que le había sucedido a él. «¿Lo has entendido?», le preguntaba su hermana. Y cuando él aseguraba que sí, volvía a contarle otra historia en que la moraleja era de signo contrario, lo que al principio le desconcertaba, pero luego le ayudó a interpretar que las decisiones las debe tomar uno según su propio criterio. «¿Y vas a tomar alguna decisión dentro de poco?», me atreví a preguntarle.

Se me quedó mirando un rato, me rozó los labios suavemente con los suyos, y dijo que sí. Yo no insistí en hacerle más preguntas. Hubiera supuesto arrinconarle de manera innecesaria.

Cuando volví a casa, la madre de Nela me estaba esperando despierta. Se me había hecho tarde. Le dije que unos gamberros me habían quitado una de las sandalias y que no me atrevía a volver hasta que no la hubiera encontrado. Asintió con la cabeza para tranquilizarme, pero me di cuenta de que mi aspecto debía ser horrible. Después, cuando entré al baño a cambiarme, lo pude comprobar. Nela dormía plácidamente. Mire el reloj y vi que eran las cuatro de la madrugada. Creo recordar que me costó mucho conciliar el sueño. Sentía un escozor desconocido en los labios interiores de la vagina y la placentera rememoración de los dedos de Louis entrelazados con los míos, mientras cantábamos alrededor de los rescoldos de la fogata. Nela me contaría, años más tarde, que su reacción tras la primera vez fue de nerviosismo, y que estuvo inaguantable los días siguientes. A mí me sucedió justo lo contrario. A pesar de que había incumplido los mandamientos de la Iglesia, las normas de las madres teresianas y las recomendaciones maternas, me sentía en paz conmigo misma. Y cuando los primeros rayos de la alba llamaban con sus puños de luz a la oscura madrugada, me aovillé en la cama como si quisiera guardar dentro de mí el calor y la energía dada y recibida, o como si quisiera proteger el sosiego

alcanzado de los peligros exteriores o de la luminosidad del nuevo día que se anunciaba.

Una semana antes de la partida de Louis, nos peleamos. No recuerdo el motivo, pero al motivo seguramente nimio se sobrepuso el orgullo de los dos y, a partir de ahí, ninguno aceptó la humillación de dar el primer paso. Luego, todo se complicó de una manera casi cómica, porque pillé el sarampión. El sarampión se pasa en la infancia y, generalmente, se contagia durante los períodos invernales. Yo lo pasé a los dieciocho años y en pleno verano, una de esas rarezas estadísticas que se comentan con incredulidad. Y menos mal que un amigo del padre de Nela vino a verme cuando el período exantemático hacía imposible equivocarse el diagnóstico por las manchas en la cara y detrás de las orejas. Vino mi madre con Tachi desde Aljarafe y me llevaron a casa donde pasé tres días con unas fiebres altísimas. Al cuarto día comencé a tomar alimentos algo más sólidos y me bajó la fiebre. Fue como volver al mundo de los vivos después de haber vivido en una especie de limbo y me acordé enseguida de que faltaban cuarenta y ocho horas para que Louis se marchara. Según me había contado, iba en tren a Madrid y allí tomaba un vuelo de Air France hasta París.

A escondidas de mi madre, y con la excusa de que quería tomar unas notas de cara a mi ingreso en la universidad, le escribí una larga carta a Louis y se la entregué a Julia para que se la diera. Julia dijo que lo podía traer a casa, pero yo rechacé la propuesta por coquetería, porque tenía la cara llena de manchas, porque estaba hecha un desastre y porque no deseaba que me viera en aquellas condiciones, y que ésa fuera la última imagen que se llevara de mí.

Nunca recibí respuesta suya. Siempre que le pedí la dirección a Julia me daba largas o me comentaba que no debería rebajarme, puesto que él no me había contestado. Julia sufría al verme así, y se avino a acompañarme a Aljarafe donde intentamos en vano recordar los veranos felices allí pasados. Pero yo no podía evitar el recuerdo de Louis, ni comprendía su desprecio, ni entendía su frialdad, ni podía asumir su olvido. Mi madre lo achacaba a la enfermedad, y me rodeaba de unos mimos insólitos que lejos de aliviarme, me agobiaban e incluso me llegaban a molestar. Fue la Sacristana, un día en que Julia y yo haraganeábamos por el huerto, la que tuvo la perspicacia de comentar algo así como que «los amores que se van dejan el sitio a los nuevos», dicho en voz alta, pero como si hablara con las lechugas y los tomates. Me indignó aquella observación y creo que le dije alguna de las impertinencias que la gente de la burguesía suele dedicar a la servidumbre para descargar su malhumor. ¡Pobre Sacristana! ¡Cómo si ella tuviera la culpa de lo que me sucedía! Incluso Julia me afearía después, en mi habitación, lo que le había dicho a la Sacristana, haciéndome sentir más desgraciada todavía.

No fue un verano feliz. Julia se portaba muy bien conmigo, permanecía pendiente de mí y hacíamos proyectos sobre las empresas comunes que nos disponíamos a realizar. Un día nos hacíamos azafatas de Iberia y recorríamos el mundo. Al otro, con un préstamo de alguien, fundábamos en la playa de San Pedro una discoteca que sería

la más famosa del país. O bien, Julia lograba hacer trizas el corazón de un millonario norteamericano, y aceptaba casarse con él, siempre y cuando yo les acompañara allá donde fueran.

—Bueno, incluso podría ser el marido de las dos, porque a mí me parece que con los maridos norteamericanos no hay que ser celosa, ¿no? —añadía Julia.

Y me miraba a los ojos como si se tratara de una proposición tan razonable como inmediata, y yo tuviera que dar mi consentimiento.

Esa seguridad, esa capacidad que tenía Julia de convertir en verosímil cualquier sueño o cualquier locura, me proporcionaban a mí el aplomo del que carecía. Con ella todo parecía posible. ¿Por qué no íbamos a ser unas importantes empresarias del mundo del espectáculo? ¿Quién se oponía a que funcionara correctamente un *ménage à trois*, como si no fuese algo que ocurría en la realidad?

Llegó el final del verano con un alivio y una tristeza. El alivio fue que la compañía de Julia, sus esfuerzos y su dedicación, lograron que el hueco dejado por Louis fuera asumido por mí como un percance doloroso, pero no como un accidente irremediable. Y la tristeza vino de la misma fuente que la cura, porque Julia decidió marcharse a Madrid. Le habían ofrecido un papel en un documental, había conocido a un promotor publicitario y le tentaba la aventura. En realidad, Etnacila se le había quedado pequeña, o mejor dicho, le ahogaba un lugar donde desde la noche de San Juan hasta la siguiente noche de San Juan, casi todo resultaba previsible.

Fui a despedirla a la vieja estación, junto al puerto. También había acudido su padre, al que casi no reconocí, terriblemente avejentado, y su madre, que no cesaba de mirar a su hija como si no la fuera a ver nunca más. Debe ser cierto eso de que hay premoniciones maternas que intuyen el futuro. Porque aquella despedida que parecía un pequeño paréntesis sería el principio del largo viaje de Julia que la llevaría a Madrid y, de allí, a Estados Unidos. A mí me parecía que nos veríamos en las navidades próximas, en los carnavales como muy tarde, y, desde luego, que volveríamos a compartir un verano en Aljarafe, cuando las buganvillas revientan y las parras dan más sombra, cuando las chicharras saludan por la mañana y los grillos cantan al anochecer. En realidad, mi primer desengaño amoroso me había vuelto más vieja, y, como suelen hacer los viejos, a mis dieciocho años ya quería volver al pasado, a aquellos otros veranos en los que ni siquiera éramos un proyecto de mujer y reíamos por todo y por nada, y la vida era un pastel interminable que nos ponía nerviosas porque no sabíamos por dónde empezar.

Julia llevaba una maleta demasiado grande y unos zapatos gastados. Por un momento, me pareció una más de esas chicas provincianas que abandonan su lugar de origen y se marchan a la conquista de un sueño que nunca se cumplirá. Pero en sus ojos negros, en su resolución al subirse a las escaleras del vagón, en su aplomo al decirnos adiós mientras el tren se ponía en marcha con la pereza del primer deslizamiento, se observaba una resolución que hacía inútil cualquier intento de protección, porque era ella la protectora, era ella la fuerte.





## Capítulo cuarto

¿POR QUÉ ME CASÉ CON EMILIO? LA PREGUNTA me la formulé mucho antes de que iniciáramos los trámites de separación, posiblemente cuando Alvarito andaba por los cuatro o cinco años, uno de esos días llenos de frustraciones en los que llega la noche y tu príncipe azul, que tiene la panza blancuzca, te exige el débito conyugal, y tú te sometes como debieron hacer toda la generación de las Olayas anteriores, y, mientras transcurre el acto, te dedicas a pensar en la hora que te han dado para la peluquería al día siguiente, en las necesidades de la intendencia familiar, hasta que escuchas un gruñido familiar que quiere decir que el expreso procedente del Deseo está a punto de llegar a la terminal del Orgasmo, y entonces colaboras con pericia de mecánico, porque sería mucho peor un cambio de agujas, el correspondiente descarrilamiento, y quién sabe si la fatigosa tarea de tener que dar de nuevo el banderín de salida al tren.

Y siempre que me hacía esa pregunta, con esa angustia de culpabilidad que nos persigue a las mujeres ante cualquier fracaso sentimental, surgía un largo rosario de circunstancias agravantes, y una de las más claras, al menos eso me parecía, era la ausencia de Julia.

Si Julia hubiera estado conmigo no habría permitido que me casara con Emilio. Me habría diseccionado al personaje de una manera rotunda, habría aclarado mis confusas sospechas con alguna definición contundente y, sobre todo, cuando ya las cosas estaban tan avanzadas y fui cobarde, y no me atreví a dar el paso atrás que hubiera supuesto el escándalo del lustro en Etnacila, me hubiera apoyado, me hubiera consolado e, incluso, se habría enfrentado a todo el clan familiar, capitaneado, no ya por mi padre o por mi madre, sino por mi hermano, al que una sugerencia medrosa, esbozada por mí con escasa convicción a la hora sagrada de la comida, le suscitó tal catarata de advertencias rayanas en la cólera que me acogotaron y me encaminaron a creer que ése era el Destino con mayúsculas, y que echarle un pulso al Destino no debía ser tan buena idea como antes de sentarme a comer me había parecido.

Creo que la ausencia de Julia aumentó mi fragilidad, y se apoderó de mí esa tendencia a dejarme llevar por los acontecimientos, como si los acontecimientos fueran gente de fiar. Nunca había sido una rebelde como Julia, pero su presencia cercana sacaba los escasos gramos de insumisión que yo guardaba en mis honduras, afloraba esa porción subversiva que toda persona lleva dentro, y, sin pretender estar a su altura, me proporcionaba la dosis de seguridad suficiente para poder decir «no» en determinadas ocasiones.

Pero dije «sí» en la capilla de las teresianas, adornada con rosas blancas y hortensias de color azul cielo, y lo dije con escasos temores, e incluso en los dos o tres años siguientes creí que no me había equivocado, porque sinceramente fui feliz. Fui feliz durante la luna de miel, lo fui durante el embarazo de Alvarito, y las cosas que no me gustaban de mi marido, que eran muchas, las anotaba en el inventario inevitable de la maridología, tal como parece que hacían otras mujeres casadas con más experiencia que yo.

A pesar de la observación apuntada al principio, debo decir que mis relaciones sexuales con mi marido fueron satisfactorias. Dejaron de serlo cuando el inventario de lo que nos separaba se espesó y es bastante difícil, al menos para mí, que el cerebro vaya por una lado y la vagina o el clítoris por el otro. A lo mejor Mozart era un desastre en la cama, pero si resucitara y entrase en mi alcoba, por muy torpe que se mostrara, creo que surgiría en mí esa sabiduría histórica de las hetairas y no me sentiría defraudada si lograba proporcionar placer a un ser al que he admirado desde que escuché las primeras grabaciones por la radio. Por el contrario, es muy difícil al volver de una de esas terribles cenas de los sábados, donde tu marido se ha mostrado torpe, donde los llamados amigos le han tomado el pelo, pero no con esa familiaridad irónica de los amigos, sino más bien con ese despiadado desprecio de quienes le han perdido el respeto.

Si hubiese sido un perdedor a secas —y era un perdedor— habría despertado en mí el instinto de protección y la empatía que siempre he sentido por los perdedores. Pero era algo mucho más complejo y más repugnante. Se trataba más bien de un derrotado fanfarrón, que se mostraba déspota con los inferiores y que se volvía cada vez más servil con los que podían favorecerle en algo, incluidos los llamados *amigos*. Se trataba de un alcohólico que no buscaba su destrucción con premeditado cálculo, porque el mundo le importara una mierda, sino que el mundo, el mundo burgués en el que siempre se había desarrollado, le fascinaba con todos sus vicios y miserias, y al notar que iba siendo desplazado de él, se tornaba melancólico y se ponía a contarle sus penas a una copa. Y la copa le aconsejaba mal. A veces, le aconsejaba que debía mostrarse fuerte, borrando al turiferario que había adulado por la mañana a más de dos o tres poderosos, y parece que el método más rápido y más a mano era mostrarse desagradable con su mujer, primero, y levantarle la mano, después.

La primera vez que me pegó una bofetada no lo podía creer. Rara vez mi padre me había humillado de aquella manera, a pesar de que el procedimiento había sido empleado con Javier, según presencié, en un par de ocasiones. Me quedé tan llena de estupor, me parecía tan imposible que me sucediera aquello, que hasta unos segundos antes resultaba tan improbable y tan extravagante, que el inusitado ataque me dejó paralizada, centrada mi atención en el calor de la mejilla donde había recibido la bofetada, atrapada por el dolor físico, porque si atendía el dolor moral intuía que podría desmayarme.

¿Qué se hace en esas ocasiones? No tienes la serenidad para comentar con

frialdad algo así como: «¿Crees que vas a estar menos borracho si me pegas?», o un sarcástico: «Sabía que eras valiente, pero no tanto». Esas cosas se les ocurrían a las Julias, pero no se nos ocurrían a las Claras. La única entereza a mi alcance fue quedarme impasible y mirarle a los ojos. Bastante hice con no echarme a llorar, que me apetecía, o marcharme corriendo, o ponerme a gritar, lo que le hubiera excitado todavía más. Me quede allí, quieta, mirándole como si mirase a un frigorífico que acabara de transformarse en una maceta, o como si al tocar a mi propio hijo notara en su piel la rugosidad de los saurios y en su cara las facciones de un *gremlin*.

Por muy borracho que estuviera algo debió vislumbrar por entre los vapores de la ebriedad, porque se dio media vuelta, marchó por el pasillo, rompió el jarrón de la entrada, salió al descansillo y pegó un portazo. Y me quedé sola, sola con Alvarito, que dormía todavía en una cuna que ya estaba a punto de abandonar.

No quise volver al dormitorio, porque la idea de que él regresara mientras yo estaba durmiendo me producía miedo y repugnancia, puede que más repugnancia que miedo, y me tendí en el cuarto de Alvarito, en el sillón en el que había velado sus catarros y sus enfermedades infantiles, envuelta en una bata, que me había regalado el abofeteador el último día de mi cumpleaños, rumiando lo que acababa de suceder, adormilándome a ratos, despertándome sobresaltada otros, hasta que me dormí más profundamente de lo que yo esperaba. Cuando abrí los ojos, allí estaba mi marido, observándome desde la puerta con una media sonrisa amistosa. No se atrevió a acercarse, pero me saludó amable, me explicó que ya le había dado un beso al niño y que había dejado hecho café en la cocina, por si me apetecía desayunar.

Excepto el detalle de que no se había acercado a darme un beso de despedida, aunque fuera uno de esos besos rutinarios a punto de repetirse a la misma hora y en la misma circunstancia, parecía que no había sucedido nada. ¿Se le había olvidado? ¿Tan borracho estaba la noche anterior que no se acordaba?

Se acordaba. Al mediodía, cuando una amiga de Tachi que venía a ayudarme en las tareas domésticas, pero que en realidad se dedicaba a tenerme entretenido al niño, se disponía a salir a dar una vuelta con él en el cochecito, apareció un muchacho que me resultaba conocido con una docena de rosas rojas. Abrí la tarjeta. Era de Emilio y decía: «Te quiero». Las flores venían de El Jardín, la floristería de la que era cliente mi padre, la que empleaba siempre para enviar ramos a las mujeres de los gobernadores civiles, a las esposas de los concejales, o a las concejales, que ya empezaba a haberlas. Y me molestó, porque Emilio trabajaba con mi padre y mi hermano Javier en la fábrica, y habría enviado a alguna de las chicas de la oficina con la tarjeta a encargar las flores, cuyo coste pasaría a engrosar la factura de la empresa. Es decir, había actuado lo mismo que si se tratara de un asunto comercial, como si intentara ponerse a bien con un cliente al que se le ha molestado con una torpeza que es necesario subsanar. Naturalmente, yo era una cliente importante. Nada menos que la hija y la hermana de los dueños.

Podría haber hecho una interpretación más positiva, pero los procesos de entropía

afectiva cuando se ponen en marcha son imparables y su carga destructiva comienza en las hipótesis.

Y, sin embargo... Sin embargo hubo un tiempo en que Emilio me pareció diferente a los ejemplares masculinos de Etnacila, encerrados la mayoría con los juguetes de los festejos, y el sobado y repetitivo juguete de la liga de fútbol.

Bien es cierto que el ambiente que se respiraba en casa era cada vez más hosco. Con la muerte del general Franco y la llegada de una nueva clase política habían variado las claves de influencia y de poder. Una gran parte de las familias poderosas había optado por adaptarse a los nuevos tiempos, y no era raro encontrar los mismos apellidos de siempre en partidos políticos, no ya diferentes, sino opuestos, pero otras, como había sucedido con la nuestra, habían optado por la fidelidad al dictador fallecido, lo que ocasionó su desplazamiento de los centros de poder. Mi padre no se resignaba. Estaba acostumbrado a resolver los problemas con dos llamadas de teléfono. Ahora, tenía que pedir audiencia, guardar antesala, y ser observado, más que como un igual, con la desconfianza que los neófitos reservaban a las personas que identificaban con el régimen anterior. De pronto, una clase nueva, tremendamente joven, ocupaba las presidencias de las diputaciones provinciales, las alcaldías, los gobiernos provinciales... Algunos debían el cargo a una pirueta ejecutada en poco más de un año, y otros, procedentes de una clandestinidad que yo conocía muy ligeramente por comentarios que me había hecho Julia, eran gente que había conspirado desde la comodidad del salón o desde la incomodidad de los comités que les habían llevado a pasar por cárceles y comisarías.

—Esto no puede sostenerse —decía mi padre en medio de la comida, sin saber si se refería al plato, a la fábrica o al país—. Esto es un desastre. ¿Sabéis quién es diputado por Tarragona?

Y como nadie lo sabía, y, aun si lo hubiera sabido se hubiera callado cortésmente para permitirle que lo explicara, proseguía:

—¿Os acordáis de aquel tipo pequeño, de Reus, que quería poner una panadería, y vino a ver la fábrica en un Seat 1400, con la puerta del copiloto atada con un alambre? La tenía atada con un alambre, porque si no se le caía la puerta al suelo... Bueno, pues ése es diputado por Tarragona. Y ése es el que hará las leyes que van a salvar el país.

Y movía la cabeza de un lado para otro, convencido de que el mundo se había vuelto loco.

Poco a poco, la urdimbre de influencias entre el poder político y el empresarial, la trama de intereses que sostenía los clientes más importantes de la harinera, se desfleca, y aquel tejido que parecía sólido y consistente comenzaba a tener agujeros mayúsculos por los que se iban las concesiones, los tratos de favor, los contratos que no hubieran resistido un análisis de competencia.

Mi hermano había vuelto de Valencia sin terminar los estudios, y se había incorporado al trabajo de la harinera. Se casó enseguida con una chica delgada,

escurrida, tímida, rubia y pálida, con la que nunca pude hablar de otros asuntos que de bolsos y zapatos. Aquel chico que se iba a comer el mundo, o que yo creía que se iba a dar un gran banquete, que era el único que se atrevía a enfrentarse a papá, se transformó enseguida en una versión paterna, algo defectuosa, porque no tenía el empuje, el genio, que yo veía en algunas ocasiones en mi padre. Mi padre se habría equivocado de táctica social, no habría tenido los reflejos de los que habían dado muestra alguno de sus amigos o, simplemente, era fiel a unas ideas más o menos autoritarias o totalitarias, pero poseía una energía interior que cuando afloraba en determinadas ocasiones me gustaba compararla con la de aquel Meralt que se perdió en Lombardía con un fusil y una cojera, ese genio de la gente cuyo pecho siempre parece un muro de acogida, un refugio que no traicionará.

Seguíamos celebrando las navidades con cierto esplendor, continuábamos asistiendo a las fiestas del casino, pero las vacaciones en la casa de Aljarafe ya no eran tan largas, los regalos eran menos rutilantes y, por primera vez, oía hablar de hipotecas, de pisos que habría que vender, de ciertas dificultades inherentes al negocio.

La *gran operación*, aquella que permitiría levantar en el lugar en el que se encontraba la fábrica un bloque de viviendas de doce o de quince alturas, a través de una permuta para reinstalar la fábrica en un polígono industrial, no llegaba a cristalizar. De pronto, aparecía mi padre alborozado con un rollo de planos, como si estuviesen a punto de culminar las negociaciones y sólo faltara una firmita, una simple firmita de nada. Pero la firma, bien del alcalde, bien del concejal de urbanismo, no terminaba de estamparse en un papel.

Recuerdo al arquitecto municipal, sentado enfrente de mi padre en uno de los dos sillones chéster del cuarto de estar de casa, con un vaso de *whisky*, celebrando anticipadamente con mi hermano el término feliz de las gestiones, o al mismo arquitecto —porque cambiaban los alcaldes, pero el arquitecto era siempre el mismo— lamentándose de la incompetencia de los políticos, de los escrúpulos fantasmales, o del celo urbanístico de la oposición que, como era su deber, se oponía a todo.

Durante varios años la merma de clientes, el ocaso de la harinera, las dificultades que suponía la competencia, la disminución de los beneficios, las nuevas inversiones en bienes de equipo que había que efectuar si se quería que la fábrica continuara funcionando, eran calificados de problemas pequeños, gracias a que llegaría la *gran operación* y los cuantiosos beneficios traerían la esperada prosperidad. «No tenemos prisa —decía al principio mi padre, antes de casarme—. Cuanto más tarden en decidirse, más caro va a ser el solar». Pero aun así, desde que le surgió la idea en los tiempos en que era alcalde el padre de Nela, se le veía envasado con el proyecto, algo así como si constituyera su gran misión en esta vida. Beethoven había nacido para componer la *Novena*, Colón para descubrir América, Freud para desarrollar el psicoanálisis, y mi padre para permutar los terrenos de la fábrica y levantar un bloque de quince plantas, frente al mar, en el sitio en que antes se molturaba el trigo.

Para que nada le distrajesse encomendó a Javier la dirección de la fábrica, y Javier se limitó a seguir la rutina aprendida, y a soportar con mansedumbre las rectificaciones, porque nuestro padre no era hombre que estuviera acostumbrado a delegar. Creo que Javier intentó algunos cambios, pero fueron neutralizados por mi padre, de tal manera que desistió de cualquier otro intento. A la tercera o cuarta vez que se propuso modernizar los métodos de fabricación, incluso cuando estuvo a punto de contratar un nuevo ingeniero, o de poner el asunto en manos de una consultoría, mi padre se opuso como si fuera una traición a él mismo y al abuelo, o sea, a nuestro bisabuelo.

Con el tiempo, Javier recibió la dudosa ayuda de Emilio, mi marido, y Toni, que a la postre resultó el más listo de los hermanos, o al menos quien más provecho sacó a los estudios, encarrilándose por los senderos de la Medicina. Es decir, que la fábrica que había servido para sostener con solvencia y desahogo a la familia de los Meralt-Olaya, en los tiempos más brillantes de su historia, pasó a tener que mantener a tres familias, precisamente cuando su rentabilidad era más escasa.

Cada año que pasaba la *gran operación* recibía un impulso inaudito, y cada año también, como si el mismo Sísifo se encargara de las gestiones, volvía a cundir la desilusión, el desencanto, y una arruga más se llegaba a formar en las bolsas que a mi padre se le iban formando bajo los ojos.

Un día mi padre me llamó misteriosamente para pedir que nos viéramos a solas, y me citó en la playa de San Pedro. Yo acudí con el temor de que las trifulcas con mi marido, las primeras, hubieran llegado a sus oídos, pero se trataba, de nuevo, de la *gran operación*.

Era a mediados de octubre, cuando ya se había marchado el turismo masivo y quedaba el de otoño, centroeuropeos jubilados con disponibilidades económicas, lo que el sector de hostelería llamaba *turismo de calidad*. No venían por el sol y las playas, sino por el templado clima que les permitía jugar al golf, disfrutando de días que se alargaban hasta las siete y media de la tarde, cuando en sus países hacía ya más de dos horas o tres que era de noche, y por los precios de los servicios, todavía bastante más baratos que en sus lugares de origen.

Sin embargo, a aquella hora de la tarde —habíamos venido cada uno en su automóvil como si fuéramos amantes clandestinos—, el vestíbulo del hotel Sidi San Pedro estaba medio vacío, y sólo había unas dobles parejas que parloteaban en inglés, seguramente dos matrimonios, y dos ejemplares masculinos de alemanes robustos, algo más jóvenes de lo que se solía llevar para la época, y que podían ser hombres de negocios, a juzgar por las carteras y los papeles que tenían encima de la mesa.

Cuando llegué, mi padre levantó una mano desde un sofá cercano a la cristalera por la que se veía la piscina, y me extrañó que ya estuviera allí, porque la puntualidad no era precisamente una de sus virtudes.

Me preguntó que qué tal estaba, algo absurdo porque hacía tres días, el domingo anterior, habíamos comido en su casa, y Alvarito le había manchado unos pantalones

claros con un chupachups de fresa, pero lo achaqué a la necesidad que tenía de no empezar de manera abrupta con la información que quería trasladarme.

Al principio supuse que se trataría de algo relacionado con tía Dori; con mamá, que pasaba por una temporada en la que se le veía alicaída; con Javier, no sé... Pero enseguida me empezó a hablar de la *gran operación*, de la decadencia industrial, a la que no eran ajenos los nuevos gobernantes que —según él— con la democracia habían traído también la ruina al país, y habían roto un ciclo de prosperidad económica irrepetible, las dificultades de adaptación, la competencia europea, cuyas industrias eran mucho más prósperas, en fin, el discurso habitual de almuerzos, comidas y reuniones, cuya subjetividad me era bien conocida, y que dialécticamente resultaba demasiado fácil de refutar, porque precisamente esas industrias prósperas habían crecido en países democráticos y, desde luego, que yo supiera, no había ningún francés, ningún italiano, vendiéndonos el pan. Mi padre siempre me hablaba sin olvidar que era mujer, es decir, un ser que no sabe nada de lo que sucede en el mundo, excepto en lo que se refiere a la moda. Con mi madre no había podido, porque las Olaya se protegían con los títulos académicos por delante, pero conmigo encontró una compensación satisfactoria, y creo que cuando dejé de ir a Valencia a examinarme de Filosofía y Letras se alegró, aunque tuve que emplear todas mis energías en rechazar su envenenada propuesta para recibir clases de piano: una cosa es que renunciara a las pompas de la independencia discutible de una licenciatura, pero me negué a que me destinara a interpretar *Para Elisa* y *Claro de Luna*, al final de alguna de las cenas de los sábados con objeto de halagar los oídos del arquitecto municipal, bien en euforias anticipadas o en melancolías consecuentes.

Tras hacer el repaso tópico, se puso a hablar en voz algo más baja, como si temiera ser escuchado por los matrimonios ingleses o por la pareja de alemanes, a pesar de que se encontraban bastante lejos. Se inclinó un poco hacia delante, obligándome también a mí a adelantar la cabeza hacia él, y me dijo con palabras suaves que la fábrica era un desastre, que llevaban ya más de tres años sin ganar dinero «y cuando no hay ganancias, las pérdidas están cerca», repitiendo uno de sus aforismos preferidos, y añadió que, si tenían en cuenta la compra de maquinaria nueva, necesaria para evitar paradas en el proceso de producción, la realidad era que la fábrica ya estaba en pérdidas.

Claro que —y aquí venía la referencia proverbial a la tabla redentora— todo quedaría reducido a una tormentilla pasajera si se lograba la permuta de los terrenos de la fábrica. O sea, la *gran operación*.

En algún momento, mientras salía de Etnacila y me acercaba hasta San Pedro, llegué a creer que mi padre me iba a hacer partícipe del secreto de la familia, y me iba a dar la versión oficial del nacimiento de Toni. Sin duda, recordaba que también Javier me había llevado a San Pedro cuando le insistí, pero yo no era Javier, porque a Javier sí se lo había dicho: yo era una mujer, aunque fuera una mujer ya casada.

—¿Hace mucho que no ves a Julia? —me pregunto de improviso.



—¿Julia? Pues... no sé. Tres años. Sí, creo que han pasado tres años desde la última vez que vino. Fue cuando murió su padre, ¿no?

—Sí, sí. Tres años.

Y como si eso fuera un acicate para proseguir con lo que tenía proyectado, siguió preguntándome:

—¿Te gustaría verla?

—Claro. ¡Que tontería! ¿Oye, no me irás a pagar un viaje a Los Angeles?

Mi padre sonrió a medias con indisimulada satisfacción y comentó:

—Algo parecido. Podríamos pagarle a Julia un billete de avión: ida y vuelta para que pasara unos días contigo.

Me quedé mirándole directamente a los ojos, intentando que me explicara el misterio, porque no resultaba nada coherente la situación ruinoso de la familia que me acababa de explicar con el despilfarro de pagarle unas vacaciones a mi amiga, por muy íntima que fuese. Tomó un sorbo de la copa de coñac y siguió en silencio, disfrutando del momento, casi a punto de felicitarse por la manera intrigante que había tenido de exponer el asunto, fuera el que fuese. No se por qué me irritó esa complacencia e indagué directamente:

—¿Qué es lo que tendría que venir a hacer Julia?

Un planteamiento tan crudo no estaba dentro de lo que él había planificado y le noté una contracción en la mandíbula, un rictus en la comisura de los labios que indicaba que la situación no le resultaba placentera. Sentí a la vez compasión por él y una cierta seguridad en mí misma, por haber sido capaz de desbaratar su planteamiento.

—En realidad, nada. O muy poco. Sería algo así como un ejercicio de relaciones públicas que podría salir bien, o no, pero que si saliese bien... Creo que podríamos compensar a Julia con una importante cantidad de dinero.

Se tomó otro sorbo, esta vez sin delectación, como si cumpliera con su deber de bebedor, y añadió:

—Mira, no he querido preocuparte, pero la situación no es muy buena. Hay unas hipotecas pendientes, plazos sin abonar... Tenemos bienes inmuebles, desde luego, pero ésta es una época bastante regular para la venta inmobiliaria, y la gente no tiene dinero, y ni siquiera compra las gangas... Los paquetes de acciones que hay en Bolsa, al margen de que tampoco representan una gran cantidad de dinero, se venderían en una etapa en que los valores están a la baja. Vamos, que la solución mejor para todos —y subrayó la palabra *todos* como si yo fuera una irresponsable o una insolidaria— es la permuta de los terrenos, y para realizar la permuta sólo falta una firma: la firma del alcalde. Los informes técnicos son buenos, el informe del arquitecto municipal no puede ser mejor... Sólo falta el último empujón —concluyó como si acabara de subir a una loma.

—¿Y cuál sería la misión de Julia?

—Tampoco se trata de una misión, como tú la llamas. Sería más bien hacer acto

de presencia e intentar que coincidiera en una cena... una cena que organizaría el concejal de Cultura, que es muy amigo de los Viladecans... Y en esa cena convendría que estuviera Julia.

—No lo entiendo, papá. Si quieres que yo se lo explique a Julia, me lo tienes que explicar antes a mí. Y me lo tienes que explicar del todo.

—¡Eso es lo que estoy haciendo, eso es lo que estoy haciendo! —reanudó mi padre su discurso, como si dijera «no empujen, por favor»—. Se da la circunstancia de que el alcalde es ahora Juan Viladecans...

—Sé quién es el alcalde. Salió con Julia...

—Exacto. Fue novio de Julia.

—Bueno, creo que el concepto que tenéis Julia y tú de los noviazgos no es coincidente. Pero es cierto que salieron juntos una temporada.

—Bien, pues ésa es la explicación. Nos gustaría, mejor dicho, nos interesaría que en esa cena estuviera presente Julia.

Me quedé callada un espacio de tiempo suficiente para no decir ninguna inconveniencia. Y, de la manera más suave de la que fui capaz, pregunté:

—¿De verdad crees que si el alcalde ve a Julia en la cena, al día siguiente, de lo contento que se pondrá, va a pedir la recalificación de los terrenos, o la permuta o como se llame, y la va a firmar? ¿Así de sencillo?

—Bueno, tampoco he dicho eso. Me gustaría hablar personalmente con Julia antes de nada. Yo he pensado que ella podría ser nuestro agente, nuestro representante. Naturalmente, aparte de los gastos tendría un porcentaje de la operación. Podría pedirle una audiencia al alcalde esa misma noche, y, cuando la recibiera, de manera hábil, pedírselo como cosa suya, como cosa propia, puesto que será también de su interés.

Como si yo fuera torpe, o no estuviera preparada para entender determinadas circunstancias, añadió:

—Sabemos por el concejal de cultura que el alcalde conserva un gran recuerdo de ella. Vamos, que lo estuvo comentando, de una manera casual, antes de un pleno, no recuerdo con qué motivo. Alguna película en la que ella había intervenido, no sé. Pero esa referencia fue la que me dio la pista, y la que me hizo concebir lo de la cena y lo que te he venido contando.

No tuve más remedio que expresarme como si fuera la propia Julia. Hablando de representantes la verdad es que yo representaba allí a mi amiga:

—¿Y se tendría que follar al alcalde en el despacho o podrían quedar en otro sitio?

Mi padre me observó tan alarmado como asustado y, a continuación, echó una mirada en derredor como si alguien hubiera podido escuchar mis groseras palabras.

—No me parece una manera correcta de hablar para una señorita.

—Señora, papá. Fuiste el padrino de mi boda.

—Pues más a mi favor. Las señoras que yo trato no hablan así.

Era el momento en que Julia hubiera dicho que «los señores que yo conozco tampoco contratan a las amigas de las hijas para que ejerzan la prostitución selectiva», pero yo era Clara, la dulce Clara, la mansa Clara, y me arrepentí:

—Lo siento, papá.

Mi padre se echó hacia atrás en el sillón, como si necesitara recuperar fuerzas, como si la conversación le hubiera resultado mucho más fatigosa de lo imaginado. Fue entonces cuando lo encontré más viejo. Es verdad que hacía unos tres días que habíamos estado comiendo juntos, pero me parecía que las bolsas bajo los ojos eran más abultadas, la mirada más opaca y los pliegues junto a las comisuras de la boca más numerosos. Había pasado más tiempo del que yo suponía y el vestíbulo se animaba. En la mesa donde se encontraban los que yo había tomado por robustos hombres de negocio alemanes había ahora dos matrimonios con aspecto yanqui, porque las mujeres iban con un traje de cóctel, y sólo las mujeres de Estados Unidos se ponían traje de cóctel para tomar un cóctel. Los japoneses se habían refugiado en un rincón donde parloteaban con sonido de delicadas piezas metálicas tintineantes, rodeados de bolsas de compras. El lote británico estaba en las mesas más cercanas a la barra, y el aparente grupo francés, o al menos francófono, porque podían ser belgas, se arracimaba en dos tresillos enfrentados, y eran los que más fuerte hablaban, mientras los nórdicos, con sus cabellos rubios y su espigada altura, se habían apropiado de la mayor parte de los taburetes.

Al cabo de un espacio de tiempo cuya prolongación hubiera resultado incómoda, le dije que hablaría con Julia y, entonces, tal y como presentía, arguyó mi padre que no, que de ninguna manera, que había sido una tontería suya, que se estaba haciendo mayor, que yo tenía razón y que no se me ocurriera decirle nada a Julia. Con ello logró que se trastocaran los papeles, y yo era la suplicante, la que rogaba, mientras él se negaba a la gestión, añadía que ya se las arreglaría solo, «como siempre», con objeto de dejar bien claro que el ofendido, el atropellado, el injustamente tratado había sido él.

Tenía dos opciones: acatar sus aparentes deseos y coincidir en su petición, y no hablar con Julia, o bien, continuar la comedia de mi súplica y sus iteradas negativas hasta que llegara el instante en que considerara su orgullo suficientemente satisfecho y accediera magnánimamente a mi petición, es decir, que se acordara hacer lo que él quería, pero como si se tratara de una concesión que efectuaba a regañadientes.

Julia hubiera optado por la primera de las posibilidades, pero yo era Clara y me avine a la representación, intensifiqué las súplicas hasta que quedó establecido que le escribiría una carta, porque los números de teléfono para contactar con Julia eran un baile de rectificaciones y, a la postre, lo más seguro era enviarle una carta urgente a su representante, que se la haría llegar en cuarenta y ocho horas.

Julia vivía en Los Angeles, o más bien podría decir que sobrevivía. De vez en cuando, atrapaba un papel en una serie, que ella se encargaba de vender en España como si fuera su inminente lanzamiento al estrellato, y de ese revuelo picaba algún

que otro papel en determinadas coproducciones europeas. Había temporadas en que se colgaba del teléfono y me contaba sus grandes proyectos, a las que sucedían períodos de silencio que yo respetaba. De repente, me comunicaba un domicilio nuevo, lo que significaba que las cosas habían mejorado o habían empeorado, hasta que llegó su intervención en *El cielo está muy lejos*, donde rodó un papel secundario junto a Meryl Streep, y fue seleccionada para el Oscar a la mejor actriz de reparto, su gran momento de gloria.

Pero eso fue en los noventa, y estábamos en el ochenta y tres, los años dorados de Felipe González y el partido socialista en España, casi todo el mundo optimista porque llegarían grandes milagros económicos, sociales e individuales, casi todo el mundo esperanzado porque íbamos a vivir mejor, casi todo el mundo, menos mi padre, pendiente —¡todavía!— de la *gran operación*.

Julia podía estar a punto de firmar el papel de su vida, trabajando de camarera en un restaurante, viviendo un apasionado e interesado romance con algún ayudante de dirección o con una de esas medianas jerarquías del departamento de publicidad de cualquier estudio, o deprimida y apática en un apartamento solitario.

Le escribí una larga y minuciosa carta relatándole los detalles del encuentro con mi padre, su barroca exposición y la petición que tenía que trasladarle, todo ello aderezado con observaciones irónicas, como si se tratase de un asunto escasamente serio y del que le informaba precisamente por lo chusco de la situación. Pero no fui leal con Julia. En aquellas circunstancias lo leal, lo verdaderamente amistoso, hubiese sido no contarle nada de la rocambolesca proposición. Lo auténticamente decente, lo que hubiera hecho una amiga perfecta, hubiese sido no darse por enterada de la conversación del hotel y escribir una carta sin ninguna referencia a la interesada corruptela. Pero entre bromas y veras, por entre la urdimbre de los sarcasmos, me porté como una truchimana y subrayé el estado económico en el que me iba a quedar, el difícil sostenimiento de eso que en Etnacila se denominaba *una posición*, es decir, que en el trasfondo, yo también estaba lanzando un grito de socorro, aunque fuera arteramente disimulado con una capa que pretendía ser satírica. Recuerdo con exactitud que le solicitaba un puesto de *script*, antes de que vinieran a embargarme el piso en el que vivía con Emilio y nuestro hijo, o que siempre me quedaría el recurso de ir a trabajar al huerto de la Sacristana, toda clase de hipérboles que en el fondo reclamaban su ayuda, toda suerte de exageraciones expuestas con mucha más malicia que sentido del humor.

A los tres días recibí una llamada telefónica desde Los Ángeles. Una señorita, en un inglés con acento tan español que le entendí casi todo, me comunicó que me iba a hablar *Miss Wood*. *Miss Ramírez* se había convertido en *Miss Wood* hacía ya cuatro años, lo que había originado algún comentario jocoso en algunas revistas españolas, pero al transformarse en *Julia Wood*, mi amiga había evitado tener que seguir escuchando los insoportables *guemayquez*, con que casi todos los anglohablantes pronunciaban su *Ramírez*. Me preguntó primero por Alvarito, como siempre; no

mencionó al padre de Alvarito, también como siempre, y se hizo eco de la carta de una manera casi entusiasta.

—Acabo de rechazar un papel de puta barata, porque era una película B, pagaban muy poco y, además, la mitad de las escenas tenía que estar con un vestido mojado, que es lo que más me jode. Cuando sea famosa le diré a mi representante (a otro, claro, porque éste es un capullo) que nunca firmaré una película en la que tenga sobre mi piel una tela mojada. Prefiero salir en pelotas.

—Bueno, en pelotas ya has salido un par de veces —apunté con escasa oportunidad.

—¡Y no dirás que no estaba estupenda! Se puede decir que en esa película lo más decente era mi culo. Quitas la mierda de guión, la dirección disparatada de ese mariquita, su amigo el director de fotografía, que no creo que hubiera fotografiado antes otra cosa que escaparates... y lo que queda soy yo. Y sin mucho diálogo, porque cuando estás desnuda tampoco necesitas dar una conferencia.

—Oye, Julia, respecto a la carta, si has recibido la carta...

—¡Claro que la he recibido! Por eso te llamo. Acabo de rechazar un papel de puta, pero este que me ofreces es en vivo y en directo... ¡Y en Etnacila!

—Mira, Julia, nunca te debí escribir, pero, no sé...

—¿Por qué no me ibas a escribir? ¡Me parece estupendo! He hablado ya con tu padre y creo que no me debo perder esa cena.

—¿Vas a venir?

—¡Naturalmente! ¿Te he fallado alguna vez? Bueno, voy a colgar, porque si continúo son capaces de descontarme la conferencia del próximo contrato. Te quiero. Besos para ti y uno muy gordo para Alvarito.

No sabía muy bien la diferencia de horario entre Los Angeles y Etnacila, pero era medianoche y en California debía de ser mediodía.

La noche no es buena compañera para pensar, al menos para mí. Parece como si la oscuridad me arrastrara hacia pensamientos negros. Me había llevado el teléfono inalámbrico al dormitorio, porque no me hubiera gustado que mi marido escuchara la conversación. Entró con los ojos adormilados de ver la televisión y comenzó a desnudarse. Yo aproveché la excusa de dejar el teléfono en el cargador para salir de la habitación, porque necesitaba estar sola.

Sentía una confusa mezcla en la que alternaba la alegría de ver pronto a Julia con la desazón de haber sido la provocadora de un viaje sin sentido. De pronto, me inquietó la situación con mi marido y la versión que le tendría que dar a Julia. Ya la veía con sus ojos oscuros y profundos, imperantes, decirme: «A ver, niña, no me cambies de conversación. ¿Eres feliz?». Si intentaba mentirle, me lo notaría. Y si le decía la verdad... Si le decía la verdad se organizaría lo que no se había atrevido a organizar mi hermano, y comenzaría una catarsis que mi padre procuraba obviar haciendo como que no se enteraba de nada.

Apagué el televisor y la luz, y me quedé mirando la claridad nocturna tras la

cristalera que daba a la pequeña terraza. ¿Por qué me había casado con Emilio? Y ya puestos a ramonear en los recuerdos, a rumiar en el pasado, ¿por qué nunca contestó Louis a la nota que le envié con Julia el día que él se marchaba y yo me encontraba luchando contra un sarampión tan inoportuno como tardío?

Me preguntaba si todas las mujeres se acuerdan de los novios, de los romances que han tenido, porque no me imaginaba yo a los hombres pensando en las mujeres de su vida. Algunos de los que conocía creo que habían pasado sobre las chicas como se pasa sobre la hierba de un prado al que se ha ido de excursión, y en el momento se reconoce que es agradable la blandura del suelo, la textura del césped, pero tampoco es cosa de ponerte a pensar en la hierba en la que has hozado veinte años después. O puede que la rara fuera yo y que las mujeres no piensen en ese novio que tuvieron, en ese amor apasionado, en esa aventura que se interrumpió por un quiebro inesperado, tan inesperado como el que se produjo para iniciar la relación. Julia, por ejemplo, hablaba de los amores pretéritos con la lejanía objetiva de un viajero experimentado que se acuerda de su visita a Praga, o de su primer encuentro con Londres, o de la temporada que esquió en Chamonix, con experiencia comparativa y sin demasiados sentimentalismos. A lo mejor era una cuestión cuantitativa, y si una tenía muchos amantes podía distanciarse de la misma manera que la persona que apenas ha salido de viaje rememora con nostalgia los pocos lugares que ha visitado. Era de noche y, como casi siempre, yo, Clara, veía las cosas oscuras.

La cena se celebró mucho antes de lo esperado, a pesar de que los preparativos fueron bastante complejos. Una vez que el señor Puig —el concejal de cultura— le habló a su amigo el alcalde de que Julia iba a pasar unos días por Etnacila, y de que cabía la posibilidad de que se celebrara una cena íntima en casa de los Meralt, y tras comprobar el interés por asistir a esa cena del señor alcalde, comenzaron los preparativos y empezaron a surgir las cuestiones espinosas. La primera de ellas fue que el arquitecto municipal y su señora quedaban excluidos de la cena, porque no estaba bien que el señor alcalde se encontrara con un funcionario del ayuntamiento sin saberlo de antemano. Y si se le anunciaba previamente que iba a estar en la cena el arquitecto municipal, podría ser que el alcalde se excusara por algún motivo formal, y en el fondo porque se temiese una encerrona inmobiliaria.

Deberían asistir papá y mamá, que eran los anfitriones, el señor Puig y su señora, que eran nuestro contacto con el alcalde, el alcalde y su señora, y naturalmente Julia. Quedábamos mi marido y yo, pero mi padre temía a mi marido en las reuniones íntimas, porque solía beber sin demasiada mesura, y cuanto más bebía, de forma más patosa se comportaba, y parece que los patosos cada vez tienen más sed. Así que en una de las comidas de domingo, que en semanas alternas solían ser de obligado cumplimiento, papá tomó la palabra a la hora del café y dijo delante de todos:

—Querido Emilio, ya sabes que estamos preparando una cena muy importante.

—¡La gran cena! —exclamó mi marido con camaradería campechana, provocada por la paella que se acababa de comer y el *whisky* que se estaba bebiendo.

—Y en esa cena es muy importante que Julia se encuentre a gusto, porque es la protagonista... —prosiguió mi padre.

—¡Y, el alcalde, el otro protagonista! —añadió mi marido.

—Sí, sí —afirmó mi padre algo molesto por ser interrumpido—, pero tampoco hace falta proclamar a los cuatro vientos que viene el alcalde. A esta casa siempre han venido los alcaldes y los gobernadores a cenar.

—¡Sobre todo antes! —tornó a observar Emilio, que comenzaba a entrar en el área patosa con todo entusiasmo.

—Porque antes teníamos más afinidad con las autoridades políticas... Bueno, no quiero hacer un juicio del presente, ni comparar el pasado... Lo que quería decirte, querido Emilio, si me dejas explicarlo de una vez, es que, con el objeto de que Julia se sienta a sus anchas, habíamos pensado en que a esa cena viniera Clara...

—Está bien —añadió mi marido creyéndose que se trataba de una invitación oficial a los dos.

—Pero hay un inconveniente —prosiguió mi padre.

—¿Qué inconveniente? —pregunto Emilio como si alguien hubiera supuesto que él no querría asistir.

—Pues que todos son parejas. Los anfitriones somos una pareja, los Puig, los Viladecans... Y vosotros sois otra pareja.

—¡Claro! —exclamó feliz mi marido.

—Y ése es el problema. Le he pedido a Javier que no venga a la cena y él ha comprendido los motivos.

—Es lo mejor —añadió mi hermano—. Cuantas menos personas estemos, mejor.

—No te preocupes. Yo te contaré todo lo que ha pasado —intervino de nuevo mi marido, y de verdad que yo hubiera querido hallarme lejos de allí.

—La única que se va a encontrar sin pareja va a ser Julia, y es una situación desairada. Así que habíamos pensado que, con el fin de que Julia se sienta a gusto, su pareja sea Clara, su amiga de toda la vida.

—Ya —asintió mi marido, sin entender todavía lo que quería decirle mi padre, pero intuyendo que no era nada agradable.

—Y para que Clara pueda dedicarse a Julia, y todo se quede en un juego de parejas, hemos pensado que te vamos a desparejar ese día.

Recé para que no dijera una estupidez del tipo: «¿Me sentaré yo, entonces, al lado de Julia?», pero Emilio no era tan tonto, a pesar de que iba por el segundo *whisky*, y se quedó callado un momento.

Había cierta tensión, no por parte de mi padre, sino más bien por los demás. Pensé que ésa era una explicación que mi padre debería haberle dado a solas, pero a mi padre le gustaba representar el papel de patriarca, y un patriarca sin público se queda en nada.

—Está bien, está bien —dijo mi marido conciliador—. Me quedaré de canguro con Javier.

—Estaba seguro de que lo entenderías —concluyó mi padre.

La conversación me había puesto nerviosa y busqué la compañía de tía Dori, que asistía a estas ceremonias sin ningún interés, más aún, como si tuviera la capacidad de ausentarse y dejar su cuerpo allí, tan sólo por educación y por no despertar envidias o sospechas.

Tía Dori me llevó a su habitación y me enseñó una muñeca que sacó de la parte de atrás del armario, oculta por unos jerséis. Parecía una muñeca antigua, o puede que se tratara de una imitación, pero el vestido aparentemente de principios de siglo estaba gastado y algo sucio, y en la cara de porcelana, justo en el carrillo derecho, había una muesca descascarillada que mostraba la cruda y blanca realidad de la porcelana.

—La encontré abandonada en una papelerera, cerca de la avenida de España.

Ahora me explicaba las precauciones del escondite, porque si mamá se enteraba de que su hermana, nada menos que una Olaya, podía haber sido vista por alguien de la ciudad huroneando en las papeleras, se hubiera producido una de esas broncas tan tradicionales como fraternales, que hubieran acabado con la sustracción, sin despreciar el tironeo violento, de la muñeca que tía Dori me enseñaba con una complacencia tan infantil que me producía ternura.

Aunque yo no viviera en casa, podía imaginar que ahora que su sobrino preferido había crecido y se había alejado afectivamente para demostrarse a sí mismo su independencia, tía Dori necesitaba alguien a quien proteger. Descartada Tachi, que ya no era la frágil muchachita que vino cuando éramos unos críos y que se había transformado en una mujer madura, el encuentro casual con la muñeca había sido algo así como adoptar a un animal abandonado.

Me gustan las muñecas y, a la vez, siento un soterrado temor misterioso a las muñecas abandonadas. Por ejemplo, contemplar sobre un montón de basura un muñeco destripado, me produce un dolor casi físico. No es nada psicológicamente complicado, sino la asociación a un niño vivo, la semejanza con los horrores que se ven o se intuyen por la televisión, quién sabe si el vestigio cultural de un vudú ancestral. Todavía algunas civilizaciones piensan que si son fotografiados se les roba parte de su alma, y aún hay religiones vigentes en las que se prohíben las imágenes y las esculturas de seres humanos. Ante una muñeca de procedencia desconocida suena una alarma en mi interior, como si temiera que se tratara de una trampa brujesca, o como si sospechara que pudiera desencadenar un hechizo. Y allí estaba tía Dori como una niña, quizás porque era una niña a la que la naturaleza, sin ella pretenderlo, la había dotado de un cuerpo adulto, incluso con una mente adulta, a pesar de que en algunas ocasiones yo me preguntaba si esa inocencia, esa ingenuidad tan apegada a sus reacciones, no significaba la carencia de algo, el taponamiento de alguna neurona que le impedía adaptarse al trapacero mundo de las malicias de los demás. Hacía un momento, mientras mi padre trataba de explicarle a mi marido las sutilezas de la proyectada cena, había visto a tía Dori mirar sin ver la pared del comedor en la que se



apoyaba el trinchante, y estoy seguro de que no había escuchado nada de lo hablado, o lo más, el rumor de las voces como un murmullo de fondo que ni se traduce, ni reclama la atención.

—Es muy bonita —le dije, mientras la tomaba de sus manos.

—No le gusta salir de día —dijo muy seria, y me la arrebató y volvió a guardarla tras los jerséis.

Me pareció divertida su observación y yo le ayudé en la complicidad del escondite, pero luego, recordando su gesto arrebatándome la muñeca como si temiera que, en efecto, le dañara la luz del día, me pregunté si tía Dori no estaría sufriendo alguna crisis, o si ese grupo neuronal poco diligente se estaba debilitando o espesando todavía más. Por un momento, días más tarde, me planteé la posibilidad de preguntarle a mamá, sin darle importancia, sobre el comportamiento de Dori. Ni que decir tiene que no se me ocurrió hablarle de la muñeca, porque hubiera sido una traición y porque sabía lo que se podía desencadenar. Pero si estuve a punto de hacerlo, mis intenciones quedaron sepultadas por la certeza de que ellas convivían a diario y habría notado cualquier alteración en la conducta, y por los acontecimientos inminentes que nos empezaron a atropellar, una vez que los Puig fijaron con los Viladecans la fecha de la cena, y Julia llegó a Etnacila, y yo empecé a sentir que alguien me llevaba de aquí para allá: tan pronto me daban un empujón para ir al aeropuerto a recibir a Julia, como me tomaban del brazo y me introducían en una reunión con el concejal Puig y mi padre, donde se discutían con toda meticulosidad los lugares en los que se debía sentar cada cual, partiendo de la premisa de que Julia debería estar cerca del alcalde, pero habida cuenta de que también se encontraría presente la mujer de éste: convenía que no se produjese la más mínima tensión.

—No te preocupes. Tengo una receta especial para las esposas —me tranquilizó Julia.

—No te pases —le advertí.

—Tú, observa pasado mañana, y veras cómo la receta es invencible.

El recibimiento de Julia había sido emocionante. Cuando nos abrazamos en el aeropuerto se me humedecieron los ojos, no sé si por la alegría del encuentro o por cierto egoísmo arrepentido. Y estaba tan guapa, tan suelta, tan cosmopolita, tan Julia...

En la habitación del Meliá abrió el balcón que daba a la bahía y se asomó como si necesitara cerciorarse de que los paisajes no habían cambiado, y se quedó unos segundos con los brazos extendidos y las palmas apoyadas en el barandal, el tronco ligeramente inclinado hacia delante, como si se presentara al público formado por su propio pasado que se anidaba en la oscuridad del fondo y en el cabrilleo de la luz en las aguas del puerto.

—Me gusta venir y me asusta —comentó antes de volverse.

No hice ningún comentario, porque comprendía lo que quería decir, no sólo a mí, sino a ella misma. La última vez, en el entierro de su padre, en un día espléndido de

luz, uno de esos días en que la muerte parece una fantasía imposible, me dijo que tardaría mucho en volver, que sentía una especie de rechazo cuando llevaba allí más de tres o cuatro días, que le ahogaban las liturgias provincianas. Y como viera que yo me mostrara algo triste y ligeramente ofendida, por cuanto en el rechazo parecía incluirme y despreciarme a mí también, me abrazó enseguida para susurrarme: «Tú sabes lo que es, tú sabes lo que es». No creo que lo supiera. Podía imaginarme que allí incluía los retazos dolorosos de la propia biografía, comenzando con su llegada de Orán, aquel destierro que le arrebató de sus paisajes y de sus amigas, y que la trajo a Etnacila con la brutalidad de un secuestro, aunque fuera secuestrada por sus propios padres. Tardé mucho en saberlo. Como desde el primer día que la conocí —desde que con una firmeza de adulto sentenció aquel «te llamaré Clara», que fue para mí como un segundo bautizo— había representado la seguridad y la capacidad de liderazgo, tardé en enterarme de sus propios labios de lo terrible que fue para ella la llegada a una ciudad desconocida que, al principio, la recibió hostil por su propia hostilidad al traslado, porque no era consciente de que seguir en Orán era estar expuesta al saqueo, o lo que era mucho peor, al asesinato cometido por cualquier fanático independentista. Una noche, en la playa, antes de marcharse, paseando descalzas por la arena fría, me contó la discusión frecuente con su padre, cuando la llevaba a la escuela y le aconsejaba que se hundiera en el asiento y que se echara a dormir. «No tengo sueño, papá.» «Bueno, pero échate a lo largo del asiento.» Y eso enfadaba a Julia y la enfurruñaba y, a pesar de ese enfado, su padre la despedía con un intenso abrazo. «Era una ingenua y una cabezona que no entendía lo que mi padre no me podía explicar, porque a una niña de diez años no le puedes decir que agache la cabeza por si disparan contra el automóvil que conduce su padre. Así que para no alarmarme se inventaba lo del sueño.» Cuando murió su padre y regresamos del cementerio, y ella se retrepó cansada en el asiento del automóvil que había dispuesto la empresa funeraria, y que ocupamos nosotras dos, porque su madre se quedó en casa siguiendo la costumbre femenina. La tomé de la mano viendo que se embutía hacia abajo y le dije que ya no había peligro de disparos. Creí que no me había entendido, porque no dijo nada, pero al cabo de un rato vi que la serenidad que había mostrado hasta el momento, la seguridad que había asombrado a todo el mundo, atendiendo los menores detalles y casi tratando de animar a las escasas personas que acudieron a la ceremonia, se rompía y sus ojos se ponían húmedos, mientras musitaba: «No tengo sueño, papá. No tengo sueño», y me apretaba la mano. No me soltó la mano hasta que no se detuvo el automóvil.

Es posible que el padre de Julia bebiera a la salud de los viñedos de Orán, que representaban su paraíso perdido, pero no podía entender por qué bebía mi marido. O quizás sí. Quizás el paraíso también se pierde sin necesidad de que una revolución te arrebate tu forma de vida. Es posible que el paraíso se deslice entre los días como un fluido irrecuperable y esa consciencia impulse a buscar olvidos artificiales.

—¿En qué piensas? —me preguntó Julia, mientras abría una maleta de plástico

duro que entonces no eran tan familiares en España.

—En que estás muy guapa —mentí casi sonrojándome, y agradeciendo que Julia, al sacar su ropa de la maleta, no me mirara a los ojos y, simplemente, dijera como agradecimiento:

—Zalamera.

## Capítulo quinto

**D**E LA CENA, DE LA INOLVIDABLE CENA, SE ME han borrado muchos detalles, en tanto existen otros de los que tengo la impresión que acaban de ocurrir hace unos pocos días. Recuerdo, por ejemplo, que los preliminares no pudieron ser peores, porque el alcalde perdió el vuelo que le debía traer de Madrid el día anterior, se trastocó su agenda y sólo se confirmó su asistencia sobre las tres de la tarde del día previsto. Recuerdo también que mamá tuvo un cólico de riñón dos o tres días antes y, además del médico, Toni llamaba por teléfono desde Valencia para dar consejos y, sobre todo, para evitar los remedios caseros de Tachi, extrañas fórmulas aprendidas de la Sacristana, que no solían tener efectos secundarios para catarrros, reumatismos, insomnios y otros alifafes, pero que en un cólico nefrítico o en un proceso diarreico podían ser letales. Y recuerdo, asimismo, la sórdida despedida de Emilio, cuando me disponía a marcharme para buscar a Julia al hotel, su «recuerdos a la puta de tu amiga», pronunciado con toda la ordinariez de la que fue capaz, que me indignó y me impulsó a contestarle, pero sabía lo que significaban la pelea y el riesgo de un golpe, que no eran lo más adecuado para la empresa que nos esperaba. Porque incluso yo misma, la escéptica Clara, la que parecía que era una espectadora más de lo que estaba ocurriendo, casi como tía Dori, había acabado por contagiarme del espíritu de la gran operación, y me había convertido en una eficaz colaboradora de papá, que estaba lleno de entusiasmo, ingenioso y brillante, el mejor papá que recuerdo, puede que porque la memoria que tengo de otras etapas estaba teñidas de mi falta de madurez o de esa desorientación que suele ser compañera común a lo largo de mi vida. Tenía a Puig encandilado, y durante la cena encandiló al alcalde, que confesó a la altura del café que no le habían hablado muy bien de él. Papá, consciente de que el alcalde era socialista y que estaba al tanto de que conocía su ubicación ideológica, bromeó con soltura:

—Querido alcalde, debes seleccionar mejor a tus informadores y evitar los que están llenos de prejuicios. Yo te podría recomendar algún viejo franquista objetivo.

Se echaron todos a reír y el propio alcalde dijo que anotaba el ofrecimiento, pero que, en cualquier caso, si solicitaba consejo de papá lo haría sin que se enteraran en su partido:

—Comprenderás, Meralt, que una cosa es que yo no tenga prejuicios, y otra que cometa la insensatez de que me echen del partido, porque entonces tengo que renunciar a la alcaldía.

A pesar de estos remates felices, la cena había comenzado con el mismo

nerviosismo que la víspera. Viladecans, el alcalde, no vino de buen humor, puede que afectado por el incidente aéreo; mamá, convaleciente de su cólico y con el horizonte de una cena que había tenido que preparar y de la que apenas podía probar nada, estaba distante y fría como si los que fuéramos a conceder el favor fuésemos nosotros; y Puig irritó al alcalde llevándole la contraria en un asunto municipal que convirtió el principio de la cena en un diálogo de ellos dos sobre asuntos de los que lo ignorábamos todo. Menos mal que Julia intervino con gracia y sentido del humor, y dio las gracias a los dos, porque «hacía mucho que no asistía a un pleno municipal», y su intervención hizo sonreír a los dos ediles y logró rebajar la tensión. Pero donde se superó, y corroboró lo que me había anunciado, fue con la mujer del alcalde. Llevaba puesto un traje sastre gris y rosa de corte bastante vulgar, pero con los colores de moda de aquella temporada, y Julia, antes de pasar a sentarnos, exclamó:

—La semana pasada, en una discoteca que se inauguró en Los Angeles, vi a Victoria Principal con un traje muy parecido a este. O Victoria viene a España o tú vas a Los Angeles.

Luego, la tomó del brazo y añadió que, claro, Victoria era mucho mayor que ella y, enseguida, consiguió establecer una corriente de cordialidad que no disminuyó cuando Viladecans, el alcalde, aludió a la época en que Julia y él habían tonteado juntos.

—Éramos unos críos —dijo Julia con su expresión más ingenua, y mirando a los ojos a la esposa de Viladecans, como si los hechos hubiesen ocurrido cuando coincidieron en la guardería infantil.

—Ya me lo ha contado —dijo la esposa del alcalde, con cara de mujer liberal y comprensiva, pero dando a entender que su marido no tenía secretos para ella.

En un momento de la cena, mi madre le preguntó a Julia por su carrera, y Julia con gran habilidad y modestia, narró las cosas de tal manera que parecía ocultar que se codeaba con lo más granado de Hollywood. Aquí estaba previsto que interviniera yo y sacara el *book* fotográfico que, previamente, me había confiado Julia, pero me hallaba tan encandilada con su fantástica narración que se me olvidó, y fue mi padre quien tuvo que poner remedio a mi despiste:

—¿No tenías tú, Clara, un álbum de fotos de Julia?

—¡Ah, sí! —exclamé con un asombro espontáneo.

—No, por favor —suplicó Julia—. Me moriría de vergüenza.

—¿Lo queréis ver? —pregunté a la concurrencia.

Y aquí Julia volvió a decirme que ella no quería acaparar la atención, y así estuvimos con la comedia del tira y afloja hasta que fue la mujer de Viladecans la que dijo:

—A mí me gustaría verlo.

Y la complacimos.

El *book* tenía truco, pero sorprendía. A Julia se la veía hablando con Woody Allen, con Melanie Griffith, con Mel Gibson, con Harrison Ford... y un largo

etcétera. Algunas eran auténticas, pero en otras se trataba de fotografías tomadas durante fiestas a las que el agente de turno se encargaba de lograr un par de invitaciones, y entonces, en ese ambiente distendido, Julia se acercaba a Harrison Ford, le explicaba brevemente lo mucho que le admiraba y, a continuación, le pedía un autógrafo. Mientras éste se disponía a acceder a la petición y esperaba que su bella admiradora le proporcionara papel y bolígrafo, uno de los fotógrafos de la fiesta, previamente advertido, había ya tomado unas fotos de la conversación que parecía de lo más amistosa.

Explicado de esta manera pierde efecto, pero el que produjo en la cena fue aplastante. La influencia de esos personajes universalmente populares difuminó la importancia de la alcaldía, de la concejalía y de la industria de los anfitriones. De repente, el personaje importante no era el alcalde, sino Julia Wood, que tomaba una copa con Bruce Willis o conversaba con Julie Andrews. Ella, muy lista, rodeaba las preguntas que hacíamos los demás con respuestas de modestia estudiada —«no te puedo decir, es el único día que hablamos más de cuatro palabras seguidas»—, o de familiaridad implícita —«es muy sencilla y no le importa tener amistad con las actrices que todavía no hemos alcanzado el estrellato»—, o de aplastante sinceridad —«la verdad es que yo estaba allí por un amigo de su representante»—, y esos ambiguos y, a la vez, detallados matices produjeron la sensación de que Julia se movía con soltura en un ambiente mitificado e inalcanzable.

La cena fue un éxito. El exquisito y abundante menú que había preparado mamá, a pesar de su estado de salud, y que fue servido por un camarero contratado por mi padre, que no se fiaba demasiado de los conocimientos protocolarios de Tachi para una cena de compromiso, fue perfecto; los excelentes vinos que le acompañaron, y la ausencia de peticiones concretas, de las que siempre sospechan los políticos, consiguió que Viladecans se relajara, contara chistes, hiciera mordaces comentarios sobre los militantes de su partido, que era también el de Puig y, sobre todo, se lograra un ambiente amistoso que nos permitía concebir buenos augurios.

Si los saludos de la llegada habían sido fríos estrechamientos de manos, los de la despedida consistieron en abrazos entre los hombres y lisonjeros besos entre las mujeres, con promesas mutuas de repetir futuros encuentros.

Cuando los Puig y los Viladecans desaparecieron por las escaleras —por un solo piso rechazaron el ascensor— y papá cerró la puerta, pasamos de nuevo al salón para comentar los lances, como un equipo deportivo que ha logrado la victoria y se reúne en el vestuario para regodearse en el recuerdo de las mejores jugadas.

—Has triunfado plenamente, Julia.

—¡Uf! Estoy cansada.

—Y tú, papá —dije yo— has estado estupendo. Cuando te ofreciste como asesor creí que te podía contestar... No sé...

—Una bordería —me ayudó Julia—. Pero Juan no es de éstos.

—Por cierto —dijo mi padre—, ahora sólo falta que le llames mañana...

—Ya he quedado con él para mañana.

—¿¡Cuándo!?! —pregunté pasmada.

Yo había estado en la cena y no había visto ningún aparte entre Julia y el alcalde. Parecía imposible. ¿Cuándo había hablado con él?

—De verdad, estoy muy cansada. ¿Me acompañas Julia?

Habían pasado los prósperos tiempos en que para estas ocasiones uno de los antiguos conductores de los camiones hacía de chófer, y llamamos a un taxi. Ya dentro, camino del hotel, volví a formularle la misma pregunta:

—¿Cuándo has podido hablar con él?

—Clara, si tuvieras que ganarte la vida con las tradicionales armas de mujer, terminarías de guardia urbana.

Cuando recuerdo aquellos días ajetreados e intensos, donde Julia era el hada madrina que nos iba a sacar a los Meralt-Olaya del ocaso económico y nos iba a restituir los pasados esplendores, me veo más distante de Julia, o ella de mí, como si hubiéramos sustituido la condición de amigas por la de socias. Estábamos tan pendientes de los detalles, de las reacciones de Viladecans, de las dos reuniones que tuvo con Julia —una en el despacho, la otra en una comida— que parecía una frivolidad mantener una conversación íntima y relajada.

De la reunión del despacho Julia nos hizo una relación fría y desencantada, tanto que parecía que la estrategia iba a resultar un fracaso, hasta que casi al final, como si se hubiera guardado el dulce para los postres, anunció que habían quedado citados para comer juntos a los dos días. Lo dijo con una mezcla de triunfo y de fastidio, porque llevaba ya cinco días en Etnacila y la perspectiva de quedarse dos o tres días más parecía abrumarle. Conocía bien esas reacciones *julianas* y las temía, porque sacaban su peor carácter, así que me dispuse a neutralizar la tendencia a la melancolía como antesala de un ataque de ira inopinado con cierta cautela, porque Julia aborrecía los halagos torpes.

Se me ocurrió proponerle una excursión a la casa de Aljarafe y, aunque al principio me observó como si le hubiera propuesto hacer una visita al colegio de las madres teresianas, luego consideró que tampoco tenía otros planes, y me dio carta blanca para preparar el viaje.

En realidad, no había nada que preparar. Aquello no tenía que ver con los traslados veraniegos de antaño, cuando parecía que mi madre se marchaba a otro continente en lugar de ir a un pueblo situado a poco más de veinte kilómetros de Etnacila que, en un automóvil, con la nueva carretera, se tardaba en llegar algo más de un cuarto de hora.

Partimos por la mañana. Al principio, quería que nos lleváramos a Alvarito, pero la convencí de que el niño estaba mejor en la guardería y al cuidado de la amiga de Tachi que con nosotras, y que sus horarios no coincidían con los nuestros. Mis argumentos eran ciertos, porque el desarreglo de horarios le sentaba fatal, pero tampoco era falso que el niño y sus necesidades nos impedirían la intimidad que yo

deseaba, un ambiente que pretendía rememorar los *buenos y viejos tiempos*. Recuperar el pasado es una estupidez que solemos cometer a menudo, quizás porque cuando somos felices no nos damos cuenta. Desaprovechamos el presente y luego, para compensar ese despilfarro, echamos mano de la nostalgia. Pero Julia no era ninguna nostálgica, y enseguida advirtió que la Sacristana estaba vieja y sorda, que la huerta se notaba descuidada y que las habitaciones aparecían llenas de polvo y con ese olor de las casas cerradas, esa atmósfera de armario que produce un asomo de claustrofobia. En principio, yo había planeado quedarnos allí a dormir, pero ante el escaso entusiasmo de Julia, nos limitamos a pasear por el riachuelo donde nos solíamos bañar, mancharnos de arenisca los zapatos en la chopera y, tras una visita al pueblo y una ojeada por la cocina de la Sacristana, decidimos que no sólo no nos íbamos a quedar a dormir, sino que resultaría mucho más aconsejable comer las dos en alguno de los restaurantes de la playa de San Pedro.

Conduje el coche hasta un establecimiento que disponía de una terraza que daba al mar y que los días que soplaba levante se protegía con una cristalera, y al que alguna vez habíamos acudido Emilio y yo en momentos mejores. Yo me encontraba algo amohinada por el fracaso de mi táctica rememoradora, y distanciada de Julia, porque tampoco ella hacía ningún esfuerzo de aproximación. Parecía que estaba lejos de allí. Y en efecto debía de estar muy lejos, porque mirando el mar sin verlo, perdidos los ojos en un horizonte que estaba dentro de ella, musitó sin que apenas la entendiera:

—Me voy a casar.

Debí poner cara de extrañeza, porque lo repitió, y en esta ocasión más alto y más claro:

—Creo que me voy a casar dentro de un par de meses.

—¿Con algún actor? —pregunté a mi vez, sin reflexionar mucho lo que decía, puede que para intentar darme tiempo a asimilar una noticia que no me esperaba.

—No, Clara. ¿Cómo me voy a casar con un actor? Son inmaduros, inseguros, vulnerables, enamoradizos y vanidosos, como somos las actrices. Ya sabes que los polos del mismo signo se repelen.

—¿Entonces?

—No estoy enamorada, ni creo que lo pueda estar nunca. Tengo la impresión de que los hombres carecen de misterio y enamorarse de alguien cuyas reacciones son perfectamente previsibles no es sencillo. Pero he conocido un tipo que es sensato, que puede tener un punto de locura en un momento dado, y que me adora y me persigue y me halaga... Y puede hacer algo por mi carrera, porque es productor...

Y como viera en mi expresión la percepción de un matrimonio de conveniencia, añadió:

—No es un productor importante. Ha sido socio de producción de un par de modestas películas. Pero le gusta el cine. Dicen que lo peor para un productor de cine es que entienda de cine, pero este entiende.



—¿Cuándo le conociste?

—Hace un par de años. Me lo presentó uno de los guionistas que estaba colaborando con él. Yo, entonces, vivía con el guionista... Me envió rosas blancas al día siguiente... y al otro... Y así durante una semana.

—¿Y qué hiciste?

—Lo fui a ver y le dije que no tenía un coño promiscuo, y que esperara turno.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Vino el camarero. Ni ella ni yo estábamos interesadas en la comida. Su estancia en Estados Unidos le había estropeado el gusto y yo estaba ahíta de comida mediterránea. Pedimos un lenguado a la plancha y una ensalada para compartir. Sus sugerencias sobre aperitivos y el ofrecimiento de una surtida bodega fueron recibidos con indiferencia. Cuando le rechazamos la carta de vinos y le pedimos agua mineral, nos abandonó con una sonrisa que más que de cortesía era de alivio.

—La aventura con el guionista concluyó bastante pronto —continuó Julia—. He convivido con tres guionistas, y fuman y beben demasiado. Este último no fue ninguna excepción. Yo ya me había olvidado de su jefe, el productor, pero un día, en una fiesta, lo vi en un grupo. Yo iba con mi agente de entonces, una señora algo mayor que no para de hablar de las cosas más dispares en el mismo tono, tanto si se trata de los asesinatos en masa de un francotirador o de la última endodoncia a la que se ha sometido. No había nadie interesante a la vista, así que la empujé hacia un lugar estratégico, cerca del grupo, y cuando observé que se deshacía, me dirigí hacia él y le solté que estaba en condiciones para recibir rosas, pero que podían ser de color rojo.

—¿Y qué dijo?

—Tardó unos segundos en reconocerme, pero al hacerlo me dio las gracias y quiso saber si había cambiado de dirección. Era una pregunta cortés, porque él ya habría tirado mi teléfono y cualquier dato que tuviera de mí, como uno de esos asuntos fallidos a los que se da carpetazo. Yo me hice la tonta y dije que sí, que había cambiado de dirección, y le volví a dar mi tarjeta. Al día siguiente, me envió un ramo de rosas rojas y una nota en que me pedía que acudiera al Souvent a almorzar al día siguiente.

—Y fuiste... —añadí como una afirmación que sólo necesitara corroborarse.

—No, de ninguna manera. Le llamé para decirle que no podía y lo dejamos para la semana siguiente. Fue una comida muy agradable. Me contó que un tío abuelo suyo había sido socio de uno de los fundadores de la Columbia Pictures. Los dos habían venido de México, e hicieron dinero con un almacén de té, que luego ampliaron a una especie de abacería al mayor. Uno de sus clientes les presentó a un tipo que quería fundar unos estudios. Ellos habían visto un par de películas y no tenían ni idea de cómo se hacían, pero pusieron algo de dinero. El tío abuelo de mi futuro se cansó y rescató su parte. Con el tiempo, aquel negocio de juguete se transformó en uno de los grandes estudios de Hollywood, cuando Hollywood era un

secarral donde en lo que debía ser jardín de las modestas viviendas había un martillo perforador sacando un poco de petróleo para colaborar en los gastos. Me gustó cómo contaba la historia. En Estados Unidos los hombres te hablan de lo que hacen o de lo que van a hacer. No es frecuente que alguien te ofrezca un retazo del pasado de su familia. Y aquello me gustó.

—¿Tanto como para casarte con esa persona?

—No fue un proceso tan rápido. Quedamos en volver a vernos. Esta vez fue una cena. Yo acudí preparada para rechazar la consabida proposición de tomar *la última copa* en la puerta de mi casa. Pero me dejó en el portal, me dio un beso, esperó a que se cerrara la puerta del edificio de apartamentos, volvió a su coche y arrancó. Hacía tantos años que no me sucedía aquello que me hice ilusiones, y ya sabes que en cuestiones amorosas no me gusta hacerme ilusiones...

Acababan de traer la ensalada y picó distraída una hoja de lechuga.

—El caso es que llegó un momento en que tomamos la última copa e incluso el desayuno en mi apartamento. Nos veíamos de vez en cuando. Nos llevábamos bien, pero no había equívocos, ni grandes promesas. Yo fui sincera, dentro de una discreción cortés, y lo pasábamos bien cuando estábamos juntos. Fue a la vuelta de un viaje que él hizo a Nueva York cuando surgió todo. Estaba produciendo una película basada en una obra de teatro *underground*. El presupuesto era barato, pero él vigilaba sus inversiones por modestas que fueran. Habían pasado casi tres meses, y cuando regresó a Los Angeles, me preguntó cómo me iban las cosas; fui sincera, le hablé de un papelito en un telefilm que había hecho, y de una figuración con frase en una película B que tenía pendiente, y en parte le debí transmitir el desencanto que sentía por dentro. Entonces me dijo que una tarde, en Brooklyn, después de un día en que no habían podido rodar en la calle por falta de un permiso, y que tampoco podían aprovecharlo en interiores porque la nave que les servía de estudio se había inundado de agua, se marchó al hotel con esa sensación de derrota que te abraza cuando las pequeñas cosas salen mal. Y que se acordó de mí, y que se diluyó la tristeza. Y entonces me dijo que si supiera que al terminar el día yo estaría esperando en alguna parte, posiblemente la vida resultaría más agradable. Y tuvo la delicadeza de añadir «al menos para mí». Imagínate que era la primera vez que me pedían formalmente en matrimonio en ese país, y parecía que iba en serio.

—¿Y cómo reaccionaste?

—Con miedo y con cautela. Por un lado me halagaba, pero por otro me daba la impresión de que me abrían la puerta de una celda. Y como no me gustan los equívocos indagué si su propuesta quería decir que *me retiraba* en el sentido literal, es decir, que si llevaba implícita mi renuncia a las posibilidades que pudiera tener como actriz. Me explicó que no, que de ninguna manera, pero que de todas las mujeres que había conocido yo era la única con la que le apetecía estar, con la que se sentía a gusto, y con la que suponer que iba a tener unos hijos no le producía rechazo. Te prometo que aquello me conmovió, y se me pusieron los ojos como un charco, así

que me levanté y me fui al lavabo a respirar. Al volver, me miró con cara sonriente. Yo había tomado una decisión y se la comuniqué sin sentarme: «Gracias, pero no».

—¿¡Por qué!?

—Porque soy honrada. En el fondo soy una pobre chica de Etnacila incapaz de vender un coche de segunda mano.

—No te entiendo.

—Me descolocó lo de los niños. Me hizo polvo. Cuando fui a Londres... Cuando tuve que ir con Nela a... ya sabes, me hicieron una chapuza.

Hizo una pausa como si le costara mencionarlo. Miró al mar que permanecía tranquilo, como una dama estirada bajo el cielo.

—No puedo tener hijos.

Deglutí la información, porque nunca me había dicho nada. ¿No he escrito antes que siempre tuve la sensación de que yo le contaba más cosas a Julia que ella a mí?

—Bueno... —comencé sin saber muy bien cuáles debían ser las palabras apropiadas—. Creo que te planteas problemas antes de que surjan. De momento... Lo que quiere es vivir contigo, no alquilar una máquina de parir.

—Creo que se lo diré. Y me contestará que no le importa. Y así será durante un año o dos. Y, luego, me planteará la posibilidad de adoptar un niño, de alquilar una madre... O de divorciarse.

—Siempre te pones en lo peor.

—Sí, es cierto. Pero lo hago en defensa propia. Cada vez me cuesta más desilusionarme. A veces, vivir es una de esas experiencias en las que cuanto más te entrenas, peor lo haces.

Aquellos arranques de sinceridad nunca habían sido frecuentes en ella. Huía de cualquier atisbo que pudiera generar lástima de ella, incluso frente a mí. Estuve a punto de posar la mano en el dorso de la suya, que descansaba junto al abandonado tenedor en el plato, como si esa mano viniera de una larga singladura, como si hubiera llegado por las aguas del mar que veíamos para reunirse con su dueña, pero temí su retirada brusca, la advertencia de que la guardia volvía a estar alerta, el aviso de que ni podían con ella las dificultades o los problemas, ni necesitaba ayuda.

Y no tardó en recuperarse. Enarboló el tenedor, me apuntó con él, y advirtió:

—Tendrás que venir a la boda. Te supondrá gastos, pero como vas a ser rica...

Y se echó a reír, creo que sinceramente, porque debí poner cara de extrañeza, la confusión de no saber de qué estábamos hablando.

Creo que aquel fue el último momento en que alcanzamos un cierto grado de intimidad, porque las consecuencias de la *gran operación* volvieron a reclamar nuestra atención.

En aquellos días entendí de otra manera la relación que mantenía con mi hijo. Era más camarada, menos mujer-madre que yo, sin ese halo de protección que nos acompaña a las mujeres en el trato con los hijos, creo que hasta el final de nuestro días, y a la vez con más ilusión, con una atención menos mecánica y monótona de la

que aplicamos quienes estamos sujetas al continuo cuidado de un niño. Las mujeres sin hijos suelen pertenecer a dos clases: las que sienten rechazo por su presencia y lo disimulan como los enemigos de los animales soportan la presencia del perro en la casa a la que han sido invitados, con distanciamiento cortés, y las que se enternecen y les aflora desde lo más profundo una melancólica ternura. Julia no pertenecía al primer grupo, pero tampoco se podía clasificar en el segundo. Todavía hoy mantiene con Álvaro una complicidad que para mí siempre resultó inalcanzable, a la vez que practica, en su versión más inocente, sus armas de seducción femenina. No hace mucho —y doy un salto en el tiempo, pero es lo único que se me ocurre para ilustrar lo que afirmo—, en una de sus últimas visitas, volvió Álvaro vapuleado después de un entrenamiento de natación. Julia quería ir al cine y yo no la podía acompañar, porque me encontraba con unas décimas de fiebre a consecuencia de una gripe. Se lo propuso a Álvaro, pero éste la miró como si a un náufrago le invitaras a un baño. Era una tontería de película, pero trabajaba una actriz amiga suya y quería verla, y Julia seguía siendo Julia Wood, y a Julia Wood no se la podía ver en Etnacila sin ir acompañada de alguien. Bueno, comenzó a hacerle carantoñas, pucheros, a atacarle dialécticamente en su galantería, y cuando vio que fracasaba, cambió de táctica, se hizo la ofendida, empezó a hablarle con frialdad, el caso es que consiguió que mi hijo la acompañara. Es cierto que el género masculino no tenía secretos para ella, y por eso estaba aquí, reclamada por mi padre, y por eso aguardábamos el encuentro a solas entre ella y Viladecans con el sosiego de un jugador que sabe que lleva buenas cartas.

La posición del alcalde era demasiado conocida en la ciudad y los alrededores, y todos dimos un suspiro de alivio cuando le envió el recado de que la comida tendría lugar en el Club Marítimo, es decir, a la vista de todo el mundo, nada de restaurantes coquetos y alejados, establecimientos románticos en calas solitarias, esas puestas en escena que podían suponer expectativas en el alcalde que a mí me resultaban incómodas, y que siempre me temí.

Parece que el *book* de las fotografías había logrado establecer las dimensiones adecuadas, y el alcalde lo único que pretendía era un encuentro amistoso un poco más íntimo, pero a la vista de las otras fuerzas vivas de la ciudad, que podían comprobar cómo la amistad con la celebridad local iba más allá de las razones protocolarias.

Naturalmente hubo orden tajante de que ningún Meralt, ningún arquitecto, ningún Puig, se acercara por el Club Marítimo, no ya a almorzar en el comedor, sino ni siquiera a tomar una modesta cerveza en la barra del bar.

La noche anterior discutí con mi padre, que a medida que se acercaba el final de la aventura mostraba más ansiedad y más angustia, pero lo hice por egoísmo, por intentar convencerme de que era fiel a Julia, que no había traicionado su amistad, cuando lo cierto es que me había dejado arrebatar por el torbellino, y que, en mi fuero interno, en los prolegómenos del asunto y en el principio de su planificación, también llegué a considerar que las concesiones que pudiera hacer Julia, incluso las sexuales, entraban dentro del orden natural de las cosas —¿es el cielo azul?, ¿le cuesta esfuerzo

prostituirse a una puta?—, lo que me incluía en el apartado de los más groseros y machistas habitantes de Etnacila, que tenían semejante concepto de Julia.

La discusión con mi padre no me sirvió a mí para absolverme y, en cambio, consiguió entristecerle a él, con lo que el enfado conmigo misma aumentó hasta el punto de que anuncié que no estaría presente en la reunión prevista para la tarde, la víspera de que Julia emprendiera el viaje de regreso. Pero fui. Sin llegar a la expectación nerviosa que se había apoderado de mi padre, yo también ansiaba el final feliz de la historia, y no debía dejar sola a Julia, no porque Julia careciera de recursos para salir airoso de la situación, cualquiera que hubiera sido el resultado, sino porque hubiese sido una huida inexplicable para ella.

Cuando llegué a casa ya estaba papá con Puig. Puig, sentado, bebía un *whisky*, y papá, con las manos embutidas en los bolsillos laterales de una chaqueta de punto de color azul, paseaba por el salón desde el sillón en el que se sentaba Puig hasta el balcón. Miraba los mástiles de los barcos a través de los visillos del balcón, giraba la cabeza hacia el club marítimo, como si intentara atisbar lo que estaba sucediendo en su interior, y se volvía de nuevo hacia el tresillo. Luego, se sentaría conmigo en el sofá, y me oprimiría una rodilla, como si necesitara tranquilizarme, o puede que para tranquilizarse él mismo. Mi hermano vino con el arquitecto, al poco de llegar yo. Mamá ni siquiera se asomaba, puede que por ese pudor de los Olaya ante las cuestiones de dinero, esa postura distanciada e indiferente ante todo lo que estuviera relacionado con el sexo y el mundo mercantil, o sea, con las fuerzas que rigen el mundo.

En aquellos días se celebraban las olimpiadas de invierno en Sarajevo. Papá había quitado el sonido, pero había dejado encendida la pantalla del televisor, en cuya muda luminosidad se veían esquiadores bajando con extraordinaria rapidez por las laderas nevadas. Años después, cuando el odio se desató en los Balcanes y Sarajevo se convirtió en trágica noticia, en medio de los horrores que contaban los corresponsales y las imágenes de destrucción, me acordaba de aquella tarde de espera y de la idílica imagen de unos juegos de invierno, que a mí me parecían exóticos y lejanos, de la pacífica alegría del público que animaba a los deportistas, de los rostros de cansancio de éstos cuando llegaban a la meta, después de ese frenazo en elipse que levanta una ola de nieve del estático mar blanco. Sin embargo, no recuerdo nada de la conversación de los hombres. Puede que me aislara de ellos y que me sintiera seducida por los paisajes de Sarajevo, quizá la necesidad de neutralizar el nerviosismo por algo tan ajeno como unas pruebas olímpicas.

Y así como se me grabó el paseo de papá y los quiebros de los esquiadores en la pantalla del televisor, y otros muchos detalles, como la ausencia de mamá, que ni siquiera pasó por el salón a saludar a Puig, no tengo muy clara la entrada de Julia, ni su relato, puede que porque fue secuestrada por papá y por Puig —Puig había sido socio de papá en la compra de un lote de apartamentos que, previamente, habían sido embargados por el banco en el que trabajaba Puig de apoderado— y me mantuve

apartada, no sin enterarme de que Julia le había expuesto que tenía intereses con los Meralt, y que su futuro marido quería invertir en Etnacila, y que un primer paso podía ser la permuta del solar donde se encontraba la vieja fábrica de harinas. O puede que me lo contara después, cuando la fui a recoger para llevarla al aeropuerto con el coche de Emilio, un Ford al que mi marido llevaba a limpiar todos los sábados, con la unción de un cumplimiento litúrgico. Una vez, Alvarito, sin querer, le hizo una raya en la portezuela del conductor con una pala de la playa, y parecía que el niño había tenido intención de incendiar el automóvil con su padre dentro. Cuando íbamos a la playa, yo me ocupaba de la gorra de Alvarito, de sus cremas de protección solar, de sus trajes de baño para que se cambiara, y su padre llevaba cartones protectores para el parabrisas, ponía sábanas viejas en las ventanillas e incluso trapos húmedos en las ruedas que daban a la parte castigada por el sol. Además, nos obligaba a limpiarnos los pies de la arena con una botella de agua de plástico que siempre llevaba en el maletero, y a poner toallas secas y limpias antes de sentarnos si los trajes de baño seguían húmedos.

Camino del aeropuerto, sentía esa especie de melancolía que me envuelve en las despedidas, la intuición de que las cosas ya no serán lo mismo, cuando a lo mejor es lo contrario, que las cosas vuelven a ser lo mismo. No era la primera vez que acompañaba a Julia al aeropuerto o a la estación, y siempre sentía el ligero temor de que no nos volveríamos a ver nunca más. Pero no era un temor relacionado con su muerte o la mía, posibilidad que ni siquiera rozaba mi pensamiento, sino la percepción del aspecto huidizo de Julia, que siempre parecía a punto de cambiar de residencia o de nombre y de empezar en otro lugar una nueva vida, como esos personajes novelescos que no se resisten a renunciar a otras posibilidades existenciales. Cuando comencé a estudiar Filosofía y Letras había leído una historia, creo que de Maupassant, en la que un caballero alquila una casa cerca de donde vive, la amuebla, abandona a su esposa y a su familia, y emprende una manera de vivir distinta, con horarios diferentes y costumbres nuevas, pero en la misma ciudad e incluso cerca de donde vivió siempre. Lo que más me impresionó del relato no fue el abandono, la capacidad de un ser humano para iniciar un nuevo periplo sin tener en cuenta lo que ha sucedido anteriormente, porque esa tentación alguna vez ha estado latente, aunque creo que mucho más en los hombres que en las mujeres, sino que esa mutación se haga en paisajes semejantes, sin necesidad de romper con el decorado. Lo que nos ahoga muchas veces, lo que nos asfixia, no es la rutina, sino el decorado. Los armarios de la cocina, los baldosines del baño, son los que nos recuerdan que nos hemos quedado anquilosadas, varadas al lavabo y al homo, sujetas al *parquet* y a las paredes. Lo que me pareció terrible en el relato no fue la ruptura con los seres que han formado hasta entonces tu vida, que incluso podía llegar a comprender: lo que me resultó espantoso fue que eso se hiciera sin desplazamientos geográficos.

Alguna de esas tardes somnolientas, cuando el sopor difumina la consciencia entre el sueño y la realidad, he imaginado otra vida, pero siempre en otro sitio y

siempre con Álvaro. Creo que allí donde vivimos se va quedando parte de nuestro yo. Pensamos que es la memoria de nosotros la que nos llega desde la esquina de la pastelería a la que acudimos de niños, o que, cuando tras una ausencia, vemos la fila de rocas que divide la playa en dos partes, lo que contemplamos es el recuerdo que tenemos del paisaje, pero es también que algo de nosotros se quedó en ese paisaje, en esa esquina, en ese escaparate, y lo reconocemos, reconocemos al que fuimos, y por eso me pareció monstruoso que un hombre pudiera renegar de sí mismo y no tuviera necesidad de marcharse, al menos a otra ciudad.

Yo nunca me marcharía a otra ciudad. Hasta hacía poco había sido una certeza familiar a la que me había acostumbrado, pero siempre que llegaba Julia se transformaba en una certeza desalentadora, puede que por esa capacidad que tenía de despertar en mí la ansiedad de no volvernos a ver. Claro que ella no vendría de incógnito a Etnacila, ni viviría en un barrio cercano con otra entidad, ni podría verme pasar a su lado, tras las gafas oscuras, sin pronunciar mi nombre y sin sentir la necesidad de llamarme. No, eso no. Pero había algo inaprensible en ella que te anunciaba que podía tomar la decisión de dejar de tomar ese avión, y pedirte que dieras media vuelta, sin que eso te sorprendiera demasiado. O que te anunciara que cambiaba su vuelo para otro destino. La palabra *destino* es menos implacable en un aeropuerto, pierde su fatalismo árabe y pasa a ser un asunto burocrático, algo tan sencillo como pasar el dedo por el atlas y fijarlo en un punto.

Me asusté un poco, por si en mis reflexiones se había infiltrado el viscoso bicho de la envidia, pero me absolví enseguida al mirarla, con el perfil perfecto, seria, puede que un poco lejana.

—¿Qué pasa con Emilio? —me preguntó sin girar la cabeza.

Había temido esa pregunta tanto como la había esperado. No era una pregunta rutinaria. Si hubiese sido así la habría formulado nada más llegar, pero había esperado la soledad del vehículo, la proximidad de su partida, el entorno necesario para no recibir una respuesta convencional.

Le di una respuesta convencional.

—Bien. Ya sabes.

—No sé nada. No vivo aquí.

—Quiero decir que las cosas se vuelven... no sé, poco emocionantes. Llevamos una vida muy sencilla. Poco que contar.

—No estás enamorada.

No era una opinión, ni una pregunta, sino una aseveración que parecía no admitir réplica. Y me irritó.

—Tampoco tú estás enamorada del productor y te vas a casar con él. Yo, antes de casarme, sí que estaba enamorada.

—Es distinto.

—¿Es distinto? ¿Porque eres una mujer diferente? ¿Porque eres mejor?

Julia se volvió sorprendida a mirarme:

—Oye. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—«No me pasa nada» —me imitó sin enfadarse—. Cuéntaselo a Julia.

—No tengo nada que contarle a Julia. Por cierto, casi me tengo que enterar por los periódicos de tu boda.

A medida que notaba que estaba siendo injusta con ella, parecía como si algo me empujara a no retroceder. Me había dolido esa diferencia sobre nuestros respectivos estados emocionales, su clasificación, su apartamiento de mí, como si no perteneciéramos al mismo sexo, ni a la misma especie. Pero Julia era muy lista y no se enredó en una discusión, sino que adivinó enseguida el motivo de mi irascibilidad.

—Nunca me he creído mejor que tú —dijo en un tono tranquilo, casi como si pensara en voz alta, y yo no pudiera escucharle—. No me he sabido expresar o tú no me has entendido. Yo soy distinta, por muchas cosas, pero distinta a peor. No me puedo enamorar, no puedo tener hijos, y, encima, tampoco he conseguido triunfar en nada. Por eso te decía que yo era distinta. Porque estoy a punto de comenzar una familia que ya sé, de antemano, que estará coja, y que no se halla en mi mano cambiar ninguna de las equivocaciones cometidas...

Se quedó callada un momento, y prosiguió:

—A veces, pienso que no soy una buena amiga, que no he podido resistir la tentación de la envidia. Y muchas veces he sentido envidia de tu familia, junta como una piña; de tus jerséis de cachemira, que yo nunca tuve; de los polos que me tenías que prestar, incluso de cómo eres... Y en mis primeras navidades en Estados Unidos, el día de nochebuena estuve sirviendo *pizzas* y margaritas en un restaurante de mala muerte hasta muy tarde, y cuando llegué al tugurio donde me cobijaba por las noches, me acordé de ti, de las navidades en tu casa, del belén del vestíbulo, con la corriente de agua de verdad, que instaló uno de los oficiales de la fábrica, sobre un lecho de cinc que se disimulaba con papel en las orillas... Y me acordé de ti con nostalgia, y luego tuve celos de ti, y por fin me eché a llorar y, al despertarme, me juré a mí misma que no lloraría más por sentimentalismos de melodrama, y que las lágrimas te quitan tensión, y si no estás tensa te tiran abajo en los *castings*...

Abandoné la carretera principal y me desvié a la derecha, camino del aeropuerto. Julia prosiguió su discurso.

—Estos días me he preguntado un par de veces por qué he venido. Y creo que no he venido por ayudarte. También, por eso, sí, creo que sí, pero no solamente por eso. En realidad, he venido por orgullo, por el tonto orgullo de los pobres. Porque sentir que me necesitaba tu familia, que nada menos que los Meralt me pedían ayuda, parecía que me hacía sentirme mejor.

A medida que avanzaba en su exposición notaba que se me formaba una especie de congoja al final del esófago. Podía acusarse de lo que quisiera, que siempre lo hacía de tal manera que la que me sentía culpable era yo, por tener una familia en la que el padre no se había arruinado, ni había caído en el alcoholismo, por poseer



demasiados jerséis de cachemira... Por cualquier cosa.

—Y, bueno, también he venido por devolver un favor.

—¿Qué favor? Somos amigas.

—No es un favor de ti. Es un favor que recibí hace tiempo de... de tu padre.

—¿Mi padre? Mi padre siempre ha pretendido ignorarte.

—Ya lo sé. Y tu madre siempre me ha observado con suspicacia, como si, en cualquier momento, te fuera a llevar a un burdel. Pero hubo una ocasión en que tu padre me hizo un gran favor.

—No sería tan importante, porque nunca me habló de eso.

—Fue muy importante. Supongo que él debió creer que tú lo sabías.

—¿Hay que jugar a las adivinanzas?

Julia se volvió a quedar callada. El aparcamiento de los automóviles de alquiler se encontraba lleno a rebosar, lo que indicaba que nos encontrábamos en la temporada baja. Hacia el final de la primavera, el aparcamiento se quedaría con unas pocas unidades, y del alquitranado piso se levantaría un leve vaho, como el que exhala una olla en la que el agua comienza a calentarse.

Esperé en vano que volviera a hablar, pero entrábamos al aeropuerto y seguía sin decir nada. Conocía el juego. Ella había considerado que era llegado el momento de contármelo, y por eso había iniciado la explicación, pero esperaba que yo se lo pidiera. Como sabía que ella estaba tan interesada en contármelo como yo en escucharlo, fingía que podía prescindir de la información. El juego podía durar días. A veces, semanas. Pero no podía alargarse mucho en el vestíbulo del aeropuerto, porque ya nos encontrábamos allí con las maletas, en la fila del mostrador para chequear el billete y facturar el equipaje, rodeados de un grupo de alemanes rubicundos, altos y pesados, capaces de comerse en un almuerzo las grasas suficientes para mantener en pie durante tres días a una familia del Senegal.

—¿Ventanilla o pasillo?

La azafata tenía esa suave sonrisa mecánica de cursillo acelerado, suficiente para pasar una inspección laboral, pero no tan intensa como para causar estragos en su rostro por la intensificación de las arrugas.

—Pasillo, por favor —contestó Julia con voz muy segura.

Entonces se podía fumar en los aviones, aunque Julia ya lo había dejado.

(Escribo *entonces* en la pantalla y parece como si me refiriera a un período histórico, lejano, a un pasado remoto, cuando lo cierto es que todo esto ocurrió hace unos pocos años.)

Libre de maletas, con un amplio bolso colgándole en bandolera del hombro izquierdo, me puse a su derecha y la acompañé hasta el control de seguridad. Quedaba poco tiempo para el juego y, como siempre, venció ella y fui yo la que di el primer paso:

—Bien. Espero que antes de irte me digas cuál fue el gran favor.

Julia sonrió y me abrazó. Noté el aroma de su perfume caro, cuya marca ya no

recordaba, y sus labios algo ásperos besarme en la mejilla. Iba a soltarme, cuando me dijo al oído:

—No es el primer viaje que me paga el señor Meralt. Me pagó también mi primer viaje a Londres. Y los gastos correspondientes.

Al querer reaccionar, ya se había desprendido de mí, y estaba dejando el bolso en la cinta del escáner. Pasó por el arco detector de metales, recogió el bolso de la cinta y me envió un beso con la mano izquierda. Y me dejó confusa, sin entender por qué mi padre le había pagado el aborto a Julia.

Tuve muchas oportunidades de preguntar, pero no lo hice. Ni siquiera recuerdo que tuviera voluntad de hacerlo. Puede que sintiera miedo de la posible respuesta. Los cobardes tenemos muchas maneras de ejercer nuestra cobardía y una de las más efectivas es procurar no saber. Cerrar los ojos. Lo que no sabes, lo que no ves, no existe.

Recuerdo los domingos de cine y paseo, la sesión de siete en el Rialto, las dos niñas —Julia y yo— sentadas en la fila trece, butacas uno y tres encargadas por la secretaria de mi padre, y las escenas de violencia, y violencia podía ser la muerte de un perro, el maltrato a un animal o una riña sangrienta. Había un momento en que me resultaba tan desagradable que cerraba los ojos, o bien me ponía las manos delante y bajaba la cabeza. Y si miraba de reojo hacia Julia, sentada a mi lado, sabía que ella estaría con la mirada muy atenta, hipnotizada por lo que sucedía en la pantalla, como si quisiera grabar hasta el último detalle porque alguien le iba a examinar de cuanto desagradable había visto. Y no es que Julia fuera de naturaleza morbosa, porque le gustaban como a mí las películas de amor, esas en las que al final la chica se casa con el chico, y se besan mientras suenan los violines y la pantalla se oscurece gracias a la misericordia de los guionistas que nos quieren evitar la rutina de la vida matrimonial. En realidad, a Julia le fascinaba cualquier detalle que se saliese de la costumbre, cualquier circunstancia que no se asemejara en nada a lo que ocurría a su alrededor. Y no cabe duda de que, a pesar de que el ambiente familiar no era paradisiaco, tampoco estaba lleno de atropellos y desmanes.

No le hice nunca una pregunta directa a mi padre, ni siquiera una insinuación. Me lo contaría Julia en otro viaje. O puede que no, pero yo me asía a esa posibilidad, porque me parecía una impertinencia husmear en la vida de los demás, aunque los demás fueran mi padre y mi amiga.

He escrito un poco antes que tuve muchas oportunidades, porque a raíz de la visita de Julia papá me reclamaba a su lado en cuanto había novedades sobre la *gran operación*. La primera de ellas la trajo el arquitecto municipal: había recibido una llamada del alcalde en persona pidiéndole el expediente de la petición de recalificación de los terrenos de la fábrica, así como los informes técnicos que hubiera redactados hasta el momento. Papá me llamó para que estuviera presente. A mí el arquitecto municipal no me resultaba simpático. Sabía que su opinión era muy importante, pero no me gustaba su manera de beber *whisky* con una pierna

cabalgando sobre la otra, ni me gustaba su bigote de cepillo, ni su voz demasiado fina, ni su manera de mirarme, mejor dicho, de no mirarme, porque lo hacía como si yo fuera transparente.

Lo peor era que la ansiedad de papá obligaba al arquitecto a repetir la conversación telefónica, una o dos veces, con las interrupciones de «y entonces, ¿qué le dijiste?» o los «¿se le notaba por la voz de buen humor o estaba un poco seco?», que alargaban la exposición; pero a papá se le notaba la impotencia de no ser él mismo el arquitecto municipal y el alcalde, los dos a la vez, que es lo único que le habría tranquilizado en aquellas fechas.

Pasó una semana sin que tuviéramos más noticias y me llamaba por teléfono todos los días para comentarme su impresión y, a continuación, preguntar por la mía. Era un diálogo inane y litúrgico:

—No hay noticias, pero ya sabes, Clara, que, como dicen los ingleses, falta de noticias, buenas noticias.

—Sí, papá.

—¿Tú que opinas?

—Pienso como tú, que el proceso lleva su tiempo y que, además de este asunto, me imagino que el alcalde tendrá otras cosas en qué ocuparse.

—No, no, si yo pienso lo mismo. En fin, ya veremos. ¿Por qué no te pasas por la fábrica?

—Porque tengo que recoger a Alvarito, y, luego, le tengo que dar de cenar.

—Está bien, está bien. Venga, dale un beso a mi nieto. ¿Por que no venís a casa y así se lo doy yo?

—Porque llegas tarde y el niño tiene que estar bañado y cenado a las nueve de la noche. Y si vamos a tu casa solemos salir a esa hora, y al día siguiente lo tengo que levantar de la cama con una grúa.

—Bien, bien, hasta mañana, hija.

No me gustaba ir a la fábrica. Había aceptado su petición un par de veces, a raíz de comprometer a Julia, y me molestaba estar allí en su despacho, porque entraban mi hermano o mi marido, y entonces mi padre parecía cambiar de conversación como si a su hijo y a su yerno hubiéramos de ocultarles algo. Puede que él no se diera cuenta, pero me atribuía un papel que yo no desempeñaba y que lograba atirantar las relaciones ya tensas con mi marido.

Emilio parecía un perro apaleado. Creo que había dejado de beber y se mostraba servil, en segundo plano, como si temiera molestarme durante el desarrollo de las diversas tácticas. Al menos, no volvía tarde a casa y, sobre todo, no volvía agresivo.

Al término de una semana, la impaciencia de papá era mucho más manifiesta y mis intentos por tranquilizarle más fallidos.

—Debería llamar a Puig —me insinuaba.

—Puig no puede hacer nada. Lo que tenía que hacer, lo ha hecho. Y si insiste ahora resultaría contraproducente, porque parecería que tiene un interés especial. Ten

en cuenta que Viladecans no es tonto.

—No, no, en eso estoy de acuerdo. Ninguno de los que llegan a alcalde es tonto. Nos pueden parecer tontos, pero alguna astucia poseen para haber llegado... Claro que son ya muchos días... Me parece mentira que no haya novedades.

A la que le parecía mentira que se hubiera convertido en el lugarteniente de papá era a mí misma. Siempre me había mantenido apartada de las cuestiones económicas, como si se tratara de algo ajeno a las mujeres. En el catecismo vital de papá las mujeres lo que debíamos hacer era gastar el dinero que ganaban los hombres para que éstos se quejaran teatralmente de ello, pero en una comedia burguesa de sobrentendidos, porque la satisfacción del macho era proporcionar dinero a sus hembras. Pues bien, fuera por mi intervención en el viaje de Julia o por el descubrimiento de dotes personales mías que hasta entonces le habían pasado inadvertidas, el caso es que de la condición de consumidora había pasado a la de consejera áulica con papel protagonista, mientras los días eran una inmensa sala de espera.

A la semana siguiente, me llamó papá para decirme que me reuniera urgentemente con él y con Puig. Que había noticias. No intenté que me precisara si eran buenas o malas, porque su tono no era grave.

Puig nos contó que había recibido el encargo del alcalde de sondear al concejal de urbanismo sobre la recalificación de los terrenos. El alcalde no quería que el asunto surgiese por un interés personal suyo, porque en el seno del partido el concejal de urbanismo pertenecía a otra facción, y no deseaba tener favores pendientes. Yo empezaba a familiarizarme con estas sutilezas que, al principio, me habían asombrado e incluso confundido. Sabía que las rivalidades internas eran mucho más peligrosas que las externas, no hay peor enemigo que el que pertenece a la misma camada. Los *caínes* estaban al acecho, pero los *abeles* y los *caínes* podían intercambiarse el papel, según las circunstancias.

La impresión de Puig era que no habría problemas y que en una semana más podía estar el asunto pendiente de la firma de Viladecans, porque los informes técnicos eran positivos. «¡Siempre fueron buenos!», exclamó mi padre, que se consumía en impaciencias. ¿Cómo no iban a ser buenos si los redactaba el arquitecto, a cuyo cuñado, también arquitecto, se le iba a encargar el proyecto de la torre de apartamentos de quince alturas?

En aquellas tediosas reuniones, donde siempre estábamos a punto de terminar la partida, me había preguntado si el mundo funcionaba así en todas partes. Si el presidente de Estados Unidos le encargaba a un secretario de Estado que tantease a unos senadores para ver si... O si el presidente de la General Motors o de la IBM hablaba con unos senadores para que le hiciesen llegar a un secretario de Estado, y éste le sugiriese al presidente de Estados Unidos que...

Por fin, llegó el ansiado momento. Mejor dicho, las vísperas: el alcalde había incluido en el orden del día del pleno que se iba a celebrar dentro de cuarenta y ocho

horas la recalificación de los terrenos.

—¿Pero por qué lo ha tenido que llevar al pleno!? —protestaba mi padre.

Y Puig, con esa paciencia que parece adquirirse en el ejercicio de la política, lo justificaba:

—Porque quiere cubrirse las espaldas. Es un asunto polémico...

—¿Polémico? ¿Me vas a decir que es polémico? ¡Es de justicia!

—Sí, Meralt, es de justicia, y para nosotros es doblemente justo, pero de cara al partido, y dada la situación de rivalidad entre nosotros, Viladecans no quiere que le echen un día en cara absolutamente nada. Y, si se aprueba en el pleno...

—¿Y si no se aprueba? —preguntaba mi padre angustiado.

—Se aprobará, se aprobará —repetía Puig, conciliador—. Somos catorce concejales frente a trece.

—Vosotros sois doce. Los otros dos son de ese partido nacionalista, que nunca me acuerdo cómo se llama, y os dan los votos... Pero como les dé por ausentarse la hemos jodido.

Eran situaciones ya vividas por mí con anterioridad, con la diferencia de que no estaba presente mi hermano. A veces, me preguntaba por qué se mantenía tan alejado, pero no le daba demasiada importancia. Papá pasaba de ofrecerme uno de los áticos de la planta quince, con una terraza inmensa frente al mar, o de considerar si él no se iba también a trasladar a la futura torre, a desconfiar del resultado de la operación tan largamente diseñada. Tan pronto sacaba un papel vegetal con el anteproyecto en el que hacía cambios como si los albañiles se pusieran a trabajar al día siguiente, como optaba por sentarse y le abrumaban los más negros presentimientos.

—Confía en mí, Meralt, confía en mí.

—Yo confío mucho en ti, Puig, pero con tu permiso la vida me ha enseñado que lo único seguro es lo que tienes atrapado en la mano, y el que no te falla nunca eres tú mismo. Y no lo digo por ti, Puig, no lo digo por ti, pero tú ya me entiendes.

¿No había escuchado lo mismo hacía dos años, o tres, o cinco? ¿Y no tenía algo de razón papá, porque ya habíamos pasado por trances parecidos?

El día antes del esperado pleno Emilio vino a casa un poco más tarde. Había bebido. Notaba el brillo de las pupilas y una manera de extender la comisura de la boca en el lado izquierdo que me ponían en guardia. Yo estaba viendo por la televisión una antigua película, una de esas películas que te parece que ya has visto antes.

Se sentó a mi lado, en el sofá, pero algo distanciado y estuvo un rato en silencio. Yo aguardaba como una gata a punto de saltar, porque sabía que intentaría provocar una bronca. Al cabo de un rato, murmuró:

—Vas a ser rica.

Lo decía con reproche, como si hubiera estado metida en un asunto sucio. Por cierto, ¿era sucio lo que hacíamos?

—Vas a ser rica —volvió a repetir, molesto por que no le hubiera contestado

nada.

—En todo caso las ganancias serán de mi padre. Si algún día a mí me llega algo, será tan tuyo como mío.

—Siempre has sido rica, siempre...

¿Quién me había hablado así hacía poco? ¿Julia?

—No me importaría ser muy rica, que fuéramos los dos muy ricos, pero más que por mí, por Alvarito —intenté desviar su atención.

—Me desprecias, creo que me desprecias... Si tuviera dinero... Mi padre tenía dinero... Y tu padre iba a ser como el mío, un tipo que tuvo dinero. Pero lo volverá a tener. Y los ricos siempre despreciáis a los que no lo somos.

—Emilio, eres mi marido, eres el padre de mi hijo. No van las cosas muy bien, porque...

—Porque bebo, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—No, no lo dices, pero lo piensas, y se lo habrás contado a la puta, la que os ha sacado las castañas del fuego. ¿Qué ha tenido que hacer? ¿Chupársela al alcalde?

—Has vuelto a beber.

—Sí, he vuelto a beber. He vuelto a beber para celebrar que vas a ser rica. Tenía que celebrarlo.

Se levantó y se puso frente a mí, tapando el televisor. Temí que fuera a darme una bofetada. No sabía si levantarme o quedarme allí quieta. Me quedé quieta. Pasó un rato, y la cólera interna pareció diluirse. Dio media vuelta y se marchó al dormitorio. Yo tenía sueño y me quería poner el camisón, darme una leche hidratante por la cara y marcharme a dormir, pero no lo podía hacer. Mejor dicho, podía hacerlo pero corría el peligro de provocar un nuevo enfrentamiento, esas peleas injustas y tensas que me dejaban como si hubiera corrido al trote media hora por la playa.

En la pantalla del televisor un tipo con borsalino besaba a una mujer con un casquete negro. En el período de entreguerras se ve que se besaban sin quitarse el sombrero. Y es que un sombrero en una película en blanco y negro parece lo más natural. En las películas en color cuando sale un hombre cubierto con sombrero parece que sale disfrazado. Me dediqué a reflexionar acerca del sinsombrerismo. Llegó la bomba atómica y desaparecieron los sombreros. Hasta en las mujeres. Hoy, te pones un sombrero y las amigas te preguntan a qué boda vas. Me esforcé en repasar los diferentes tipos: el hongo, el canotí, la chistera, el flexible... Tenía que pensar en sombreros o en lo que fuese para evitar que esa pelota que tenía en el estómago continuara subiendo, se apelmazara en la garganta y estallara en un gemido ahogado, en un sollozo, en la huida de los sombreros y la llegada de la compasión por una mujer que no podía ir hasta su dormitorio, que no sabía cómo arreglar un problema que no dependía de ella. ¿Cómo hubiera reaccionado una Olaya? ¿Se habría marchado a otra habitación? Nunca había presenciado una pelea entre mis padres. No me imagino a mi madre discutiendo delante de otras personas. Lo hubiera

considerado una grave falta académica.

Me acurruqué en el sofá y me quede amodorrada. Cuando se desvaneció el sopor, contemplé a una pareja de gimnastas profesionales que hacían flexiones con un aparato. Adormilada, apagué el televisor y me encaminé hacia el dormitorio. Emilio roncaba con regularidad cruzado en la cama. Tuve que empujarle las piernas para hacerme un hueco. Para ser la envidiada burguesa de Etnacila, la chica que no había conocido las incomodidades de la pobreza, no me había preparado una situación demasiado confortable.

La víspera del pleno Alvarito amaneció tosiendo y *con* fiebre. Era un enfermo estoico y recuerdo su expresión entre perpleja y resignada. Habían pasado los primeros meses en que cada vez que tenía fiebre pensaba que se iba a morir y que se moriría por mi culpa. Yo no sé si les sucede a otras madres, pero a mí, al principio, me parecía que si mi hijo no estaba sano era por algún descuido mío que no acertaba a recordar. No digo las primeras semanas, cuando la responsabilidad te abrumba hasta tal punto que te dan ganas de salir corriendo, pero no te marchas, claro, porque eres la responsable, sino que incluso varios meses después no podía evitar un oscuro sentimiento de culpabilidad que jamás atisbé en Emilio. Él no era indiferente a la salud del niño, pero una vez que le explicabas la causa de la fiebre se podía sentar frente al televisor y entusiasmarse con un partido de fútbol hasta tal punto que, al terminar, se quedaba muy asombrado de que el niño no se hubiera curado completamente durante el encuentro.

Álvaro me dijo que le dolía la tripa. Los niños llaman tripa a toda la porción que va desde la garganta a la ingle, así que lo fui palpando y donde parece que sentía más molestias era en el estómago. No le di absolutamente nada, excepto agua con unas gotas de limón, y llamé al médico por teléfono. Por lo que le expliqué y, tras asegurarse de que no había tenido vómitos ni diarreas, don Inocencio me dijo que lo tuviera a dieta y que vendría a última hora de la mañana.

Vino bastante antes y se encontró a Alvarito jugando con unas piezas de plástico, ya sin fiebre. Le auscultó el pecho y el vientre, le examinó la garganta, las pupilas, exploró la espalda, le palpó el cuello en busca de ganglios, y me dijo que podría haber sido una ligera indigestión o un atisbo de cólico.

Don Inocencio era el hijo del don Inocencio que nos trajo al mundo a Javier y a mí, porque Antonio había nacido en Madrid: un hombre ya jubilado que conocía al dedillo el cuerpo y la mente de toda nuestra familia. El hijo pertenecía a esa antigua escuela de galenos que saben que es más importante el enfermo que la enfermedad, y en los ambientes sanitarios de Etnacila se decía que tenía ojo clínico. Yo no entendía mucho la jerga médica, pero *ojo clínico* parece que quería decir tino en el diagnóstico. Ahora, los médicos, antes de esbozar la más descomprometida de las hipótesis, piden análisis de sangre, de orina, y un par de radiografías. Eso para empezar.

Este don Inocencio era algo mayor que yo y, aunque nos tuteábamos, al referirnos

a él en tercera persona le anteponíamos el tratamiento de don o de doctor, como si la excesiva familiaridad le pudiera restar ciencia, le pudieran sustraer parte de sus conocimientos.

—Si volviera a tener algo de fiebre, aunque sean unas décimas, llámame enseguida, o llama a Laura —Laura era su mujer.

—No te preocupes, que si pecho será de exceso de celo.

—Me parece muy bien.

Nos dimos un picotazo en las mejillas y se marchó con un gastado maletín negro que yo creo que le había visto a su padre.

Fue poco después de marcharse Inocencio, cuando me llamó por teléfono mi hermano Javier. Ni siquiera me saludó. Con una voz sombría se limitó a preguntarme: «¿Te has enterado?».

Por un instante pensé en un accidente de papá, o de mamá, o de Emilio. En unas décimas de segundos pasó por mi mente un automóvil a toda velocidad, una explosión de gas, un derrumbamiento, un infarto imprevisto... Así que le pregunté nerviosa qué era lo que había ocurrido. «Los dos concejales nacionalistas se han pasado al partido conservador y van a preparar una moción de censura.» Por un momento sentí un alivio momentáneo. No había cadáveres, ni camillas, ni tubos de oxígeno, ni cirujanos operando a vida y muerte. Y luego, enseguida, comprendí que la piedra volvía a rodar cuesta abajo. Todavía en un intento de engañarme comenté que los conservadores habían sido siempre amigos de papá. «No te mientas», pareció adivinar mi hermano con una seca observación.

No quería dejar a Álvaro en ninguna parte y me lo llevé a la fábrica. Se había montado el cuartel general de las lamentaciones en el despacho de papá, que sólo sonrió levemente cuando vio a su nieto. No estaba Puig, porque no iba nunca por la fábrica para que no lo vieran los empleados que pertenecían a sindicatos de la izquierda y, naturalmente, tampoco estaba el arquitecto municipal. De vez en cuando Puig llamaba y no hacía otra cosa que confirmar las malas noticias. El partido nacionalista al que pertenecían los dos concejales no estaba muy implantado en toda la región y no disponían de fondos, ni de influencia, ni de perspectivas para una próxima campaña electoral. Alguien les había hecho llegar dos ofrecimientos apetitosos: dinero en metálico y la posibilidad de ser incluidos en el partido conservador en la próxima campaña. Sólo tenían que dar sus votos al partido de la oposición en una moción de censura que le quitaría la alcaldía a Viladecans y se la daría al candidato que propusiera la nueva mayoría.

Era un final de película que ya había visto en otras ocasiones y, aunque Puig le había insinuado a mi padre por teléfono la posibilidad de que Viladecans recalificara los terrenos antes de la moción de censura, todos sabíamos que eso era una posibilidad tan remota que la convertía en imposible. Si con una mayoría a favor no se había atrevido a hacerlo y ordenó que el asunto se tratase en un pleno, mucho menos iba a tomar una decisión diferente ahora, justo antes de que todas sus



actuaciones anteriores fueran exhibidas en público por los que le iban a arrebatarse el sillón.

Me marché, porque le tenía que dar la comida al niño y porque era una reunión inútil en la que Javier, mi marido, papá y yo misma parecíamos los parientes de un muerto que especulan sobre la utopía de que el pariente resucite para que el mundo sea más bello. Mientras salía a la calle saludaba mecánicamente a algunos empleados y empleadas de los que ya no recordaba el nombre, y que le dedicaban corteses atenciones a Alvarito. Se me habían olvidado los nombres que correspondían a estas caras y me sentía molesta porque no les podía corresponder.

El mar estaba como casi siempre, inmenso y apacible. Fuimos andando de regreso a casa por el puerto. Las cuerdas golpeaban contra los mástiles de los barcos fondeados y se escuchaba una música extraña procedente de aquel improvisado xilofón. Había visto tan ilusionado a papá que me sentía triste por él, mucho más triste por él que por mí misma. En realidad, se trataba de una operación especulativa, que buscaba un beneficio rápido, pero yo sabía que para papá era algo más. Significaba volver a tener un proyecto y recuperar ese empaque social que a todos nos parecía tan importante en Etnacila, el final de una etapa decadente para volver a entrar en el club marítimo y en el casino con la seguridad de la tradición y el poder económico del presente. Por eso se consideraba fracasado mi marido. Por eso había vuelto Julia, según me había confesado, para restañar lo que ella creía una derrota. ¡Julia! A Julia le había prometido mi padre incluirla como accionista en la futura torre. Le escribiría enseguida para contarle que sus acciones valían tanto como el aire y que su viaje había sido un sacrificio estéril.

Aquel día estaba preñado de incidencias, porque nada más llegar a casa, y cuando me disponía a hacerle un puré a Álvaro, sonó otra vez el teléfono. Lo tomé con resignación suponiendo que sería papá.

Era mi madre, que no informaba, ni suplicaba. Simplemente ordenaba: «Tienes que ir al cuartelillo de la policía municipal. No encuentro a tu padre. Tu tía Dori se ha desnudado en plena calle y está detenida».

## Capítulo sexto

**U**NA VEZ, EN PARÍS, JULIA, NELA Y YO VIMOS A una mendiga en la orilla de Sena, desnuda de cintura para abajo, haciendo sus necesidades, sin importarle que la pudieran ver. Debería tener la edad que tenía tía Dori cuando fui a recogerla al cuartelillo municipal, que estaba en la parte trasera del Ayuntamiento, y donde, envuelta en unas sábanas, con el montón de sus ropas encima de una silla, bajo la vigilancia de una agente sentada a su lado, me sonrió con la alegría de un niño al que se ha tardado mucho tiempo en ir a recoger a la salida del colegio.

—Clara...

—Hemos intentado que se vistiera, pero no quiere. En cuanto la cogemos para ponerle una prenda grita y se echa a llorar —me explicó la guardia de manera fría y funcional.

—Déjeme sola con ella, por favor.

Era una habitación pequeña con dos sillas y un sofá de tres plazas, de techo muy bajo, y sin luz exterior. Y allí me quede con tía Dori, que volvió a repetir:

—Clara...

—Hola, tía. Nos tenemos que marchar a casa.

—A casa —repetió, como si no comprendiera muy bien lo que le estaba diciendo.

Y empecé a hablarle como si fuera un niño, como si estuviera frente a un Alvarito más pequeño todavía, y a explicarle que se le esperaba en casa y que tendríamos que salir a la calle, y que, antes, debería ponerse la ropa.

—Sucia, sucia. Ropa sucia.

—Está bien, está bien. Encontraremos ropa limpia cuando lleguemos a casa, pero ahora tenemos que ponerte ésta.

—¿Tú no me dejarás sola?

—No, tía, no te dejaré sola.

Con mucho cuidado y delicadeza para que no se asustara, le comencé a desprender las sábanas muy suavemente, sin dejar de mirarle, sin dejar de sonreír, y sin dejar de hablarle. Y apareció el cuerpo blancuzco de tía Dori, demasiado grueso, con unos muslos anchos que parecían pegados el uno al otro, el pubis sorprendentemente para mí bastante ralo, y las azuladas venas del vientre, como la cuenca de un río y sus afluentes, que fue lo que me hizo acordarme de la vagabunda del Sena.

Nela se había echado a reír, pero Julia y yo, después de la sorpresa, nos quedamos incómodas, no por el escándalo que pudiera provocar la mujer, que desde luego ni le

importaba, ni lo sentía, sino por el grado de paulatina degeneración que había detrás de la *clochard*, el proceso de dejadez y embrutecimiento que había desembocado en aquella estampa insólita que a Nela le había hecho reír, y que a mí, y creo que también a Julia, nos había provocado una mezcla de lástima y desazón. Lástima por aquella mujer que había olvidado las reglas que marcan las obligaciones de una cultura social, y desazón porque ni podíamos rescatarla, ni sabíamos si ello era posible.

Viéndola sin la sábana, sonriéndome con inocencia en su desnudez, contemplé que el tiempo y el descuido habían ejecutado una obra de afeamiento considerable. Tía Dori siempre había sido una mujer guapa. Mamá era más delgada, más elegante, más distinguida, con unos movimientos aristocráticos que yo de niña me empeñé en imitar sin conseguirlo, mientras tía Dori era más mullida, menos angulosa, de una belleza pudiéramos decir más popular, pero no hacía mucho la recordaba en la playa con un traje de baño completo —mamá le tenía prohibido que usara bañadores de dos piezas— provocando más de una mirada masculina de admiración. Lo que tenía delante parecía el derribo de una belleza a la que le hubieran acumulado grasa con intenciones perversas. Y los resultados saltaban a la vista: el vientre fofo, los antebrazos con la parte interior caída, los pechos colgantes como ubres de cabra vieja.

En aquel viaje a París Julia y yo nos peleamos. Era el mal llamado *viaje de estudios*, que se realizaba a mitad del último curso del bachillerato, y que venía a ser una especie de despedida colectiva, porque se suponía que, a partir de entonces, cada una de nosotras iba a tomar derroteros diferentes, y que nos matricularíamos en facultades no sólo distintas, sino que muy posiblemente estarían ubicadas en otra ciudad. No se por qué, yo era consciente de tal inminencia, puede que con más lucidez que el resto, y procuraba estar con todo el mundo, mientras a Julia le molestaba lo que ella consideraba una dispersión.

Dormíamos en habitaciones dobles que disponían de un bidet y de un lavabo, pero para el baño y las evacuaciones debíamos ir hasta un cuarto de baño situado al final del pasillo. Teníamos entre dieciséis y dieciocho años y había diez habitaciones por planta, lo que quería decir que, en la práctica, disponíamos de un cuarto de baño para veinte chicas que necesitaban lavarse el pelo casi todos los días —¿se puede sentir segura una mujer sin lavarse el pelo a diario a los diecisiete años?— y ducharse y maquillarse, y mear y lo otro. Sonríó al leer lo que acabo de escribir, el eufemismo *lo otro*, porque Julia hubiera puesto el verbo *cagar* sin ninguna preocupación, pero a mí me parece que se me atascaran los dedos ante el teclado, será el puritanismo del que siempre me acusó Julia, serán inhibiciones semánticas, pero hay vocablos que se me antojan demasiado bizarros, a pesar de que los términos escatológicos han pasado a ser metáforas recurrentes y generalistas desde los noventa, cuando comencé a escuchar a los amigos de Álvaro que casi todas las cosas que merecen la pena o resultan extraordinarias tanto en sentido positivo como negativo son *para cagarse*, siendo algo óptimo lo que produce una sensación tan placentera y reconfortante que

*te cagas*. Bueno, pues Julia podía sentarse ante el inodoro a cumplir con *lo otro*, mientras yo me estaba duchando y otras compañeras aguardaban turno envueltas en unos albornoces variados, desde los de felpa a los chinos, a pesar de que la profesora acompañante y responsable del grupo formado por treinta y seis alumnas había insistido en la medida indumentaria.

—¿Crees que los chinos pican a sus muertos y los convierten en cerdo agri dulce? Si es así, me favorece, porque se me está curando el estreñimiento.

En aquella época Julia hablaba mucho de su estreñimiento, como si fuera algo inusual, hasta que, creo que en aquel viaje donde las circunstancias nos abocaban a una intimidad intensa entre toda la clase, comenzamos a confesar que casi todas padecíamos de estreñimientos más o menos leves, más o menos severos.

A partir de ese momento, como si la generalización del problema lo hubiera convertido en algo indigno de su atención, Julia dejó de referirse a sus dificultades evacuatorias, pero en aquel segundo o tercer día de viaje, todavía se contaba en el catálogo de sus conversaciones preferidas.

—Lo que tienes que hacer es acabar pronto —dije yo saliendo de la bañera donde me había duchado— y dejar que entren las demás.

—Que se jodan.

—Eres injusta —le comenté envolviéndome en un albornoz, que era de mi madre, y que me había prestado para el viaje.

—Y tú eres una pava —me replicó inusualmente agresiva.

—¿A qué viene eso?

Yo miré púdicamente hacia otro lado, porque estaba limpiándose con el papel higiénico, un poco asombrada de la reacción.

—Te crees que les importas mucho a esas niñas y no les importas nada.

—Esas niñas son *tus* compañeras y *mis* compañeras.

—¡Puaf! Dentro de un año te tropezarás con alguna de ellas y, al cabo de dos minutos gastados en el qué haces y cómo estás, te encontrarás con que no tienes nada en común. Y en cuanto pasen tres años procurarás cambiarte de acera para librarte de mostrar un interés que no sientes. Y no te digo dentro de seis u ocho años, cuando te presenten al marido, un tipo generalmente con gafas que te mira calculando si hizo bien su elección o tienes las tetas mejor que su mujer.

—Estás equivocada.

—Eso es lo malo. Que no estoy equivocada.

Me marché molesta a la habitación que compartía con Julia y ella detrás de mí, repitiéndome su argumento como un perro de presa que no va a abandonar con facilidad lo que tiene entre los dientes.

—Cierra la puerta, por favor —le pedí.

—¿Y qué importa? ¿No son tus queridas y fraternales compañeras? ¿Vas a tener secretos para ellas? ¿Te avergüenzas de ellas o de ti?

—¡Cierra la puerta, por favor! —chillé ligeramente.

—¡Oh, la damita se va a enfadar! El mundo maravilloso de colores suaves se encuentra a punto de tropezarse con un brochazo de pintura roja o negra. Encima de la mesa no hay un bizcocho con la cubierta blanqueada por el azúcar glaseado, sino que también existe la carne medio podrida. Y eso la damita no lo puede resistir.

Puede parecer tonto, pero aquella manera de hablar de Julia me desazonaba y me ponía triste. Siempre que comenzaba a encuadrarme como un ser débil y tremendamente burgués —es posible que a causa de que yo debía de ser débil y tremendamente burguesa—, creía advertir en ella de un desprecio rencoroso que no me merecía. Y el cariño que sentía por ella se convertía en un deseo de que le sucediera algo malo, de que sufriera como ella me hacía sufrir a mí, creo que sin ser demasiado consciente de ello.

—¿Sabes lo que te sucede, Julia? Que desconfías demasiado de todo el mundo. Partes del principio de que todo el mundo te va a perjudicar, mientras no se demuestre lo contrario. Y con tu actitud nadie se atreve a demostrarte nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no sé valorar la amistad? ¿Que no distingo una amistad de un... de un conjunto de intereses compartidos? ¿Qué crees que me une a mí con mis queridas compañeras y a ellas conmigo? Pues con la mayoría, que viajamos en el mismo vuelo, estudiamos lo mismo, tenemos una edad parecida y nos alojamos en el mismo hotel.

—No son las cosas tan frías como las quieres presentar —intenté convencerla, aun sabiendo lo inútil que era discutir con Julia—. A mí me parece un viaje maravilloso. Son las chicas con las que he pasado casi tantas horas como con mi familia. He crecido con ellas, lo que quiere decir que hemos afrontado al mismo tiempo conflictos muy semejantes y los hemos ido resolviendo de forma similar.

(Creo que no hablábamos así. Julia y yo nos expresábamos de una manera más simple, menos precisa, y mi intención no es transcribir de manera exacta algo que no podría recordar con precisión, sino darle un sentido. Posiblemente hoy sí que emplearíamos ese lenguaje, pero no entonces.)

Julia insistió de modo ofensivo en mi ingenuidad. Lo hizo de una forma tan refinada y tan constante, mientras nos vestíamos para una excursión a Versalles, que me dolió profundamente. Avasallada por su dialéctica, intenté contraatacar:

—Puede que tengas razón. Soy tan inocente que hasta he llegado a creerme que eras amiga mía.

Estaba poniéndose unos pantalones vaqueros muy estrechos encima de la cama, se levantó con la cintura en las rodillas y me miró muy seria.

—¿Eso crees? ¿Crees que no soy amiga tuya?

Me tendía la oportunidad de hacer las paces, pero había exhibido un comportamiento tan desagradable y yo me sentía tan ofendida, tan dolida por el desprecio con el que me había tratado, por esa manía de encasillarme en la estantería de las chicas buenas y tontas, que no recogí la invitación y me encastillé en algo que sabía que le iba a hacer daño: en la negación de su amistad.

—En efecto. Creo que, a ratos, finges que eres amiga mía. Y yo, como soy tan ingenua, me lo creo.

—Enhorabuena. Bienvenida a la realidad. No finjamos más.

A partir de entonces, me ignoró. Quiero decir que dejó de hablarme, pero no de una manera ostentosa, sino que se dirigía a mí en público, mientras estábamos en el autocar, o en el comedor del hotel, con toda naturalidad, y aquello me hacía concebir esperanzas de que se le hubiera pasado el enfado, pero al regreso, en la habitación, parecía como si yo no existiera. Le hacía preguntas sobre algo concreto y me contestaba con monosílabos o de manera seca y escueta.

La prueba de la ruptura definitiva la encontré encima de mi cama. Allí había un pañuelo, un jersey de color azul cielo y dos blusas que le había dejado el primer día que deshicimos el equipaje. No quería nada de mí. Había recogido el guante del desafío.

Pude vestir a tía Dori. No encontré las bragas, puede que porque las hubiera perdido o porque había salido sin ellas. Un cabo me explicó que no tenían más remedio que reflejar lo sucedido en el parte de incidencias, pero que no iban a presentar ninguna denuncia. Se ofreció para acompañarnos en un coche patrulla, pero yo le dije que parecía tranquila, y que prefería ir con ella hasta su casa, que se encontraba bastante cerca.

—Se dónde viven —señaló el cabo, no sé si como una gentileza, indicando que nuestra familia le era conocida, o como un detalle de profesionalidad.

La llegada a casa vino acompañada de una ceñuda recepción por parte de mi madre, que me subrayó que papá no había querido moverse del despacho y que por eso me había tenido que llamar a mí. Estuve a punto de cuestionar la razón por la que no había acudido ella misma a recoger a su hermana, pero no quería iniciar uno de tantos enfrentamientos inútiles.

Lo que sí le pregunté fue si no había notado nada raro en el comportamiento de tía Dori.

—¿Qué entiendes por raro? Ella siempre ha sido un poco rara.

—Mamá, me refiero a conductas que no son frecuentes. Si habla sola, si duerme mal, si ha perdido el apetito, si ha tenido algún asomo de agresividad...

—Esta mañana hemos discutido. Me había cogido una falda y una blusa del cuarto de plancha y se las había puesto. Y le he dicho que se pusiera otra cosa y se ha comportado de un manera... inusual. Se ha enfrentado a mí.

Mamá llamaba enfrentarse a ella a que no le dieran exactamente la razón en todo.

—Pero ¿te ha amenazado?

—No. Ha dicho que la dejara en paz, y se ha marchado a la calle.

—Hay que llamar a don Inocencio.

—¿Para qué? Se la ve tranquila.

Me enfurecí con ella. Fui hasta el cuarto de tía Dori, que estaba sentada en la cama y me sonrió. Le dije que volvía enseguida, cerré la puerta y regresé a la cocina:

—Mamá. A lo mejor no forma parte de la tradición de los Olaya, pero tía Dori está enferma, muy enferma.

—¿Qué quieres decir? ¿Que está loca?

—Hay términos más caritativos para definir su situación, pero si lo prefieres, podríamos decir que sí, que está loca y que necesita ayuda médica.

—Creo que exageras.

—No exagero. Hace unos pocos días me enseñó una muñeca que había recogido de una papelera o de la basura.

—¡Ah! ¡Las muñecas! Tenía tres en el armario, pero se las tiré. Agarró una pataleta de tal envergadura que se echó a llorar.

A veces se sienten deseos de abofetear a alguien. Yo sentí la tentación de darle una bofetada a mi madre, que no quería entender lo que parecía bastante claro incluso para un lector de digestos dominicales. Pero me aguanté las ganas y le pedí que llamara a don Inocencio.

—¿Tú crees? —dudó mi madre.

—¡O lo llamas tú o lo llamo yo! —alcé la voz.

Mamá salió de la cocina, despreciando el teléfono que había allí, y se fue al salón. Yo volví con tía Dori.

—Clara... —dijo al verme, como poco antes en el cuartelillo, como si quisiera demostrarme que se acordaba de mi nombre.

Me senté a su lado y le tomé una mano que me abandonó sin resistencia. Me miró a los ojos como si hiciera mucho tiempo que no nos habíamos visto. Y yo observé su frente, intentando escudriñar qué había pasado por allí dentro, qué neuronas se habían despistado, qué filamentos, qué proteína se había anquilosado o había dejado de cumplir su función.

Cuando sorprendimos a la mendiga nos miró con un punto de desafío, como si buscara pelea, un alzamiento de la cabeza que no se correspondía con la escasa dignidad de la tarea en que se afanaba, mientras que la mirada de tía Dori era mansa y con un fondo de desconfianza, como si se estuviera preguntando qué era lo que íbamos a hacer con ella.

Aquella noche, la primera o la segunda que pasábamos en París, Julia me dijo que no soportaba ver a los mendigos, que le producían temor, pero el temor egoísta de acabar formando parte de ese grupo.

Estaban las camas gemelas muy juntas y ya habíamos apagado la luz, y su voz me llegaba muy cerca. Parecía que se hallase a mi lado. Hablaba en un susurro, con su voz pastosa, y hubo un momento en que me pareció que le daba lo mismo que yo la escuchara, que tenía necesidad de reflexionar sobre su rechazo, lo que no resultaba frecuente porque era yo la que siempre andaba analizando mis sentimientos y mis reacciones, como si necesitara conocerme muy profundamente para tratar de conseguir la firmeza que no tenía.

—Tú no te das cuenta o no lo entiendes, Clara, porque has vivido en otras

circunstancias, pero yo ya he visto derrumbarse dos veces lo que creía que era la vida. No quería marcharme de Orán. Allí estaban mis amigas, mi casa, mis criados, a los que conocía desde niña. Nunca me ha gustado que me vieran llorar y en el barco comía muy deprisa, sobre todo el postre, y le pedía permiso a mamá para regresar al camarote, y una vez oculta de todos, antes de que volvieran ellos, que se demoraban tomando café con otros pasajeros, me ponía a llorar, a veces con tantas convulsiones que vomitaba lo que había comido. Pero cuando regresaban yo estaba leyendo unos tebeos, tranquila y sonriente. Me costó mucho adaptarme. Allí vivíamos en un chalet con un jardín que a mí me parecía enorme y desde el que se veía el mar. No sería tan grande como lo recuerdo, pero había dos columpios y una caseta para los tres perros, y aquí vinimos a vivir a un piso, cuya única habitación exterior, la del salón, daba a una calle estrecha, y el resto, incluido mi dormitorio y el de mis padres, a un patio interior, lleno de galerías donde se acumulaban bombonas de butano y trastos viejos. Aquí no me pasaba nada bueno. No me gustaba dónde vivíamos, no me gustaba el colegio, no me gustaba la ciudad... Bueno, la ciudad no estaba mal, pero echaba en falta mi casa y mis amigas. Imagino cómo lo pasaría mi madre y mi padre... Un día me perdí en el barco. Quiero decir que me confundí de cubierta y estuve vagando por otros lugares porque no encontraba el camino de regreso. De pronto, llegué a un sitio que estaba lleno de árabes. Había muchos niños de todas las edades, y mujeres chillando, y los hombres sentados en corros tomando té. Nunca había sido consciente de la diferencia entre ricos y pobres, quiero decir que yo sabía que los cojos y los ciegos que pululaban a las puertas de las mezquitas limosneando no vivían en una casa como la mía, pero eso formaba parte del paisaje, de la costumbre, como los criados que nos servían... Aquello... aquello era distinto porque era una acumulación de pobreza, de la misma manera que donde yo viajaba existía una acumulación de riqueza que hasta entonces no había advertido. Papá no era derrochador, pero había procurado que el viaje lo hiciéramos de la manera más cómoda posible para mitigar lo que ya de por sí significaba el destierro. Unos hombres, los del primer grupo que se apretujaban sentados en el suelo al pie de la escalera, me miraron con curiosidad. Y fui consciente de que mi vestido no tenía nada que ver con aquellas túnicas gastadas, ni mi olor con el olor agrio de sudores, comida y especias que venía del abigarrado conjunto de personas. Había colchonetas por el suelo, ropas tendidas, y, junto a la pared, cestos, fardos y paquetes de todas dimensiones envueltos en paños negros. Uno de los hombre murmuró algo señalando hacia donde yo estaba y los demás rieron. Me sentí ridícula y subí de nuevo las escaleras corriendo: encontré un pasillo que me era familiar y llegué al camarote como si viniera de una expedición peligrosa... ¿Te duermes?

—No, no me duermo. Te estoy escuchando.

—El viaje me descubrió muchas cosas. La primera, que no hay nada estable, que no existe nada permanente, que las cosas que crees que te van a acompañar siempre se pueden desvanecer de la noche a la mañana. Y me enseñó también que se puede



viajar en el mismo barco, pero en condiciones muy distintas. Y que los pobres siempre están en el peor sitio. ¿Tu cuándo descubriste que eras rica?

—Yo no soy rica, Julia.

—Bueno, tu padre, da lo mismo.

Me quedé callada pensando, porque no sabía la respuesta. No había un antes y un después, que era a lo que se refería Julia.

—¿No lo sabes? —insistió Julia.

—No de esa manera tan concreta como tú.

—A mí ese momento se me quedó grabado intensamente. Un día, vi una película de unos emigrantes. No eran árabes, sino italianos, pero el director o quien se encargara de los decorados no había visto nunca un barco con emigrantes, o si lo había visto había preferido recrear el ambiente con una evidente falsificación. En la película, la pobreza era alegre y desenfadada, y cantaban y reían y comían. Aquí, en lo que pude contemplar desde el penúltimo peldaño de la escalera, el ambiente era sombrío y triste, desesperanzado. Fue un antes y un después, ¿sabes? Y lo volví a conocer tras el fracaso del restaurante, cuando sin que yo me diera cuenta el joyero de mamá se iba quedando vacío y sus vestidos no se renovaban, y papá ya no iba al sastre, y yo no pedía unos zapatos nuevos, porque sabía que hasta eso suponía un problema. Es decir, que cuando ya había superado todo lo que representaba el adiós a Orán me tuve que preparar para despedirme de las pequeñas comodidades que me habían rodeado a la llegada a Etnacila. Otra lección para demostrarme que cuanto parece eterno y sólido resulta tan frágil y tan cambiante como el paso de una nube.

—Eso del paso de una nube es muy poético.

—Oye, ¿no te estarás burlando de mí?

—Sabes que no.

—He decidido que la próxima vez que haga un viaje largo para vivir en otro sitio no será porque me empujen, quiero decir que no va a ocurrir porque tenga que huir de algo o de alguien, sino que seré yo quien decida en qué momento me iré.

—¿Hablas de irte de Etnacila?

—Sí.

—¿Te vas a ir?

—Sí, pero no cuando me despachen, sino cuando yo quiera.

—Nunca me habías contado eso. ¿No será porque estamos en París?

—No, Clara, no tiene nada que ver. Creo que no me estabas escuchando.

—Sí, te escucho. Te estoy escuchando. Y tengo sueño.

Y noté un rumor de ropa y los labios de Julia que se posaron en mi mejilla, deseándome buenas noches. No era una mujer pródiga en ternezas. Luego entendí que, de alguna manera, hablaba mucho más en serio de lo que yo creía y que, en realidad, más que un beso de buenas noches me había dado un beso de despedida.

Cuando me he vuelto a acordar de esa conversación me he dado cuenta que lo que pretendía decirme Julia, lo que quería explicarme, era su terrible horror a la pobreza.

En su fuero interno huye de la miseria porque le preocupa que un día pueda rodearla con sus brazos de harapos. La he visto dar limosnas de una generosidad extravagante o bien huir de la mano tendida del pedigüeño, como si su contacto pudiera convertirla a ella misma en la otra persona.

Y, al día siguiente, tuvo lugar la ruptura y Versalles me pareció un lugar frío y los jardines un invento de delineantes. Me gustó mucho más el pueblo que el palacio y los alrededores. Estaba influida por nuestra ruptura, desde luego, pero no sentí ninguna emoción especial, y el nombre de *Madame Du Barry* no despertaba ningún tipo de ensoñación, como cuando había surgido en alguna novela ambientada en la época.

En una maniobra típica de Julia, sedujo a Nela y la apartó de mí. En los tiempos libres, en las dos tardes que nos dejaron a nuestro albedrío, me vi embarcada con un grupo de condiscípulas que tardaban una eternidad en decidir lo que íbamos a hacer, que luego, sobre la marcha, cambiaban de planes, y pasaban las horas y había que volver al hotel, a mi juicio la tarde lastimosamente perdida, pero ellas se reían por cualquier cosa, con esa risa de dos o tres años atrás que ya me resultaba extraña. O puede que estuviera confundida y me acordara de Julia, porque con ella yo era mejor, más ingeniosa, más osada, más segura, más habladora, más... No sé, otra cosa. Me sentía tan sola que en el hotel llamé a mi casa y mi madre se mostró muy solícita, creyendo que me sucedía algo, pero en cuanto la tranquilicé me hizo comprender que era un derroche gastar el dinero en una conversación que podríamos tener personalmente dentro de unos pocos días, y eso me hizo sentirme todavía peor.

No guardo un buen recuerdo de aquel viaje. Aún no había conocido a Louis, que por sí mismo lo hubiera justificado todo. El Hotel de los Inválidos, la tumba de Napoleón, el Louvre, se me mezclan como una colección de postales contempladas en un mal momento. En realidad, el Louvre, no. Me sorprendió ver en lo alto de la escalera la *Victoria de Samotracia* como si las páginas del libro de Historia se hubieran holografiado delante de mis ojos. En cambio, *La Gioconda* me pareció más pequeña de lo que me había imaginado, y entre un grupo de japoneses que se amontonaban delante de nosotras y mis propias compañeras, que se amontonaron después, apenas pude detenerme a captar esa enigmática sonrisa que han universalizado los exégetas, y que a lo mejor no respondía a ninguna pretensión de Leonardo.

Habíamos tenido peleas anteriores más largas, pero su longitud se mitigaba con la rutina de los horarios escolares y los regresos a casa. Aquí, en cambio, al compartir la habitación, ni siquiera permitía el recurso del olvido.

Fue la última tarde, en la Place Vendôme, donde ocurrió algo que propició que nos reconciliáramos. Yo andaba distraída, tropecé con un mojón que había en la acera, di un traspies y me torcí el tobillo. Al principio, escuché la risa de Julia llamando la atención de Nela sobre mi torpeza y, al intentar incorporarme, noté un agudo dolor. La señorita Silvia y otras dos compañeras acudieron a socorrerme, y yo

me eché a llorar. En realidad, lo que provocaba mis lágrimas no era la torsión del tobillo, que me había dañado alguna ligadura, sino la impertinente y ofensiva risa de Julia. Me eché a llorar y la señorita Silvia no sabía muy bien qué hacer, y habló de un seguro escolar, pero yo me imaginé el ingreso en una clínica francesa y que se fueran todas y yo me quedara sola en París, con un pie escayolado. Dije que podría andar, pero al intentarlo me dolió de verdad, y ante el desconcierto generalizado, fue Julia la que le propuso a la señorita Silvia que buscáramos un taxi para trasladarme al hotel. Julia se ofreció voluntaria para acompañarme y las demás siguieron cumpliendo el programa.

Una vez que nos acomodamos y Julia le proporcionó a la taxista la dirección del hotel en un francés perfecto que había aprendido, no en las clases del colegio de Etnacila, sino en las del colegio de Orán, pronunció una frase que era todo un armisticio:

—Al fin, solas.

La miré perpleja y se echó a reír, y yo también, no tanto por el sentido del humor de lo que había dicho, sino porque representaba —a su manera juliana, acompasada a su soberbia, marca de la casa— casi una disculpa por los días pasados. Y, a continuación, me dio un consejo:

—Aguanta, porque la señorita Silvia es capaz de pedir instrucciones por teléfono a la directora. Se te está hinchando —añadió tocándome levemente el tobillo derecho— pero no te vas a morir todavía.

Y como notara en mi mirada las interrogaciones que no iba a hacerle, porque no tendrían respuesta, y quisiera zanjar el asunto, añadió:

—No, de esta salimos.

Y en esa ambigüedad plural, que podía referirse al distanciamiento sufrido o al golpe que yo me había dado y cuyas consecuencias estaba dispuesta a compartir, dio carpetazo a un castigo desmesurado que yo no me había merecido y del que no podía desentrañar qué placeres extraía ella, o qué le inducía a comportarse así.

Al regreso a casa don Inocencio, el don Inocencio auténtico, el padre, me volvió a vendar el tobillo, me recomendó reposo y que durante quince días procurara mantener el pie en lo alto.

No sé si debido a que mamá se asustó cuando llegué cojeando y agarrada a los hombros de Julia, el caso es que se mostró más solícita que nunca y, al menos durante la primera semana, recuerdo que llegó a preparar una tarta en mi honor, como si en vez de haberme dañado un tendón por torpe y distraída, fuera una heroína que volviera de alguna misión peligrosa.

Julia venía todas las tardes, puede que para compensar su mal comportamiento durante el viaje, me traía las novedades, repasábamos juntas algunas lecciones y hacíamos planes; mejor dicho, los hacía Julia.

—Me gustaría trabajar con Robert Redford. Creo que haríamos buena pareja. Naturalmente, durante el rodaje se enamoraría de mí, pero yo no rompería su

matrimonio. No, no, no —decía después de un momento de reflexión, como si sopesara los inconvenientes—, porque luego querría casarse conmigo y a mí no me gustan los hombres tan mayores.

—Estás loca.

—Sí, sí, estoy loca. Pero sólo los locos somos capaces de soñar locuras, y las locuras que no se sueñan antes no se cumplen jamás.

—¿De verdad? ¿De verdad te vas a ir?

Y ella muy seria, con esa gravedad ante las decisiones que se tienen que tomar de forma inmediata, me corroboraba:

—Sí. Me tendré que ir. Antes de que me ahogue esta ciudad, antes de que te despache.

Y, al verme el semblante amohinado, me daba un abrazo y me aseguraba:

—Pero volveré para rescatarte.

A veces, solía entrar tía Dori a fumarse un pitillo con nosotras. Entre ella y Julia había una corriente de mutua simpatía que ninguna de las dos se preocupaba en ocultar. Por ejemplo, Julia saludaba a mi madre con una sonrisa de compromiso y una leve inclinación de cabeza, mientras que a tía Dori siempre le daba un abrazo y dos besos en las mejillas.

Le explicamos a papá lo que había sucedido con tía Dori, y nos escuchó como si el capitán de un barco a punto de naufragar recibiera las quejas de un pasajero al que el servicio de habitaciones no le pareciera todo lo eficiente que se esperaba de un paquebote de tal categoría.

No vinieron ni Puig ni el arquitecto por casa. La defenestración de Luis Viladecans se había producido con la rutina de un manual, y Puig ya no pertenecía al equipo de gobierno, y a Viladecans le habían arrebatado la alcaldía. El que sí vino fue Antonio, que estaba haciendo el MIR en Valencia. Habló con Inocencio y decidieron trasladar a tía Dori al día siguiente al Instituto Psiquiátrico para someterle a unas pruebas. Papá pasó por la habitación de tía Dori y nos contempló sin entender muy bien lo que estaba sucediendo; quizás no entendía que, de nuevo, otra vez más, la *gran operación* a punto de culminarse se deshilara, quedara engullida por el torbellino de la última tormenta de política local. A pesar de todo, no parecía derrotado. Si, al principio, cuando llegó, tenía aspecto de haber sido noqueado, a última hora de la noche parecía más animado e incluso se permitió unas bromas con Alvarito, milagrosamente recuperado de su conato de gastroenteritis, cuando llegó con su padre a recogerme.

No quise decirle nada, ni comentar lo ocurrido. Le abracé y él me apretó muy fuerte, y me dijo al oído: «No te preocupes. No pasa nada». Quería darme ánimo a mí, pensando que yo era la gran decepcionada, y lo estaba, claro, pero mucho menos que él, quizás porque nunca llegué a creerme que las cosas fueran tan simples y tan directas. Como siempre, me extrañó no ver a Javier. Y se lo dije a Emilio, dentro del coche, camino de nuestra casa:

—¿Dónde está Javier?

—En alguna timba.

Y, a continuación, se extendió en detalles sobre la conducta de mi hermano, su pasión por el juego, y el efecto pernicioso que había tenido en la marcha de la fábrica. De una manera nada velada me contó que había sustraído una importante cantidad de dinero para saldar una deuda de juego y que papá le había retirado los poderes. No sé si debido a mi hipersensibilidad o a que eran demasiados sucesos para un solo día, pero noté en mi marido un tonillo de superioridad, como si con el vicio de mi hermano por el juego quedaran neutralizados los suyos con la bebida. Quedaban, pues, justificadas las ausencias de Javier durante los cabildeos y reuniones de la *gran operación*, no porque estuviera en alguna timba, sino porque mi padre le había retirado la confianza y seguramente las relaciones que mantenían irían acompañadas de la más completa ausencia de cordialidad y comprensión.

Para ir a nuestra casa pasamos cerca de la iglesia de la que salía el paso de la Lanzada en el Costado, la cofradía a la que pertenecían los alumnos y ex alumnos de los maristas. Recordaba a mi hermano con su chaqueta oscura, la camisa blanca, el nudo de la corbata perfecto y la mano enfundada en un guante blanco, apoyada en el hombro del compañero siguiente. Aquella sucesión de manos blancas, mientras marcaban el paso y el trono se mecía, parecía una sinfonía de compañerismo que nunca se rompería. Arriba, el Cristo doliente a punto de recibir la postrera humillación para comprobar su muerte. Abajo, el futuro de Etnacila, los jóvenes que irían a tomar el relevo de la ciudad, los que, unos años más tarde, en lugar de ir bajo el paso, irían de chaqué, el pelo encanecido, presidiendo la procesión. A veces era así, y un Viladecans llegaba a alcalde. Otras, aquellas promesas que representaban los propietarios de las manos embutidas en los blancos guantes, aquellos futuros líderes de la sociedad, se convertían en alcohólicos y ludópatas.

Yo había sido espectadora emocionada de su desfile pausado y solemne. Y me había reconfortado contemplar la apostura, la seriedad, la dedicación a la tarea, tanto de Javier, como de Emilio. Y había sentido al verlos un hormigueo de satisfacción, de amparo, de orgullo, la reconfortante sensación de pertenecer a un buen equipo, no tanto de formar parte de los elegidos, que eso es muy rimbombante, pero sí de estar situada en una posición desde la que se podía esperar lo mejor de nosotros, de ellos. Una vez, desde el balcón de la casa de una amiga de Nela, los vimos salir de la plaza de la Montañeta. Y cuando la banda comenzó a tocar —los tambores como un fondo ronco—, y los clarinetes y las flautas traveseras tremolaron en la marcha fúnebre, sentí una mezcla de alegría y de tristeza que se proyectó en unas lágrimas incontenibles. Posiblemente era irracional, lo sé. Esa mezcla de liturgia y pompa, de religión y mundanidad que es toda procesión, resulta difícil de comprender fuera de España. Algunos nos observan como una tribu supersticiosa que necesita de representaciones muy concretas para acercarse a los asuntos teológicos, como si fuéramos demasiado infantiles para llegar a la abstracción, y los hay que piensan que

somos unos fanáticos, incapaces de aplicar la racionalidad al fenómeno religioso. Y, en realidad, es difícil de entender. Pero yo sí entendí, desde el balcón de la amiga de Nela, que mi hermano estaba allí, y Emilio, y que los veía guapos, y que el Cristo sufría, pero iba a resucitar, y la vida era el olor del azahar y de las velas, la pujanza de los naranjales que reventaban en primavera y el pasaje doliente de la pasión del crucificado.

—¿Sigues perteneciendo a la cofradía?

—¿Por qué te interesa eso ahora? —preguntó mi marido.

¿Le iba a explicar mi rememoración, mis reflexiones? ¿Las iba a entender?

—Por nada. Se acerca Semana Santa y hace años que no te he visto asistir.

—Pago las cuotas —explicó secamente.

Cuando llegamos a casa, Alvarito se había dormido en el asiento de atrás.

Tía Dori, acompañada de Antonio y de don Inocencio, fue al Instituto Psiquiátrico, la ingresaron para someterle a unas pruebas, y ya no volvió más a casa. Según nos explicó Antonio, estaba deprimida desde hacía tiempo, pero lo que le sucedía no tenía una relación directa con la depresión, sino que se debía a un trastorno neurovegetativo cuya etiología intentaban encontrar.

Antonio, el preferido de tía Dori, al fin y al cabo su hijo, mostraba una expresión grave. Es curioso que Antonio seguía llamando a su madre tía Dori, y a su tía, a mi madre, mamá, lo que no era ninguna representación de cara al exterior, sino la consecuencia sencilla de una costumbre que había clasificado los afectos de acuerdo con una taxonomía lógica. No sé cuándo se enteró o le explicaron el embrollo familiar, porque nunca hablé con él de eso, pero desde que tenía uso de razón mi madre había actuado y se había comportado con él como su madre, y como tal la tenía. Ningún niño adoptado, al cabo de unos años, cuando le explican su origen, llama a su madre adoptiva *tía*. Hubiera sido chusco escuchar a Antonio dirigirse a mamá con ese parentesco, que era el biológico, pero que hubiese resultado estrambótico.

Mi relación con Antonio siempre había sido distante, difícil, creo que por mi culpa. Siempre tuve más confianza en Javier. Puede que por ser el mayor, y porque necesitara la protección de alguien más alto, más firme, más fuerte que yo, lo mismo me daba Julia que Javier. Antonio, en cambio, era el pequeño, y a las chicas siempre nos encargan que cuidemos de los más pequeños, como si antes de ser mujeres tuviéramos que hacer cursillos de maternidad, nos debiéramos ir entrenando. «Cuida de Antonio», me decía mi madre en cualquier circunstancia, como si Antonio fuera menos listo que el resto de los hermanos y, en cualquier momento, fuera a tirarse de una ventana, a rodar por las escaleras de la casa de Aljarafe. Y a mí eso me fastidiaba, y como el fastidio no lo podía volver contra mi madre, porque de ella emanaban todas las normas de la casa, y aunque lo hubiera hecho habría rebotado la protesta en mi perjuicio, proyectaba la molestia de la incómoda responsabilidad en el inocente Antonio.

En realidad, la obsesión de mamá por la seguridad de Antonio no creo que procediera de ese afán de protección hacia el benjamín que suele sentir cualquier mujer, sino del convencimiento que tenía ella de que, siendo hijo de tía Dori, no podía ser demasiado inteligente. Después resultó que la persona más brillante de toda la familia, la que desarrolló la trayectoria que mi madre hubiera deseado para Javier o para mí, fue Antonio, que se transformó en un cardiólogo prestigioso, y que nunca provocó decepciones en la familia.

He dicho antes que no supe cuándo le pusieron al corriente de los pormenores de su nacimiento, pero debió de ser temprano. Ignoro si los rumores extendidos por Etnacila habían llegado hasta sus oídos, como llegaron a los de Julia, y se limitó a preguntar y corroborar, o fue una iniciativa familiar, aunque me inclino por lo primero. Papá pasaba por los asuntos desagradables de puntillas y mamá los ignoraba. Tía Dori quedaba descartada lo mismo que Javier, según la actitud que había observado el día que me lo contó en la playa de San Pedro, así que sería Antonio quien habría planteado la pregunta, me imagino que a papá, y entonces papá se lo habría llevado al Club Náutico a almorzar, habría bromeado con algunos socios, se los habría presentado, y, después del café, cuando papá estuviera convencido de que las cosas se hallaban bajo control —y eso significaba la fábrica, la vida social de la ciudad, la familia, el Club Náutico, etcétera— habrían paseado por el pantalán y le habría desvelado el conocido misterio. Y creo que sería temprano, porque, aun cuando Antonio de niño fue bastante tranquilo, su adolescencia y juventud estuvieron rodeadas de una gravedad impropia de esas edades, y que yo achaco al conocimiento de la bastardía, un absurdo sentimiento de culpa que se suele cebar en los orígenes espurios y que impele a un esfuerzo superior como camino para expiar la falta primigenia.

Yo también había paseado por el pantalán, después de una comida a solas, y no me atreví a decirle la verdad, cuando me preguntó si era feliz en vísperas de casarme. «¿Eres feliz, Clara?» Y era tal la confianza de su mirada en que le dijera que sí, tan inocente su esperanza de que le confirmara lo que para él resultaba una absoluta certeza, que mentí con seguridad y le dije, no sólo que era feliz, sino muy feliz: «Sí, papá, soy feliz, muy feliz». Lo recuerdo, porque lo más difícil de olvidar es un error. ¿Qué habría pasado si le hubiera abierto mi mente, y le hubiera contado mis dudas, mis miedos y mis vacilaciones? ¿Habría reaccionado como Javier? No creo. Papá en esa época todavía era poderoso y las únicas convenciones sociales que respetaba eran las económicas. Mamá era esclava de todos los cánones, desde la indumentaria hasta el comportamiento, desde el domicilio hasta la elección de los amigos, pero papá se saltaba a la torera muchas de las reglas, y no le importaba pasar por extravagante. ¿Qué habría sucedido si le llego a decir que no sólo no era feliz, sino que me sentía presa de la angustia de estar a punto de cometer un error? Si Javier había reaccionado como lo había hecho, cuando le insinué a mamá lo que me sucedía no quiso ahondar en la cuestión y la zanjó con un «a todas las novias les pasa lo mismo. Serías una

mujer rara si no tuvieras aprensiones». Y salió de su habitación, por si se me ocurría continuar por un camino tan peligroso. Y yo me senté en la cama, en su cama, no sé si anonada por la respuesta o como venganza ante su reacción, con un acto que ella detestaba.

Emilio reunía todos los requisitos para marido. Era cuatro años mayor que yo, había sido compañero de estudios de mi hermano Javier en los maristas, había empezado una carrera universitaria que no había terminado —lo mismo que yo—, pero eso no representaba ningún inconveniente, puesto que era hijo único y su padre poseía una importante fábrica de calzado, una de las pioneras en exportar a Estados Unidos. Luego, precisamente el fracaso de la distribuidora estadounidense que le hacía grandes pedidos, dejó en la ruina al padre y Emilio fue recogido en la fábrica de harinas por papá. Pero en vísperas de la boda Emilio era lo que en Etnacila se denominaba *un buen partido*. Tras los gratificantes encuentros sexuales que teníamos en un piso del barrio alto, que pertenecía a alguien conocido de Emilio, y que usaba sólo durante el verano, yo me encontraba plenamente feliz y sin dudas. Pero en los períodos castos, que eran los más largos y frecuentes, en los paseos, en las salidas vespertinas, en los encuentros con otros amigos, hallaba muchas cosas de Emilio que no me agradaban. No me gustaba, por ejemplo, la excesiva deferencia con que se dirigía a mi padre; o la antipática autoridad que empleaba con los camareros a los que afeaba sus faltas, fueran ciertas o inventadas; o su incomodidad en las reuniones sociales, incluso con la gente de su edad y de la mía, como si no estuviera a gusto en compañía de los demás o no supiera qué esperábamos de él, aunque no esperáramos nada. Quizás por eso causaba pequeños incidentes, discusiones estúpidas y sin sentido, fanfarronerías absurdas que no venían a cuento. Parecía un misántropo que me hacía cambiar de acera con brusquedad para no encontrarnos con un antiguo compañero suyo de los maristas, o un ser injusto y cruel, como cuando una tarde de domingo, al principio de la avenida de España, un hombre viejo con una boina en la que había algunas monedas, al pedirnos una limosna, me rozó el brazo sin querer, y Emilio le dio un manotazo a la boina y las pocas monedas cayeron esparcidas por el suelo, y el pobre viejo se quedó agachado, huroneando entre la calzada y la acera los céntimos aventados, mientras Emilio intentaba justificar su acción e iniciábamos una de tantas discusiones. Mi experiencia con hombres resultaba bastante limitada, y Javier, Antonio y papá no contaban, así que comencé a pensar que puede que los hombres, en tanto que novios o maridos, eran más o menos como Emilio. Porque luego, en el oscuro piso del barrio alto, en una incómoda cama que a mí me pareció siempre digna de una princesa, Emilio se esforzaba en las caricias, era otro Emilio mucho más delicado y galante, también enérgico cuando el momento lo requería, un Emilio que parecía emplear las manos y el resto del cuerpo con la cuidadosa unción de un orfebre que perfila una delicada pieza, y se concentra con el recogimiento de un sacerdote.

Había en la esquina de la calle una oscura tienda de ultramarinos, cuyo dueño, un



tipo rechoncho, con unas gafas de concha provistas de gruesos cristales, siempre estaba en la puerta, y me lanzaba su mirada de lechuza haciéndome sentir una especie de puta, como si supiera a qué era debida nuestra visita frecuente a aquella calle y a aquel barrio. Y era curioso que yo, siendo tan tímida, tan apocada, no sintiera ningún rechazo, e incluso me hiciera sentir cierta complacencia interior; hasta tal punto Emilio lograba mi entrega y borraba los otros aspectos que luego ocuparían la mayor parte de mis recelos de novia.

Y sería Antonio, precisamente, el que más alejado había estado de mí y el que se encontraba geográficamente más lejos, quien descubriría las pruebas de mi error, o al menos, las intuyó, y mostró la paciencia suficiente, en un momento en que su madre acababa de ser ingresada en el psiquiátrico. Y antes de volver a Valencia para reincorporarse a su puesto en el hospital, me citó para encontrarnos en la vieja estación, que se hallaba entre el puerto y la fábrica.

Llegué creyendo que me haría confidencias sobre tía Dori, pero ante mis preguntas sus explicaciones volvieron a iterar lo que yo ya sabía. Tomamos un café en la barra y me sugirió que paseáramos por el andén. Parecía más sombrío que otras veces e intenté darle ánimos, pero me cortó enseguida:

—Soy médico, Clara. Y no tengo demasiadas esperanzas. Pero creo que ahora ella es más feliz.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Ella nunca ha llevado una vida plena y placentera... Vamos, no creo que haga falta explicar las causas que conocemos los dos. Su depresión no era muy acusada e Inocencio me lo ha confirmado, pero hubiera ido a más, porque nunca se ha encontrado en un ambiente... ¿cómo te diría?, gratificante, y mucho menos para vencer una depresión. Así que ignoro lo que ha sucedido, pero su cerebro ha huido hacia delante. Nosotros vamos a sufrir más, pero ella va a sufrir mucho menos. No es nada científico lo que te digo y cualquiera de mis profesores se llevarían las manos a la cabeza, pero creo que su cerebro ha dicho que ya era suficiente, que no le gustaba la realidad, y se ha instalado en otra parte, en esa parte que llamamos locura.

—¿Lo crees así?

—Es lo menos empírico que puede decirse, pero estoy aprendiendo que la medicina no es una ciencia exacta, como las matemáticas. Un colon no reacciona de la misma manera en un individuo que en otro, a pesar de que, teóricamente, deberían tener las mismas reacciones. ¿Por qué una persona sufre un infarto y otra no? Pero no quería hablarte de los misterios de mi profesión...

Y tras una pequeña pausa hizo una observación que me pareció fuera de lugar:

—Llevas un pañuelo muy bonito.

—El mismo de ayer.

—Sí, y ayer te lo quitaste, porque hacía calor y me fijé en dos manchas que tenías en el cuello, como el resto de dos moraduras.

Intenté encontrar una explicación coherente, porque las marcas procedían de las

manos de Emilio.

—Bueno... Ya sabes cómo son los niños. A veces, Alvarito me mordisqueea jugueteando y tengo una gran propensión en la piel a que se me queden las marcas.

—Está bien, Clara. No te estoy pidiendo ninguna explicación. Sólo quería decirte que soy tu hermano... medio hermano, al menos...

—Mi hermano, Antonio, mi hermano —rectifiqué con firmeza.

—Gracias... Y que si necesitas ayuda de tu hermano estoy a tu disposición. Dirás que a qué viene este ofrecimiento y es que siempre saqué muy buenas notas en medicina forense. Hasta tal punto que, durante algún tiempo, pensé en elegir esa especialidad. La gente piensa que el médico forense es sólo el médico que practica las autopsias, una especie de sepulturero, o un médico al que los pacientes no se le quejan. Pero el médico forense atiende también a los vivos, y aprende a leer en las huellas, en las hemorragias internas, en el astillamiento de los huesos... Llega a resultar apasionante. En las guardias en el hospital, sobre todo en las guardias durante el fin de semana, sábados y domingos, y a los internos nos tocan con bastante frecuencia, suelo atender a muchas mujeres que se han caído de las escaleras, que se han desmayado y se han dado un golpe en la cabeza... En fin, ese tipo de accidentes domésticos. Y, a veces, después de reconocerlas y curarlas, no me queda más remedio que redactar un parte con destino a la Policía. Porque esas caídas tontas e inexplicables suelen ser la tapadera de otros problemas, de riñas y peleas en las que ellas han llevado la peor parte. Te cuento esto porque esas dos marcas que llevas en el cuello, y que ahora sé que son de Alvarito, porque no voy a dudar de tu palabra, las he visto más de una vez, y proceden de un intento de estrangulamiento a cargo de un marido violento. Son muy fáciles de detectar, porque cuando se aprieta el cuello de una persona los pulgares siempre se colocan en la misma posición. Intentar estrangular a otro supone un arrebato, y en ese estado emocional nadie piensa que los pulgares van a causar una mayor presión y que eso lo notará el forense más lerdo.

Y, ya con una sonrisa, como si diera por zanjado el asunto:

—Perdona que te haya aburrido con estas tonterías.

—No, no son tonterías. Y tendré en cuenta lo que has dicho.

Nos abrazamos aunque no venía el tren. Contuve la emoción, porque soy demasiado llorona y quería estar a la altura de su serena forma de abordar mi problema. Encontrar a alguien que te ofrece ayuda sin pedirla es muy raro. A mí sólo me había pasado con Julia, a quien acababa de enviar una larga carta contado el fracaso de la *gran operación*.

Estuvimos un rato más hablando de sus proyectos. Me dijo que el catedrático de cardiología le estaba animando y que posiblemente iba a escoger esa especialidad. Le seguí con mirada de agradecimiento cuando subió al vagón. Y me quedé allí, en el andén, hasta que el tren se puso en marcha, a pesar de que salió dos veces a la puerta abierta para instarme a que me fuera.

—Soy una romántica empedernida. Quiero quedarme aquí y ver cómo te vas, y el

tren se aleja.

—¿Sigues leyendo tantas novelas?

—A mí me ayudan a vivir.

Sonrió y regresó a su asiento, porque el tren había pitado. Me quede allí en el andén, viendo cómo se alejaba el tren por un horizonte de cables, y la estación se tornaba adormecida y medio solitaria, como si necesitara un reposo tras la agitación, un período de recuperación para la próxima salida o la siguiente llegada. En realidad, yo era la que siempre se quedaba, la que despedía a los demás, pero en esta ocasión el agradecimiento que había suscitado el interés de Antonio restó la tentación de cualquier atisbo de melancolía. Iba alegre cuando entré en el portal de casa y la portera me tendió un telegrama. Sigo siendo de esas personas a las que los telegramas le parecen algo extraordinario y les produce una cierta inquietud. Era de Julia. Y decía: «Se adelanta boda. Me caso dentro de dos meses. Imprescindible tu presencia. Alojamiento casa novio. Besos. Julia».

## Capítulo séptimo

CUANDO ME ABROCHÉ EL CINTURÓN, MIENTRAS LA azafata con voz monótona y aburrida leía las recomendaciones de seguridad durante el vuelo, sentí de inmediato un cansancio enorme, porque llegar hasta allí no había sido fácil, y parecía que la tensión acumulada durante los dos últimos meses se apoderaba de golpe de mí, mientras el avión de Iberia iniciaba la maniobra de despegue con esa vacilación de los grandes ungulados cuando pasan del estatismo al movimiento, como si fueran conscientes de su envergadura y tuvieran cuidado de no hacer destrozos alrededor.

A mi lado se sentaba un hombre maduro, que me había dirigido un par de miradas de curiosidad, creo que intentado calibrar al espécimen que le había tocado al lado y, más allá del pasillo, una fila de cinco asientos, otro pasillo, y otra pareja de asientos alineados. Clase turista. Alguien dijo que si Dios hubiera querido que el ser humano viajara en clase turista lo habría creado de otra manera, pero la misericordia de las compañías aéreas está más basada en lo mercantil que en lo caritativo. De cualquier manera, recuerdo vivamente el alivio que sentí cuando el aparato comenzó a separarse del edificio de la terminal y se encaminó hacia la pista de despegue. Me esperaba un largo periplo porque la compañía Iberia no disponía entonces de vuelos directos a Los Angeles, o eran muy raros, ya no recuerdo, pero lo cierto era que debía enlazar en Nueva York con un vuelo de la PanAm, hoy desaparecida en el turbulento mundo financiero de las aerolíneas. Por razones que me explicaron y no comprendí, estaba obligada a recoger la maleta y volver a facturarla en el otro vuelo, una operación que presumía sencilla y que, luego, no resultó tanto.

Julia no era partidaria de escribir cartas. No le gustaba. La tarea de sentarse delante de un papel y ponerse a contar lo que le había sucedido o lo que pensaba le parecía una pérdida de tiempo, porque su pensamiento iba más rápido que su mano, y eso le ponía nerviosa y le llevaba a preferir el teléfono. Sin embargo, la única carta que me escribió —como exégesis de aquel sucinto e inesperado telegrama— fue antes de casarse y todavía la conservo. Es un papel crema, de buena calidad, del hotel Cromwell, de Los Angeles. La he sacado de una carpeta de cartón azul, donde guardo otros papeles, fotografías, papeletas de examen, un carnet del Club Náutico, un programa de una función de teatro, una entrada del Louvre... Esos fetiches de arruga y tiempo que se suelen guardar por un impulso medroso, como si el buen recuerdo que representan se desvanecieran si los tiráramos, y que luego pueden ser contemplados con indiferencia, preguntándonos qué tuvo de extraordinario pertenecer

a un club o sacar notable en psicología, o bien, por el contrario, cumplen la función de evocar lo que significaron. La carta dice así:

*Clara: tienes que estar conmigo. Mi madre dice que no se atreve a hacer un viaje tan largo y necesito que alguien a quien quiero me estire la falda, me ponga el velo, me mire con cariño y me diga que soy la novia más guapa de Estados Unidos. ¿Que tontería, verdad? Ésta no es tu Julia, que te la han cambiado. Y algo he cambiado. Por ejemplo, me ha entristecido lo de mi madre. Ya sabes que no es que no nos llevemos bien, es que no nos llevamos, pero creía que ésta podía ser una ocasión para encontrarnos. Pues no, prefiere quedarse arropada en el masoquismo de que le hemos fallado, primero mi padre, y luego yo. Pero yo, la que iba a ser la vergüenza de la familia, el escándalo permanente, se va a casar, y ni aun así es capaz de coger un avión y venir conmigo. Tú no me puedes fallar. Que se quede Alvarito con tu madre o con Emilio, o lo llevas interno a un colegio durante dos semanas, porque necesito que estés conmigo dos semanas antes. Está todo arreglado. Nos vamos a vivir a casa de la madre de Richard, a quince minutos del apartamento de Rodeo, y compartiremos una habitación de invitados con dos camas. Ya le he enseñado una fotografía tuya, y le he hablado de ti. No traigas nada. Sólo tu persona, Clara. Te necesito. No te escapes. No hay excusas. Te quiere, Julia.*

La carta no pudo llegar en peor momento. La situación económica no era para pedirle a papá que me subvencionara un viaje de placer a Estados Unidos, y a Emilio era inútil pedirle nada, porque yo sabía que no disponíamos nada más que de los ingresos que venían de la fábrica en forma de sueldo.

Hablé con mamá. No tuve más remedio que darle a leer la carta de Julia, aunque sabía que para ella Julia era la amiga indeseable que nunca debí tener, pero la abuela ya había muerto y mi madre era la única persona a quien podía pedirle ayuda.

Mamá se puso las gafas, se sentó en la mesa camilla que había en el salón, junto al ventanal desde el que se divisaba un tramo de la avenida de España, y leyó la carta con mucha atención, tanta que creí que no terminaría nunca. Cuando acabó, hizo el siguiente comentario:

—Así que va a sentar la cabeza. Y se va a dejar de esas tonterías de ser actriz.

Por supuesto que no se me ocurrió informar de que el futuro marido estaba relacionado con la industria cinematográfica y que ella no renunciaba a su vocación.

—En lugar de haber perdido tanto tiempo allí, y aprovechando que sabe francés, que lo aprendió de chica, e inglés, podía haber encontrado aquí un buen trabajo en el sector turístico —sentenció mi madre. Y, a continuación, una pregunta que yo

esperaba:

—¿Él es un buen partido?

—Sí, sí —me apresuré a responder—. Están en buena situación económica.

—Y quieres ir —comentó mi madre.

—Me gustaría —dejé caer con el corazón palpitándome a ciento veinte pulsaciones por minuto.

—Julia nunca ha sido santa de mi devoción. Y no me equivoco demasiado, porque mira cómo habla de su madre... Aunque tampoco entiendo que su madre... En fin, es una familia difícil de entender. ¿Tienes dinero para el viaje? Yo me podría quedar con Alvarito, si Tachi o la amiga de Tachi me echan una mano.

—Bueno, el problema es que sí querría ir. Me gustaría mucho. Creo que sí, que es una de las cosas que más deseo. Pero no tengo dinero.

Mamá me miró para convencerse de que estaba ante una derrotada y dijo:

—Deberías haber terminado la carrera. Siempre te dije que una mujer con una carrera se defiende mucho mejor. Y no tiene que depender de un marido para cosas como ésta. Claro que, en este caso, tu marido me imagino que no puede hacer mucho.

—Ni siquiera pienso planteárselo —me sinceré.

—Pues me va a salir muy cara la lectura de la carta. Casi como si me comprara un juego completo de enciclopedias.

Puse cara de conejo expectante, porque no quería estropear lo que parecía que iba por buen camino. A veces, las tímidas también tenemos nuestros recursos, y la cara de conejo inofensivo y expectante es una de las más eficaces.

—En realidad te voy a dar parte de un dinero que es tuyo. Tu abuela me nombró albacea de vuestra herencia, y hace tiempo que los tres habéis cumplido la mayoría de edad. Aunque están depositados en unos fondos de inversión, tenemos tiempo de hacer una operación de venta y transferirte una cantidad a tu cuenta corriente. Además, estando como está tu padre, es un peligro, porque él es muy orgulloso y sería la primera vez que me pidiera dinero, pero también es la primera vez que veo que nos arruinamos sin que la cosa parezca tener remedio.

—Si se necesita para la fábrica...

—No te hagas ilusiones, que se trata de una cantidad modesta a repartir entre tres. Y la fábrica... La fábrica está ya perdida. El problema no es este viaje, que creo que lo debes hacer. El problema es el regreso, porque no veo a tu marido con ánimos de encontrar una salida el día que se encuentre con que el paraguas de la fábrica se ha cerrado.

—¿Tan mal están las cosas?

—No conozco los detalles, pero no soy tonta. Y, luego, han ocurrido cosas que...

—¿Lo de Javier?

—¿También tú lo sabes?

—Me enteré hace poco.

—Pues sí, lo de Javier, pero no por la cantidad que representó, que tampoco era

tanto dinero, sino por el momento en que lo hizo. Eso ha terminado de hundir a tu padre. Cuando las cosas están sobre imperdibles cualquier movimiento en falso hace que se suelte todo. Y tu padre tenía la situación controlada con imperdibles. Los bancos lo sabían, pero aguantaban porque otras veces había pasado por crisis parecidas, pero el desfase debido a Javier les llenó de alarma y se lanzaron todos a la vez a reclamar las deudas. No tenemos fábrica. Es de los bancos. A pesar de todo, le han dado una moratoria, porque los bancos saben cobrar deudas, pero no saben hacer pan.

Sabía que las cosas estaban mal pero, o bien había querido engañarme yo misma, o bien las artes de simulación de mi padre eran muy convincentes.

—En estas circunstancias, creo que... Me parece una irresponsabilidad irme.

—Al contrario —me rectificó sorprendentemente mi madre—. Creo que son las circunstancias perfectas para que te marches. Y, si pudiera, me iría contigo. Quedándote no vas a arreglar nada. Y nada de lo que sucede es culpa tuya.

—No sabía que tenía una madre tan buena y tan generosa.

—Las madres siempre somos buenas y generosas, pero no es ningún mérito. Lo comprobarás y lo sufrirás con Alvarito.

Se quitó las gafas y se levantó, como si diera por concluida la audiencia y, antes de irse, se volvió y me hizo la siguiente recomendación:

—Deberías tomar un profesor de inglés, y hacer un curso intensivo, porque con tus conocimientos actuales puedes llegar dos semanas antes de la boda y no encontrar la dirección hasta quince días después.

En aquel momento, inundada por la posibilidad del viaje, no reflexioné sobre la actitud de mamá, tan distinta a los patrones por los que se regía. Era incapaz de salir a la calle con unos zapatos castaños y un bolso negro, o con unos zapatos negros y un bolso castaño, y sin embargo, precisamente cuando se desmoronaba el cuartel de los Meralt y no se podían calcular cuáles serían las dimensiones de la catástrofe, me aconsejaba que me comportara como una rica e irresponsable heredera. He pensado que en aquel momento en que toda la familia teníamos una cierta sensación de sitio, de estar rodeados de enemigos —porque la culpa es tan dolorosa de asumir que siempre es preferible inventarse enemigos exteriores, los otros, siempre los otros—, es probable que proyectara en mí lo que le hubiera gustado hacer a ella: huir y olvidar, escapar de las murmuraciones, de las explicaciones obligadas a dar, esa cansina repetición de una versión edulcorada de los hechos que el interlocutor de turno escucha con afectado interés, pero que no le convence ni transforma el juicio que ya ha tomado de antemano, a raíz de la abultada información de la que dispone, porque la ruina de los Meralt no saldría en los periódicos, pero sería primera página de las tertulias del casino; no aparecería en la televisión, pero se convertiría en el programa de mayor audiencia en las conversaciones de los bares y en las sobremesas de cualquier reunión que juntara más de dos empadronados de Etnacila. Incluso las Olaya hay días en que se cansan de mantener el tipo y son capaces de alentar un ápice

de locura. Tuve suerte. Podía haber desencadenado un rosario de responsabilidades pasadas, presentes y futuras —«¿Tú estás loca? La familia al borde de la ruina y la señorita se va a cruzar el Atlántico por una boda. Espero que sea una broma y no lo digas en serio»—, e incluso llevarme al convencimiento de que, en efecto, era un proyecto para internos de un frenopático, de no ser porque hablar del manicomio estaba prohibido: era nombrar la camisa de fuerza en casa de tía Dori.

Subestimé a mamá en muchas ocasiones. Y no lo digo por agradecimiento al gesto que tuvo, y que me permitió ir a la boda de Julia, sino más bien porque no era soberbia lo que exhibía más a menudo, era también una extraña manera de humildad que le permitía seguir su camino, como si se despegara de los demás para no recibir halagos y, lo que también es hartamente engorroso, sin tener que dar las gracias por ellos.

Llegamos al aeropuerto Kennedy con luz diurna, cuando en España ya debía de ser noche cerrada. Todavía no me había repuesto de la impresión que me produjo la pregunta que incluía el formulario que rellené a bordo y en el que el Departamento de Inmigración me inquiría sobre si tenía intención de asesinar al presidente de los Estados Unidos. Puse la negación en la casilla correspondiente, pero no me imaginaba a una espía que llegara al país con la intención de terminar con la vida del presidente y tuviera reparos en mentir ante un formulario. Me han dicho que ya han suprimido la pregunta, un hecho que no me llama la atención. Lo que me asombró fue que a alguien se le ocurriera plantear una cuestión tan ingenua.

Tampoco estaba preparada para la tediosa fila y el largo interrogatorio ante la ventanilla del control de pasaportes. Tuve que enseñar el sobre que contenía la carta de Julia, y hubo un malentendido porque la dirección que yo había puesto en el formulario era Beverly Hills y el hotel desde el que me escribiera Julia estaba en Los Angeles. El policía, de pelo oscuro y rasgos amerindios, me preguntó varias veces por esa falta de coincidencia hasta que lo entendí y le expliqué como pude la diferencia de domicilio. Cuando terminó la tortura del interrogatorio, el tipo me despidió con un «que tenga una feliz estancia en Estados Unidos», pronunciado en un suave y perfecto español que, al mirarlo, calculé que procedería de una infancia o de una familia peruana. Pero el muy cabrón no había hecho el mínimo esfuerzo por hablarlo antes. Luego, la recogida de la pesada maleta que también hube de abrir en la aduana, y en la que una señora de piel negra, pero negrísima, no dejó rincón ni braga sin examinar. Llegó un momento en que pensé que yo era una vendedora que le estaba haciendo una oferta de vestuario a la policía.

Seguro que había autobuses que recorrían los distintos puntos del aeropuerto, pero yo no estaba dispuesta a subirme a un autobús que me podría sacar del aeropuerto y dejarme en cualquier lugar de Queens. Pregunté por la terminal de PanAm y me dispuse a realizar el recorrido como una penitente. Creo que tardé casi veinte minutos, y entré nerviosa, porque entre la espera del pasaporte, la de la maleta y la excursión por un aeropuerto que me parecía más grande que Etnacila, iba con el tiempo demasiado justo. Tanto que la señorita del mostrador de facturación me lanzó



algo parecido a una bronca que asumí con mansedumbre, no fuera que al mostrar algún síntoma de desagrado vieran en mí intenciones de asesinar al presidente.

Para mi sorpresa, el interior del aparato de la PanAm era bastante más destartado que el de Iberia. Mejor dicho, el de Iberia tenía un interior muy cuidado, y aquí parecía que el avión llevaba años transportando pasajeros, sin que a nadie se le hubiera ocurrido hacer una limpieza general y cambiar la sebosa tapicería. Despegó con un concierto de chapas dolientes, que pedían a gritos un ajuste y un batallón de tornillos, pero luego en el aire se calmó el sonido de automóvil de tercera mano comprado en subasta, y seguimos el camino de la luz o, por decirlo de una manera exacta, el sentido de la rotación de la tierra.

Y ahí me sumí en un sopor profundo que derivó en un sueño del que me desperté sin saber muy bien si me encontraba en un autobús de las teresianas, durante una excursión colectiva, o en el coche de papá camino de Aljarafe.

Lo más difícil había sido plantearse a Emilio. Mamá lo adivinó cuando eludí sus preguntas un par de veces y decidió abordarlo durante una de esas comidas de domingo a las que Javier seguía sin asistir, nunca supe si por voluntad propia o prohibición de papá, y en la que se procuraba no hablar de la fábrica.

—Debemos resolver qué hacemos con Julia —dijo mamá, después de ordenarle a Tachi que trajera el café.

—Sí, y me temo que le vamos a pedir a Clara que se sacrifique de nuevo —intervino mi padre.

Y mirándome a los ojos, como si Emilio no existiera, continuó:

—El impagable servicio que nos hizo Julia no ha podido materializarse, pero no por culpa de ella. Hemos recibido una invitación para su boda —aquí Emilio se quedó boquiabierto, porque yo no le había dicho nada—, y debemos tomar una decisión honorable. Pagar, no le podemos pagar, porque el negocio se ha evaporado, pero tampoco podemos cometer la grosería de no atender a un ruego que hace. Por lo que sé, parece que ni siquiera su madre estará presente, y Julia quiere que en ese acontecimiento le acompañe Clara.

Aquí tuve que dominarme para no volverme a observar a Emilio, sentado a mi derecha, y cuya expresión me perdí por prudencia.

—Clara ya me ha dicho que le produce una inmensa pereza, y que no quiere dejar a su hijo, y la entiendo —continuó mi padre—, pero también debes entender que tenemos una deuda con ella, y que nos pone en bandeja saldarla. ¿Qué piensas tú, Emilio? —preguntó de repente volviendo la mirada hacia mi marido.

Seguí sin torcer el rostro, pero oí el sonido de una cucharilla cayéndose al suelo, y los pasos ya no tan rápidos de Tachi hacia el trinchante para traer otra de repuesto.

—Bueno, planteado así... A mí me parece bien. Total, cuatro o cinco días...

—Algo más, Emilio. En realidad ella nos ha pedido auxilio, mejor dicho a Clara. Va a vivir con una familia a la que acaba de conocer y necesita alguien en quien apoyarse. Y creo que Clara debe dejarse de remilgos, en definitiva, de negativas, y

sacrificarse, porque me parece que ésta es la mejor manera de saldar una deuda... yo diría que de honor. ¿No os parece?

Estuve a punto de soltar un «lo que tú digas, papá», pero temí que me entrara la risa, porque era tal el regocijo que notaba en mi interior al comprobar la sutileza con que había allanado el camino mi madre y la manera tan perfecta en que había interpretado la partitura mi padre, que preferí que no me traicionara la voz.

—Y tú —dijo mi padre dirigiéndose a mi madre—, prepara un regalo de boda adecuado.

Ésa era la razón por la que dentro de la maleta llevara una tetera de plata, donación de los Meralt-Olaya a las nupcias de Julia, tetera que le habían regalado a mi madre para las suyas, y que volvió a meter en la caja, y quedó olvidada en el fondo de un armario durante años y maternidades, y a la que el bicarbonato y la paciencia de Tachi, junto al arte de mamá para envolver, le habían devuelto la seducción de una pieza antigua y restaurada. De alguna parte mamá sacó un papel de una feria de antigüedades, y a punto estuvo de endilgarme una historia del siglo XIX, de no ser porque la interrumpí enseguida —«Por favor, mamá, es para Julia»— que frenó su entusiasmo por el adorno histórico.

Emilio refunfuñó por su ignorancia —«No te dije nada porque no pensaba ir, y sigue sin apetecerme», me justificué— y me encastillé en sentirme ofendida o al menos sacrificada por la causa común, sin dejar resquicio para que fuera él quien se sintiera dolido.

Había anochecido cuando llegamos al aeropuerto de Los Angeles. Debía llevar más de doce horas entre aviones y maletas, cuando recogía la mía, la montaba sobre un carrito, y me dirigía hacia la salida con la inquieta sospecha de que Julia no habría llegado a tiempo, y apretaba fuertemente el bolso de mano, porque allí dentro llevaba anotada la dirección de la casa de la madre de Richard, segura de que el taxi me costaría una fortuna incluso en dólares.

Apareció Julia. Me observaba con el orgullo de una madre española que va a recoger a su hija de regreso de un curso de inglés en Londres, y se siente feliz de verla volver sana y salva y, a la vez, orgullosa de que la niña de sus ojos comience a valerse por sí misma. Su Clara, su tímida y a veces incluso misantrópica Clara, había sido capaz de abandonar Etnacila y llegar hasta Los Angeles, ella sola, y no se había perdido por un rincón de Estados Unidos, ni había sido raptada por esas bandas que olfatean la proximidad de las chicas buenas. Conocía esa mirada de protección y de orgullo que me reconfortaba y me empequeñecía, me gratificaba, pero me limitaba también, porque me colocaba siempre bajo el paraguas de Julia y a la espera de sus determinaciones.

A pesar de ser de noche llevaba unas gafas de color azulado, y una blusa amplia y negra sobre unos *blue jeans* muy gastados, y unas zapatillas de esparto con un tacón en forma de cuña. Luego me acostumbraría al vestuario de Julia y las mujeres de su entorno, que se dividía en tres clases inamovibles: atuendo de *hippy* tardía más o

menos camuflada, como el que llevaba, y que era tan común en la camarera que terminaba su trabajo como en la representante de grandes estrellas; traje sastre de color pastel para los cócteles en los jardines al aire libre durante la tarde; y vestidos de noche que hubieran causado heridos en el casino de Etnacila, con escotes hasta el ombligo por delante, atrevidas hendiduras hasta la cintura en los lados, finísimos tirantes que dejaban la espalda libre como un desierto en trajes que podían haber pasado por fina lencería, amén de otros atrevimientos, como los escotes bajo palabra de honor, donde el honor parecía a punto de caer derrumbado. Menos mal que Julia me prestó prendas de su ropero, porque enseguida me di cuenta de que con la ropa que yo había llevado me podían haber confundido con un miembro del Ejército de Salvación infiltrada para salvar el mayor número posible de almas, o con la aspirante a un puesto de trabajo en las oficinas de la productora, que se ha equivocado de pasillo y se ha encontrado inmersa en una fiesta.

No estuve a la altura de las circunstancias. Tras la agitación intranquila por las dudas de si llegaría Julia a recogerme, y el largo paseo por el aparcamiento hasta dar con el coche en el que me había venido a buscar, me abandonaron las energías y a los diez kilómetros de autopista me quede dormida como un bebé. Habían sido muchas emociones. Había sido un viaje muy largo. Y me habían venido a rescatar.

Enseguida me di cuenta de que las distancias se medían en cuartos de hora y medias horas. Casi todo estaba a quince minutos, o a treinta minutos, o cuarenta y cinco minutos, lo mismo si íbamos desde Beverly Hills hasta Rodeo para buscar a Richard, que si nos trasladábamos desde el apartamento de Richard al hipermercado, porque tenía el frigorífico como un soltero —bueno, se supone que era un soltero—, o si salíamos de casa para comprar un secador, que fue algo que hicimos el primer día, porque la clavija del secador que yo me había traído no encajaba en los enchufes estadounidenses. Salir a comprar un sello, unas aspirinas o visitar a un vecino significaba sacar uno de los automóviles del garaje, incorporarse a una de las autopistas, girar en alguno de los tréboles y conducir despacio, porque en cuanto alguien iba a mayor velocidad de la permitida, el radar avisaba a la patrulla. Nunca encontramos dificultades para aparcar. Los arquitectos parece que proyectaban primero las plazas de aparcamientos y, una vez asegurados de que a vehículo por habitante, incluidos los recién nacidos, no había problemas de espacio, se dedicaban a proyectar las casas o los centros comerciales. Acostumbrada a Etnacila, donde salía de mi casa, o de la de mis padres, y las tiendas y lo que necesitaba estaba a cinco minutos andando, me sorprendió esta otra manera de entender el urbanismo. Nuestras ciudades se parecían a las de los griegos y cuando crecían demasiado se volvían insostenibles, mientras que aquí no existía la ciudad propiamente dicha, quiero decir que la ciudad eran los bancos, las oficinas de negocios, mientras que la mayoría de la gente vivía en casas unifamiliares, algo así como ranchos venidos a menos, donde en lugar de grandes extensiones de pradera, había una superficie de césped y una piscina. ¿Construían también las piscinas antes que las casas? En el barrio en el que

vivíamos la existencia de una piscina en la parte trasera de la casa era casi tan reglamentaria como el macizo de buganvillas a la entrada, y en Glendale, donde residía una tía de Richard, llegué a pensar que las columnas neoclásicas de los porches también eran obligatorias.

La madre de Richard, a la que conocí al día siguiente en una cocina inmensa de amplios ventanales sobre el jardín, del que procedían unas glicinias recién cortadas que había en un jarrón, era una mujer muy cortés, muy amable... y algo fría. Pelo teñido de color blanco, una blusa camisera de alta costura o de *boutique* cara, una falda larga hasta la pantorrilla de lino cremoso y un rostro tostado por el sol en el que destacaban unos ojos del color de las aguamarinas. Se llamaba, o le llamaba Julia, Demi, y cuando fui a darle un beso me alargó la mano marcando una distancia física que no intenté acortar en los días posteriores. Richard, en cambio, que llegó a media tarde y nos llevó a cenar a las tres mujeres, era diferente, o muy diferente. Tenía una voz ronca, de esas voces masculinas que imprimen misterio de leyenda a lo que cuentan, y que tienen capacidad de suscitar evocaciones en quienes les escuchan. Richard hablaba en español, supuse que por deferencia a mí, mientras su madre siempre que intervenía lo hacía en inglés, y Julia por cortesía con su futura suegra también hablaba en inglés, de tal manera que alguna de las cosas que decía Julia y que se me escapaban, o sea, casi todas, me las traducía Richard. Era la primera vez que estando con Julia necesitaba un intérprete para entenderla, lo que no dejaba de tener un lado divertido.

Del abuelo mejicano de Richard no quedaban muchas huellas. No es que tuviera los ojos azules de su madre, ni la piel blanca, ni el cabello rubio, pero la mirada era de color miel y el pelo de un castaño claro, y en sus rasgos predominaban las características anglosajonas sobre las hispánicas.

Hubo un momento en que su madre le reconvino por algo que había dejado de hacer, y él le contestó con mucha paciencia. No me costaba nada imaginar que el día en que se enfrentaran Julia y su suegra iba a ser como el choque de dos trenes, pero Julia no era tonta y no se iba a romper la cara por el capricho de comprobar la resistencia de los materiales.

También tenía su gracia que, después de varios meses viviendo con Richard, Julia se hubiera trasladado a la casa de su futura suegra, guardando una especie de cuarentena, un período de castidad, de rescate de la virginidad perdida, o de concesión a Demi, porque lo cierto es que Richard nos devolvió a casa, nos dio un casto beso a cada una, y no menos casto el que depositó en la mejilla de su novia, y se marchó a su apartamento que, a los dos días, Julia y yo nos encargáramos de aprovisionar, porque desde que ella se había marchado el apartamento había tomado el aspecto desidioso de las cuevas habitadas por hombres solteros.

Se lo pregunté en el dormitorio, y Julia, con la cara blanca de la crema desmaquilladora y la mirada atenta al menor atisbo de protuberancia en la frente, reconoció mis suposiciones:

—Fue una sugerencia de Demi. Dijo que si habíamos decidido casarnos según las normas tradicionales, que hasta ahora habíamos despreciado (no creas que la señora desaprovecha cualquier resquicio), nos ofrecía su casa para que se celebrara la ceremonia, y me sugirió que no le parecía apropiado que los futuros esposos vinieran juntos. Y a mí me pareció razonable. Vamos, te aseguro que estoy como una novia.

A medida que la capa blanca se fue diluyendo con el paso de la toalla de mano, y emergían las facciones de Julia sin la rigidez dependiente de la crema, parecía más una novia, y la ilusión de la mirada con que la había sorprendido observando a Richard mientras éste hablaba un poco antes en el restaurante, era esa mirada de admiración que se nos escapa a las mujeres, que nos traiciona, y que tampoco queremos ni nos interesa disimular, cuando han terminado las justas de los escauceos primeros y hemos decidido rendir la plaza.

De aquellos días recuerdo la felicidad de Julia como algo que proyectaba sin rubor y sin inhibiciones. Sus cautelas habían desaparecido. La prevención que la solía acompañar y que le obligaba al comentario cáustico, aunque fuese en contra de sí misma, como si tuviera que catonizar sus actos o mantuviera la obligación de parecer demasiado satisfecha, se había diluido. Me hubiera gustado haber disfrutado de esa Julia años antes, la que reía con espontaneidad y campanilleo ingenuo de las cosas más inocentes —una señora gorda con un perro flaquísimo al que habían esquilado hacía poco— o de las más infantiles, como golpear con el codo al salir deprisa la bocina del automóvil, y provocarle el bocinazo una hilaridad infantil, tan simple como contagiosa. Porque contagiaba y me arrastraba a compartir la ilusión, de tal manera que me parecía que yo era también la novia, y en parte lo era, si tenemos en cuenta que me sentía coprotagonista o, ya que estábamos en Hollywood, *co-starring*.

Sólo noté un atisbo de resquemor durante el par de días que dedicó a enseñarme la parte más turística. Yo estaba tan admirada como una paleta y no apreciaba su cambio de actitud. Me quedaba embobada viendo la parte delantera de la casa de *Lo que el viento se llevó*, como si Olivia de Havilland o Vivien Leigh fueran a salir, o Clark Gable fuera a entrar. Leía los nombres de los actores y cantantes en las estrellas sobre las aceras de Hollywood Boulevard, con una admiración que a Julia le llegaba a molestar. Tan embebida estaba en mi particular aventura que le pregunté cuándo vería su nombre en la acera y, nada más ver su mirada, me arrepentí de haber planteado la cuestión. Había sido tan torpe que le estaba recordando la parte más negativa, los números rojos del balance. No tuve tiempo de retroceder, ni de arreglarlo, aparte de que no hubiera sabido cómo. Fue ella la que soltó un sarcasmo masoquista:

—Si existiera un Oscar a la mejor felación, creo que habría conseguido hacerme un hueco.

—Eres una burra.

—No, no. No lo hago como una burra. He logrado cierto refinamiento y puedo aparentar entusiasmo. En cualquier actividad tiene que intervenir la sensibilidad y el cerebro. Y la suerte.

No era la primera vez que se refería al azar. Cuando nos detuvimos ante la casa de Scarlett O'Hara me explicó que Vivien Leigh fue la chica trigésimo primera que hacía la prueba. Y que su presencia allí se debía a dos circunstancias bastante ajenas a la interpretación. La primera de ellas, que había llegado a Hollywood en calidad de amante de Laurence Olivier. La segunda, que un agente artístico bastante borracho se la presentó a Cukor. Quién sabe si la sobriedad le hubiera impedido tal osadía. Antes de ella habían sido descartadas las estrellas más rutilantes de la época. Joan Fontaine fue rechazada por fría, Lana Turner no pasó las pruebas de fotogenia, y Susan Hayward, que le gustaba a Cukor, no tenía el acento preciso. La única que hubiera podido hacer el papel, porque superó todos los obstáculos, fue Katherine Hepburn, pero en aquellos días reanudó su idilio con Spencer Tracy y no quiso sacrificarse, porque el rodaje suponía pasar varios meses alejada de su amor.

Y, en otra ocasión, en el dormitorio, después de alguna agotadora jornada de prueba de vestido o de gestiones con la ceremonia, me confesó:

—He tenido suerte de encontrar a Richard.

Antes me había preguntado mi opinión sobre él. No lo había hecho nunca con ninguna de sus ocasionales parejas. Jamás le interesó saber qué opinaba de los chicos con los que salía, por lo que supuse que en esta ocasión, además de importarle mi parecer, le importaba Richard.

A Richard le gustaba el cine. Me confesó que su aspiración era llegar a hacer una película como *Casablanca*: contratar buenos actores todavía no muy conocidos, un equipo de guionistas con los que trabajar, y ajustarse a un presupuesto no demasiado caro. Se sabía casi todo de *Casablanca*. A veces, me daba la impresión de que había presenciado el rodaje —algo imposible por su edad— gracias a la facilidad con que narraba las situaciones como si él hubiera sido testigo: «Decidieron hacer dos finales. En uno de ellos, Ingrid Bergman regresaba con su marido. En el otro, se quedaba con Bogart. Se rodó primero el de la marcha de ella, el regreso al encuentro con el marido. Y, al ver la prueba, no hubo ninguna duda: ése sería el final». O bien: «Hubo que enseñarle a Doodley Wilson cómo se movían los dedos sobre el teclado del piano. La víspera del rodaje se hicieron ensayos. El que tocaba de verdad era Elliot Carpenter, pero en la película no se nota, ¿verdad?». Y me lo preguntaba como si fuera una experta y el rodaje acabara de concluir unos días antes.

Un día en que estábamos solos en el coche, y que íbamos a buscar a Julia a un estudio donde grababa con su voz textos publicitarios, le pregunté si Julia llegaría a ser una actriz importante. Richard me miró a los ojos en un intento de calibrar si la pregunta provenía de una iniciativa propia o yo era un mero soporte de una pregunta de su novia. Aguanté la mirada de color miel sin parpadear y comprendí por qué Julia se había enamorado. Después, una vez que intuyó que la pregunta no tenía trampa, me respondió con cariño y con sinceridad:

—Sirve para el oficio. Tiene ambición, es perseverante, y esa mezcla de realismo y ensoñación sin la cual los actores no pueden resistir. No ha tenido suerte —y lo

decía apesadumbrado, como si le correspondiera parte de culpa—, no ha tropezado con un director que se haya entusiasmado con ella, ni ha logrado un papel de esos que llaman la atención. Y está en una edad peligrosa. Ella lo sabe. Hay un año, dos o tres años como mucho, cruciales. Si en ese tiempo logras un bingo, los demás vienen en bandeja, ya eres un mimado del azar. Pero si se pasa un año, y otro, y comienzas a ser conocido en los estudios, pero siempre como esa chica que hace pequeños papeles con pequeñas frases, entonces estás condenada. Te llaman, claro, pero siempre para lo último, para la pequeña frase, para el pequeño papel.

Y añadió enseguida, como si hubiera sido demasiado explícito o volviese a tener sospechas de que podría caer en la tentación de la confidencia:

—Esto que quede entre nosotros. No es bueno preocuparla ahora con esas cosas.

—De acuerdo, Richard. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Adelante.

—A ti, en el fondo, ¿no te gustaría que ella fracasara y así disfrutar de tu esposa a tiempo completo?

Sonrió, como si le hiciera gracia el planteamiento o considerara que me había pasado de perspicaz:

—Te va a parecer una contestación diplomática, pero yo quiero que sea feliz. Y si es feliz con el cine, no me importa. Sin embargo, no quiero que una fuente de satisfacción se convierta en la causa de frustraciones y de penas. La he visto llorar sólo una vez, y fue por un *casting* en el que se había hecho muchas ilusiones. Eso es lo que no me gusta.

Richard era un *tío legal*, como se decía ya entonces en la jergonza juvenil, y no andaba con simulaciones corteses en lo que le importaba. Por eso, como si temiera haber parecido demasiado frío y objetivo, añadió:

—Si me apuras un poco, te diría, y que quede entre nosotros, que Julia es una actriz eficaz, pero no creo que llegue a ser genial. Las hay peores que ella y con un relumbrón que no se merecen, pero no le he visto nunca esa hondura de llegar a las cámaras como en algunos momentos lo han logrado la Hepburn, la Bergman, incluso la Streep. Claro, que ellas llevan muchos metros impresionados.

Y, casi como si la suerte se fuera a ir con otra, y él no pudiera hacer nada para variar el rumbo, me confesó:

—Hace unos días he visto a una chica nueva. Se llama Michelle Pfeiffer. Le han dado un papel junto a Al Pacino en una película que no creo que pase a la historia. Es una mujer menuda, pequeña, pero tiene un rostro que atrae, que magnetiza. No creo que se quede en el montón.

Años después, cuando asistí a la proyección de *Las amistades peligrosas*, me acordé de lo que me había dicho Richard, pero creo que después de terminar la película, cuando me quedé a ver los títulos de crédito, porque puede que fuera la primera película que había visto de ella, o la primera en la que me había llamado la atención.

No se puede decir que haya sido muy cinéfila.

Siempre he preferido un libro, la tranquilidad de la casa, la soledad elegida de una habitación, que mezclarme con otras personas en un local. Yo no soy muy alta y suelo tener mala suerte. Casi siempre se sienta, justo delante de la butaca que ocupó, un hombre, y si es una mujer, la más alta de todas las mujeres que han acudido a esa sesión. Y, luego, que me gusta imaginarme a los personajes, crearlos en mi mente, formarlos como mi fantasía me da a entender. Por eso, no voy a ver películas que se hayan basado en novelas que ya he leído, porque me encuentro con hombres y mujeres que no se parecen en nada a los que yo he entrevistado y me han acompañado durante tanto tiempo.

Creo que algo así me atreví a comentarle a Richard, un día en que nos habló de que llevaba entre manos adaptar un guión sobre una novela de John Updike que yo había leído, *Corre, conejo*. Y él, muy americano, me dijo que una copia de cine la podían ver en tres meses casi cincuenta y cinco mil espectadores, mientras que un libro no lo leían más de dos o tres personas en toda la vida del ejemplar.

Fueron días en los que sentí que Julia era la hermana que no había tenido. No es lo mismo la relación con los hermanos. Participábamos de una complicidad especial, de una manera de observar lo que nos circundaba con los mismos códigos, que no tienen nada que ver con los que manejan los chicos. Hablábamos de colores de telas, por ejemplo, con entusiasmo, con pasión. Los hombres sólo conocen el marrón claro o el marrón oscuro. No saben nada de vainillas, tostados, *beiges*, acaramelados, chocolates, y ese avecindamiento con los teja o los rosa palo que nos llevan a otras gamas bermejas cercanas a los rojos. Los hombres dicen «azul oscuro» y para ellos es azul oscuro el azul noche, el azul marino, el azul azafata y cualquier azul que no sea estrictamente claro, de la misma manera que meten el azul turquesa y el azul cielo en el mismo paquete. Yo le compraba las camisas a Emilio, y decía que le gustaban, pero jamás hizo una observación sobre el dibujo o sobre el color. Richard no era distinto. Había comprado una casa de dos plantas entre Monrovia y Pasadena, a la que Julia y yo íbamos y veníamos cargadas de paquetes. Nunca entendió que Julia se enfadara porque el amarillo suave que había elegido para el dormitorio hubiera sido interpretado por el decorador en un tono cercano al garbanzo. Miraba la muestra de color que le enseñaba Julia sobre la pared, que evidentemente era levemente más oscura que la muestra, con la extrañeza de vérselas con una mujer normal hasta hacía poco, pero presa de un ataque de neurosis. Veía la diferencia, claro que la veía, pero no consideraba que eso pudiera tener tanta importancia.

El término *felicidad*, tiene aspiraciones demasiado profundas, pero podría decirse que éramos felices en aquellas batallas, aun cuando supusieran enfados pasajeros. ¡Qué maravilloso poder enfadarse por el pliegue de unas cortinas! ¡Qué señal más positiva que el disgusto más grave procediera de un lacado de barandilla, que había saltado en el pasamanos! Y mientras, salíamos de casa dispuestas a devorar el mundo, es decir, a ser martillo de pintores, decoradores, escayolistas y jardineros. Luego,



hacíamos un alto, tomábamos un café horrible, o sea, americano, y un *sandwich* en cualquier lugar, y pasábamos al ataque del guardarropa que se estaba encargando Julia en una casa que le había recomendado Demi, regida por una señora que se hacía llamar *Madame Dufont*.

*Madame Dufont* era una francesa de mentira, pero adaptaba con veracidad los modelos de las grandes firmas. Y llegó a temernos, porque para evitar sus pesadas explicaciones nos lanzábamos preguntas y respuestas alocadas sobre hechos supuestos que nos inventábamos sobre la marcha.

—¿Por qué crees que se suicidaría con pijama? —preguntaba Julia, nada más ver entrar a *Madame Dufont*.

—No sé —contestaba yo con expresión de reflexionar sobre el asunto—, pero no es consecuente con su carácter haberse suicidado en pijama.

—Bueno, también es la primera vez que se ha suicidado, si la gente se pudiera suicidar varias veces tendríamos una idea de cómo le gusta vestirse para el suicidio —comentaba con aparente seriedad Julia.

Estos diálogos eran en español, porque el padre de *Madame Dufont* era español. Había salido de España durante la guerra civil, había huido a Francia y allí debió encontrar a *Madame Dufont* madre, aunque Julia me aseguraba que no había existido nunca una *Madame Dufont*, y que el padre de nuestra modista lo que había hecho había sido escaparse de un campo de concentración francés, embarcarse en un carguero en Marsella, y se debió encontrar en California de casualidad. Aquí probablemente se casó con una hispana y habían engendrado a *Madame Dufont*, que con las cuatro palabras francesas que le había oído a su padre se había tejido su particular leyenda. Y Julia debía atinar, porque me contó que el primer día ella le intentó hablar en el correcto francés que había aprendido en Orán, y *Madame Dufont* le rogó que hablaran en inglés o en español, porque hablar en francés le ponía triste.

—¿Quién se ha suicidado? —se interesaba alarmada *Madame Dufont*.

—Si nos guarda el secreto... —le proponía Julia.

—Pueden contar con mi discreción —aseguraba la modista.

—Dile la verdad, Clara —me retaba de improviso.

Y yo, entonces, discurría para salir del apuro, y tenía que inventarme algo sobre la marcha:

—Es que... Está mezclado el FBI y nos han dicho que no podemos decir nada.

—¡Ooooooh! —exclamaba *Madame Dufont*.

—El FBI y la Cámara de Comercio de Los Angeles —añadía Julia, que no perdonaba una.

—Bueno, y también McDonalds.

—No, no —me rectificaba Julia con rapidez—, en McDonalds fue donde se comió la hamburguesa el repartidor que llevaba el pijama, pero no hay sospechas... ¡Huy! Estamos hablando demasiado.

Aquí *Madame Dufont*, que no era tonta, se inventaba una excusa y se alejaba,

mientras nosotras intentábamos aguantar el trapo, hechas unas gamberras.

Llegó un momento en que, nada más entrar en el probador, y oír los pasos suaves de *Madame* Dufont acercándose, eso nos estimulaba a encontrar una historia.

—Es imposible que un perro hable, Clara. ¿Cómo va a hablar un perro? Eso no se lo cree nadie.

—Sí, es raro, pero el pastelero dice que le pidió una rosquilla.

—Eso será que su dueño es ventrílocuo.

—Ya lo había pensado yo también, pero el pastelero asegura que el perro entró solo y no había clientes en ese momento.

—Como para fiarte de los perros. Yo no entraría a comprar rosquillas a un sitio en el que no hay nadie. Los perros están perdiendo el gusto.

Y, en este punto, *Madame* Dufont dejaba el colgador con el vestido, murmuraba una excusa, y se alejaba de nosotras con precaución.

Creo que aquellos diálogos improvisados, más propios de adolescentes superficiales que de mujeres que caminan hacia la madurez, formaban parte de una intuida despedida de la juventud. Yo ya me había casado, y era madre de un niño, pero la boda de Julia suponía un punto de inflexión que nos recordaba a ambas que se acercaba un nuevo tiempo. Los calendarios no traen impresas señales en esos días, ni marcas especiales, pero siempre hay signos que nos recuerdan que estamos a punto de pasar una determinada frontera, el inicio de la universidad, la salida de ella, el primer trabajo, la boda de las amigas, la propia, la maternidad, el primer día de colegio del hijo... Esos pequeños acontecimientos tan cotidianos, tan vulgares, y, a la vez, tan íntimamente extraordinarios. Unidas en nuestra biografía común, convertidas en pareja como un ente indisoluble, reaccionábamos al unísono e intuíamos que con los desposorios se señalaba un antes y un después.

El período de castidad de la novia lo había asumido Julia con tanta convicción que me obligaba a acompañarles, a ella y a Richard, como si yo fuera la garante de la situación. La liberal Julia, la desinhibida Julia, se encuadraba con voluntario entusiasmo en una señorita remilgada de principios del siglo veinte que llevaba dama de compañía. Y yo era la dama de compañía, la que portaba la cesta, aunque en lugar de ir de *picnic* con el canasto de la merienda, fuéramos a fiestas de heterogénea procedencia. Allí se festejaba casi todo: el comienzo del rodaje, el final del rodaje, el estreno, a la vez que la iniciativa podía proceder de la productora, como parte de la campaña de publicidad y relaciones públicas, de los actores o del director, por lo mismo o porque les apetecía. También se inauguraban locales nuevos, revistas, academias, agencias, y se presentaban productos, desde un perfume hasta un automóvil, de tal manera que, a partir de las seis de la tarde, de martes a jueves, ambos incluidos, no había fecha sin su acontecimiento. Richard seleccionaba con cuidado en función de sus intereses y de los Julia. A Julia le llegaban también invitaciones a través de su agente artístico, bastante menos que a Richard, y éste le aconsejaba que se zafara de ellas casi siempre.

Fuimos a tres o cuatro de estas reuniones y, en una de ellas, un fotógrafo nos hizo una instantánea a Richard y a mí. Él me sujetaba por el codo en busca de una Julia que se nos había perdido, y tras el *flash* me dijo que no conocía al tipo, pero que no sería extraño que saliéramos en alguna revistilla como pareja de amantes.

—¡Que horror! —fingí exageradamente—. Se va a enterar Julia.

—Casi me alegro —comentó en el mismo tono Richard—. Resultaba muy difícil de ocultar por más tiempo.

Se estableció entre nosotros una corriente de afecto. Reconozco que, al principio, lo analicé desde esa desconfianza natural que surge cuando alguien nuevo se incorpora a lo que cada una de nosotras considera su círculo de afectos. El advenedizo es el último que llega y para mí Richard era un recién llegado. Pero me ganó su manera de afrontar las situaciones, cualquiera de ellas, gracias a su natural correcto, cortés y, sin embargo, nada sofisticado.

Tiempo después me pregunté si en algún momento me había resultado atrayente, si lo que ocurrió entre nosotros podría haberse evitado, y en qué fallé yo o en qué instante él no estuvo a la altura de las circunstancias. Los deterministas aseguran que lo que sucede es porque tiene que suceder, pero si eso fuera así y lleváramos un chip del comportamiento, sobrarían incluso las leyes. Creo que hay factores que de manera inexplicable concurren para que se produzcan determinados efectos, pero eso no quiere decir que vayan a suceder de forma irremisible. Y que hay misteriosas concentraciones de casualidad que determinan que un automóvil y otro se encuentren de frente en una carretera a una hora y en un día precisos. Pero cuando el choque se produce entre dos personas a las que se supone capacidad volitiva y libertad para ejercerla, hay que reflexionar si la casualidad ha sido alimentada o permitida. Ha pasado mucho tiempo y todavía me duele, y me preocupa, y no encuentro explicación. A estas alturas todavía no sé muy bien qué sucedió para que me acostara con Richard.

## Capítulo octavo

**S**I EN ALGÚN MOMENTO HE SENTIDO ENVIDIA DE Julia, no logro recordarlo. Me refiero a esa envidia enfermiza que hace sufrir, que duele, a la envidia obsesiva que llega a confundir el entendimiento. Mi envidia blanca e inocente ha estado teñida de admiración y no ha tenido efectos secundarios.

Por ejemplo, yo he admitido sin esfuerzo que Julia era más guapa que yo, sin que ello me causara ningún trastorno. Para mí eso pertenecía al orden natural del universo y así había sido siempre. No me considero fea, pero soy consciente de que mi rostro es demasiado redondeado, de que la barbilla es vulgar, de que no poseo los pómulos de Julia, de que mi boca es correcta, pero no tiene el atractivo, la ductilidad, la facilidad de transformarse de la boca de Julia. Somos de la misma altura, y en cuanto al cuerpo yo poseo una cierta tendencia a que mis caderas se redondeen —lo hicieron con exageración durante el embarazo de Álvaro— y la diferencia más notable, lo que ha constituido un mutuo deseo intercambiable, es que Julia siempre ha pensado que tenía el pecho poco voluminoso y yo siempre me he avergonzado de mis mamas excesivamente grandes, y que he intentado disimular con blusas camiseras anchas, vestidos amplios y jerséis una talla mayor, porque hasta que no me reduje los pechos me sentía incómoda. Los hombres, además, no disimulan, y en no pocas ocasiones he tenido la sensación, cuando me ponía a hablar con uno que me acababan de presentar, de que los ojos se me habían bajado a las glándulas mamarias, porque allí tenía puesta la vista el caballero en cuestión.

Richard no era ninguna excepción y, aun dentro de su civilizada manera de comportarse, en una fiesta de no sé qué, organizada por no sé quién, Julia me prestó un vestido de cóctel bastante escotado, que me hacía mantenerme erguida, no porque temiera que los pechos se me fueran a caer si me doblaba hacia delante —los sentía bien amarrados por el sujetador—, sino para evitar algunas miradas masculinas que parecían atentas a que se produjera tal fenómeno. Y en un par de ocasiones noté que Richard, tan mundano, tan cosmopolita, tan rodeado de escotes mucho más generosos que el mío, parecía interesado en atisbar que sucedía más abajo del surco formado por *las dos corzas gemelas*.

Ya he dicho que Julia me tuvo que prestar ropa en varias ocasiones, sobre todo cuando íbamos a alguna de esas fiestas, aunque tampoco fueron tantas, y hasta entonces yo me apañaba con mis vestiditos de Etnacila, con mis conjuntos de pantalón y blusa, o con un conjunto de algodón azul claro de manga corta que hubiera sido aprobado por el censor más exigente. Como, además, el trato que teníamos

Richard y yo había tendido a lo fraternal —la gran amiga de la futura esposa— y así se había venido afirmando, me imagino que el vestido de Julia provocó el sorprendente descubrimiento de que la fraterna amiga también tenía tetas, porque lo fraternal siempre envuelve la relación de un cómodo ambiente asexual que se produce con la naturalidad con que la lluvia intensifica la humedad.

Los hombres puede que sean buenos simuladores en las relaciones mercantiles y en la política, y no cabe duda que poseen grandes aptitudes para el engaño, pero en la relación con las mujeres casi todos actúan con arreglo a un patrón único. Es difícil que un hombre descubra que una mujer está interesada por él, y le pasarán inadvertidas sus maniobras y sus llamadas, por muy diferente que sea la extracción social o la cultura de la protagonista. Existe un ancestro y una experiencia que no tiene nada que ver con la educación y que las mujeres manejamos con la naturalidad con la que cuidamos de las crías, sin necesidad de haber pasado por intensos cursos de pediatría. Hay ejemplares mucho más aventajados, como Julia, que siempre terminan por producirme admiración cuando despliegan sus sutiles artes de la seducción, sea para lograr un lance amoroso o para que le vendan un libro, porque Julia, con un hombre delante, se siente retada a seducir, lo mismo que un toro no resiste un trapo que se mueva sin tratar de embestirlo. Pero sin ser Julia, sin poseer su veteranía y conocimientos, como si se tratara de algo intrínseco, cualquier mujer conoce el cambio de comportamiento de un hombre y su evolución de lo amigable a lo amoroso, y pocas hay que no dispongamos de alguna experiencia en los períodos académicos o laborales: el compañero de estudios o de trabajo con el que te sientes a gusto, que te trata con amable igualdad y que, de pronto, intenta que el compañerismo y el afecto sufran un cambio cualitativo hacia lo amoroso. Y la paciencia que tenemos que desarrollar para intentar desviar las intenciones, tratando de que la situación vuelva a ser la de antes, pero las situaciones son muy suyas y tras sufrir una transformación nunca resultan las de antes. Como la resignación masculina es infrecuente y el orgullo herido aflora con entusiasta masoquismo, la entropía se desarrolla según los cauces habituales, y se suele perder un amigo y ganar un enemigo que te guarda un viejo e injusto rencor.

No fue el caso de Richard, que conste. Hablo de sus ojeadas a mi escote por la necesidad que tengo de encontrar un refugio o una explicación a una catarsis de acontecimientos que comenzaron a sumarse sin que aislados tuvieran ninguna importancia, pero que acumulados poseían un cierto magnetismo.

Uno de ellos fue el ayuno sexual al que Julia tuvo sometido a Richard.

Ya he dicho que la insinuación de su futura suegra había sido recibida con tanto entusiasmo que, desde que se fue del apartamento de su novio, no había mantenido ninguna relación sexual con él. Alguna vez, al dejarnos Richard en casa de su madre, yo me bajaba del automóvil y me encaminaba hacia los soportales de la casa para que tuvieran algo de intimidad, y noté forcejeos y gruñidos, y huidas de Julia de las que no necesitaba las explicaciones posteriores que me daba en el dormitorio para saber a

qué eran debidas.

—Me parece que exageras. Si lleváis casi un año viviendo juntos, no me extraña que con la dieta a la que lo has sometido lo tengas como un garañón.

—Que se aguante.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo no tengo ningún problema. Y, si lo tengo, me masturbo.

Otro de los acontecimientos que vino a perturbar de manera notable el placer de aquellos días fue una llamada de Emilio, muy de mañana, de la que me avisó Demi, con un escueto: «Me parece que es tu marido», y que denotaba un cierto desprecio por un tipo que no hablaba en inglés.

—Aló?

—¿Clara?

—Hola, Emilio. ¡Qué sorpresa!

—¿Estás bien, verdad? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien.

—Tienes suerte de estar bien. Alvarito, en cambio, está mal.

—¿¡Cómo que está mal!? ¿Qué sucede?

—No creo que debas venir, no, yo no creo que sea eso. Ya sabes cómo son los niños. Mucha fiebre y luego... ¿Me oyes?

—¿Qué le pasa al niño?

—Creo que es pasajero, pero tampoco te quiero preocupar. El médico ha dicho...

—¿¡Qué ha dicho el médico!?

Pero se había cortado. Me parecía que el corazón quería salir a ver la luz exterior y le dije a Julia que tenía que marcharme, que me acompañara al aeropuerto. Me pidió que me calmara y le grité como si ella fuera la responsable de que mi hijo estuviera enfermo: «¿¡Cómo pretendes que me calme!!?». El sentimiento de culpa me tenía ofuscada, mi hijo se había puesto enfermo porque yo había hecho un viaje que no precisaba, un viaje de placer, había venido a divertirme mientras mi hijo podía morir, y era tan grave el peso de la falta que lo proyectaba en Julia: ella era la principal instigadora o al menos debería compartir su correspondiente porción culposa.

Fue ella la que me recomendó que, antes de correr hacia el aeropuerto, telefoneáramos a casa para requerir más detalles. Yo estaba tan nerviosa y tenía tan confusos los prefijos que había que marcar, que le pedí a Julia que lo hiciera ella. Estuvo un rato comprobando que era mi madre quien recibía la llamada, le preguntó por Alvarito, asintió varias veces y me pasó el teléfono diciéndome que era una falsa alarma. Mejor dicho era una falsa alarma urdida por Emilio, que en un raptó de resentimiento por no encontrarme en casa había intentado asustarme.

Intenté disimular con mi madre y le expliqué que había tenido un mal sueño, y que necesitaba comprobar que el sueño no era cierto. Y no era cierto, porque escuché la voz de cristal gangoso de Álvaro, limpia en algunos sonidos y con nasalidades en

otros, como si sus cuerdas vocales estuvieran haciendo ejercicios para acomodarse a los timbres y los tonos que tendrían que interpretar. Escuchar la voz de mi hijo me emocionó, pero intenté contenerme, porque Julia se hallaba delante y había acudido también Demi, alarmada o curiosa por el tono en que me había oído hablar con Julia, y antes con mi marido.

Julia no quiso atropellarme con preguntas, ni intentó hurgar en el estado de mis relaciones con Emilio. No era el momento apropiado, podía hundirme más, y romper la magia de los días que estábamos viviendo. Fui con ella a hacer unos recados y, a la vuelta de la nueva casa, me quiso arrastrar a que las acompañara a casa de la hermana de Demi, pero las emociones me habían dejado con una cierta lasitud física y preferí quedarme sola, mejor dicho, con una señora puertorriqueña que se ausentaba a las cinco de la tarde.

El lance me había dejado entristecida. La descarga de adrenalina que me había provocado Emilio con su falso anuncio había tenido la misma consecuencia que si hubiera dedicado la mañana a cambiar muebles de sitio, y, a la vez, recuerdo que me parecía todo gris, oscuro, sucio y difícil, de tal manera que apenas contesté al adiós de la señora puertorriqueña cuando se marchó.

Yo nunca me había imaginado Los Ángeles bajo la lluvia, y de pronto, o al menos en una evolución que yo no había advertido, el cielo se volvió como mis ánimos, comenzó a soplar el viento y a caer una tromba de agua que me pareció desproporcionada. Tenía experiencia de los excesos del Mediterráneo hacia principios del otoño, cuando el aire del mar está todavía caliente y por las capas superiores de la atmósfera circula el aire frío. Son fenómenos de semejanza tropical que provocan inundaciones inesperadas, pero casi nada comparados con este temporal que se mezclaba con un viento huracanado. Hubo un momento, cuando una ráfaga logró desprender uno de los toldos del porche de la terraza posterior, que sentí miedo, nada que ver con los temores que emanan de la intranquilidad, sino miedo auténtico. Estaba sola en casa, se producía un meteoro del que no tenía conocimiento, y si el viento y la lluvia aumentaban, y se originaba algún otro destrozo, yo no sabía cuál podría ser mi reacción. Hasta hacía poco había visto cómo un parasol y varias almohadas de los sillones de la piscina habían volado y flotaban sobre el agua, e incluso me había parecido divertido, pero ahora comenzaba a sentir esa desesperación de saberme atrapada en un lugar del que no podía salir. Había un par de automóviles en el garaje, pero no me atrevía a conducir con el temporal y, de hecho, tampoco conocía las carreteras, ni disponía de un mapa con el que orientarme, así que ¿adónde podría ir? Me habían llevado, me habían traído, me resultaban familiares a la vista unos cuantos lugares, pero eso era insuficiente para orientarme por una red de carreteras y avenidas tan amplias como semejantes. Incluso titiló la luz del frigorífico cuando lo abrí, un conato de apagón que me produjo todavía más alarma, porque no creía que algo semejante pudiera ocurrir en la avanzada y próspera Norteamérica. Y cuando acababa de coger una coca cola, vi la sombra tras la puerta traslúcida de la

cocina, intentando abrir. Me sentí perdida. Sería uno de esos maníacos, seguramente. En Estados Unidos sucedían estas cosas y había maníacos que asaltaban un chalet y degollaban a toda la familia, o tipos que se ponían a disparar desde un tejado sobre la gente. A mí me había tocado de los peores, porque un disparo que no te esperas no te produce la angustia que me producía la sombra de aquel hombre intentando abrir la frágil puerta de la cocina. Me hallaba aterrorizada. Pensé que no me había visto y me disponía a salir de la cocina con sigilo, cuando el asaltante golpeó con los nudillos el cristal y me llamó por mi nombre. El golpe en el cristal me produjo un encogimiento en el estómago, y escuchar mi nombre me desconcertó, porque los degolladores no suelen conocer el nombre de los propietarios de las casas que asaltan, y mucho menos el de los huéspedes. Yo no era ninguna celebridad en Hollywood, y en unas décimas de segundo comencé a sentir que el miedo se diluía, hasta que se desvaneció del todo cuando reconocí la voz de Richard que repetía: «¡Clara, abre! ¡Clara! ¿Estás ahí?».

Pocas veces en mi vida le he abierto la puerta a un hombre y lo he recibido con tanta ansiedad. Venía empapado. Del flequillo del pelo castaño claro surgían unos hilillos de lluvia que se deslizaban por el rostro, unos diminutos manantiales que le daban más claridad a la miel de sus ojos, una camisa empapada y unos pantalones como si los acabara de sacar de la lavadora.

—He llamado varias veces, pero no me oías. No traigo llaves y he tenido que saltar la puerta del garaje para entrar. Tengo el coche fuera. Ha debido de cortarse la corriente.

Y mientras cruzaba la cocina iba dejando un reguero de agua, como un animal que ha salido del río.

—Voy al cuarto de mi madre a ver si encuentro alguna ropa.

Me sentía feliz. Los charcos que dejaba a su paso me parecían estrellas, y el aguacero que continuaba inmisericorde ya no creía que fuera tan peligroso. La capacidad que tenemos los seres humanos para cambiar de emociones e ir de un extremo a otro es tan maravilloso como desconcertante. Hacía poco era una mujer amargada y aburrida, luego un ser atenazado por el pánico, dispuesto a morir asesinada, y ahora era una chica alegre, feliz y agradecida porque Richard había llegado hasta allí y le había cortado las cabezas del aburrimiento y del terror al dragón que me custodiaba.

Dado mi estado de ánimo, no es extraño que me echara a reír cuando regresó envuelto en un batín de su madre y calzado con unas zapatillas de felpa unisex, de las que ponen a disposición de los clientes en los hoteles de lujo. Se había peinado el pelo mojado y tenía el aspecto de un homosexual que no está seguro de que su vocación sea exactamente ésa, o de un heterosexual haciendo tentativas para ver si aclara sus tendencias.

Le ayudé a meter la camisa y el pantalón en la secadora, y no le pregunté por la ropa interior, porque había oído el secador del pelo y supuse que lo había empleado para deshumedecerse los calzoncillos.



No era la primera ocasión que estaba solas con él, pero sí era la primera vez que permanecíamos solos en la casa. Antes, cuando habíamos estado juntos, nos encontrábamos en el interior de su automóvil o en alguna mesita del bar del Beverly Hilton, cercano a su apartamento y siempre esperando a Julia. Puede que por ello, y por mi largo ejercicio practicante de amiga a todas horas, amén de mis vacaciones como esposa, disponer de un hombre al que atender, aunque fuera en casa de su propia madre, se convertía en un acontecimiento nuevo.

Creo que a muchas mujeres nos gusta ayudar. O que la ayuda que damos no nos la planteamos como si fuese el resultado final de un gran sacrificio o de un debate interno. Me parece que ayudamos de una manera espontánea, y no siempre por razones educativas. Y también que el hombre viaja por la vida por el raíl de lo que piensa que son sus estrictas obligaciones, pero no se desvía un milímetro a poner un cuadro derecho o a pasear a un anciano. O sea, que allí estaba yo casi sintiendo satisfacción por sacar los pantalones y la camisa de la secadora y ponerme a planchar como si ésa fuera una de las cosas más importantes que me había deparado el destino, o como si tuviera pendientes varios días de plancha y me encontrara en disposición de restañar semejante descuido.

El caso es que me fui a un cuarto de plancha que la puertorriqueña había instalado cerca de la cocina, y hasta allí se acercó Richard con dos *dry martinis* que había preparado, lo que confería a la planchadora un cierto aura especial, nada menos que la de planchadora distinguida y voluntaria.

Hizo una mueca aprobatoria cuando le tendí los pantalones de algodón, y me observó con minuciosidad mientras daba las últimas pasadas a la camisa de manga corta. Luego tomó ambas prendas y desapareció hacia el piso de arriba, mientras yo me quedaba en el salón, sorprendiéndome de que continuara la tormenta de agua y viento, casi convencida de que mientras alisaba las arrugas de los pantalones estaba alisando también la atmósfera, o puede que resultándome incomprensible que mientras mi espíritu se aquietara no sucediera lo mismo en las nubes.

Recuerdo que me sobresaltó el sonido del teléfono, como si fuera el final brusco de un sueño, y oí la voz de Richard que decía desde arriba que recogía la llamada.

Cuando bajó me contó que había hablado con su madre, con su tía y con Julia. La novedad era que un camión había volcado en una de las carreteras por las que tenían que regresar, se había organizado un gran atasco, y no emprenderían la vuelta hasta que se informaran de que las vías estaban despejadas.

¿Por que experimenté un alivio, un conato de alegría, como si el incidente formara parte de algo agradable? ¿Y por qué me pareció hermoso Richard, cuando bajó por las escaleras con la ropa seca y planchada, con esa satisfacción del fabricante responsable de un producto, total, porque le había pasado la plancha?

Es más, ¿por qué se sentó en el sofá de enfrente, separados por una mesa baja en la que se hubiera podido jugar al tenis, como si sentarse más cerca de mí supusiera un peligro?

No me quedó más remedio que hacérselo notar —«Te voy a tener que hablar a gritos»— y él esbozó un cuarto de sonrisa, un intento de sonrisa que a mí me pareció de lo más seductor, y se sentó a mi derecha en una butaca, como si compartir el sofá fuera una familiaridad excesiva.

Es probable que no recuerde lo que comí o cené ayer, o cualquier detalle de mi vida transcurrido hace setenta y dos horas, pero tengo grabados todos y cada uno de los instantes que pasaron hasta llegar el momento final, la apoteosis que a lo mejor yo estaba esperando. Y puede que por eso aceptara compartir un porro —yo que apenas fumo, que casi no sé fumar— y que debía de ser el tercero o cuarto de mi vida. La combinación de *dry martini* y porro no es lo más recomendable para presentarse a unas oposiciones o al examen del carnet de conducir. Yo ya tenía carnet de conducir y las oposiciones tendrían que esperar a que terminara la carrera, así que me pareció una buena decisión. No lo fue. Tampoco que aceptara caer en las confidencias, una vez que me descubrió que conocía lo ocurrido con la disgregadora llamada de teléfono de mi marido. Podía haberme callado. O dejar pasar turno. O simplemente cambiar de tema. Pero había experimentado una gran angustia con el niño, había sentido miedo de verdad con la tormenta, y Richard era un ser bastante comprensivo al que le podía confiar que yo era una empecatada a la que no le salían las cosas bien, puede que la necesidad de exagerar la desgracia propia para que quien está a tu lado practique la caridad de negar tal extremo. Y me lancé en caída libre por el masoquismo de narrar el infortunio de un matrimonio a punto de naufragar, sin ahorrarme demasiados detalles, yo, que soy una introvertida, pero una introvertida defectuosa porque me olvido en ocasiones, y me paso al lado contrario. Me pasé al lado contrario con el entusiasmo de una conversa, y hasta caí en la necedad de narrarle que, a pesar de los problemas, de lo desagradable que me resultaba Emilio, lo sorprendente era que nuestros encuentros sexuales, aunque escasos, resultaban plenamente satisfactorios, lo cual no casaba, vine a decir de manera soberbia, con una chica de mi sensibilidad. No lo dije así, pero era lo que deseaba expresar, cómo una mujer como yo, con cierto criterio estético, podía tener un orgasmo con su marido, cuando la relación chirriaba en cualquier otro aspecto.

Ello le dio pie a Richard para establecer un paralelismo con una relación que tuvo él, poco después de fundar la productora, con la esposa de un conocido que se la recomendó como secretaria. Desde el primer día le desagradó la manera de hacer el trabajo, el tono chillón de su voz, su forma de embutirse en unos vestidos estrechos que revelaban los kilos que le sobraban y, sobre todo, un perfume dulzón y denso, que a Richard le recordaban los de las putas. Quiso despacharla, pero el conocido metió dinero en unos documentales que iban a emprender y no era cosa de poner en la calle a la mujer de uno de los accionistas, así que transigió, como un mal menor. Un fin de semana, por un laberinto de circunstancias que ya no recuerdo con precisión, tuvo que ir a casa del accionista para recoger un cheque bancario y le recibió ella. Iba envuelta en una larga bata de crespón y calzaba unas sandalias de

tacón. A Richard le pareció todavía más despreciable, porque parecía una profesional. Le invitó a sentarse en el *living* y fue a su dormitorio a por el sobre. Cuando volvió lo hizo sin la bata, sobre las sandalias de tacón, ataviada con unas medias, bragas y sostén. Richard se quedó estupefacto, y al alargarle ella el sobre hasta donde él estaba sentado, percibió él sus axilas sin depilar y, un poco más abajo, la huella oscura del vello del pubis queriendo salir de su encierro de nylon. Representaba lo que Richard siempre había despreciado, pero en aquel momento sintió una excitación que le impidió levantarse y salir corriendo. Esos instantes de duda los aprovechó ella para envolverle en sus abundosas carnes, y allí, en el sofá, sintió tanto placer como malestar consigo mismo, por el error que había cometido, una vez a salvo en el coche. Para su tranquilidad no sucedió nada en los días siguientes, ni en toda la semana. Ella entraba al despacho con los asuntos del día, y acataba las indicaciones, y jamás se le escapó una insinuación sobre lo ocurrido. Tanto es así que él casi creyó que lo había soñado. Hasta que un viernes por la mañana, cuando ya se había marchado el escaso personal que trabajaba en las oficinas de la productora, entró a despedirse, dio la vuelta a la mesa, se levantó las faldas, le mostró el culo desnudo y se sentó encima de él. Y Richard volvió a excitarse y también a no poderse explicar lo que le ocurría, porque una vez saciado su instinto no podía permanecer a su lado ni un segundo. De nuevo ella no hizo ninguna referencia a lo sucedido durante las dos semanas siguientes, hasta que en un día de nerviosismo, porque se había extraviado un máster, entró en el despacho, cerró la puerta, dio la vuelta a la mesa del despacho y, una vez que estuvo a su altura, le tomó la mano y la puso entre sus piernas, en contacto con su íntimo bosque, porque esta vez tampoco llevaba ropa interior.

—Acudí a un psiquiatra. Siempre me he reído de la obsesión que tenemos en este país con el psiquiatra, pero comenzaba a sentir dependencia de estos encuentros. Si transcurrían un par de semanas y no se había producido alguna de sus chuscas iniciativas, me notaba desasosegado, y ella parece que lo advertía de inmediato, porque no tardaba en acercarse con cualquier pretexto, bajarme la cremallera del pantalón y ponerse a jugar a la consumidora de pirulís, o sentarse enfrente y abrir sus piernas para mostrar la oscura entrada de su gruta.

—¿Y qué dijo el psiquiatra? —me interesé.

—Lo achacaba todo a que el desprecio que yo sentía hacia las prostitutas no era sincero, y que debía existir en mi subconsciente una frustración con alguna prostituta, precisamente con una mujer madura, algo entrada en carnes. Y nos pasábamos la sesión tratando de recordar, pero yo lo único que recordaba era que siempre había sentido aversión a la relación con estas mujeres.

—Los psiquiatras hablan del subconsciente como los sacerdotes de la vida eterna. Son lugares en los que todo se solucionará.

—Esto se solucionó de una manera muy sencilla. El marido me vendió su participación y decidió trasladarse a vivir a Nueva York. Ella quiso despedirse y fuimos a un motel. Fue un fracaso. No funcionó. El psiquiatra dijo que mi reacción

era lógica porque mi excitación estaba asociada al peligro de la transgresión, y que un consentimiento tan explícito y la ausencia de riesgo que supone la habitación de un hotel dejaban huérfanos de estímulos mi excitación. El caso es que se marchó la mujer y se acabó el problema. Y también se terminaron las visitas al psiquiatra.

Las conversaciones de sexo entre un hombre y una mujer nunca son inocentes por completo. Tanto el que habla como el que escucha puede hacerlo en claves distintas, y querer decir lo que no se dice o tratar de entender lo que el otro no ha expresado. Eso de que la madurez crea un estado de objetividad es falso. Un hombre y una mujer pueden hablar objetivamente de las fanerógamas, de la fisión nuclear, del índice Dow Jones o de la ejecución de una sinfonía, pero no de sexo, al menos no de la misma manera.

El *dry martini* y el porro habían formado en el interior de mi cabeza una niebla que me hacía percibir los movimientos de una manera mucho más lenta, al tiempo que me parecía que podía observarme a mí misma desde fuera, no desde la terraza oscura donde seguía soplando el viento y cayendo la lluvia, sino como si estuviera sentada en un rincón y pudiera contemplar a Richard y a Clara moviéndose despacio, muy despacio, extrayendo el canuto de la boca como si fuera un sortilegio delicado que podía quebrarse, pasándolo a la otra mano, y un roce de pieles azaroso, y un humo azulado que parecía ascender con tanta pereza como los fumadores.

Entonces yo le hablé de Louis, de mi sandalia perdida, de mi príncipe también perdido camino de París, de que su imagen era recurrente en mis recuerdos, y volvía, y me obligaba a preguntarme por qué no contestó a mi carta o qué hubiera pasado si el impertinente sarampión no me hubiera obligado a retirarme. Y me sentí triste, inmensamente triste, parecía que la tristeza acumulada en los últimos diez años se descargara de golpe sobre mí, y me obligara a ver de frente mi infidelidad y mi desamparo, y noté que lloraba, y sentí el brazo protector de Richard, que se había sentado a mi lado, pasar sobre mis hombros, y acerqué la mejilla a su pecho, y le mojé la camisa, y hasta creo que, en medio del caos mental que sufría, calculé que se la tendría que lavar y planchar de nuevo, esas incongruencias que nunca perturban a los héroes, ni registran los historiadores en los momentos estelares de la humanidad. Demasiadas emociones y demasiado canuto. Sentí los labios de Richard sobre mi frente y me pareció bien, un consuelo apropiado; advertí su mano sobre mi cuello y me pareció adecuado para relajarme; noté que me estrechaba y me pareció correcto, porque quería trasladarme afecto. Juro que hasta ahí no albergaba yo intenciones que no fueran las amistosas. Puede que nos demoráramos demasiado en el abrazo. Sentí su aroma masculino, esa mezcla de tabaco, porro, alcohol y el vaho de la piel. Noté que me sentía a gusto y protegida y, cuando acercó sus labios a los míos, hasta un segundo antes, me hubiera firmado un certificado de buena conducta. A partir de ahí, ya no. Contesté a su beso con pasividad aquiescente. Mis manos, que descansaban sobre mi regazo, subieron hasta su nuca, a través de esa intuición que pretende evitar que la persona se escape en tan buen momento. En un sofá siempre sobra un brazo, y

a mí me sobraba el derecho, pero como no existen mecanismos funcionales por los que puedas tirar el brazo o dejarlo en el guardarropa, yo lo que hice con el brazo derecho fue intentar sacarlo de su prisión y entonces la mano quedó sobre el regazo de Richard, puedo decir que sin ninguna intención, pero a partir de ahí sólo cabe apelar a la eximente de trastorno mental pasajero. Y, a pesar de que cuando me empujó hacia atrás y me quedé tendida, dije «no», porque una chica sabe que cuando un hombre la coloca en posición horizontal, si no es su marido o su médico debe decir «no», a pesar de que intentó bajar inútilmente la falda, incluso opuse una cierta resistencia al sentir que una mano tiraba del elástico de las bragas hacia abajo, a pesar de eso, creo que levanté el culo hacia arriba para favorecer la maniobra, porque yo ya no era Clara, la amiga de Julia, sino la esposa de un conocido, una mujer madura y entrada en carnes, que va a seducir al socio de su marido, que va a romper con los convencionalismos que le tienen atenazada, que va a vengarse de las pesadumbres que le cercan, y que puede que deje Etnacila y se vaya a vivir a Nueva York a emprender una nueva vida. Todavía tuvo lugar un postrero amago de oposición intentando mantener juntos los muslos, pero fue entonces cuando escuché un gruñido de Richard que dijo claramente: «Estamos en los ochenta», y esa incongruencia me debió dejar convencida, porque lo que recuerdo es a Richard dentro de mí, y vuelvo a ser Clara que está con Emilio, o puede que con Louis, mejor con Louis, recortado sobre un cielo luminoso como un dios.

Ya sé que cuando la pasión nos desborda y el raciocinio se ve avasallado por el instinto, las palabras que pronunciamos son también instintivas y no proceden de ninguna deducción. ¿Pero qué intentó decir apelando a los ochenta? ¿Que se trataba de un decenio donde era aconsejable follar con las amigas de la novia? ¿Que no sólo era recomendable, sino que se había institucionalizado como algo obligatorio antes de los desposorios? «*We're living in the eighties.*» Lo recuerdo con exactitud. Lo dijo dos veces. Como si fuera la consigna que lograba abrir las piernas de las chicas reticentes. Y lo logró.

Lo que sucedió después fue mucho más confuso. Parece que debería ser al contrario, que a medida que los efectos del porro y del alcohol se diluían, mi memoria tendría que haber sido más exacta. Pero se me desdibujan los detalles de lo ocurrido a continuación, salvo que yo corrí a mi habitación a poner orden en mi vestuario, y me lavé la cara, y me peiné cuidadosamente, y demoré mi bajada porque no sabía cómo enfrentarme al Richard de después. Y que lo hice cuando escuché las voces de Demi y de Julia, ya cerca de la medianoche.

Más tarde, en el dormitorio, Julia comentaría con ese desahogo intuitivo que a mí me desconcertaba:

—Estabais tan serios los dos que parecía que habíais echado un polvo.

—Qué bruta eres, Julia.

—Porque te conozco, pero tan peinados y tan repulidos, era para sospechar lo peor.

Salí del baño hacia el dormitorio para evitar que me mirara la cara, porque podría sonrojarme en cualquier momento. Me sentía extraña, como si fuera otra persona o, mejor dicho, dos personas. Estaba la Clara de siempre que se sentía desasosegada, consternada por lo ocurrido, la que ocupaba el porcentaje más alto de la consciencia, pero había otra Clara que parecía querer despreocuparse, la que podía aceptar cualquier argumento válido para evitar el arrepentimiento, incluida la evidencia del calendario: «Estamos en los ochenta». Esta última se perdió con los sueños de la noche y, a la mañana siguiente, la amiga de la novia sentía todo el pesar, toda la aflicción que las madres teresianas nos habían enseñado que venía como consecuencia del pecado o de la falta cometida.

Para mí se habían acabado los días mágicos y felices. Intentaba disimular delante de Julia y eso ahondaba mi desconsuelo. La única penitencia que me hubiera descargado era contarle lo ocurrido, pero yo sabía que no lo podía hacer. Y después estaban los encuentros con Richard, en los que se comportaba con la misma naturalidad que la esposa de aquel conocido, como si no hubiera sucedido nada entre nosotros, como si mis recuerdos fueran producto de un sueño confuso. Es más, noté una cierta frialdad en la manera de dirigirse a mí, o me lo pareció, o a lo mejor era fruto de mi suspicacia. Los cuatro días que faltaban para la boda transcurrieron como unas jornadas de penitencia por las que yo pasaba con mi carga al hombro.

Y, a pesar de todo, cumplí con mi papel. Entre Demi y yo vestimos a la novia, una vez que se marchó una maquilladora que había venido de la productora de Richard. Aun a riesgo de estropearse el maquillaje nos dio un beso a las dos, y a mí me dijo que era la persona que más quería en el mundo, después de Richard. Luego, volviéndose hacia Demi, le pidió excusas, pero lo había dicho con tanta convicción que hasta la propia Demi se emocionó y me estrechó en prueba de solidaridad y demostración de que no se sentía excluida. Y entonces yo le dije a Julia que era la novia más guapa de Los Angeles. Que no había mujer más bella, y que yo también era feliz de ser su amiga, la hermana que no había tenido.

Fue Demi la que impuso algo de pragmatismo en un ambiente en que los sentimientos nos mordían sin disimulo, y señaló que las lágrimas estropeaban el mejor maquillaje. Y yo bajé para hacerle una seña a la tía de Richard, quien a su vez dio un cabezazo en dirección al organista, instalado cerca del trampolín de la piscina, y sonaron las notas musicales de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn, y bajó Julia resplandeciente, en uno de los mejores papeles de su vida.

Yo no había mentido. Estaba guapa. Qué digo guapa, estaba radiante, sin ese atisbo de susto que aflora en la expresión de algunas novias, sin el aire un poco despistado de quien no está segura de dónde se encuentra y sin perder ese halo de doncella que tienen todas las novias por mucha experiencia que traigan del pasado. Dirigía la vista a izquierda y derecha, a los ojos de las personas que se encontraban a cada uno de los lados del pasillo formado por una docena de sillas de jardín con cubiertas de tela; los miraba con sobriedad y, a la vez, con la intensidad suficiente

para darles a entender que les reconocía y les agradecía que estuvieran allí. Yo era la que no conocía a nadie. Demi me había indicado que me sentara en la primera fila, junto a ella, su hermana, y una hija embarazada, que había venido de Houston, hermana de Richard. Se lo agradecí mucho, tanto como la invitación a que me sentara también con ella en una de las mesas instaladas bajo una carpa blanca que habían levantado la víspera sobre el jardín.

—Ten en cuenta que eres la representación de la familia de la novia. No me des las gracias —me había explicado Demi a la que, en determinados aspectos, le encontraba algún parecido con mi madre.

La noche anterior Julia tardó mucho en dormirse. Guardábamos silencio y, al cabo de un rato, oía la voz cuchicheante de Julia: «Clara ¿estás dormida?». Y yo procuraba pronunciar un «no» confuso, invitador a que ella guardara silencio, pero continuaba hablándome, lo mismo que aquellas noches en la casa de Aljarafe, cuando la casa estaba en silencio y continuar despiertas nos parecía una valiente transgresión, quién sabe si el desafío a los duendes ocultos que existen en todas las casas grandes y antiguas, y que se irritan mucho si los habitantes no duermen, porque únicamente cuando duermen a ellos se les permite vivir, pasearse por las estancias, torcer los cuadros, cambiar las cosas de sitio y avisar de esa manera de que quienes ocupan la casa no están solos.

Me contó entonces que le habían ofrecido hacer una prueba para un papel secundario, pero relevante, en la nueva película de Meryl Streep, y que Richard había dado su aprobación para que fuera a la prueba, incluso que había probado alguna gestión con el ayudante del director de *casting* de la película, un chico muy joven, procedente de los teatros *underground* de Broadway, y con el que Richard había tenido alguna relación profesional.

Me rescató del sopor en tres o cuatro ocasiones. En la última ya estaba casi dormida, y vino hasta mi cama, se sentó en ella, y quiso saber por qué no le había preguntado nunca acerca de la causa por la que mi padre le había pagado el viaje a Londres, a ella y a Nela, y les había proporcionado el dinero para el aborto. Estaba a punto de perder la consciencia, pero le contesté adormilada que porque ella no me lo había contado. «¿Quieres que te lo cuente?» «No es hora de juegos, es hora de dormir», le repliqué, pensando que bastaría para que me dejara en paz. Pero no era una noche cualquiera. Era la víspera de su boda y, a pesar de su lucha por no ser convencional, el ejercicio al que se había sometido la había llenado de convencionalismos, y quién sabe si por ser fiel a ellos, o porque intuía que pasaría mucho tiempo hasta que nos volviéramos a encontrar, me lo contó. Y logró desvelarme del todo.

Había una parte patética, terrible, que yo nunca le podía haber ocultado, y fue la reacción de su madre diciéndole que no quería problemas de los que no era responsable. Ni siquiera contó con ese apoyo moral. «¿Por qué no me dijiste nada?», le planteé extrañada. Y se justificó diciendo que no hubiera podido hacer nada por

ella, y que temía que me asustara, que no lo comprendiera, o que por intentar ayudarla lo contara a mi madre o a mi padre, algo que no deseaba, porque había buscado una solución. Por algunos vericuetos conocía la existencia de una celestina que ponía en contacto a jovencitas necesitadas de dinero con caballeros serios y solventes. Los encuentros tenían lugar en un discreto chalet, previa cita concertada. Julia habló con la celestina, que resultó ser una señora que tenía una perfumería en la playa de San Pedro, y a la que yo recordaba vagamente. La señora era una profesional, porque le puso en antecedentes de que no quería problemas, que sus clientes eran tan selectos como exigentes, y eran exigentes porque pagaban bien. Julia no tenía otra salida, o estaba convencida de que no había otra solución y aceptó los encuentros por una cantidad que le permitía hacer el viaje a Londres. Eran tres citas. Y pasó una semana antes de que la celestina le encontrara el primer cliente. La consigna era llamar por teléfono a la perfumería, a última hora de la tarde. Cada llamada la hacía Julia con el corazón agitado, deseando que le tuviesen preparado el cliente, porque el tiempo corría en su contra y, a la vez, temiendo tener que enfrentarse a algo nuevo y nada agradable, de tal manera que cuando la perfumera le decía que no, que la volviera a llamar a la tarde siguiente, por un lado se sentía desilusionada y, por otro, alegre de aplazar lo inevitable otro día. Hasta que llegó la cita. Debería tomar un taxi e ir hasta el chalet a las doce y media de la mañana. Soy tan ingenua que le hice observar que era una hora muy rara, pero Julia me explicó que estos señores importantes están llenos de compromisos, suelen ser personas casadas y buscan espacios de tiempo libres de toda sospecha. Tampoco me hacía a la idea de que un hombre contratara un polvo un par de días antes, sin saber qué ánimos iba a tener cuarenta y ocho horas después, aunque los hombres son bastante raros y para muchos de ellos debe ser algo así como reservar mesa para un almuerzo, sabiendo que cuando se sienten a la mesa, tengan o no apetito, comerán. En cualquier caso, Julia se escapó de clase, tomó el taxi con el corazón latiendo de ansiedad, y se fue al chalet. «¿Y cómo ibas vestida?», me interesé, porque yo pensaba que a esos cometidos se iba ataviada de puta de catálogo, ligeros, medias, corpiños, esas cosas. «Normal. Me insistió mucho la celestina de que fuera normal, que ni siquiera me pintara la cara, porque eso les excitaba más a los clientes. Precisamente querían algo especial, y por eso no querían ver nada que les recordara a las profesionales.»

—¿Y qué pasó? —me desperté del todo y me incorporé en la cama, intentado adivinar dónde intervenía mi padre.

Y enseguida vino su intervención. Cuando a Julia la hicieron pasar a un cuarto donde un señor, de espaldas, el cliente, estaba tomando una cerveza con unas almendras saladas, se encontró con que el cliente era mi padre. Confusión y embarazo por ambas partes, y mi padre que le pregunta a Julia la razón por la que está allí, como si él no lo supiera. Julia es sincera y le explica el problema de su embarazo y la búsqueda del dinero. Entonces mi padre se levanta, le dice que no la quiere ver más por allí y que, a la mañana siguiente, vaya a su despacho.



—Acudí a la cita con una sensación extraña. No sabía qué iba a suceder. Había especulado con que se lo contara a mi padre, o... bueno, había pensado incluso con alguna otra posibilidad que tu padre no se merecía. El caso es que cuando llegué me dijeron que no estaba. Ya iba a marcharme, pero me preguntaron el nombre, y cuando se lo dije me acompañaron a la zona de contabilidad. Allí, un señor mayor de gafas me tendió un recibo que debía firmar y, a cambio, me dio un sobre abultado. Nada más salir de la fábrica, a la luz del sol, abrí el sobre y había un fajo de libras esterlinas y otro de pesetas. Las pesetas eran billetes de cinco mil y las libras esterlinas de cincuenta. Era bastante más de lo que yo había presupuestado, mejor dicho, de lo que me había presupuestado el amigo que me había puesto en comunicación con la clínica.

—Y te fuiste con Nela —dije con cierto reproche, como si el que me acabaran de desvelar que mi padre era un putero de estudiantes formara parte de las cosas normales.

—Me fui con Nela, porque no podía irme contigo. Si me iba contigo mi patrocinador se podía molestar. Tu padre hubiera sospechado que yo te lo había contado todo. Pero le fui fiel. No te lo he contado hasta ahora. Y te lo cuento, porque no creo que vayas a reprocharle nada a tu padre a estas alturas.

No es muy agradable enterarte de que tu padre es capaz de pagar dinero por acostarse con tus compañeras de estudios. Ni de que tu amiga, de quien refutaba la aureola de sospechas que siempre intentaban rodearla en Etnacila, había estado a punto de ejercer de prostituta ocasional. No, no era fácil. Y en otras circunstancias creo que hubiera supuesto un quiebro en nuestras relaciones, pero vivía un tiempo insólito, desacostumbrado. Había pasado unos días felices, puede que de los más felices de mi vida, y creo que a ello había contribuido estar alejada de Alvarito, porque me había ayudado a sentirme yo misma, sin ninguna dependencia. Y, a la vez, había traicionado a Julia de una manera tan inopinada como vil, lo que me predisponía a perdonar cualquier disparate del pasado, cuando en el pasado más inmediato había sido yo la que había fallado.

Puede que estuviera rumiando esas reflexiones durante la comida, porque ya sólo recuerdo que vino Julia y me dio un beso, y Richard posó suavemente sus labios en mi mejilla, y se introdujeron en un automóvil y los invitados nos agolpamos a la puerta del chalet, y cuando se deshizo el pequeño tumulto, y regresamos a las mesas bajo la carpa, yo decidí escabullirme hasta la habitación. Nada más entrar percibí un vacío en el alma, dondequiera que se encuentre, porque aquella habitación había sido el refugio de nuestras andanzas, el puerto de nuestras confidencias, y yo había llegado a crearme que volvía el tiempo de nuevo, y que estábamos en Aljarafe, cuando la vida era una fuente apetitosa a la que todavía no le habíamos dado el primer bocado, y casi todo estaba por estrenar. Pero al notar que Julia ya no estaría más allí y que, al día siguiente, cuando Demi me acompañara al aeropuerto, ni siquiera se encontraría presente para despedirme, noté esa melancolía al cerrar un libro con que has sido

feliz, o esa indefinible tristeza que te asalta tras dar el cerrojo a una casa en la que has habitado algunos años, y la vas a vender y sabes que ya no volverás a vivir en ella. Más aún, los detalles nada agradables de lo que había sucedido en Etnacila, y los presagios nada optimistas sobre la situación económica de la familia, que hasta entonces los había logrado dejar encerrados, salieron de su escondite y noté una tremenda sensación de desamparo. No se había ido sólo Julia, se había marchado el asidero en el que me apoyaba porque, excepto la ilusión de volver a encontrarme con Álvaro, de refugiarme en él y por él sentirme necesitada, sabía que los demás podían prescindir de mí, incluso, Julia, claro, y debía entenderlo y ser adulta, pero me sentía desguarnecida, indefensa, inopinadamente dependiente, y hasta casi estuve a punto de acercarme a la cama de Julia y oler su almohada que todavía no habría cambiado la puertorriqueña, como en algunas ocasiones, en la niñez, antes de que Julia entrase en mi vida, las ausencias de mamá las aliviaba en su cuarto, olisqueando en sus cosas que me olían a madre, como si en los aromas de ella se hallara también su protección.

Me acurruqué en la cama y me adormecí. Me despertó Demi, y ya era de noche y ella estaba como si acabara de comenzar la fiesta. Se habían marchado los invitados, una brigada había desmontado la carpa, y, al asomarme al jardín y a la piscina, a no ser por los adornos florales de la pérgola, y por algunos papeles que flotaban por el césped, parecía que nada había sucedido. Me recordó Demi que se iba a acostar porque salíamos temprano al aeropuerto. Me quedé tendida en la cama, todavía sin desvestirme, con esa vocación inorgánica que me entraba a veces, ser una piedra, una esquirra de mármol o, como mucho, un vegetal sin demasiadas complicaciones.

En el viaje al aeropuerto Demi estuvo muy simpática, no creo que sólo por la alegría subconsciente que aflora en los anfitriones al llegar el momento de despedir a los huéspedes, sino porque me parece que se había dado cuenta de mi desartillamiento tras la desaparición de Julia. Hablamos de ella y de Richard. De su marido fallecido, el padre de Richard, y de otro hombre con el que estuvo unida varios años, hasta hacía pocos meses. Confieso que me sentía muy provinciana ante estas vidas y que aceptaba con naturalidad lo que era absolutamente natural, pero que en Etnacila, entonces, todavía no resultaba muy corriente.

Demi me acompañó y se aseguró de que embarcaba correctamente, y me despidió cerca del control de seguridad con una sonrisa encantadora y un afectuoso abrazo. Ella también se había quedado sola y al menos compartíamos la comprobación de la ausencia.

Atenta a no perderme, aguardé más de una hora cerca de la sala donde se señalaba que íbamos a embarcar. Esta vez sólo tenía que hacer transbordo en Nueva York, pero Demi había logrado que la maleta la facturaran a Madrid. Cuando en Nueva York me encontré con el uniforme de Iberia de la azafata, a pesar de que todavía me quedaba un largo viaje, sentí que, en parte, ya estaba en casa.

Y empecé a repasar los acontecimientos, o, mejor dicho, uno de los acontecimientos, que fue el descubrimiento de las aficiones de papá. El otro, lo que

había sucedido con Richard, lo sepulté en un sótano. Aunque saldría a relucir, no porque yo quisiera, sino porque Julia se enteró.

## Capítulo noveno

**E**N LOS DÍAS SIGUIENTES AL REGRESO RECUPERÉ LA sensación que sentía cuando terminaba el verano, y dejábamos atrás la casa de Aljarafe, y al llegar a Etnacila la rutina me hacía señas desde todos los rincones, y me envolvía una angustia en tono menor que me avisaba de que había concluido el período de gracia de la libertad y volvían las obligaciones. Excepto la confortable sensación de los tiernos brazos de Alvarito cerrados alrededor de mi cuello, el resto tenía esas notas opresivas que anteceden a los encierros de prolongada duración. Emilio andaba amustiado, y me parece que hasta sediento, porque tenía que organizar su vida fuera del paraguas de la fábrica; mamá se había rodeado de una frialdad más espesa de lo habitual, como si no quisiera contaminarse con los problemas que teníamos los imperfectos seres humanos; Antonio, que aunque nunca había sido una castañuela, poseía un sentido del humor reposado que a mí me agradaba, se había tornado sombrío, venía todos los sábados que no le tocaba guardia a ver a tía Dori, pasaba por la casa familiar como un fantasma, y regresaba el domingo por la mañana sin ningún alivio, porque el estado de tía Dori era crónico y no tenía solución. Sólo papá parecía más activo, hacía continuas llamadas telefónicas, comía fuera de casa, hizo un viaje hasta Madrid, con lo perezoso que había sido siempre para los viajes, que incluso llegarse a Aljarafe le parecía una aventura que había que planificar cuidadosamente, y se mantenía en un incesante ir y venir, como en los tiempos más prósperos de la fábrica. No entendí nada de esto, y mucho menos cuando me enteré de que un interventor acordado por los bancos había ocupado su despacho. Pero tan inusitado dinamismo no sólo tenía su explicación, sino que se vieron pronto los resultados, y Javier fue nombrado director de la Feria de Etnacila, un organismo que dependía de la Cámara de Comercio, y Emilio fue contratado por el Círculo de Empresarios para un cargo cuya función la verdad es que nunca llegué a entender, ni Emilio supo definirme con claridad.

Lo que había hecho papá era mover el resto de sus influencias, como en el final de una partida de póker, contribuir con sus últimos esfuerzos a que la familia no descendiera demasiado en la escala económica y social, y pudiera mantenerse en un estado aceptable. También había sido prudente, avisado o astuto, según se mirara, porque años antes había hecho separación de bienes con mamá, posteriormente le fue pasando la mayor parte del patrimonio mobiliario e inmobiliario, de tal manera que los acreedores no habían podido hincarle el diente a otra cosa que no fuera la fábrica.

Pero el abandono de la fábrica no se produjo de la noche a la mañana, ni resultó

una ceremonia rápida, porque la primera novedad fue que los sindicatos apoyaban a papá frente a los bancos; decían que con él estaba asegurada la continuidad, pero no se fiaban de los acreedores, y mucho menos cuando los acreedores eran unos bancos de cabeza invisible. Los sindicalistas sabían por experiencia que era mucho más fácil discutir con una persona como papá o como Javier, a la que conocían y les conocía, y con quien habían discutido y habían llegado a acuerdos desde hacía años, que con unos ejecutivos venidos desde otra ciudad o, todavía peor, de otro país, porque las multinacionales compraban las pequeñas factorías más que por estar interesadas en los beneficios que pudieran obtener, para evitar la competencia, y una forma efectiva de evitar la competencia era apoderarse de los clientes.

Aunque se me había despojado de la confianza que había obtenido a través de la *gran operación*, y volvía a ser una chica, o sea, alguien clasificada en la misma categoría que la mujer de Javier, la que hablaba de bolsos, fui testigo del doble juego de papá, que, por un lado, prometía colaboración a los bancos para evitar movilizaciones de los trabajadores y, por otro, les pasaba información de los planes que barajaban los nuevos patronos a los líderes sindicales. Los líderes sindicales tampoco se quedaron atrás, y cuando ellos consiguieron recolocar a los cuadros sindicales de la fábrica y unas indemnizaciones bajo mano para unos cuantos de ellos superiores a lo pactado por la mayoría, se terminaron las movilizaciones, las autoridades dejaron de preocuparse por los cortes de la carretera a Aljarafe y, tras el último estertor social, esos intentos inútiles de los más perseverantes, la fábrica se cerró y parece que comenzó en nuestra familia un período de paz.

Fue durante ese período de sosiego, al año o año y medio del cierre de la fábrica, cuando comencé a especular sobre el encuentro de Julia y papá, la rocambolesca historia de la cita a ciegas, que no me casaba mucho con la personalidad pragmática de mi padre. Por ejemplo, la seguridad con que mi padre me propuso que llamara a Julia para que nos ayudara en la labor de seducir al anterior alcalde parecía provenir de alguien que tiene la absoluta seguridad de que su propuesta no será rechazada, y si ante mi postura en el hotel de playa de San Pedro había intentado disfrazar o vestir esa convicción con esa retirada táctica para provocar mi rogatoria, ni siquiera hizo previamente algo parecido a una prospección para saber cómo estaba Julia, dónde estaba y en qué condiciones. Y, como una larva que comienza a desarrollarse, como esa bruma a través de cuyos jirones entrevés los rasgos de alguien conocido en un escenario atroz, pero te parece tan increíble allí su presencia que prefieres creer que te has equivocado, que la bruma era muy espesa y que necesariamente estás confundida, así comencé a sopesar la posibilidad de que la historia fuera distinta a como me la habían contado y el embarazo de Julia hubiera sido provocado por mi padre. Eso parecía coherente con el período en el que Julia dejó de ir por casa, la insistencia en que fuera yo a buscarla a la suya, o como última concesión, la de quedar en algún lugar concreto de la avenida de España, frente a mi portal, o por los alrededores. Por otro lado, las rarezas de Julia eran muchas, y también podía haberse debido a algún

comentario de mi madre, persona a la que Julia creo que observaba con la misma displicencia con que observaba a su propia madre.

La larva crecía en el interior de mi mente y tomaba formas diferentes, como corresponde a una larva. En esa metamorfosis había veces en que papá era un padre casto, que jamás había contratado los servicios de una celestina, y Julia acudía a él en busca de ayuda, porque era la única persona que le conocía a ella y que le podía ayudar económicamente, sin pedirle nada a cambio. En otras, por el contrario, papá era un monstruo, un ser despreciable que empleaba el dinero en corromper menores.

La palabra *larva* viene del latín, y significa «fantasma, máscara», y los fantasmas del pasado venían con diversas máscaras a inquietarme y a sugerirme las hipótesis más terribles y las más tranquilizadoras.

Podría parecer que yo veía entonces a mi padre de manera diferente a como lo había contemplado hasta entonces, pero eso era sólo así cuando no estaba frente a él y las especulaciones, o sea, la metamorfosis de la larva aparecía con ropajes nuevos, pero cuando nos encontrábamos juntos esos pensamientos se disolvían como si no hubieran existido, y si pervivían en parte me producían una sensación de incoherencia ante la figura grave y digna de mi padre, la prueba de un dislocado desbarajuste que no se podía asentar en una base defendible.

Un día le acompañé a ver a tía Dori. Siguiendo los consejos de mamá había decidido terminar la licenciatura, y la persona que me ayudaba, Ángel, un profesor del instituto un poco mayor que yo, me había anulado la cita que teníamos pendiente para aclarar mis dudas. Llamé a papá y nos fuimos en su coche hasta la clínica. Los alrededores tenían esa sequedad mediterránea de los pardos que, de pronto, se alegran con el verdor de los naranjales, y el cuidado jardín del establecimiento proyectaba esa sensación de estar a punto de ingresar en un lugar atrayente, como un pequeño y coqueto hotel. La misma impresión te envolvía en el vestíbulo amplio, limpio, y protegido de la excesiva luz por unos toldos de lona cruda, y mucho más la sonriente recepcionista que parecía que llevaba toda la mañana esperando nuestra llegada para alegrarse. Ahí me di cuenta de que no estábamos en un hotel, porque en los hoteles te reciben con el alivio de quien está esperando un paquete que por fin ha llegado. Más que alegrarse por ti se alegran porque la reserva se ha cumplido y se han quitado un problema de encima.

Pero cuando nos llevaron a una sala donde encontramos a tía Dori, tumbada en un sillón con la mirada perdida en el vacío, y rodeada de seres que parecían la envoltura de personas a las que se les había ido un trozo del alma, la impresión se esfumaba y la realidad no permitía ningún resquicio a la lírica.

—¿Qué tal está usted? —le preguntó a mi padre, con esa mansedumbre que no le había abandonado.

Y la ayudamos a levantarse, aunque no necesitaba ayuda, sino más bien era un gesto para que comprendiera que nos trasladábamos a otro sitio, y salimos a pasear por una carretera de tierra que discurría entre los huertos. Fuera de la sala, alejados de

las expresiones aleladas que producen el exceso de tranquilizantes, el mundo parecía distinto e intentaba recuperar su lado alegre. La psiquiatría había desterrado los grilletes, las cadenas y las mazmorras, pero había encontrado en la farmacopea una forma de amarrar a los enfermos mucho más segura, de tal manera que esos celadores de antaño que parecían sacados de un equipo de lucha habían sido sustituidos por hombres de constitución física normal, porque el esfuerzo más cotidiano era el de tender el vaso con la píldora correspondiente, antes de que desapareciera el efecto de la anterior.

Tía Dori pasaba por largos momentos de estupor, un ensimismamiento que no lograba disipar ninguna sugerencia, y eran los más dolorosos y los que nos hacían preguntarnos interiormente qué hacíamos allí. Pero, de pronto, como si se conectaran los cables de su cerebro, y a alguna de sus estancias hubiera llegado la luz, se quedaba observando una mariposa que aplaudía el aire por entre los matojos del camino, o un pájaro que surgía del escondite enramado de un naranjo, y los miraba con la admiración de un espectáculo milagroso que se contempla por primera vez, más niña que nunca, casi me atrevería a decir que más feliz. Entonces, no te preguntabas nada, y se te quedaba ese momento, y era el que servía para afrontar la próxima visita. Nunca supe el tipo de enfermedad que tenía. Tampoco la sabía Antonio, porque las explicaciones que le habían dado sus colegas eran muy imprecisas. Padecía de afasias temporales, pero no encontraban ninguna lesión en el cerebro. Hablaban de dislogias inhibitorias y otros términos que no comprendíamos muy bien, pero con los años llegué a la conclusión nada científica de que tía Dori no había resistido la presión, había reventado, sobre todo tras enterarme de otro de los grandes secretos de la familia que la tenía a ella como principal protagonista.

En aquella visita que comenzó desesperanzadora, y a la que siguió un conato de comunicación compensatorio, mi preocupación no se centraba en la irremediable situación de tía Dori, sino en las confidencias de Julia. Y, tras dejarla en la sala en la que la habíamos recogido, tan luminosa y limpia como deprimente, volvimos a casa y me atreví a decirle a mi padre que Julia me había contado el asunto de su embarazo y su ayuda. Lo hice en el interior del automóvil, porque dentro de los automóviles el interpelado es difícil que estacione el coche y se baje para no escuchar, y aproveché que el momento me pareció propicio. No me fue nada fácil e incluso me consta que me repetí la frase interiormente para no descuidarme en ningún matiz o para que no pudiera interpretarse por un aspecto lateral. Mis palabras exactas fueron:

—Allí, en California, Julia me contó todo lo de su embarazo y tu ayuda.

Me preocupe mucho de decir «todo lo de su embarazo», como si yo supiera quien había sido el responsable, e, inmediatamente, relacionada, pero sin acusación, su ayuda.

Papá no movió un músculo. Conducía muy bien, con pericia y sin brusquedades, y al cabo de un rato, asintió con la cabeza, y dijo:

—¡Pobre, Julia! Lo debió pasar muy mal.

Mis únicas experiencias detectivescas se basaban en las técnicas novelescas de Agatha Christie y Simenon, amén de alguna que otra película y un par de series de televisión. Intenté ponerme en la mente de *monsieur* Poirot o del comisario Maigret: o bien mi padre era un cínico, o era inocente del todo, o es que el tiempo había logrado dulcificar los recuerdos y sólo le había quedado la huella caritativa, mientras el matiz lujurioso de la cuestión había sido borrado, se había concedido a sí mismo una amnistía, porque de otra manera era imposible que no hubiera sufrido un cierto sobresalto. ¿Me había dicho Julia la verdad? ¿El hombre que bebía cerveza y tomaba almendras saladas era el mismo ser que conducía con sosiego y sin un adarme de intranquilidad por el recuerdo de lo sucedido traído al presente en labios de su propia hija? Mi padre no bebía cerveza, al menos habitualmente, pero tampoco creía yo que se acostara habitualmente con mis compañeras de clase. ¿Por qué me iba a mentir Julia? ¿Era probable una mentira entre nosotras? Por supuesto. ¿No le había mentado yo, cuando había comentado sus sospechas el día de la tormenta, en Los Angeles?

Las dudas son molestas y para las molestias procuramos buscar un remedio. El mejor remedio fue la respuesta de papá y su aspecto. No me refiero tanto a la vestimenta, que eso se compra, sino a cierta venerabilidad que el tiempo venía a ponerle en las facciones, incluso a la percepción de que, a medida que transcurre el tiempo, somos otros personajes, dentro de la misma persona. Puede que hubiera un Meralt con debilidades salaces, un incontinente que no podía resistir las tentaciones narradas por amigos, hombres de la misma edad, o un ocasional de la lujuria que un día quiso ser transgresor aventurero, pero poco tenía que ver ese personaje con este otro caballero que se había arruinado con cierta resistencia y elegancia, salvando los muebles y un resto de patrimonio para no tener que molestar a los amigos. La Justicia debe ser rápida, no sólo para ser justiciera: también para que no se le escape el personaje y sea otro quien reciba el castigo.

La prueba residía en que, o era inocente, o no se acordaba de que no lo había sido. Y casi me alegré de su indiferente respuesta, y ya no me pregunté sobre lo sucedido, porque al poco tiempo tuvo lugar el desvanecimiento y el inicio de un proceso que nos llenó de dolor.

Se desmayó en el Casino Principal y de allí lo llevaron al Hospital General en una ambulancia. Hasta que a los dos días llegó Antonio, nuestro vulgarizador permanente fue Inocencio, el hijo de don Inocencio, quien nos habló de un tumor localizado, un tumor que había que operar. El antecedente de tía Dori, que sin minoraciones aparentes se había quedado en el estado en que se encontraba, nos sumió a todos en un pesimismo generalizado, que ni el propio Antonio pretendió neutralizar.

Fue una etapa convulsa, donde la propia agitación, las idas y venidas al hospital, el establecimiento de tumos con mi madre, la expectación ante la fecha de la intervención quirúrgica, la ansiedad por el postoperatorio o la angustia consiguiente por el nuevo diagnóstico, convertían los encuentros con Emilio o con Alvarito en un juego de relevos mecánicos exentos de matiz, obligaciones secundarias que ni



siquiera lograban distraer el argumento principal, que era el proceso de la enfermedad.

Yo tenía formada mi propia familia, pero había algo ancestral que cobraba mayor fuerza al estar la vida de papá en peligro, como si me resistiera a que se quebrara la célula de la que procedía.

Y de células nos habló Antonio, en el estrecho y pequeño despacho que nos cedió uno de los jefes de servicio del hospital, un hombre de mediana edad y perilla grisácea, quien nos dejó solos a mamá, a Javier y a mí con él, con un Antonio sereno, acostumbrado ya en sus prácticas a ser mensajero de buenas o malas noticias, con ese fatalismo que suele apoderarse de casi todos los mensajeros.

—La operación es sencilla. El tumor se halla en la parte exterior y presiona al cerebro, pero no lo ha dañado. De todas formas, cuando se entra en un quirófano nunca sabes lo que puede ocurrir, y por muchas radiografías de las que dispongas tampoco se sabe qué hay en el interior de un cuerpo.

Antonio, el benjamín, el callado Antonio, el discreto Antonio, la causa del enfrentamiento perpetuo entre mamá y tía Dori, el chico de las dos madres, el más circunspecto de toda la familia, se había transformado en nuestro chamán, en el gurú cuyas palabras absorbíamos con la disciplina de quienes reciben información de una casta superior.

Puede que fuera casualidad, pero allí no estaban ni la mujer de Javier, ni mi marido, como si los Meralt-Olaya en los casos de crisis tendiéramos a gabinetes reducidos. Llevaba Antonio, lo recuerdo muy bien, una chaqueta de color verde oscuro, camisa en tono vainilla y una corbata rayada en verdes claros y amarillos pálidos. Aparecía también pálido su rostro. Y la expresión de mamá, que desde la silla levantaba levemente la cara, porque Antonio estaba de pie, apoyado en el borde de la mesa que quedaba a su espalda, era una mezcla de preocupación por las noticias de su marido y, a la vez, un orgullo materno que lograba abrirse paso en medio de la tribulación, por entre el aturdimiento de las hipótesis que raramente podían ser buenas dentro de un hospital y antes de una operación.

—¿Y es inevitable operar? —pregunto mamá con ese desaliento del pasajero del barco que se hunde y, por rutina, inquiere si no existe más remedio que saltar al bote salvavidas que se balancea peligrosamente a la orilla del casco.

Antonio asintió y nos adelantó la segunda parte del proceso:

—Es imprescindible. No ya porque el tumor podría crecer y dañar el cerebro, sino porque es necesario analizarlo, saber por qué se ha producido, rastrear su etiología...

Y dándose cuenta que no estaba ante colegas, vulgarizó:

—Es decir, hay que saber el origen.

Como si hubiera un acuerdo tácito entre los tres oyentes nadie requirió suposiciones sobre el origen, pero Antonio no estaba por la labor de dulcificar nada, ni de poner paños calientes, y prosiguió:

—Habrá que hacer una biopsia y, en función de los resultados, determinar el

tratamiento posterior.

Javier, que estaba de pie, apoyadas las manos en el respaldo de la silla de mamá, comentó:

—Lo dices como si estuviéramos ante un largo proceso.

—Podríamos estar ante un largo proceso. Ojalá no sea así, pero creo que es una posibilidad que no debemos olvidar.

Más tarde, le comenté que me había extrañado que no hubiese sido más optimista delante de mamá, y él me dio sus razones: «Hay dos tipos de médicos. Los que tienden a edulcorar y los que tienden a amargar. Mi catedrático pertenece al segundo grupo y yo me he incluido en él porque cuando los familiares están preocupados una dosis más de preocupación no se nota, o se nota muy poco. En cambio, si contribuyes a crear falsas esperanzas, la aflicción que luego cae sobre ellos es mucho mayor. Mamá está muy atribulada por el solo hecho de que papá, que ni siquiera ha padecido una gripe que le haya obligado a guardar cama, tenga que operarse. Es el momento ideal para vacunarla contra cualquier desilusión posterior.»

Me dio la impresión de que Antonio actuaba así, no por pertenecer a una doctrina u otra, sino como consecuencia de su carácter serio, sin concesiones. Don Inocencio, me refiero a don Inocencio padre, el auténtico, pertenecía al grupo de los que Antonio llamaba edulcorantes, y recuerdo que aun estando la abuela a dos pasos de morir, todavía murmuraba ante la expresión desconsolada de mamá: «Ya veremos, ya veremos»; y a mí misma, cuando el tardío sarampión, me mantuvo durante más de una semana con la esperanza de que podría levantarme al día siguiente, es decir, con la esperanza de que podría encontrarme con Louis y arreglar el enfado, y poder despedirle y quedarme con la certeza de su retorno, porque volvería otra vez, o iría yo a Francia, una palabra que me parecía que encerraba la clave que servía para entrar en un lugar mágico.

Las previsiones de Antonio se cumplieron con exactitud: la operación fue un éxito y, tras el resultado de la biopsia, comenzó un largo proceso. Porque el tumor era maligno, o sea, canceroso. La zona cercana al cerebro donde se había alojado estaba ya limpia, pero el tumor procedía de otro lugar y era preciso localizar la fuente, primero, y neutralizarla, después.

En contra de la opinión de Antonio, reunidos en estricto cónclave, acordamos no contarle la verdad a papá. Antonio dijo que un enfermo tiene derecho a conocer las consecuencias de su enfermedad, que la enfermedad es subjetiva, o sea, del sujeto, y que lo que estábamos a punto de apropiarnos de la enfermedad, pero dejando que el enfermo sufriera las consecuencias. Javier y yo estábamos casi de acuerdo con Antonio, pero mamá, que había permanecido en silencio hasta entonces y que nos había observado discutir con aspecto ausente, sentenció con voz firme:

—No le diremos nada. Al menos, de momento.

Antonio se encogió de hombros, como un notario que desiste de aconsejar al amigo que testa y acepta lo que será su última voluntad, aunque no esté de acuerdo

con ella, y concluyó la polémica.

Las idas y venidas a los laboratorios, radiólogos, cardiólogos e internistas que tuvo que hacer papá contaron siempre con la presencia de mamá o con la mía. La ocupación del tiempo se rige por unas leyes tan misteriosas como las del dolor. De la misma manera que el dolor, cualquier dolor, puede ser más intenso, las tareas de una persona siempre pueden aumentar sin que los días tengan más de veinticuatro horas. Si ahora mismo tuviera que desmenuzar el reparto de las horas de aquellas jornadas no sabría hacerlo, pero sí recuerdo que llevaba a Alvarito al colegio y lo recogía; que me ocupaba de todas las tareas domésticas, porque la amiga de Tachi había encontrado otra ocupación mejor remunerada y yo no había aceptado el dinero que mamá me había ofrecido para contratar una criada; que pasaba una o dos horas diarias con Ángel, preparando las asignaturas; que estudiaba por las noches, y que pasaba mucho tiempo con papá. Eso quería decir que podía dejarlo en la consulta, salir a la calle, y regresar con una barra de pan, una bolsa de chuletas y un ramo de acelgas que había comprado para la comida. Porque Emilio comía en casa. Todos los días. Su cargo no era tan importante como para mantener eso que se llaman falsamente *almuerzos de trabajo* y, pasados ocho o diez minutos de las dos de la tarde, escuchaba el sonido de su llavín introducirse en la cerradura de la puerta de entrada. Eso, si estaba en casa. Si mamá me había pedido que acompañara a nuestro enfermo a alguna exploración, me las arreglaba para dejarle una nota explicativa sobre la comida, porque Emilio es de esas personas que desconoce el proceso de transformación de los alimentos a través del fuego. Tiene vagos y aproximados conocimientos de que en las sartenes se fríe y en las ollas se cuece, pero es incapaz de descender a más detalles.

A pesar de esta agitación pasaba momentos sosegados con papá. Y no me refiero a las tediosas antesalas en los cuartos de espera, donde la gente cuchichea y se mira de soslayo, como preguntándose si el otro enfermo tendrá peor aspecto o mejor, sino a los ratos pasados en casa, después de una exploración, porque tras su salida del quirófano, al cabo de cinco días estaba tan recuperado que incluso llegamos a pensar que se encontraba completamente sano y que las sospechas de los médicos eran una deriva de su excesiva escrupulosidad.

¿Cómo es posible que atendiera las clases, llevara mi casa, estudiara, hiciera de enfermera, y todavía me quedara tiempo para charlar? El misterio de la ocupación del tiempo.

Papá, por alguna razón que yo entonces no entendí pero cuyas causas más tarde me pareció comprender, me volvió a hablar de su abuelo, es decir, de mi bisabuelo, el soldado austríaco que con su mujer italiana no quiso desembarcar en Barcelona por miedo a que la niña se contagiara de la viruela, y causante de que nosotros viviéramos en Etnacila.

Aquella niña se salvó de la viruela, pero a los pocos meses contrajo una enfermedad en el vientre que acabó con su vida, lo que entonces se llamaba cólico

miserere, y que englobaba cualquiera de las afecciones desconocidas en la época que tuvieran algo que ver con el aparato digestivo. Según me ilustraría Antonio, podía tratarse de afecciones en el colon, serias y graves, o simples cólicos que por desconocimiento derivaban en muertes por deshidratación, sobre todo en los niños.

Es curioso que la muerte de esa niña, de la que me enteré siendo niña yo también, no me produjera demasiada pena. Me parecía un personaje secundario en la historia. Sin embargo, quien me desazonaba era el abuelo, ese hombre que ve partir a su nieta y a su biznieta, que les entrega toda su fortuna, y que permanece allí, clavado en la puerta, sabiendo que no las va a volver a ver nunca más, sabiendo que se ha quedado irremisiblemente solo, y que la única visita que acudirá al molino será la de la Vieja Dama.

Yo no había conocido a ninguno de mis abuelos. Tenía imágenes confusas y desleídas de mi abuelo materno, pero murió antes de que pudiera tener una relación auténtica con él, y esas huellas intensas que dejan un paseo de la mano por un parque, una regañina, una silueta que tú sabes protectora, se me habían hurtado. A lo mejor era por eso por lo que me conmovía la imagen que yo había recreado en mi memoria del viejo molinero, contemplando impasible el alejamiento de los únicos seres que le quedan, de las únicas personas a las que ama.

También me hablaba mi padre de la guerra civil, de la incautación de la fábrica, la llegada de un grupo de personas vociferantes, una de las cuales le puso el cañón de una pistola en la cabeza de su hermano mayor, mientras al otro le sujetaban; de su impotencia de testigo de dieciséis años, ni niño ni hombre, aunque se escaparía para luchar con el ejército de Franco, sin ninguna ideología —los Meralt no tenían ni siquiera arraigadas costumbres religiosas—, sólo para luchar contra los enemigos de sus hermanos y como el único camino conocido entonces para recuperar la fábrica.

Papá sabía que se moría —a esa conclusión llegué después— y más que contarme a mí esas viejas historias que mi madre despreciaba y la hacían ausentarse por demasiado conocidas, se las estaba contando a sí mismo. En realidad estaba concluyendo un balance general de sentimientos, un arqueo biográfico de emociones, el repaso al inventario que le permitía absolverse de culpas, porque aunque los Meralt seguíamos sin grandes convicciones religiosas —no así los Olaya, que siempre habían sido católicos practicantes—, la proximidad de la muerte debe producir un cierto temor a un juicio final por diversas y dispares que sean las creencias.

Muchas de esas viejas historias ya las conocía, pero había detalles nuevos, pormenores ignorados que me permitían imaginar escenas, recrear episodios, como cuando me habló de que su padre había estado a punto de enrolarse con los carlistas, pero que la noticia del embarazo de la abuela, que él desconocía, le había hecho desistir de tal decisión. Y a mí eso me permitía fantasear con la posibilidad de que el hijo de un guerrero austrohúngaro, que había luchado contra Napoleón, hubiera hecho carrera militar con Zumalacárregui, y entonces la familia se habría asentado en el País Vasco, lejos del Mediterráneo a cuya orilla habíamos crecido. O bien, que el

carguero del bisabuelo iba con destino a América, y desembarcaba en Nueva York, y la niña moría, no sé por qué, como si aquella niña nacida del impulsivo amor de dos adolescentes no pudiera tener otro destino, y entonces hacían fortuna, se trasladaba la familia al Oeste, uno de los hijos del viejo soldado fundaba con el abuelo de Richard una productora cinematográfica, yo me casaba con Richard, y Richard me abandonaba para irse con una actriz de origen español llamada Julia Wood. Mi fantasía era libre, pero mi sentimiento de culpabilidad quedaba claro. La consecuencia fue que intenté un acercamiento a Emilio. No estaba enamorada de él, pero me sentía en deuda por dos motivos: por mi liviandad con Richard y porque, como si el cambio de situación económica le hubiera obligado a madurar y se hubiera dado cuenta de que las cosas todavía podían haber ido peor, no bebía, o, al menos, bebía mucho menos, y se mostraba cariñoso y tolerante con Alvarito y conmigo.

Se estableció así una situación, a medias falsa, a medias verdadera, algo intermedio entre el paraíso y el infierno que me habían esbozado en las teresianas, pero que tampoco era el purgatorio, o al menos se trataba de un purgatorio donde había menos llamas y más aburrimiento, donde no se sufría mucho, pero se acusaba la fatiga y el cansancio al final de la jornada. Y fue entonces, cuando algunas noches, requerida por Emilio a cumplir el débito conyugal, comenzó a ocurrírseme la idea de que quien jadeaba encima de mí y gruñía sordamente era Ángel, mi profesor de griego. Y no es que yo me mostrara fría y desconcentrada en la faena, porque con Emilio siempre me había entendido en tales menesteres. No coincidíamos en los gustos por las películas, ni podía compartir con él la afición por la lectura, porque sólo leía el periódico, y de este dos secciones: las páginas deportivas y las esquelas de defunción. Debía de formar parte de sus deberes de trabajo, porque no había entierro de persona más o menos importante en la sociedad de Etnacila al que no asistiera, o a lo mejor era debido a que, constatada la decadencia de su familia y de la mía, necesitaba recordar a los demás que todavía era uno de los suyos, aunque ostentara un modesto empleo... Quiero decir que, al margen de las diferencias entre nuestras respectivas inclinaciones, y salvo en los momentos, por fortuna yo creía que superados, de su violencia, siempre nos habíamos acoplado bien en ese terreno y creo que el verbo *acoplar* es el más exacto para definir esta clase de coincidencia.

Pudo suceder —y eso son especulaciones subjetivas que buscan mi exoneración, como papá buscaba la suya en sus rememoraciones— que la fatiga de las jornadas y la fatiga de la vida matrimonial tuvieran un efecto multiplicador que me impeliera a escapar, aunque fuera a través de la imaginación. También debo confesar que al día siguiente, la clase con Ángel —que era itinerante, y unas veces tenía lugar en el Instituto entre una de sus clases y la siguiente, otras en una cafetería y, a veces, incluso en su casa los sábados por la mañana en los que no iba al Instituto—, a pesar de que la noche anterior lo había colocado en situación hartamente distinta, no dejaba de ser meramente pedagógica y académica. Y de la misma manera que, tras regresar de Hollywood y después de la confesión de Julia, se desvanecían las sospechas sobre mi

padre, como si su sola y digna presencia poseyera el poder de exorcizar mis especulaciones, así en cuanto me reunía con Ángel se desvanecían los fantaseos y adquirirían categoría de imposibles.

Lo que sí era cierto es que con Ángel compartía muchas de las cosas que me era imposible compartir con Emilio, y que a la autoridad como profesor unía una sensibilidad y una comprensión que yo echaba en falta en mi marido. Y es probable que a él le ocurriera algo parecido, porque los sábados, cuando me daba las clases en su casa, en un modesto cuarto de estar al que su mujer entraba sin previo aviso, e incluso interrumpía con observaciones de tipo doméstico, pude percatarme de que la esposa, empleada en las oficinas del Ayuntamiento, una burócrata que también tenía libres los sábados, daba muestras de esas vulgaridades tan evidentes que no eran necesarias muchas horas de estudio o de convivencia para detectarlas. La causa de la unión era una chiquilla impertinente de unos cinco años de edad, según pude enterarme, porque aunque Ángel era bastante reservado pasábamos muchas horas juntos, teníamos una relación adulta, puesto que yo no era ninguna de las adolescentes de sus clases oficiales, y antes o después de nuestra tarea, nos gustaba charlar y no es raro que dos personas concluyan hablando de ellas mismas. Según sus palabras, no muy directas pero suficientemente claras, el embarazo prematuro de su actual mujer y entonces novia había precipitado el casamiento.

Ángel no era un Tarzán. En la comparación física con Emilio no hubiera resistido una décima de segundo. Era más bajo, algo enclenque, con el pecho abombado, como de pollo, pero tras la gafas tenía unos ojos amorosos, como todos los miopes, un pelo castaño claro muy ondulado y unas manos de dedos hábiles, unas manos delicadas y, a la vez, viriles. Y voz grave, nada metálica. Las mujeres nos fijamos en las manos y en la voz. Los hombres parece que se fijan más en nuestro culo y en nuestras piernas. ¡Ah! Y en el busto. Me cuesta imaginarme a mí misma comenzar a interesarme por un hombre debido a unas piernas ebúrneas o a un culo respingón, pero me gustaría que alguien se hubiera enamorado de mi voz, cuyas características ignoro, o de mis manos, que contemplo ahora mismo pulsar sobre el teclado del ordenador y me parecen vulgares.

No estaba interesada por Ángel, ni lo contemplaba como un objeto de atención erótica y, sin embargo, podía sustituirlo por mi marido, lo que me llevó a pensar si Emilio se imaginaba que yacía con alguna de las guapas presentadoras de televisión o con alguna actriz. O quién sabe si con alguna compañera de trabajo mientras mi cuerpo real se prestaba a su deseo virtual.

La relación entre un hombre y una mujer por muy íntima que sea —y no puede existir mayor intimidad que la del matrimonio puesto que abarca por completo todos los ángulos de una convivencia— y por muy intensa que resulte la confianza mutua siempre guarda, y ello es un tesoro, mansardas del alma sin explorar, buhardillas del espíritu que ni uno ni otro conocerán.

Mientras afrontaba mis dualidades de esposa, la hija recibía la noticia de la

localización del lugar en el que se había originado el tumor de su padre. En la parte inferior del pulmón izquierdo se había detectado una alteración que podría estar formada por células cancerígenas. Era probable que desde allí hubiera salido una de esas anomalías y hubiese ido a establecerse en las cercanías del cerebro. Diagnóstico: abrir la caja torácica, limpiar la zona de células cancerosas y aplicar el tratamiento convencional de quimioterapia y radioterapia.

La operación de pulmón fue un éxito. Otro más sí sumamos la del tumor. De éxito en éxito, mi padre cada vez se encontraba más alicaído, y aunque procuraba animarse cuando lo iba a visitar, un día antes de entrar en la habitación lo observé a través de la puerta entreabierta, incorporado a medias, descansando la espalda sobre los almohadones, los brazos desmayados encima del embozo y la mirada perdida en un horizonte remoto y sin esperanzas. Luego, nada más verme entrar dio muestras de alegría e hizo un comentario irónico sobre mi vestuario, una falda de un brioso estampado, pero no logró engañarme.

Y a continuación vino la etapa de la decadencia física, esa paulatina declinación que arruina el cuerpo y desmedra el ánimo de los que están alrededor del enfermo. Las primeras consecuencias de las sesiones de quimioterapia nos pillaron por sorpresa a mamá y a mí. Las convulsiones, los vómitos, los temblores, y, sobre todo, la mirada de papá que parecía un animalillo acorralado que se preguntaba y nos preguntaba cuánto tiempo duraría aquello. Por un tácito acuerdo nadie pronunciaba la palabra *cáncer* y, papá, a los tres o cuatro días de la sesión, cuando los terribles efectos secundarios parecían calmarse, hacía proyectos a largo plazo, como reformar en dos o tres años la finca de Aljarafe y convertirla en un naranjal, o diseñaba un viaje por Europa para celebrar el restablecimiento de su enfermedad a la que se refería como *esto*:

—Cuando venzamos *esto*, vamos a hacer un recorrido por Europa. Iremos hasta Viena en avión, alquilaremos un coche y llegaremos hasta Italia.

Y, dirigiéndole una mirada traviesa a mi madre, añadía:

—Bueno, si nos invita mamá, porque es la única que tiene algo de dinero.

Mamá entonces movía gravemente la cabeza, como reprobando que una persona de la edad de papá hiciera bromas tan pueriles, pero en el fondo satisfecha de percibir un atisbo de alegría en el enfermo.

Hubo que llevarle mapas y se entretuvo trazando una ruta provisional, que vendría a ser la misma que hizo el bisabuelo hasta que se le cayó el saco de tierra en Italia, y en ese intento de recuperar el pasado veía yo más síntomas de la ruina que en la caída del pelo, el agrisamiento del rostro, el enmagrecer de las carnes o el cansancio crónico ante la perspectiva de cualquier movimiento.

Le compramos una gorra para ocultar la alopecia provocada por el tratamiento, y presumía de ella diciendo que desde que había perdido la fábrica ya se imaginaba que llegaría un día en que tendría que ir de gorra a todas partes.

Había momentos en que hacía esfuerzos auténticos para acompañarnos en la falsa

alegría que nos habíamos impuesto como obligación, pero un golpe de tos, unas náuseas, el acompañamiento precipitado hasta el cuarto de baño, barrían la superchería y nos quedábamos en lo que éramos, dos mujeres asustadas con un enfermo que ya sabíamos incurable, aunque mintiéramos tanto que nos mentíamos a nosotras mismas.

El acercamiento con la muerte, que parecía no tener prisa y que aguardaba con desgana el momento de aparecer, provocaba en mí reacciones egoístas e impensadas, la valoración de lo que casi nunca valoramos, la vida y la salud, y así estrechaba a Alvarito hasta la exageración, evitaba perderme en discusiones pueriles con Emilio, al que le encantaban las polémicas superficiales y, a la vez, sentía esa impotencia rabiosa que va desde la desesperación infructuosa al desconsuelo infecundo.

Por aquel entonces habían premiado una película española, *Volver a empezar*, como la mejor película extranjera, y le habían otorgado un Oscar. Parece que antes del premio había pasado sin pena ni gloria por el cine Rialto, y, con motivo del galardón, la habían vuelto a poner en otro cine. No tengo muy claros los detalles, pero un día en el que Alvarito se quedaba en el colegio hasta más tarde, porque iban a ensayar un cuadro de teatro para una fiesta escolar, me encontré con Ángel en la cafetería, después de comer, y acabada la clase me dijo que iba a ver la película, y me invitó a acompañarle. Yo no había pisado un cine desde que comenzó lo que papá llamaba *esto*, ni tenía ánimos para ir a ver una película, pero por primera vez en mucho tiempo disponía de casi cuatro horas en las que no tenía que comprar, ni acompañar a papá, ni guisar, ni planchar, ni recoger a un niño del colegio. Le dije que sí, puede que porque en el vértigo en el que me encontraba envuelta me daba miedo ponerme a pensar, y se suele pensar cuando no se tiene nada que hacer. Le dije que sí, y me arrepentí a la media hora de estar en el cine, porque se trataba de un viejo profesor español, que da clases en la UCLA y al que le conceden el Premio Nobel. Vuelve a España y todo son homenajes, pero él ha regresado para encontrarse con un viejo amor y porque tiene un cáncer y le quedan muy pocos meses de vida. Mi estado anímico era tan hipersensible que todo lo que ocurría en la pantalla lo trasladaba a mi biografía. La enfermedad del viejo profesor me recordaba a mi padre, su intento de volver a encontrarse con la mujer de la que siempre estuvo enamorado era un canto a la cobardía con la que nos enfrentamos al amor, a las renunciadas que hacemos, al fracaso de nuestra vida sentimental. Las últimas imágenes del profesor reingresado en las aulas de la Universidad de California me traían un melancólico recuerdo de aquellas dos largas semanas que me parecieron, en la oscuridad de la sala, las más intensas de mi vida. Salí con los ojos llorosos y destrozados, porque cuando se encendieron las luces yo no podía regresar a mi realidad, la confundía con la historia vista, la mezclaba, y el resultado fue que los melancólicos sonos de *Begin the beguine* me parecieron el epitafio de mis propios fracasos.

Cómo sería mi llorera que Ángel me llevó en su coche hasta la playa de San Pedro para que me diera tiempo a serenarme. Y me serenó su manera atenta de



escucharme, porque a mí no me escuchaba nadie. Ni Alvarito, ni papá, que me había convertido en su oyente; ni mamá, que no me había escuchado nunca; ni, por supuesto, Emilio al que no se le pasaba por la imaginación que una mujer pudiera decir algo interesante que no estuviera relacionado con las tareas domésticas o el sexo.

He escuchado después opiniones entusiastas sobre la película y críticas que la acusaban de ternurista. A mí me parece que las películas, como las novelas, son interpretadas por los espectadores y por los lectores, y que al mezclarse con sus vivencias y su estado de ánimo provocan emociones diferentes. Con los perfumes sucede lo mismo. Al mezclarse con los fluidos de la piel de cada persona surge un matiz distinto en el aroma.

Permanecimos allí, dentro del coche, de cara al mar, hasta que me di cuenta de que tenía que recoger a Alvarito. Y, luego, al llegar a casa, después de darle la cena y quedarme sola, porque Emilio me llamó por teléfono para hablarme de un compromiso de trabajo, del que me dio tantas explicaciones que me pareció que era falso, gocé de la soledad, y recordé la película y la mano de Ángel sobre el dorso de la mía, junto al cambio de marchas, y noté un alivio, el mismo alivio que sentía cuando me hallaba ante un determinado problema y aparecía Julia, y pensaba que sería fácil resolverlo.

No fue la única vez que fuimos Ángel y yo a la playa de San Pedro. Algunas veces salíamos del coche y dábamos un corto paseo frente al mar solitario, pero la mayoría de las veces nos quedábamos allí dentro sentados, fumando un cigarrillo y hablando. De esa manera me enteré de la historia de Ángel, hijo de una mujer de un pueblo de Extremadura, a la que dejó preñada el hijo de uno de los hombres más ricos del lugar, en cuya casa trabajaba de sirvienta. Era una historia vulgar, que contada no pasaba de constituir la pieza de un melodrama, pero que en boca de Ángel, que había perdido conmigo la timidez, cobraba la luminosidad de lo auténtico. Se trataba de un caso típico. Su madre se marchó del pueblo, dejó el niño al cuidado de sus abuelos e intentó probar suerte en Madrid. Cantaba bastante bien y la contrataron en diversos locales, pero con la condición de que alternara con los clientes, de que bebiera con ellos a comisión.

Parece que aprendió enseguida las artes del alterne, coquetear con los clientes, dejarse magrear por los que tenían dinero suficiente para pagar el precio de una botella de champán francés, vaciar la copa en los maceteros para no emborracharse y tener que pedir enseguida otra botella; al día siguiente, se alimentaría a base de vegetales e infusiones de manzanilla muy cargadas de azúcar. Se lo contó a su hijo, en casa de los abuelos, las navidades en que terminaba el bachillerato y se disponía a ingresar en la universidad. La pobre mujer, que se había castigado el hígado a comisión, decía a cada momento, «tu madre no es mala», y Ángel añadía que se había sentido turbado, pero no molesto, sorprendido más bien, pero a la vez con la sensación de que le declaraban oficialmente mayor de edad y de que entraba a formar

parte del universo de los adultos.

De ahí deduje yo que, al quedar embarazada su novia, se casara enseguida, el fantasma de lo ocurrido a su madre debió pesar en la decisión, el miedo a que se repitiese la historia en otros inocentes.

Ángel dejó de ser el niño sin problemas y se convirtió en un joven panadero que, por las mañanas, acudía a las clases de la universidad después de haber pasado la noche trabajando. Se acostaba sobre las dos o las tres de la tarde, se levantaba a las ocho, estudiaba hasta las once, y a las doce en punto entraba a trabajar en la tahona.

—Siempre tenía sueño —me dijo en una de aquellas tardes de confianza—. Y como sabía lo que me podía ocurrir, me sentaba en las últimas filas y algunas veces me quedaba dormido.

Un viernes me avisó de que no podíamos dar la clase del sábado en su casa, porque estaban de pintores y no había un rincón donde sentarnos. Yo le ofrecí la mía y acudió al día siguiente a las once de la mañana. Se lo presenté a Emilio, quien le echó una ojeada atenta de boxeador profesional, y una vez que comprobó que no le duraría medio asalto, cogió a Alvarito y dijo que se iban a ver a mi padre.

Dimos la clase y, al concluir, le ofrecí un café. Yo estaba un poco nerviosa, porque no me sentía cómoda al haberse marchado mi marido. Debo de ser una mujer muy antigua, o muy mojigata, aunque luego no lo fui tanto. El caso es que Ángel recitó unos versos de Virgilio, los tradujo, y me besó. En el sofá. Y me dejé besar. Iba a escribir que no sabía por qué, pero creo que lo sabía. Me dejé besar porque Ángel era la única persona adulta que me prestaba atención y que parecía preocuparse por lo que me ocurría, por mis frustraciones, mis temores, mis angustias y mis deseos. Entre mis deseos desde luego no estaba acostarme con Ángel, pero me reclinó en el sofá, y tuve que ayudarle, porque se mostró torpe para desabotonar una falda que venía abrochada por una hilera vertical de botones por delante. Creo que estuve práctica, fría y eficaz, casi como me imaginaba a la madre de Ángel ejerciendo su antiguo oficio. Tanto que musitó un gracias, tras sentir el calambre del clímax, y aunque me lanzó después un dubitativo «¿Y tú?», yo le tranquilicé y le dije que me encontraba bien, que había disfrutado tanto como él, lo cual ya no era eficacia, sino una mentira de un tamaño atroz.

Al recoger mis bragas que estaban sobre la alfombra, junto a un camión de plástico de Alvarito, me pareció que lo ocurrido tenía un lado más cómico que apasionante, y que lo que me estaba sucediendo no era precisamente un episodio de *Madame Bovary*, sino más bien una parodia.

Ocurrió más veces. En casa de Ángel. De pronto, algunas de las clases que antes dábamos en la cafetería cercana al instituto se trasladaron a casa de Ángel. Era una solicitud que me hacía él un par de días antes, ruboroso y avergonzado. Y yo siempre le decía que sí. Y cuando le decía que sí, sus ojos miopes me miraban asombrados, como si no fuera posible tanta dicha. En realidad, era como Alvarito, pero con otro tipo de necesidades, y a mí no me costaba ningún sacrificio, casi me parecía honrado

compensar sus charlas, su interés, el descubrimiento que me hacía de la filosofía, del lenguaje, su estímulo a lo intelectual con mi cuerpo del que me hacía sentir como una reina, a pesar de sus torpezas, o precisamente por ellas. Nada que ver con la energía de Emilio, que terminaba por excitarme, o con la dulzura de Louis, o con la mundanidad de Richard. Mi relación con Ángel era más bien como enseñarle a un ciego los primeros pasos del Braille en el alfabeto de mi cuerpo. A veces, me parecía mentira que estuviera casado, porque demostraba tal desconocimiento sobre la respuesta de los puntos anatómicos de la mujer y del hombre, que daba la impresión de que hasta encontrarse conmigo había hecho voto de castidad. Una vez, tras concluir uno de esos encuentros amorosos, me puse a pensar y, sin querer, debí de esbozar una sonrisa, porque me preguntó de qué me sonreía. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no ruborizarme porque estaba pensando que me había encontrado con Julia, o había llegado de viaje, y le había puesto al corriente de la relación que tenía y de sus particularidades, y Julia me comentaba que, claro, en casa del herrero cuchillo de palo, y que era una lástima que la madre de Ángel no le hubiera puesto más al corriente.

Hacía tanto tiempo que no sabía de Julia que la utilizaba muchas veces en mis reflexiones, con el mismo sentido utilitario con el que los ventrílocuos utilizan a sus muñecos para poder decir a través de ellos lo que su timidez les impediría decir por sí mismos. En verdad, puede que estuviera dando los primeros pasos por una esquizofrenia leve que todavía funcionaba en los suaves terrenos de la mera especulación mental.

Pero hubo más esquizofrenia. Lo noté el día en que estando con Ángel en su casa, y sintiendo deseos de ser al menos coprotagonista del acontecimiento, intenté poner en funcionamiento los estímulos que la imaginación nos presta para ver si yo lograba participar de manera tan auténtica como mi compañero. Y debía de andar mal de imaginación, porque como estímulo me envió la proyección del cuerpo de Emilio sobre mí, terrible aparición que terminó por enfriarme y obligarme a cumplir mi papel de mujer práctica y eficaz al que parecía estar condenada.

Me había planteado mal mi vida. En lugar de tener un marido cariñoso, comprensivo, con el que compartía aficiones y cargas sociales, y un amante mucho más joven, inexperimentado en lo intelectual, pero hábil en el dormitorio, lo tenía todo al revés. Con mi marido no me llevaba bien en casi nada, excepto en el sexo, pero mi amante, mayor que yo, experto en las cosas de la vida, intelectual, cariñoso y comprensivo, era un desastre en la cama. Cuando estaba con mi marido hubiera querido que aquella energía contundente que notaba dentro de *mí* perteneciera a mi amante, y cuando estaba con mi amante echaba de menos alguna de las rudezas — necesarias — de mi marido.

He escrito *amante*, pero Ángel no lo era. Realmente, no. Más bien fue mi confidente, mi ayuda, mi apoyo en unos momentos de mucha tensión, casi diría que de mayor desamparo del que yo quería admitir, porque al observar el agotamiento

físico de mi padre, algo dentro de mí me advertía que me iba a quedar irremediadamente sola, que me acercaba a un punto sin retorno en el que ya no habría baranda a la que asirse. Y Ángel fue la baranda a la que me agarré, casi diría que lo utilicé, o nos utilizamos, porque él también necesitaba afirmarse como hombre, sentir la ilusión de que era capaz de seducir: yo se la proporcioné, y no me arrepiento.

Además, la cercanía con la enfermedad, con la enfermedad grave que es la antesala de la muerte, suele producir una intensificación del deseo de vivir. Yo quería por encima de todo salvar a mi padre, pero como no podía porque no estaba en mi mano, procuraba que el camino le resultara lo menos penoso posible. Y por eso le hacía compañía y me había convertido en su oyente máspreciado, aunque su conversación fuera un monólogo que él mismo necesitaba. Y, a la vez, cuando me alejaba del dormitorio que comenzaba a tener ese olor característico de las habitaciones de los enfermos, sentía unos poderosos estímulos para respirar el aire húmedo que llegaba del puerto deportivo, por sentir mis piernas moverse al andar, por apreciar todo lo que es normal y que, cuando pasas mucho tiempo al lado de un enfermo, parecen cosas extraordinarias. Creo que eso también influyó para que aquel sábado, en el que Ángel vino por vez primera a mi casa, mis bragas cayeran con tanta facilidad junto al camión de plástico de mi hijo, porque también eso formaba parte de la vida, es más, algunas veces llegamos a creer que eso es la vida, y cierto o no, sin eso la vida no existiría.

Papá murió una víspera de nochevieja, por la tarde, a la hora del crepúsculo, como si hubiera querido marcharse con el sol. Yo estaba en el cuarto de estar con Alvarito, ayudándole a que discurriera sobre unas frases que debían incluir unas determinadas palabras, y entró mi madre, me miró y asintió con la mirada. Corrí a despedirme, al inútil adiós, porque hacía varias horas que había perdido la consciencia y era un pobre moribundo atiborrado de morfina. Tenía los ojos abiertos y le cerré los párpados con mucho cuidado, como si fuesen alas de mariposa que se pudieran estropear. Ya sabíamos lo que iba a ocurrir, y en el fondo deseábamos que el desenlace se produjera cuanto antes para no prolongar la inutilidad de un sufrimiento estéril o de una inconsciencia baldía. Lo que ocurre es que siempre se trata de un deseo cuyo cumplimiento produce temor, porque ya no hay retorno, ni posibilidad de milagro, ni siquiera resquicio para la rareza estadística.

Mamá entró con un pijama nuevo y Tachi con un barreño lleno de agua templada, una toalla y colonia. Desnudamos a papá, y mamá y Tachi limpiaron su cuerpo. Era un esqueleto cubierto de piel que pesaba unos cuarenta kilos, algo menos de la mitad de su peso normal. Las extremidades eran unos filamentos que acababan en unos pies que parecían desmesuradamente grandes, y lo único hinchado era el vientre, bajo el cual aparecía el sexo como una extravagancia.

No sé quién había templado el agua, si Tachi o mamá, pero me pareció el detalle más revelador sobre la dificultad que tenemos los vivos para enfrentarnos a los

muertos. A papá ya le daba igual que la temperatura del agua estuviera muy fría o muy caliente, y tampoco iba a sentir las asperezas de la toalla sobre la piel, pero mamá frotaba con cuidado, como si se tratara de la piel de un recién nacido a la que pudiera dañar.

Mamá y yo no llorábamos, pero yo notaba la espalda de Tachi convulsa por el intento de sofocar los sollozos. Le pregunté a mamá por qué no lo vestíamos y me confesó que le había dicho hacía un mes que no quería ir con traje al cementerio, que por favor le pusiera un pijama cómodo. Me sorprendió mi madre, tan convencional, que no nos propusiera enfundarlo en uno de sus trajes oscuros y que respetara su última voluntad, tan en contra de las costumbres de Etnacila.

Llamé a Javier y a Emilio, que acudieron enseguida, pasaron rápidamente por el dormitorio, y nada más salir comenzaron a ocuparse de los detalles burocráticos a golpe de teléfono, y traté de comentarle a Alvarito lo que nos había sucedido.

Luego me fui a la que había sido mi habitación hasta que me casé, y que todavía era una mezcla de cuarto de niña y de mujer, con detalles infantiles por las paredes, como la estantería con las muñecas. Cerré la puerta por dentro y me eché boca abajo sobre la cama y empecé a decirle adiós a todos mis padres: al vigoroso papá que me llevaba sobre sus hombros fuertes para que viera mejor los fuegos artificiales de las fiestas de Aljarafe, al caballero elegante que bailaba con mamá en el Gran Casino y me sacó a mí a bailar el día de la puesta de largo, al hombre que me dio el brazo y me condujo hasta el altar donde me esperaba Emilio, al obsesionado negociante de la *gran operación* que con tanta habilidad había sabido ganarse las simpatías del alcalde... Y también le dije adiós al enfermo mentiroso, al que nos quería engañar, y planeaba un viaje hasta Viena que ya nunca haríamos, nunca, y la palabra *nunca* era una cuchilla que me partía el alma, tan terrible y tan definitiva. Mi papá ya no estaba en la habitación donde se encontraba su cadáver, mi papá, todos mis papás, estaban conmigo para siempre en mi recuerdo, pero ya no volvería a contarme la aventura del bisabuelo, ni oíría su «Clara», mi nombre, que pronunciado por él olía a tabaco y a protección, a cariño y a padre. «Papá, papá», musité dos veces, y las bilabiales se pegaron a mi boca y enviaron un beso imposible.

Por el tanatorio no pasó ninguna de las personalidades que hacía unos pocos años hubieran sido habituales. Ni el gobernador civil, ni el alcalde, ni el presidente del Casino. Por no ir ni siquiera acudió Puig, ni, por supuesto, el arquitecto municipal. Lo que me sorprendió fue la presencia de mucha gente vagamente conocida a la que no situaba y que saludaban con mucho respeto a Javier y con menos deferencia a mi marido. Le pregunté a Javier quiénes eran y me explicó que se trataba de antiguos operarios de la fábrica, hombres y mujeres que habían estado trabajando allí hasta su cierre.

Javier, Emilio y Antonio se quedaron toda la noche a velar el cadáver. Mamá y yo nos marchamos a descansar a casa. No hablamos nada en el interior del taxi, ni cambiamos ninguna impresión antes de acostarnos. Tachi nos dijo que el niño dormía

y yo entré a mirarlo, no me atreví a darle un beso, por no se qué extraña superstición, y caí rendida en mi cama de soltera, y me dormí enseguida, precipitándome en un pozo negro que me engullía sin urgencias.

Aunque la tradición establecía que las mujeres no iban al cementerio, yo quise ir, y presidir el duelo junto a mis hermanos. Volví a comprobar que no acudía ninguno de los que durante muchos años habían sido huéspedes de la generosidad de papá o beneficiarios de sus relaciones y su influencia. La burguesía etnacilense era inexorable, y de la misma forma que organizaban sutiles maniobras para ser invitados a las bodas de los personajes de mayor poder o se arracimaba para dar el pésame ante las familias que lo conservaban, con el mismo entusiasmo se ausentaba de los actos funerarios que no constituían acontecimientos sociales, ni punto de encuentro con los personajes del momento.

Acabados los trámites funcionales, donde la apertura de colanillas del panteón, y la colocación del ataúd, y el esfuerzo de los enterradores, parecía más relacionado con las tareas rutinarias de la colocación de la mercancía en un almacén que con una ceremonia de despedida postrera, nos pusimos en fila los tres hermanos, seguidos de Emilio y de la esposa de Javier, y recibimos el saludo de tres docenas escasas de personas, entre las que se contaban muchos miembros de la familia Olaya.

Algunos de ellos vinieron después a casa, y organizamos un improvisado desayuno entre los presentes, hasta que, pasado un rato prudencial, el más decidido recordó un compromiso ineludible que le obligaba a despedirse e, inmediatamente, como si de repente se hubieran acordado de sus obligaciones urgentes, comenzaron a desfilar; de alguna forma, era cierto que todos tenían cosas que hacer, porque estábamos en el último día del año, y debían preparar los festejos de la nochevieja.

Javier dijo que teníamos que reunirnos para hablar de la herencia, y a mí me pareció extemporáneo, o al menos inoportuno, y entonces Antonio replicó que entraba de guardia por la noche y debía regresar a Valencia. No sé por qué, pero me pareció una huida y se lo comenté a Javier, quien me hizo una seña y me llevó a mi antigua habitación.

—Antonio es muy discreto y no creo que tenga guardia —comentó Javier—. Pero lo comprendo. Lo tenemos que comprender.

—No creo que tenga ningún motivo —intenté rectificar.

—Bueno... —inició Javier con vacilación—. Dada la situación de tía Dori, tengo la impresión de que Antonio no quiere presenciar posibles reacciones de mamá.

—No te entiendo, Javier. Eso ya está superado. Antonio es nuestro hermano.

—Sí, sí, pero no sabemos qué ha dispuesto papá en el testamento con respecto a tía Dori.

—Da lo mismo. No tenía un duro. Lo tiene todo mamá.

—No todo. Hay unas acciones liberadas de una antigua empresa con los Puig, y esa empresa, a su vez, tiene participaciones en otras empresas. Yo le aconsejé que no lo liquidara y, aunque no estoy muy al corriente, me consta que puede suponer una

importante cantidad de dinero.

—De cualquier manera —insistí—, tía Dori poco puede esperar. El grado de parentesco con papá es el de cuñada. Y, aunque no fuera ni siquiera eso, nos vamos a ocupar de ella.

—Es que es algo más, Clara. Tía Dori es la madre de Antonio...

—Ya lo sé, Javier.

—Y el padre de Antonio es... bueno, era papá.

Me quedé mirándole fijamente, con la esperanza de que se tratara de una broma macabra que no acaba de comprender, pero enseguida me percaté de que decía la verdad.

—Tía Dori y papá... —murmuré en voz alta, no porque no lo hubiera entendido, sino porque me parecía que necesitaba repetírmelo varias veces para hacerme a la idea.

—Sí. Tía Dori y papá —repitió Javier con aire de sentencia.

# Capítulo décimo

**C**OMO SI UNOS MESES ANTES PAPÁ HUBIESE INTUIDO el estupor que me produjo la revelación de Javier, unos días después el notario me hizo entrega de un abultado sobre, ante la suspicaz mirada de mamá.

En el interior no había dinero, ni acciones, sino varias páginas manuscritas con su letra grande y generosa. La carta parecía que había sido escrita en varias etapas, porque había fragmentos donde se percibía la letra diferente, las líneas más inclinadas hacia arriba, o más inclinadas hacia abajo, seguramente reflejando los sucesivos estados de ánimo que siguieron tras la primera operación, cuando llegamos a creer que se había superado el peligro. La carta decía así:

*Clara, mi querida hija:*

*Acaba de marcharse Javier, y creo que te debo disculpas por no haberte hecho partícipe, como a tu hermano y a tu hermanastro, de las engorrosas circunstancias en las que se ha desarrollado nuestra familia, casi siempre por mi culpa.*

*Es muy posible que no quisiera abordar el espinoso asunto contigo por mi cobardía a no encontrar la comprensión que en estos desórdenes sueles encontrar en el género masculino. Creo que las mujeres sois más rigurosas, o más disciplinadas, o puede que no sintáis las necesidades que nos acucian a los hombres y a las que nos sometemos, muchas veces sin evaluar las consecuencias que puedan tener.*

*Un día, volviendo de visitar a tía Dori, me preguntaste por lo del embarazo de Julia, y aunque procuré no darme por aludido, no podía dejar de observar que me planteabas un hecho tan remoto precisamente después de tu viaje a Los Angeles, y que no cabía duda de que Julia te había contado la verdad. Y si no lo hizo, te la voy a contar yo.*

*Unas cuantas veces acudí a un chalet donde unas mujeres que habitualmente no se dedicaban a la prostitución, se prestaban a ser prostitutas por unas horas, lo que provocaba un morbo especial en la clientela. Yo había oído hablar de ese chalet a casi todos los hombres que entonces constituían el círculo de mis amistades, y concluí por*



acudir, como lo había hecho, incluso, el padre de Líela, siendo alcalde de la ciudad.

*Y estuvo mal, sí, pero debo decirte en mi descargo que tu madre —y te ruego que esta carta no sea leída por ella— es la esposa ideal. Es culta, elegante, sabe manejar las relaciones sociales de una manera casi profesional, sabe cómo llevar una casa y cómo educar a unos hijos, pero como nadie es perfecto, no es precisamente una hetaira en la cama. Con el tiempo eso no tiene ninguna importancia, pero en aquella época yo me sentía joven y vigoroso, y actuaba con la misma falta de escrúpulos que el resto de mis amigos.*

*Un día acudí al chalet, tras concertar una cita, y aunque a veces había chicas muy jovencitas, nunca esperé encontrarme con alguien tan joven como Julia. Te aseguro que el encuentro me produjo una terrible impresión, y no por el miedo a que Julia te lo pudiera contar, o que lo pudiera contar al resto de tus amigas. No pensé en ello. Lo que sí pensé fue que de la misma manera que había aparecido Julia podías haber aparecido tú, y la suposición de que algunos de mis amigos pudieran hacer con mi hija lo mismo que lo que yo me disponía a obrar, me sacudió por dentro y me indujo a interrogar a tu amiga sobre las causas que la habían llevado hasta allí. Le pagué el viaje a Londres a ella y aun acompañante, que temí que fueras tú, no porque fuese muy caritativo ni bondadoso, sino porque me pareció una manera de conjurar que algo así pudiera sucederte a ti, y también como una especie de penitencia aplicada a mí mismo, porque desde aquel día te juro que no volví al chalet.*

*Julia me pareció muy inteligente al no llevarte, y demostró una gran elegancia contigo al no contarte nada. Si lo hizo posteriormente no me importa. Tenía derecho a ello, y yo me lo merecía.*

*Respecto a lo que hemos hablado con Javier sobre tu ignorancia en lo concerniente a lo que sucedió con tía Dori, el único culpable soy yo, tan culpable como de haber creado una situación familiar llena de tensiones y de asperezas. En este proceso no sé quién se ha portado con más gallardía, si Dori o mamá, ni cuál de las dos ha tenido que soportar mayores desgarros, ni a quién habría que otorgarle más méritos.*

*Lo que ocurrió fue culpa mía, exclusivamente mía. Tu madre me dijo que Dori, a pesar de que su inteligencia no es muy allá, podía ayudarme en la oficina de la fábrica, a la vez que la entretenía en algo, porque, incapaz de terminar los estudios, para tu madre era un engorro tenerla todo el día alrededor de ella.*

*A veces la naturaleza gasta malas pasadas y produce*

asociaciones explosivas. Con Dori había sido avarienta en lo que se refería al cerebro, pero se había volcado con gran generosidad en lo que al cuerpo se refiere. Si contemplas fotografías de ella de tiempo atrás observarás que no sólo era una mujer guapa, sino una mujer exuberante.

Con aquella exuberancia compartía muchas horas y no te puedo explicar cómo empezaron las cosas, pero me imagino que a la vuelta de una de esas comidas donde se bebe con generosidad y terminan muy tarde, de vuelta a la fábrica, intentando recuperar el tiempo que seguramente me había pasado charlando y bebiendo, me quedé algún día más tarde de lo normal, cuando el resto de los empleados ya se había marchado, y que debido a los efluvios alcohólicos me permitiera alguna familiaridad de esas que están en la zona neutra entre el afecto y la lascivia. No lo sé. Lo que sí recuerdo es que Lori jamás se quejó por ello, que las atenciones y las caricias fueron a más, sin que ella mostrara rechazo, como si aquello formara parte del orden natural de las cosas, y que una noche, enardecido y fuera de control, comenzamos una relación que se prolongó durante varios meses.

Me porté mal, lo sé. Cometí una terrible equivocación, imperdonable. Pero te aseguro que en aquella etapa la habitual indiferencia de tu madre por esos asuntos del matrimonio me parecía que era excusa suficiente para llevar a cabo lo que nunca me debí permitir.

El resto, te lo puedes imaginar. Lori no consideró ninguna anomalía que se le retirara la regla; en realidad a Lori todo le parecía bien, y cuando nos dimos cuenta nos encontramos ante un embarazo demasiado avanzado para adoptar cualquier otra solución.

Yo me callé como un cobarde. Pero cuando mamá se fue con Lori a Madrid, vino con Antonio y con la certeza de quién era el padre.

Las consecuencias las has vivido. La culpa de que vuestras vidas, todas las de vosotros, la de Lori y la de mamá, no fueran más felices se debe a mi torpeza y a mi aturdimiento. Te escribo estas líneas no para que me comprendas, o para que me disculpes, o para justificarme. Lo hago solicitando tu perdón. Sé que esto que tengo no me va a dejar vivir mucho tiempo. Y quiero morirme sabiendo que, al menos, no me vas a odiar por lo pasado.

Gracias, Clara. Un beso desde ese lugar al que espero que tardes mucho en llegar,

Papá.

La carta no me turbó excesivamente, ni cambió mi opinión sobre papá. Hacía tiempo que había visto con claridad que las personas cambiamos a lo largo de las diferentes etapas de la vida, y yo misma, que hasta no hacía mucho me parecía que me encontraba dentro de la ortodoxa castidad que se exige a una mujer casada de Etnacila, había tomado decisiones que un par de años antes me hubieran parecido impensables.

Lo que sí sirvió es para darme cuenta de que la vida no había sido fácil para ninguno de los adultos que componía nuestra familia cuando Javier, Antonio y yo estábamos en la niñez. Y que si era elogiada la generosidad de mamá, tanto con su marido como con su hermana (¿y adónde podía haber ido tía Dori con un bebé?), tampoco resultaba envidiable la existencia de tía Dori, siempre bajo sospecha, tratada como una rijosa peligrosa que podía quedarse embarazada en cuanto saliese a la calle sin compañía, infantilizando todavía más su carácter, amén del suplicio tantálico de estar conviviendo con su hijo sin poder llamarlo así, es más, expuesta a provocar el enfado de mamá, desencadenando aquellas escenas que a todos se nos quedaron grabadas, aunque no supiéramos entonces cuál era su significado.

Ahora entendía la frialdad de mis padres a los que jamás contemplé abrazarse o darse un beso. Es cierto que los Olaya eran comedidos en la demostración de las emociones, y que consideraban una vulgaridad tanto reírse demasiado fuerte como llorar descontroladamente, pero no recuerdo ocasión en la que se traspasaran los límites de la corrección más victoriana.

Tengo la impresión de que mamá sólo perdonó a papá la tarde en que entró con un pijama limpio para efectuar el último aseo de su marido. Y si para ella el perdón no había sido fácil, tampoco dejó de ser severa la pena impuesta a tía Dori, pena que no dictó ningún tribunal, ni se hizo pública a través de ningún medio, pero que se cumplió con rigor, algo peor que una cárcel, porque en una cárcel todavía se puede esperar un permiso o la libertad condicional. De ahí que cuando íbamos a visitarla al frenopático tuviéramos la ocasión de percibir momentos de felicidad, instantes en los que parecía mucho más libre que cuando vivía en casa, desde luego más emancipada espiritualmente que cuando robaba muñecas de las papeleras y tachos de basura para esconderlas en su armario, síntoma que no quisimos ver, o que si mamá percibió pensó que sería más cómodo aguardar a que se desvaneciera por sí solo.

Desaparecido papá descubrí que tenía mucho más tiempo para estudiar. Por respeto debido al luto, y porque Ángel no era ningún salvaje, en las semanas que siguieron a la muerte de papá no recibí ninguna petición para dar la clase matinal en la casa vacía de mi profesor. De una manera inconsciente aproveché ese paréntesis para volver a tener un trato más académico y menos familiar. Mi ánimo no precisaba ya de largas conversaciones, ni de la opinión de mi profesor, ni de ninguna otra ayuda. Había llegado la muerte con sus descarnadas consecuencias y su cortejo inapelable y había barrido mis vacilaciones y mis desequilibrios. Estaba triste, claro, pero no tenía miedo. Antes bien, una parte de mí me estimulaba para que mirara el

futuro, y el futuro era presentarme a las asignaturas que me quedaban para licenciarme, aprobar y buscar algún trabajo mientras preparaba unas oposiciones.

Intenté a través de esta situación acercarme algo más a mi madre, pero se había quedado absorta. En realidad se había quedado sin referencias. No estaba mi padre para hacerle sentir con una mirada una culpabilidad de años; hacía tiempo que Antonio, con el que se esforzó en que no se produjeran distinciones de trato, se había ausentado. Y tía Dori, clásico frontón en el que rebotar cualquier intemperancia o incomodidad, tampoco estaba en la casa.

Yo misma notaba ese cambio. Aquella casa de risas y peleas, de reconvenciones a los más pequeños y búsquedas de refugio, aquel lugar de conspiraciones en los estadios sucesivos y siempre algo barrocos de la *gran operación*, se había transformado en un lugar silente por el que pasaba la sombra de Tachi, en idas y venidas que se me antojaban innecesarias, y en el que encontraba a mamá, sentada en la mesa camilla, junto al ventanal, mirando la avenida de España sin verla, como tampoco veía los mástiles de los barcos en su danza cansina y perezosa.

Ni siquiera la llegada de Alvarito lograba romper el aspecto monacal que había adquirido la casa, y aun cuando en los primeros minutos mamá se esforzaba y sonreía al verlo, enseguida se recluía en sí misma, por lo que comencé a espaciar las visitas, y, tras recoger a Alvarito, me iba a mi casa.

Fueron los años en que más separadas estuvimos Julia y yo. Mis pequeños propósitos, mis pequeños objetivos, mis mediocres triunfos se fueron sucediendo y me licencié, impartí clases particulares de griego y latín, generalmente alumnos retrasados de Ángel que se ponían en contacto conmigo a través de él, mientras preparaba las oposiciones, que aprobé tres años más tarde.

Mis exámenes no fueron muy brillantes, pero obtuve plaza en un instituto que estaba a cerca de cien kilómetros de Etnacila. Pude arreglar los horarios de las clases de tal manera que impartía las de toda la semana entre miércoles, jueves y viernes. Salía de Etnacila, con un Peugeot que me regaló mamá, los martes; dormía en una pensión que me había buscado, y pernoctaba allí mismo, los miércoles y los jueves. El viernes, después de la última clase, regresaba y volvía a ser un ama de casa convencional. Los tediosos problemas domésticos se solucionaron con la ayuda de una chica filipina que contratamos interna, con lo que entre su sueldo, lo que abonaba por la pensión, la gasolina y mis gastos de comer fuera durante tres días a la semana, se puede decir que se llevaban mi sueldo de flamante profesora, pero me sentía libre, y me gustaba dar clases. Al menos me gustó al principio, antes de que el ambiente se deteriorara y las aulas comenzaran a parecerse a una barriada sin ley.

Alguna vez, cada tres o cuatro meses, me encontraba con Ángel en la calle, y entrábamos en cualquier sitio a tomar un café, pero enseguida nos dimos cuenta de que nos sentíamos algo incómodos, no por la intimidad que habíamos tenido, sino porque yo ya no estaba deslumbrada y manteníamos ese tipo de conversaciones sociales sobre el tiempo y los acontecimientos generales que indican el esfuerzo por

ser amable a la vez que denuncian el desinterés mutuo.

Si a los dieciocho o veinte años me hubieran explicado que se podían tener relaciones íntimas con un hombre y, al cabo de unos meses, sentir por él ese afecto lejano que suscita cualquier persona con la que te relacionas de manera habitual, un camarero, un compañero de trabajo con el cual no tienes especial trato, un lejano familiar al que ves muy de tarde en tarde, me hubiera parecido una monstruosidad inconcebible.

A veces, surgía un comentario agudo, una leve mordacidad que me recordaban al Ángel de otros tiempos, pero él tampoco se esforzaba demasiado y también se le veía con deseos de escapar, no fuera que apareciese alguna palabra que pudiera suscitar mi suspicacia o que pudiera asociarse a las clases en su casa, me refiero a clases en que las lecciones las di yo.

Con Emilio se había establecido una especie de pacto que cumplía con una mansedumbre que me extrañaba. Si antes, cuando bebía, lo hacía porque se sentía un perdedor, ahora que había dejado el alcohol y que su empleo no tenía síntomas de prosperar, había tomado el aspecto amorfo de un derrotado. Sólo le lograba sacar de su abulia Alvarito, al que se llevaba al estadio de fútbol los domingos que al equipo de Etnacila le tocaba disputar el encuentro en su campo, y del que volvían cariacontecidos o entusiasmados según hubieran presenciado una victoria o una derrota.

Llevábamos una vida vulgar, pero no la recuerdo con pesadumbre. Me gustaba mi trabajo, tenía tiempo para estar cerca de mi hijo, al que observé pasar de la pubertad a la adolescencia como si la metamorfosis se hubiera producido a cámara lenta, y gozaba de una cierta estabilidad.

Había un profesor de matemáticas que me invitó a cenar un par de veces, en uno de esos días en los que dormía fuera, y que luego había querido intimar conmigo, intento que me halagó en el fondo, pero del que salí educadamente. No era una devoradora de hombre, mi experiencia pedagógica había sido suficiente con Ángel, y mis relaciones con Emilio se mantenían en un aceptable grado de honestidad y compromiso, aunque alguna vez en el dormitorio, mientras cumplía, debo decir que sin pereza, con mis deberes conyugales, me desmotivara y me vinieran ese tipo de pensamientos funcionales que no son los más adecuados para una señora en semejante trance.

Estaba tan embebida en mis tareas, tan entregada a la evolución de Alvarito — que ya me había rogado que no le llamara así delante de sus amigos, y le tenía que decir Álvaro— que la caída del muro de Berlín me pilló con la incómoda sensación de que por mi descuido estaba viviendo en otro planeta.

Me consideraba una mujer culta, lanzaba una ojeada a los periódicos en la sala de profesores, leía los domingos un ejemplar con mayor detenimiento, y en las idas y venidas desde Etnacila a mi destino profesional escuchaba los noticiarios, quiero decir que no me podía pillar por sorpresa y, sin embargo, aquel acontecimiento me

suscitó la incómoda sensación de que estaba desperdiciando mi tiempo, de que no lo sabía aprovechar, quién sabe si no me encontraba derrochando los mejores años de mi vida. A los alemanes les cambió la suya, pero para mí fue un aldabonazo que derribó el andamiaje sobre el que se aposentaba mi existencia y comencé a hacerme preguntas, ese tipo de preguntas que ni siquiera lo son, casi apuntes íntimos que tienen que ver con la sencilla realidad de que había dejado ya atrás la edad de Cristo, y eso siempre produce inquietud. A esa inquietud de carácter personal se había sumado un golpe histórico, porque aunque las personas siempre estamos propicias a calificar los acontecimientos como históricos e irrepetibles, no cabe duda de que el derrumbe del comunismo lo fue, derrumbe en lo metafórico y en su sentido más literal, puesto que el muro se destruyó o fue destruido con un entusiasmo asolador.

Fue al año siguiente, o al otro, cuando a Julia la seleccionaron como mejor actriz de reparto, candidata al Oscar, por su intervención en *Et cielo está muy lejos*, una película protagonizada por Meryl Streep, y en la que Julia hacía un papel episódico, pero de bastante envergadura. En un matrimonio burgués, aparentemente tranquilo y sin problemas, aparece la hermana de la esposa, que es una persona bohemia, que ha estado sometida a un tratamiento de desintoxicación y cuyas costumbres alteran a la pareja, hasta el punto de que sirve de catarsis para poner en evidencia sus propias contradicciones. Cuando ella se marcha, la vida del matrimonio parece volver a sus antiguos cauces, de la misma manera que tras la tormenta la tierra vuelve a mostrar su faz más apacible. Pero la tormenta ha dejado al descubierto demasiadas cosas que es imposible ignorar y, al cabo de un tiempo, el matrimonio decide divorciarse. Cuando la esposa (Meryl Streep) se marcha en busca de su hermana (Julia Wood) casi con la ansiedad de comenzar una nueva vida, de recuperar el tiempo perdido, se encuentra con que la antigua bohemia se ha rehabilitado y ha construido un matrimonio tan convencional como el que ella ha abandonado.

Hay una escena, antes de que la Streep se marche, no se sabe hacia qué destino, en la que Julia le dice con la convicción de los conversos: «Antes de comprar entradas para el cine asegúrate de qué clase de película quieres ver». La Streep hace un leve gesto, no se sabe si desdeñoso o resignado, entre la aceptación y el acopio de fuerzas para empezar de nuevo, y se mete en un taxi. El taxista le pregunta: «¿Adónde vamos?», y ella dice mirando a su hermana que se ha quedado en la puerta: «De momento, lejos de aquí».

El cine Rialto ya no era el de antes. Lo convirtieron en tres salas, donde proyectan tres películas diferentes, y ha desaparecido el grandioso vestíbulo, el portero con casaca de húsar, los acomodadores de levita roja y la escalera imperial que llevaba a los sillones de club. En una de ellas, con Alvarito, quiero decir con Álvaro, que por entonces debía de tener catorce años, vimos *El cielo está muy lejos*.

A mi hijo le costó reconocer a la que él llamaba *tía Julia*, porque en la película salía caracterizada con una vestimenta extravagante y una peluca de un rubio escandaloso y chillón, y no le gustó la historia demasiado. Ha habido una generación

en la que si no salen naves espaciales o chicas con los pechos al aire o chicos rompiendo cosas, el cine les aburre, y Álvaro se encontraba en esa etapa. A mí sí me gustó, aunque me sucedió algo que me dejó muy confundida y es que veía a Julia actuando, quiero decir que observaba cómo mi amiga trabajaba en una película, pero en muy pocos momentos me creí que esa chica fuese la hermana bohemia de la Streep.

Los periódicos españoles, las revistas, las emisoras de radio y televisión, le dedicaron grandes espacios y parecía que no competía una actriz de nombre artístico Julia Wood, sino que competía su país de origen.

Durante un par de semanas se hacían pronósticos, se comparaba la calidad de las rivales, siempre con ese toque parcial, con esa arbitrariedad con la que los españoles nos apasionamos con lo propio. Intenté hablar con ella por teléfono, pero o bien la diferencia horaria me obligaba a desistir, o bien no se encontraba localizable.

Confieso que me sentí un tanto preterida. Es cierto que desde que se había marchado a Estados Unidos pasábamos largos períodos de tiempo sin hablarnos, sin escribirnos, como si estuviéramos cada una en un planeta diferente. Pero en los grandes acontecimientos nos poníamos en contacto y éste era un gran acontecimiento. Más aún, las gentes de Etnacila que conocían nuestra amistad me preguntaban sobre Julia como si yo hablara con ella todos los días, e incluso me llamaron de una emisora de radio para pedirme un perfil de su carácter, cosa a la que me negué.

En ocasiones percibí por dentro un cierto resquemor, víctima de lo que llegué a considerar un desaire, y que amenazaba con malquistar nuestra amistad, pero lo intentaba neutralizar racionalizando los compromisos, la propia dificultad que yo misma tenía por los horarios tan dispares. Y me tranquilizaba... por unas horas o por un día, porque bastaba con que cualquiera me preguntase qué tal estaba Julia o qué me había contado para volver a sentirme desdeñada.

Entonces no se retransmitía la ceremonia por televisión, pero hacían programas especiales en algunas emisoras de radio. Me fui a la cama con el transistor y un auricular para no despertar a Emilio y estuve despierta hasta muy tarde, escuchando premios de vestuario, de maquillaje, de efectos especiales, de montaje, de iluminación... y me quedé un rato traspuesta.

Cuando me desperté, escuché al locutor anunciar que se dilucidaba el mejor director, o sea que me había perdido el fragmento dedicado a Julia, porque obviamente era un premio que habían otorgado mucho antes.

Me levanté de la cama y me fui hasta la cocina enfadada conmigo misma. Me pareció que había traicionado a Julia. Recordaba una clase de religión en la que la profesora nos hablaba de que los apóstoles se habían quedado dormidos mientras Jesucristo oraba en el huerto, y el hincapié que había hecho en la necesidad de estar vigilantes para casi todo, para obtener un trabajo, para conservar la virtud, para mantener el amor de la familia que fundáramos. A la salida, Julia me había dicho lo que entonces me pareció casi una blasfemia, y fue que los apóstoles se habían

dormido porque se habían pasado de vino en la Última Cena, y se habían amodorrado. «A mi padre le suele pasar en nochebuena», añadió para evitar que yo me escandalizara demasiado, intentado disminuir la intensidad de la irreverencia. Claro que mayor irreverencia era comparar a Julia con Cristo y a mí con uno de sus apóstoles, pero ese estadio del ensueño, en la difusa frontera entre el sopor y la consciencia, es propenso a este tipo de asociaciones disparatadas.

A la mañana siguiente, me enteré de que se le había escapado el Oscar. Y lo sentí. Sabía lo que había luchado, las hamburguesas que había vendido, los paquetes de pollo frito que había envuelto y el entusiasmo que habría puesto en aquella nominación, porque aunque su desconfianza natural le avisaba de no poner demasiadas ilusiones en las cosas que no dependían de ella, también era cierto que la atmósfera habría arrumbado todas sus precauciones y que se habría tenido que tragar las lágrimas hacia dentro y sonreír, porque sabía que en esos segundos, esos segundos en los que América la estaba viendo, tenía que demostrar la elegancia que todo el mundo exige a los perdedores, como si los triunfadores, encima, tuvieran bula para ser descomedidos y faltos de etiqueta.

Recibí noticias de ella un par de meses después. Dijo que venía a rodar a España y que se pasaría por Etnacila. Debía hallarse tensa o incómoda, porque no preguntó por Álvaro.

Tampoco me proporcionó ocasión de comprobar su humor, porque al final no vino. Me enteré por la radio o por el periódico de que había regresado a los Estados Unidos, y un par de meses después me llamó con un tono de desgana que me era familiar, justificando la imposibilidad de haberse desplazado hasta Etnacila, con esa cadencia de relaciones públicas que intenta contentar con afectos mecánicos a todo el mundo.

Pasó bastante tiempo hasta que nos volvimos a encontrar. Tanto que Alvarito, perdón, Álvaro, ya estaba en la universidad, y yo me había trasladado con él a un apartamento de playa de San Pedro, y había pedido la excedencia, debido a un altercado en el que nos encerraron a dos profesoras en un aula, y nos tiraron un cóctel molotov por una ventana. En unos pocos años el ambiente educativo se había deteriorado y estaba harta de encontrarme con padres y madres de alumnos que pedían una entrevista no para conocer cuáles eran los problemas de sus hijos con la asignatura, sino para pedirme explicaciones sobre las causas por las que los había suspendido. Al principio, me mostraba solícita y sonriente —yo también era madre de alumno—, pero terminé por poner cara de palo y explicar con laconismo que no estudiaban y no acudían a clase. Como si lo escueto de la explicación les espoleara a buscar culpables, había algunos progenitores que se lamentaban de pertenecer a un estrato de economía modesta, como si la vagancia y los malos estudiantes fueran fruto de una conspiración capitalista, o me acusaban de no saber estimular suficientemente a los alumnos. A uno de ellos le contesté que no entraba en mis planes explicar griego bailando la danza del vientre, y se quejó al director. El director



me abrió expediente y, a los pocos días, después de repartir las evaluaciones, tuvo lugar el incidente del encierro y el cóctel molotov. Coincidieron estos acontecimientos con que había empezado a ayudarle a Ángel en unas traducciones y en la preparación de unos formularios de didáctica destinados a profesores para una editorial especializada. Esperé a que el expediente se cerrara, solicité la excedencia, volví a impartir clases particulares en las que había cierta seguridad de que no me encerrarán en una habitación y arrojarán a su interior una botella de cerveza llena de gasolina, y, como un pequeño cambio suele afectar al resto de nuestra estructura pensante, le planteé a Emilio la posibilidad de una separación amistosa. Lo hice con malicia porque me había enterado de sus salidas con una de las secretarias de la asociación, y ya lanzada por el tobogán de las transformaciones, con parte del dinero que me había correspondido de la herencia de papá, me marché a Madrid y me operé los pechos, es decir, disminuí su volumen. Cuando lo empecé a sopesar me pareció una locura. Había tantas mujeres mutiladas por el cáncer de mama, que acudir al quirófano para algo que no era de imperiosa necesidad podía parecer un disparate. Pero había cumplido cuarenta y cinco años, me libraba de los comentarios de Emilio, porque la separación preservaba mi intimidad o, más bien, la conquistaba por vez primera, y quería sentirme libre en todos los aspectos.

De lo único que me arrepentí fue de no haber tenido el coraje suficiente para haberme decidido mucho antes, y me pude comprar jerséis ajustados y blusas entalladas, y corpiños de los que llevaba cualquier mujer normal, sin encogerme hacia atrás, y sin sentirme objeto de valoración, esa molesta sensación de saber que hay alguien cerca de ti calculando qué sucederá al retirar el andamio del sujetador.

Podía decirse que estaba viviendo una madurez confortable y sin problemas. Había signos evidentes, pequeñas alarmas, indicadores neutros que hacían referencias al tiempo. Por ejemplo, cuando tu hijo te presentaba a una amiga, que sabías que era algo más que una amiga. O cuando comenzabas a recibir invitaciones de viejas conocidas, donde te indicaban que alguna de sus hijas se iba a casar. O ese sutil paso donde alguno de los amigos de tu hijo, que tutearían incluso al Rey si se les pusiera por delante, te comenzaba a llamar de usted.

Pero esos pasos tan lentos, tan paulatinos, se daban cuando yo me había librado de tantos temores que los recibía con serenidad, los anotaba en la mente, y los dejaba reposar al baño maría del calendario, que tiene la temperatura adecuada a cada momento.

Había ocasiones, es cierto, en que me sentía sola. Notaba la necesidad de una compañía... Iba a escribir *masculina*, pero ni siquiera eso, porque lo que echaba en falta era la compañía de personas adultas que no fueran mi hijo, al que le interesaba lo que yo opinara poco más que a Emilio, o Tachi, o mi madre, que todavía me hacía recomendaciones como si yo tuviera trece años y fuera a las teresianas, «ten cuidado», «esa falda que llevas es muy corta», «te vas a enfriar con esos escotes», «nunca me han parecido elegantes los estampados», y un día que le dije que había

quedado con Nela y otras amigas para cenar: «A ver a qué hora vuelves». A lo que le respondí que no iba a enterarse, porque dormía en otra casa, y ni siquiera comprendió la ironía, porque me observó como si estuviera preocupada ante mi evidente falta de lógica.

Antonio se había trasladado a Madrid y me había presentado a tres o cuatro chicas clónicas, todas rubias, todas espectaculares, en contra de lo que podía presumirse de su figura menuda —era más bajo que Javier— y de su aspecto circunspecto. Como no me acordaba de sus nombres, las llamaba para mí *las Antonias*, y eso me servía de referencia.

De los tres hermanos, el que llevaba una vida más convencional era Javier, que seguía casado con la chica que hablaba de bolsos, lo que me hacía sospechar que tal vez la manera de conservar un matrimonio era preocuparse más de la moda y hacerse menos preguntas existenciales. La chica de los bolsos, tras unos años estériles, le había dado a Javier tres hijos, un par de ellos gemelos, después de haberse sometido a un tratamiento de fertilidad en una clínica de Barcelona. Yo creía que adoraba a los niños hasta que los gemelos crecieron y comenzaron a venir a mi casa, cuando todavía vivía con Emilio, y comprobé que el solo anuncio de la visita de mi hermano acompañado de sus hijos me obligaba a un frenético cambio de decoración, donde procuraba que no existiera porcelana, bibelot, cristal, figurita de cerámica o cualquier material susceptible de quebrarse, cerca de las asoladoras manos de mis sobrinos. Es más, llegué a pensar que a mi cuñada, en la clínica de Barcelona, la habían sometido a una inseminación artificial para hacer una prueba, había resultado positiva y le habían dejado los cigotos fecundados, y seguro que el padre no era Javier, porque nadie de la familia había salido con el afán destructor de aquellos dos niños.

Era lo más épico que recuerdo de aquellos días. Y, en medio de esa tranquilidad provinciana, del sosiego del charco que sueña que es un lago, apareció Julia Wood, más Wood que nunca.

Había cambiado. Las gafas oscuras eran más caras y de mejor diseño, menos espectaculares que las que traía en los primeros viajes. Y, cuando se las quitó en casa —le obligué a que anulara la reserva que había hecho en el hotel—, me pareció que la mirada era más dura y la sonrisa más cansada, y un aire de fatiga elegante, de desencanto en alguien que todavía está al acecho, pero que calibra la posibilidad de emprender la retirada. No me equivoqué mucho, porque tras unas cuantas naderías, y pasados esos primeros momentos que a pesar de la amistad parecían estar influidos de un ritual protocolario, me anunció:

—Me divorcio de Richard.

—¿Lo sabe él?

No se trataba de una pregunta retórica, porque Julia era capaz de haber tomado la decisión durante el vuelo.

—En realidad, sólo faltan unos detalles para que los abogados lleguen a un acuerdo. Tiro la toalla y me vengo a vivir a España.

—¿Te quedas aquí? —le pregunté con ilusionada ingenuidad.

—¿En Etnacila, te refieres? No. Me ahogaría a las dos semanas. En esta ciudad para que te traten bien tienes que vivir fuera. He estado mirando unas casas en Madrid, pero soy friolera. Es posible que me vaya a Marbella, aunque me han dicho que se está llenando de horteras.

—¿Qué tal está Richard?

—Supongo que bien. Nos hemos visto un par de veces en los respectivos despachos de los abogados, y no parece que esté mal.

—¿Y tú?

—Ligeramente jodida, por un lado, y contenta, porque le voy a sacar un puñado de dólares que creo que me merezco.

—Oye, que yo no soy una periodista.

Me miró sonriendo de verdad por vez primera y me comentó que tenía razón, pero que la respuesta era correcta. Lo había pasado mal, había intentado salvar el matrimonio, pero había fracasado, «Te juro, Clara, que me he portado de la manera más leal que una mujer se ha portado con un hombre, y que he hecho todo lo posible, todo». Y narró sus esfuerzos por ayudarle en su trabajo, por mostrarse encantadora en las relaciones sociales que todo productor, aunque fuera modesto, debe mantener; el descuido de su propia carrera y el rechazo de oportunidades evidentes, porque él la reclamaba, sobre todo en Nueva York.

—No me gusta Nueva York. Es una ciudad hecha para solteros, mientras que Los Angeles ni siquiera es una ciudad, sino un conjunto de urbanizaciones para parejas. Odio el frío húmedo de Nueva York, sus puñeteros teatros alternativos, sus sofisticados intelectuales vestidos siempre con chaquetas con coderas, y sus insoportables mujeres, que parece que tienen problemas para entrar al cuarto de baño. No me gusta el sofocante calor de los veranos, ni los hombres de Manhattan con un *attaché* en una mano y un perrito caliente en la otra, y, sobre todo, odio las navidades de Nueva York, cuando la ciudad parece un pavo real que se hincha de soberbia y quiere demostrar con los vatios de millones de bombillas encendidas que es New York, New York, la ciudad tópica de la canción de Sinatra. Teníamos una casa magnífica en California, pero creo que he estado la mayor parte de mi vida matrimonial en la ciudad que menos me gusta del mundo.

Luego, me contaría que estuvo a punto de rechazar el papel que le habían ofrecido con Meryl Streep, porque, según opinaba Richard, «era una trampa que me hundiría». «Y no es que no tenga ojo clínico, ¿sabes?, es que, ahora estoy convencida, no quería prescindir de mí, en realidad temía que triunfara y que me alejara de él. En realidad, ha sucedido todo lo contrario.»

Por primera vez atisbé un síntoma de abatimiento, pero se recuperó enseguida:

—Cuando lo del maldito Oscar estuvo a punto de no acompañarme, porque tenía que ir a Nueva York, no te creas que a un negocio importante, sino a ultimar los detalles sobre un documental que iba a recoger el ambiente de los locales de *jazz* y

los músicos más relevantes que tocaban todavía en directo. Como te puedes imaginar, algo de vida o muerte. Le dije que si no venía conmigo iba a contratar a un chulo para que me acompañara, y no sé si es porque reflexionó o porque temió que cumpliera mi amenaza, pero vino. ¿Y te puedes imaginar qué comentó tras la apertura del sobre? Pues me dijo sonriente, como si estuviéramos en una tómbola en la que el osito de peluche le hubiera tocado a otra persona: «Bueno, volvemos a la normalidad, cariño. Creo que es lo mejor». Eso es lo que dijo, el muy cabrón.

Se explayó bastante más. Me habló de la mujer de un antiguo socio —«una gorda horrible»— con la que sospechaba que mantenía relaciones, y eso me trajo vagos recuerdos de una conversación lejana que casi había olvidado.

—Soy torpe para muchas cosas, Clara, pero puedo adivinar si un tío y una tía están liados, aunque no se miren a la cara, y te juro que ellos dos estaban liados.

—Pero no habrás decidido divorciarte por una sospecha de esas...

—No, claro. Hubo algo más que sospechas. Incluida tú.

Me sobresalté profundamente, como si acabara de ver a un camión, a escasos metros de mí, a punto de arrollarme.

—No te entiendo, Julia.

—Sí que me entiendes, Clara. Y no voy a hacer ningún drama. Te acostaste con Richard. Bueno, ya está. No pasa nada. No pretenderás que a estas alturas te tire del pelo.

Hubo un momento de silencio, y pudo en mí más la curiosidad que la prudencia:

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo voy a saber? Porque me lo ha contado el propio Richard, porque cuando comienza el prólogo de un divorcio, cuando dos personas comienzan a vomitar las frustraciones acumuladas, las ofensas que se han ido archivando, sale a la luz hasta el día que no le diste propina al chico del aparcamiento. Y, claro, en un momento dado, con la sana intención de hacerme daño y de que se tambaleara cualquier cosa que me pudiera sostener, me contó lo de aquella noche contigo. ¿Y sabes qué le contesté? Que yo ya lo sabía, que me lo habías contado, y que me parecía por parte de él una falta de elegancia y de caballerosidad.

—¿Y se lo creyó?

—Naturalmente que se lo creyó. A veces te olvidas, y no eres tú sola, que soy actriz.

Hubo una pausa muy desconcertante. Yo no sabía qué decir, ni cómo excusarme, y su generosa actitud contrastaba bastante con mi rancia malicia de mentirosa que trata de negar la evidencia. Me acerqué a Julia, la abracé emocionada, y todavía fue ella la que intentó consolarme:

—Vamos, Clara, vamos, que te aseguro que no se merece ni una lágrima.

Y me daba golpecitos en el hombro, y yo me encontraba bien, abrazada a mi amiga, a mi generosa amiga, a la Julia de siempre, que me estaba dando una lección.

En quien causó una impresión profunda fue en Álvaro. Yo temí que mi hijo

llegara a babear ante Julia o puede que presintiera que iba a escuchar el jadeo de los perros en el cortejo a las hembras. La comparación no se me había ocurrido a mí. Lo había asegurado Julia, en una de esas sentencias dichas con una firmeza que espantaba cualquier réplica:

—En el terreno sexual los hombres son como los perros. Son perros que han ido a la escuela.

Y allí estaba mi perrillo, atento a cualquier sugerencia de *tía Julia*, y ella consciente de la impresión que causaba, porque era algo irresistible que no podía sofocar, que surgía de ella de una manera intuitiva, y yo notaba que me estaba hablando de cualquier asunto, entraba Álvaro, y seguía con el mismo argumento, pero con un tono diferente, entre mimoso y encantador, que no había empleado cuando estábamos solas, y hacía unos gestos que me deslumbraban, por su finura y su eficacia.

Se quedó varios días, porque necesitaba contarme a mí y contarse en voz alta las causas del fracaso de su única apuesta amorosa seria. Yo me adapté al papel de interlocutora ideal y, tras conocer los detalles generales, asumí esta función de *sparring* verbal con seria dedicación. Por ejemplo, tras un largo silencio, le preguntaba cómo había notado el cambio de conducta en Richard, y ella me hablaba enseguida, como si hubiera estado esperando precisamente ese estímulo, el día en que en el hotel de Nueva York, tras un apasionado encuentro íntimo, unos segundos después del clímax, él miró el reloj, se envolvió en una bata del baño y fue a sentarse a la salita a ver un partido de béisbol.

—Jamás me he imaginado a mí misma, tras echarme un polvo, segundos después de tener un orgasmo, salir de la cama como si hubiera un incendio y ponerme a ver un programa de televisión. ¿A ti qué te parece?

A mí me parecía que podía contar experiencias similares. Un día se marcharon Álvaro y su padre al fútbol, pero al poco de irse subió Emilio, porque había olvidado la cartera. Me pilló desnudándome, a punto de meterme en la bañera. Cogió la cartera, se la metió en el bolsillo trasero del pantalón, me abrazó, me tumbó en la cama y, cuando me quise dar cuenta, lo estábamos haciendo, mientras escuchaba los jadeos de Emilio y el timbre de Alvarito, que llamaba desde abajo impaciente. Emilio acabó con rapidez, se subió la cremallera, y se fue al fútbol. Y yo me quedé encima de la cama, como si me acabaran de atropellar y no hubiera sufrido ninguna herida. Sin embargo, entonces no me preocupaba, o no le di importancia, o creí que formaba parte del orden natural de las cosas, como *tía Dori* había creído que era normal que papá le acariciara en la oficina.

—A mí me parece —proseguía Julia— que los hombres aplican al amor el mismo criterio que a los negocios. Se excitan ante la posibilidad de un contrato y galantean a la empresa hasta que lo consiguen firmar. Una vez firmado, piensan que si falla algo es cuestión de abogados. Richard fue un encanto mientras vivíamos juntos, pero a raíz de casarnos pensó que yo ya había conseguido lo que quiere toda mujer, y que no

tenía la obligación de hacer méritos, de cortejar a la empresa. Y se empezó a relajar... Y a lograr otros contratos, o sea, a acostarse con otras mujeres.

Fueron días ciclotímicos para Julia. Había jornadas en que aparecía deslumbrante, y me organizaba un plan de festejos, que incluía viaje hasta alguna localidad a bordo de mi infatigable Peugeot, y que me traía de cabeza para escaquearme de mis tareas. Otras, en cambio, se levantaba tarde y amustiada, me comunicaba el propósito de no salir, y entonces era yo la que insistía para que se arreglara hasta que lo conseguía y, una vez en la calle, bastaba que en una tienda, en un comercio, la reconocieran, para que volviera a ser la Wood triunfadora, segura y cosmopolita.

En los períodos de euforia se explayaba sobre la suerte que había tenido de poder mandar Hollywood a hacer puñeras, de dedicarse a llevar una vida tranquila y apacible, a viajar, a conocer otro tipo de gente que no estuviera relacionada con los estudios, y en esa contradicción que ella no distinguía, en esa confusión entre llevar una vida apacible y viajar y conocer gente nueva, se notaba que en realidad no tenía un plan de futuro.

Era peor, sin embargo, cuando tocaba deprimirse, y me volvía a recitar las humillaciones que había recibido como camarera, las servidumbres a las que se había sometido —y yo no inquiría a qué clase de servidumbres se refería, porque me lo imaginaba—, o la vez que estuvo a punto de firmar un contrato para hacer un película pornográfica, «llevaba dos días con un perrito caliente y durmiendo en la calle, porque me habían echado del cubil en el que me refugiaba por falta de pago», y se echó para atrás cuando ya iba a firmar, porque vio al tipo que la miraba con la intención de pedirle alguna vileza particular antes de darle el cheque. Y se detuvo un instante para tomar aliento, para pensar que allí firmaba su sentencia de muerte, porque Hollywood ama a sus estrellas a las que ha podido usar antes como putas, pero putas en la intimidad de su propio círculo, y odia a las que se han vendido por un plato de lentejas, porque no quiere que sobre la fachada de la respetabilidad aparezca un material deleznable que rompa los sueños de los que sostienen el tinglado, que son los espectadores. Las estrellas deben ser seductoras, su cuerpo debe aparecer con fugacidad e incitadora intención, y los espectadores tienen derecho por tres dólares a soñar que se acuestan con ellas, pero con una estrella, no con una cualquiera que ha hecho antes guarradas delante de una cámara en un sucio barracón. Y no firmó. El tipo, que se escarbaba los dientes con un palillo, se encogió de hombros y le dijo: «Como quieras, princesa. Ya volverás. Casi todas vuelven».

—Es curioso cómo el deterioro te obliga a bajar las aspiraciones. Empiezas con el propósito de convertirte en una leyenda de la historia del cine. Pasado un tiempo, tu meta es lograr un pequeño papel. Cuando contemplas que los estudios están llenos de culos tan apetitosos como el tuyo y de caras mucho más bellas, concentras tus objetivos en encontrar un representante que, aunque sea en papeles secundarios para la televisión, logre que puedas vivir de eso. Y, pasado un año, te puedes encontrar deseando que te nombren encargada del restaurante para pagar el alquiler y comprarte

algo de ropa.

Si cuando había estado yo con ella en Hollywood, antes de su boda, habíamos pasado unos días felices, los que pasamos en Etnacila fueron felices a medias. Eran dichosos cuando no tocaba depresión y resultaban masoquistas si a Julia le daba por sentenciar que su vida había sido un fracaso.

Sin ponernos de acuerdo, hablábamos mucho del pasado. Yo entonces no sabía que se habla del pasado en la misma medida en que se carece de futuro, y con toda ingenuidad colaboré, y debo decir que lo pasábamos bien, carcajeándonos como orates de anécdotas pasadas, que Julia recreaba con indudable maestría, con un sentido del humor que hacía aparecer los sucesos mucho más cómicos de lo que yo misma los recordaba.

Una tarde apareció Álvaro con una amiga de su edad, y Julia empezó a hablar muy cariñosa con ella, muy familiar, como esos gatos mimosos que con el roce del lomo parecen indicar que necesitan afecto y, cuando tuvo confiada a la pobre chica, la comenzó a machacar con una falta de misericordia que me pareció cruel. Cómo sería que la chica, no sabiendo qué salida buscar, halló la salida física y dijo que se tenía que marchar.

—Pero ¿no decías que venías a estudiar con Álvaro? —cerró Julia la huida sin misericordia.

Y la pobre chica, al borde de las lágrimas, sólo se atrevió a repetir:

—Me tengo que marchar.

Y Álvaro se llevó a la destrozada muchacha.

—¿Por qué has sido tan dura con ella? —le pregunté después.

—No he sido dura. Yo no la puedo dejar embarazada. Así se va entrenando.

¿Se había mostrado tan ladinamente desagradable por demostrarle a Álvaro que no admitía rivales, o su propia historia le pesaba de tal manera que había sido sincera su respuesta?

Julia era muy difícil de entender. Incluso a mí me costó comprender el último secreto que guardaba, algo tan impensable, tan insólito, que me dejó en una estupefacción de la que me costó recuperarme.

Ni siquiera me consta que me lo fuera a contar, y más bien tiendo a pensar que surgió de casualidad, porque para ella había sido un gesto carente de importancia.

Fue una noche en que Álvaro se había ido con sus amigos, probablemente era viernes, y nos habíamos quedado en casa las dos. Por la mañana habíamos estado viendo un chalet en un pueblo cercano, porque Julia todavía dudaba si establecerse en Marbella o quedarse cerca de Etnacila, pese a los adjetivos que dedicaba a sus paisanos. En algún momento surgió el recurrente juego de las ucronías y Julia llegó a la positiva conclusión de que las cosas hubieran ido mucho peor si se hubiera quedado en Etnacila. Barajamos la posibilidad de una boda con el portero del equipo de balonmano de los maristas, pero no nos costó nada coincidir en que habría terminado en divorcio, un divorcio mucho más complicado y menos rentable que el

actual. El repaso de los galanes de la época, al menos de los que yo conocía, no pudo ser más desastroso, así que nos reconfortamos abriendo una botella de ginebra.

Las dos hojas del balcón que daba sobre el mar estaban abiertas. Había una tímida y educada brisa que hacía oscilar los visillos con levedad. Nos sentíamos a gusto, nos sentíamos amigas, estábamos bien.

Yo confesé que siempre había pensado que mi vida hubiera cambiado con Louis. Que lo había creído firmemente. Que en estos momentos incluso se me había desdibujado su cara, y que una noche, reflexionando sobre aquel episodio, sentí una tristeza inmensa al pensar que si me lo encontrara ahora en cualquier sitio, no reconocería en el hombre cuarentón que tuviera delante al ídolo de mi primera juventud. Le confesé a Julia que eso del príncipe azul es verdad. Lo que ocurre es que pasa una vez en la vida. Y si no estás atenta, o te muestras cobarde, o intentas ocultar tus prevenciones timoratas con el disfraz de la sensatez, pasa de largo y te quedas con la rutina, te conviertes en una oficinista de tu propia vida.

Me parecía mentira a mí misma oírme hablar así. La interacción con Julia producía estos fenómenos, pero el estímulo de Julia no le hurtaba sinceridad a mis palabras. Puede que por eso me desconcertó que Julia replicara con desprecio:

—Bobadas.

—No son bobadas —rebatí—. Estoy convencida de que hay un momento en que se decide el resto de nuestra vida.

—Todos los momentos se está decidiendo el resto de nuestra vida —añadió escéptica Julia.

—Lo que no entiendo es que no me contestara a la carta —proseguí empecinada—. La escribí con mucho cuidado, con una tremenda humildad, pero sin servilismos afectivos. Y hasta me mostré culpable de un enfado de causas nimias y efectos excesivos. No te digo que corriera a mis brazos, que aplazara su regreso. Pero ni siquiera obtuve una respuesta cortés, una de esas cartas descomprometidas, a las que ayuda la lejanía. Ni siquiera eso. Y Louis no era un zafio. Y yo no me merecí que no me contestara.

Julia me observó con una atención especial, como si descubriera en aquel momento que yo había estado profundamente enamorada. Podía haberse callado, claro. Pero no se calló.

—No te contestó, porque no recibió nunca esa carta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sobresaltada, intuyendo de antemano la respuesta.

—Que no te contestó porque la carta que me entregaste no llegó a sus manos.

—¿Y por qué?

—Porque tenía novia en París, porque para él fuiste un amor de verano, que está muy bien, pero del que se olvidaría nada más subir al tren, o en cuanto regresara a su ambiente habitual.

—Pero... Pero ¿qué derecho tenías a hacer eso?



Julia se quedó callada y, a continuación, dijo en un tono de voz excesivamente bajo:

—No era tu príncipe azul, era un ligue de verano. En verano todos los ligues parecen príncipes azules, y hubiera sido mucho peor que le hubiera entregado la carta, porque, en efecto, era educado y amable, y te habría contestado en ese tono ambiguo suficiente para no comprometerse él y para no ofenderte a ti, pero como tú estabas colada por él, su cortesía la hubieras tomado por una prueba de amor, y el proceso del desencanto hubiera sido más largo y más doloroso.

—¿Y tú que sabes?

—Sé que si me lo hubiera propuesto, se habría venido detrás de mis bragas, y que no lo hice porque estabas tú por medio. No quería hacerte una putada.

Me encontraba tan anonadada, tan indignada, que no sabía qué decir.

—La putada que me hiciste fue no entregar la carta.

Yo estaba abatida, notaba los apresurados latidos del corazón, mientras Julia me observaba como si se tratara de un asunto de trámite, un trastorno pasajero.

—Eres una soberbia, Julia —empecé a hablar con tristeza—. Te crees que puedes disponer de los destinos de la gente, y decidir lo que se ha de hacer y lo que no se ha de hacer, como si no te equivocarás nunca, y jugar a los dioses, y determinar con quién se puede enamorar tu amiga y con quién no. ¿Pero qué derecho tenías a hacer eso?

—Has idealizado un recuerdo.

—Sí, lo he idealizado. Pero lo que más me duele es que puede haber un hombre, un tal Louis, al que hoy ya no reconocería, que también ha podido idealizar un recuerdo, y que a lo peor, lo mismo que me ha sucedido a mí, se pregunta por qué rompí con él en vísperas de marcharse, o porque no tuvo la valentía de olvidar los orgullos tontos y dirigirse a mí. También eso sería posible, ¿no? Si es probable una cosa, también lo es la contraria.

—Lo hice para que no sufieras.

—Te arrogaste un derecho que no te correspondía. Cada uno tenemos derecho a experimentar nuestros propios fracasos. Te inmiscuiste... —me quedaba sin palabras de lo indignada que estaba—, te inmiscuiste en mi destino... ¡Dios! Me parece una pesadilla... Y si me lo hubieras contado a la semana siguiente, o un mes después... No sé... Si te hubieras dado cuenta de lo que estabas haciendo, yo me habría puesto en contacto con él y, ¡qué sé yo! A lo mejor se cumplían tus suposiciones y él, reintegrado en eso que llamas su ambiente y su novia, olvidado de la magia del verano, decidía con frialdad... Pero no me dejaste saberlo, Julia. Ni siquiera le dejaste a él que decidiera por sí mismo también. Lo tenías que decidir tú, tú, que sabes perfectamente quién se enamora y quién no se enamora, y que has fracasado en el matrimonio lo mismo que yo, porque no eres ni más lista, ni más inteligente, Julia... ¡Joder, Julia! Es que me parece...

Me encontraba tan desalentada que me fallaban las fuerzas físicas. Me parecía

que había sido objeto de una broma de mal gusto, pero que en lugar de gastármela en un momento determinado, un día determinado, me la habían estado gastando durante los últimos años. Y me sentía vejada, y dolida, y con esa desesperación que sólo puede mitigarse con más desesperación, a ver si se llega al límite de la presión y la cabeza estalla, y te desmayas, o duermes, o te vas a hacer compañía a tía Dori.

Sabía que no se disculparía, ni intentaría otra explicación, ni se acercaría a consolarme. Sabía que estaba jodida consigo misma, y que entre su sentimiento de culpa y su arrogancia, se alejaría de mí. Y eso hizo. Se levantó con suavidad, salió al balcón y se apoyó en la barandilla. Era una barandilla demasiado baja y estábamos en un sexto piso. Estaba tan aturdida que viéndola frente a mí, inclinada hacia delante, calculé lo sencillo que sería acercarme suavemente por detrás, tomarla de los pies, impulsarla hacia arriba y terminar la noche con una gran apoteosis de policías y ambulancias. La odiaba. En aquel momento la odiaba como no he odiado a nadie en mi vida. La idea de contemplar su cuerpo en la calle, frente al paseo marítimo de la playa de San Pedro, con una manta cubriéndolo, me resultaba más gratificante que cualquier pastilla. Me calmaba. Y estaba al alcance de mi mano. Nos conocíamos tanto que, de la misma forma que yo había adivinado que se alejaría de mí, ella suponía que yo me acercaría, me pondría a su lado, y entonces ella dejaría de ser la altanera Julia Wood y me tomaría por los hombros, y sabía que eso iba a bastar para que yo la perdonara, como tantas otras veces. Pero se trataba de algo especial y no sería lo mismo. Estaba dispuesta a que no fuera lo mismo. Y no lo sería.

Me levanté despacio, no porque intentara disimular, sino porque las emociones intensas me dejaban transida. Al placer de la venganza, o puede que alimentándolo, se unía la melancolía de Louis, recortado sobre la luz mediterránea, el hombre que me había hecho sentir la plenitud de ser mujer y de ser querida, los difusos rasgos de un rostro que se desflecaban en mi memoria, pero que conservaban intactos los sentimientos. ¿Embellcidos por el paso del tiempo? Sí, ¿por qué no? Pero si la felicidad es algo que se recuerda, como aseguraba Schopenhauer, yo había sido feliz, inmensamente feliz con Louis, y por mucho que el tiempo hubiera intentado embellecer otras experiencias, no tenían la claridad y la hermosura de las vividas con el francés que pareció llegar desde el cielo. Observaba la espalda de Julia a medida que me acercaba a ella, y todavía me parecía increíble que hubiera cometido un entrometimiento de tal calibre, una injerencia tan burda y tan grave. A lo mejor mi vida no hubiera sido diferente, pero no tenía derecho a negarme la oportunidad de abrir yo misma la papeleta y comprobar si tenía o no tenía premio. Era tan monstruoso que parecía una mentira. Pero yo ya era consciente de que me había dicho la verdad.

A medida que me acercaba hacia ella se me apelotonaban los recuerdos y los compartía con detalles prácticos. Por ejemplo, en las uñas de Julia, cuando hicieran la autopsia —porque yo sabía que le tendrían que hacer la autopsia— se encontrarían vestigios del tejido de mi ropa, porque se intentaría asir a mí, antes de caerse, y yo

declararía de antemano, durante el interrogatorio previo, que la había intentado sujetar. Sería un inspector ceñudo, de esos que sudan mucho, y llevan bajo las axilas de la camisa una mancha húmeda. Y, en algún lugar de Francia, en una noche como ésta, un hombre de cuarenta y pocos años puede que mirara las estrellas y a lo mejor se acordaba de una chica que conoció en España y que a punto estuvo de costarle el arranque de una muela, y fue lo único que me alivió de la tensión del momento, el recuerdo del frustrado primer encuentro en mi casa, que casi pasa por el sillón del dentista.

Sentí el aire húmedo del mar. Y una infinita pena por mí misma. Y le dije a la espalda inmóvil:

—No quiero verte más, Julia.

Me desperté muy tarde. Entre la ginebra que había bebido antes de la discusión, y la pastilla de fluoxetina que me había tomado para dormir, sentía la cabeza pesada, sin ánimo para salir de la cama. Cuando lo hice, comprobé que Álvaro dormía todavía en su habitación y que en la de invitados no había rastros de Julia. Abrí el armario sabiendo que me iba a encontrar las perchas vacías, salí del cuarto y me fui a la cocina a prepararme un café. Tardaría en enterarme de que mis deseos de la noche anterior se cumplieron: jamás volví a ver a Julia.

## Capítulo undécimo

**H**E DECIDIDO NO ENSEÑARLE ESTAS CONFESIONES A nadie. No creo que sirvieran de nada. A mí me han ayudado a poner orden en mi cabeza, a traerme algo de serenidad. Al decirle a Elena, mi psiquiatra, que pensé en arrojar a Julia por el balcón, pensé que suscitaría un racimo de preguntas por su parte, pero no hizo ningún comentario. Casi me decepcionó, y por eso insistí en subrayar que hubo un momento en que creo que hubiera matado a Julia, pero ella musitó un «es normal», que me arrojó al montón de los pacientes vulgares y anodinos. Ni siquiera era una enferma extraordinaria.

Me he preguntado muchas veces si cuando expresé el deseo de no volver a verla más lo hice con tanta fuerza que lo convertí en una maldición. Y siendo de naturaleza que tiende con facilidad a sentirse culpable de lo que sucede alrededor, excepto los fenómenos meteorológicos, me he planteado si no sería la fautora de algún trasgo maligno, precisamente por la intensidad de la mente, como si los designios se tejieran por el ahínco de la voluntad.

Tuve noticias de ella unos meses después, en plenas navidades.

Desde que papá había muerto una víspera de nochevieja, el mes de diciembre venía cargado de melancolía, y aunque procuré eximir a Álvaro de recuerdos luctuosos, se acostumbró, hasta que ya tuvo edad de salir por su cuenta, a que el último día del año cenáramos temprano y nos marcháramos enseguida a la cama.

Al día siguiente, cuando me levantaba, me gustaba desayunar sola y salir a callejear por una ciudad solitaria, que guardaba el silencio que sigue a cualquier fiesta dionisiaca, y excepto algunos jóvenes que todavía regresaban con la mirada cansada y aturdida, como si se extrañaran de que se hubiera hecho de día, podía andar por una Etnacila fantasmal, de la que parecían haber huido casi todos sus habitantes.

Luego, me sentaba delante del televisor, y escuchaba y contemplaba el primer concierto del año de la Orquesta Filarmónica de Viena. Este momento tenía una magia especial, que cuando todavía no me había separado de Emilio se veía interrumpido a menudo por sus exigencias y sus planes, pero que desde que nos separamos gozaba en toda su plenitud.

Mi paladar musical no es muy exigente y a mí me gusta lo mismo el Strauss bueno (Richard), que el Strauss populachero (Johann II), y casi me atrevería a decir que la música de *El murciélago* me puede emocionar y entretener más que el *Don Juan*. Las marchas, las polkas, los valeses, tienen para una mujer mediterránea como yo el tono festivo de la Europa central, cuando a la Europa central no le da por hacer

la guerra, sin olvidar que algo de sangre de los Merhaltt corría por mi cuerpo, y me sentía identificada por la liturgia del concierto, desde la estética del recinto hasta el atuendo de mañana del público, que yo observaba con atención cuando las cámaras enfocaban a los asistentes, y que huía tanto de una etiqueta que podría resultar demasiado evidente, como de un descuido que no correspondería al lugar. En contraste con otros acontecimientos que sucedían en España, y donde en las entregas de premios observaba a los distinguidos con unas ropas con las que, en lugar recibir un premio, parecía que se disponían a emprender una excursión campestre, aquello me parecía la ortodoxia en la que mi familia me había educado. Puede que sea eso que le había oído decir a Julia *prejuicios burgueses*, pero cuando Julia acudió al Dorothy Palladium la noche en que se decidía si le otorgaban el Oscar a la mejor actriz de reparto no acudió vestida precisamente con una camiseta y unos pantalones vaqueros.

Me gusta el sabor decadente de los vales, su poso de tristeza, su alegría de crepúsculo. Parece como si anunciaran que el imperio va a ser invadido, pero los cortesanos pidieran un último baile, el último brindis antes de tener que enfrentarse con las problemáticas y engorrosas cuestiones derivadas de las batallas y otros excesos. Me gusta ese romanticismo trasnochado que parece hablar de algo que agoniza y, a la vez, esa voluntad de divertimento del tres por cuatro. Hasta en el *ballet* más dramático, cuando llega el vals se inunda la escena de un aire festivo. Hasta en la ópera, cuyos argumentos no son precisamente para incitar a la alegría, la alegría llega si hay un vals.

Pero el momento en que, delante del televisor, sentía vibrar mi interior era cuando, al final del concierto, el director iniciaba los compases de la marcha de Radetzky. Y me imaginaba a Joseph von Radetz, conde de Radetzky, a partir de los apuntes de la narración que tanto le había escuchado a mi padre, revistar las tropas de la Academia, mientras un jovenzuelo, uno de los fámulos de los cadetes, ve a través de las rejas, casi a pie del suelo, los ritos de la ceremonia, después de haber renunciado, no se sabe por qué, a ganar unos chelines a sus compañeros a través del juego de cartas que domina como nadie.

El general, enjuto y pronto nonagenario, emplea todo su esfuerzo en mantenerse erguido a pesar de su avanzada edad, en no dejarse vencer por el dolor de la espalda. Había ingresado en el ejército imperial cuando tenía dieciocho años, y enseguida participó en la campaña contra los turcos, y después, en la larga y cruenta guerra contra los franceses que duraría más de veinte años. Ha estado en todos los campos de batalla. Ha sufrido insurrecciones, reveses y victorias. Ha tenido que sofocar revueltas populares en Italia, y se ha retirado como gobernador general y comandante militar del reino lombardo-véneto, hace muy poco.

A mí me parecía escuchar a mi padre hablando de los antecedentes familiares, en la casa de Aljarafe, al anochecer, yo sentada en el escalón de la entrada que llevaba al huerto, y mi padre embutido en un sillón de mimbre, con un traje de color crudo y sin

corbata. Y, si hubiera tenido facultad para dibujar, creo que habría sabido retratar la escena del rostro de aquel muchacho despreciado por su madrastra, que asoma sus ojos curiosos a la pompa del momento, subido encima de un viejo taburete porque el tragaluz se halla muy elevado, y los compañeros lo intentan derribar, y él se enfurece, y los otros desisten del juego, y él vuelve a mirar, a la altura de las botas de los cadetes, un desfile a los acordes de una música marcial, sí, pero con un matiz de camaradería, con una llamada al compañerismo.

Dentro de poco va a cumplir una edad que no le permite continuar en la Academia. Tendrá que emplearse de aprendiz en algún oficio, pero no le gusta ninguno. Ha asistido a muchas ceremonias militares y todas le parecen iguales y monótonas. Pero algo hay en esa marcha que al muchacho le hace sacudirse la indiferencia de otras ocasiones, y quién sabe si es la inspiración que le lleva a alistarse en un imperio que se rompe por todas sus costuras.

Y cuando el director de la orquesta se dirigía al público para que con las palmas coreara el dos por cuatro, yo me convertía en una asistente más que tocaba las palmas sin haber pagado los mil quinientos dólares de una entrada que había que encargar con varios años de antelación, sin saber dónde me encontraba, y escuchaba a papá hablarme de la marcha de Radetzky, y veía al anciano militar pasar revista a los alumnos de la Academia, y oía los sones de la marcha sin saber si los interpretaba la Orquesta Filarmónica de Viena o la Banda de la Academia Militar de Viena de mediados del XIX. Por no saber, ignoraba que los ojos se me ponían húmedos, y una vez, cuando Álvaro era todavía Alvarito, me preguntó:

—¿Por que estás triste, mamá?

No estaba exactamente triste. Estaba emocionada por el recuerdo de papá, por el misterio del destino que mueve a las personas hacia un lado o hacia el otro, y los convierte en seres dichosos o desgraciados; por el enigma de la vida, que nunca entendemos del todo, o puede que no lo entienda yo, y que esté compuesto de tantos ingredientes que te pierdes en el análisis, o que ni siquiera puedes comenzar puesto que algo más fuerte te hace llorar.

Y en ese momento, cuando terminaba el concierto, y veía a la gente ovacionar a la orquesta puesta en pie, y ya se sabía que no habría propina y que la ceremonia había terminado, en ese instante en que sentía el vacío que deja un año que sabes que se ha marchado y la expectación de algo que comienza de nuevo, debido a ese respeto taumatúrgico que nos produce el calendario, en ese momento sonó el teléfono, y me sobresalté, porque mamá se encontraba muy mayor, y temí que fuera Tachi, que tampoco era una jovencita, dándome cuenta de algún desagradable incidente.

Era la voz de una muchacha joven, que me pedía disculpas por llamar en un día festivo, y lo hacía en un tono respetuosamente convencido, como si en lugar de llamar a mi domicilio lo estuviera haciendo al Palacio Real. Me contó que les había sido imposible dar conmigo el día anterior —yo lo había pasado con mamá, después de ir al cementerio—, y que era urgente que supiera que habían recibido un encargo

de un despacho de abogados de Santa Monica. Me dejó tan aturdida que me costó algo de tiempo comprender si me llamaban desde Santa Monica o desde Madrid, hasta que la señorita me aclaró que ella me llamaba desde Madrid, y que trabajaba en un despacho que era algo así como los corresponsales de la firma de Santa Monica; al parecer les habían enviado una urna funeraria conteniendo las cenizas de la ciudadana española Julia Wood, de la que podía hacerme cargo, así como las disposiciones de la difunta.

Me pareció tan increíble que le pedí su número de teléfono; me dijo que llamaba desde un móvil, porque al ser un día festivo no se encontraba en el despacho, y en cuanto interrumpió la comunicación la llamé yo, y volví a escuchar la educada voz de aquella mujer.

En el despacho de Madrid, unas lujosas oficinas instaladas en la Castellana, me recibió la señorita con la que había hablado en un coqueto despacho, y de allí me trasladaron a otro, mucho más amplio, donde un señor de mi edad me proporcionó los detalles que hasta entonces no me habían dado sobre un accidente de automóvil, ocurrido de madrugada, a muy pocos kilómetros de una casa que acababa de adquirir Julia. Iba sola, había arrancado la barrera de un quitamiedos y se había precipitado por un barranco. Me enseñó una carta, fechada unos meses atrás, donde indicaba a los abogados que en caso de que tuviera lugar su fallecimiento incineraran su cuerpo y entregaran la urna a Clara Meralt —y aquí aparecía mi domicilio exacto—, junto con un sobre cerrado, que me entregaron tras comprobar mi identidad y firmar un recibo escrito en español y en inglés.

—¿Quiere que la dejemos sola? —me preguntó cortésmente el abogado, como si estuviera acostumbrado a entregar sobres de personas muertas.

—No, no. No hace falta. Gracias.

El contenido del sobre era una nota muy escueta. A Julia nunca le había gustado escribir cartas. Y decía simplemente. «Clara: me gustaría que arrojaras la mitad de mis cenizas en la bahía de Etnacila y la otra mitad en Orán, en ese orden. Luego, en el hotel, pide dos ginebras. Un beso, tu amiga Julia.»

Me quedé callada un largo rato, reflexionando sobre el contenido de la nota. Era de Julia, no cabía duda. Reconocía su letra picuda y su estilo. Eso de *Clara* a secas y no *querida Clara* era una marca de la casa. Tampoco era ajeno a su estilo el *me gustaría*, porque conocía que sus deseos se convertían en órdenes y no sentía necesidad de pedir por favor o de solicitar. Lo único que me extrañaba era que al *Julia* hubiera añadido *tu amiga*.

—¿Le pasa algo? —me preguntó la mujer joven que acompañaba al abogado.

No me sucedía nada. Ni necesitaba ya pensar. La determinación de que las primeras cenizas las arrojara en Etnacila, y el resto en Orán, suponía un viaje de vuelta, el regreso a la infancia, retornar al puerto de partida.

Pero me esperaban más sorpresas, porque Julia Wood había dejado sus bienes a mi hijo Álvaro, nombrándome albacea a mí, hasta que él cumpliera los veinticinco

años.

La primera parte de las últimas voluntades de Julia fue fácil de cumplir. Pedí ayuda a Javier, que era socio del Club Náutico, y él me presentó a un amigo, que yo conocía vagamente, que tenía un barquito pequeño de diez metros de eslora, en el que salimos una mañana brumosa Álvaro, mi hermano Javier, el dueño y patrón del barco, y yo custodiando la urna que dejé junto a mí, en la estrecha cabina del piloto.

El patrón era grueso, y tenía que entrar de lado, y yo procuraba apartarme lo más posible sin dejar de sujetar la urna. Me pareció que mostraba escasa pericia, porque no hacía sino darle órdenes y contraórdenes a Javier, primero en la suelta de los cabos, después en el instante de saltar del pantalán a la borda, y sudaba demasiado, como si aquello consistiera en desaparcar un Boeing 727 de un estrecho hangar.

Por fin, salimos a la bahía. La bruma desdibujaba los contornos como si fuéramos los habitantes de una historia onírica, y el motor de la embarcación entonaba su monótona canción mezclada con los latigazos del agua contra los costados del casco.

Álvaro se había puesto un traje con corbata, como en las grandes ceremonias — finales de curso, baile de gala del Casino, etcétera— y yo me había puesto un sencillo traje sastre gris. Javier y su amigo iban con polo y pantalones de dril.

Me preguntó Javier hacia qué punto quería dirigirme, y yo le indiqué el centro de la bahía, pero el amigo habló de los vientos, y de que en el centro nos iba a azotar demasiado, y entonces yo, cansada de escuchar contrariedades, le dije que donde pudiera dejar un momento al paio la nave, pero algo más alejados de la costa.

Álvaro permanecía muy serio. Le había causado una enorme sorpresa la disposición final de Julia con respecto a él, pero todavía más la oscura historia del accidente.

Le tranquilicé como pude sobre sus sospechas, que yo adivinaba porque también había pensado en ellas. Una persona que se va a suicidar no se compra una casa unos días antes. No es que yo entendiera mucho de suicidios, pero es raro que alguien decida suprimir su vida de un día para otro. Primero se piensa, se rumia, se regodea con el placer masoquista en la idea. Luego, se le suele contar a alguien porque se necesita ver la reacción ajena, comprobar si se es querido o si la propuesta deja a los demás indiferentes. Por último, se toma la decisión, no sin antes hacer algún guiño, más o menos perceptible, más o menos evidente, ya no como esperanza, sino como ratificación de que la presencia del futuro suicida en este mundo resulta innecesaria. Eso suele ser lo lógico, le dije a Álvaro.

—Pero el suicidio no tiene lógica —me comentó con desconcertante firmeza.

Insistí en que la idea de adquirir una propiedad nueva y la de matarse no eran coherentes, y él me preguntó por las causas de querer dejar constancia de su última voluntad, si no pensaba morirse.

Me callé los detalles de la discusión que habíamos tenido. Lo único que le manifesté es que nos habíamos disgustado en nuestro último encuentro, que me había confesado algo que yo ignoraba y con lo que estuve en desacuerdo, y que la



despedida no había sido muy afectuosa, y que puede que, a causa de ello, quizás al llegar a Estados Unidos, descartada la idea de volver a vivir en España, con mala conciencia por lo que había pasado entre nosotras, había tenido un gesto que la exculpaba a sí misma y la exoneraba de una llamada para pedir disculpas u otro tipo de esas ceremonias que ella detestaba.

Llegué a pensar si Álvaro andaba enamoriscado de Julia, esa clase de sentimientos revesados que suelen anidar entre los jóvenes activados por el otro sexo y otra edad, esas brumas donde se confunden el cariño con una cierta proyección de la figura de la madre en otra mujer, sin los vértigos del incesto. No es que yo fuera una devota de Freud, pero entre sus exageraciones había miradas certeras e insólitas que había que tener en cuenta.

—¿Os parece bien aquí? —preguntó el patrón.

Miré a Álvaro, por si tenía alguna objeción que hacer, movió la cabeza y le pregunté a Javier cuál era la dirección del viento dominante para proceder a arrojar parte de las cenizas.

Me pidió un pañuelo de seda que llevaba al cuello, y nos situamos a estribor. Rompí el sello de la urna y apareció un polvillo gris, tan gris como cualquier otra ceniza. Incliné la vasija hacia el agua, y movida por el viento las cenizas se convirtieron en un volandero y sutil manto que se mezclaron con el agua con sencillez. Volví a tapar el resto, y le dije al patrón que ya podíamos volver. El amigo de Javier parecía que esperaba que bajaran del cielo caballos ataviados a la federica con penachos negros en la testa, porque pareció mostrar cierta desilusión. Creo que en los barcos grandes, en ocasiones semejantes, hacen sonar la sirena, pero no creo que la bocina de nuestro barquito fuera lo más apropiado para darle pompa a la sencilla ceremonia.

La segunda parte fue algo más complicada. Había un vuelo directo hasta Orán, pero partía de Lyon, por lo que desechamos esa posibilidad. La más cómoda en apariencia era tomar el *ferry* que unía Etnacila con Orán. Sólo en apariencia. El *ferry* va atestado de inmigrantes árabes que ocupan todas las zonas del barco, son frecuentes las peleas, hay una aduana durísima tanto a la entrada como a la salida —a la entrada para evitar el contrabando de armas y a la salida para vigilar el tráfico de drogas— y se suelen producir robos que quedan impunes. La tercera vía que nos quedaba era tomar un vuelo Madrid-Argel, y desde allí desplazarnos hasta Orán. Lo más cómodo hubiera sido alquilar un automóvil en Argel, pero las carreteras no eran seguras, debido a los fundamentalistas islámicos, que establecían falsos controles de carretera con falsos policías que, una vez el coche detenido, desvalijaban a los ocupantes, o los mataban, o ambas cosas a la vez.

Había un vuelo Argel-Orán de Air Algérie, aunque no era diario, y optamos por esta combinación, una vez que la chica de la agencia de viajes nos demostró que

conocía tanto de los transportes internos en Argelia como nosotros mismos.

Hasta el momento en que llegamos a Orán —cosa que logramos tras dejar nuestra habitación con el equipaje en el hotel El-Djazair de Argel, y tomando otra en el hotel Timgad Tresidence de Orán—, yo me había mantenido bastante serena, porque los detalles del viaje habían requerido toda mi atención y el medio parecía convertirse en el fin. Pero por la mañana, cuando acompañados por un hombre que nos había recomendado el conserje nos acercamos al puerto para alquilar una pequeña embarcación y volver a repetir la liturgia que ya habíamos celebrado en Etnacila, comencé a sentir el nervioso estado de ansiedad que precede a la culminación de cualquier tarea que nos ha tenido intensamente ocupados, y en cuya trascendencia apenas hemos tenido tiempo en reparar. Seguramente por estas calles había pasado Julia, en el coche de su padre, obligada a dormir sin sueño, confusa ante la extraña pretensión paterna, mientras el hombre miraba nervioso a los lados, deseando con todas sus fuerzas que no se escuchara el sonido de una ventanilla astillada por una bala. Cuando llegamos al puerto nos recibió una estampa abigarrada, bulliciosa, casi demasiado colorista, tan lejana a la asepsia del puerto deportivo de Etnacila. En un malecón en el que había que sortear redes, basuras, pilas de cajas, montones de tierra, artefactos de aspecto inservible, fardos y bidones, bajamos por unos escalones laterales hasta una vieja chalupa de unos diez metros de eslora, que parecía haber sido sacada del desguace de la armada de algún país, y aprovechada para tareas de pesca. Me pareció demasiado vieja y astrosa para la misión que le íbamos a encomendar, pero no conocíamos a nadie en Orán, y la idea de ser secuestrada con mi hijo en el barquichuelo de unos desconocidos no me parecía un destino que se pudiera descartar si empezábamos a regatear. El que parecía dueño de la chalupa nos dijo en un francés excelente lo que nos iba a cobrar, que me pareció razonable. El conserje nos había advertido que, aunque se trataba de personas de su confianza, no diéramos explicaciones sobre las características del contenido de la urna, porque podía llegar a oídos de algún fundamentalista y considerar que estábamos haciendo un acto blasfemo. Planteado, pues, como un viaje turístico, el hombre amigo del conserje embarcó con nosotros. Yo al principio insistí en darle la propina —y de hecho le puse en la mano los dinares que había calculado—, pero el hombre, mucho más honesto de lo que yo había prejuzgado, dijo que subía para acompañarnos de nuevo al hotel, de regreso, por motivos de *securité*. Los dos hombres hablaban un francés rápido y fluido, que alternaban con comentarios en árabe entre ellos, e intentaban mostrarse agradables.

Al cabo de unos veinte minutos de navegación sobre unas aguas apacibles, les indiqué a los dos hombres que detuvieran el motor. Debido a la experiencia anterior, esta vez llevaba un pañuelo de seda que me había sujetado al cuello, y que me sirvió para orientarme sobre la dirección de la brisa. Álvaro portaba la urna y nos trasladamos hacia la proa, que enfilaba hacia Orán. Era un día hermoso y claro. Se veían con nitidez los acantilados de Arcola y, al otro lado, se recortaba el monte

Murdjajo. Álvaro pidió mi consentimiento con una mirada, asentí con la cabeza muy levemente, y arrojó al agua parte del contenido de las cenizas y, a continuación, la urna entera con los restos que quedaban. Los dos hombres nos miraban en silencio, con un cierto respeto, y cuando les sugerí que volviéramos, el dueño de la chalupa dijo en un español bastante correcto:

—¿Muerto querido? Se siente dolor.

Las precauciones sugeridas por el conserje del hotel servían de poco ante la perspicacia del hombre. Afirmé en silencio y me puse a mirar hacia la ciudad de Julia. No era difícil encuadrar a Julia en aquella población acostumbrada a cambiar de dueños y de idiomas. Por aquel puerto habían pasado catalanes, písanos, marselleses, venecianos, genoveses y cualquier mercader europeo que tuviera algo que comprar o vender. Habíamos transitado por una calle en la que se veían casas que podían haber estado en cualquier zona del casco antiguo de Palencia o de Valladolid, esas casas del XVIII, con balcones elevados que sólo servían para ornamento de las plantas, almacén de pequeños cachivaches, o plataforma para la curiosidad humana, allá por el crepúsculo.

Me sentía relajada y triste, no sabía en qué proporción, pero se entrelazaba el descanso que produce haber culminado una tarea que ha ido acompañada de una tensión constante y la comprensión de una ausencia definitiva.

No sé por dónde volvimos. Me acuerdo que en el hotel, casi como si se tratara de comprar droga, le pedí al camarero del pequeño y oscuro bar que nos trajera tres *gin-tonics*, temiendo que tuviera que explicar lo que era un *gin-tonic*, pero el camarero era un profesional, y la influencia alcohólica europea no había sido desterrada. Me ofreció con familiaridad tres marcas, le sugerí la preferida de Julia, Bombay, y para asegurarse de que no había entendido mal, pero no porque le pudiera extrañar cualquier extravagancia de los casi siempre extravagantes clientes, quiso corroborar:

—*Trois, madame?*

—*Trois, monsieur, s'il vous plaît.*

—*Trois, mais oui, merci, madame.*

Y se marchó sonriente, como si fuera lo más natural del mundo que los bebedores en parejas pidieran tres consumiciones.

Era cerca de mediodía y estábamos solos. Luego llegaría algún ejecutivo francés o alemán, acompañados de argelinos vestidos a la europea, distinguibles sólo por los rasgos y el atezamiento del rostro, pero estábamos los dos solos. ¿O debía decir los tres?

Nunca me han gustado las liturgias con remedos iniciáticos o espiritistas, pero pusimos una silla junto al vaso que debiera corresponder a Julia. Creo que había interpretado correctamente su deseo con esta disposición, porque ella no había tenido en cuenta que fuera acompañada de Álvaro, o en su escueta manera de redactar no lo había precisado, pero creo que pretendía exactamente la ceremonia que estábamos oficiando. Levanté el vaso hacia el sitio vacío, me imitó Álvaro, y musité tan

despacio que casi no me pudo oír: «Suerte Julia». Y allí estuvimos, sorbo a sorbo, en silencio, Álvaro con los ojos brillantes y yo con el vaso sostenido entre las manos, debajo de mi rostro, la vista fija en la superficie como si intentara escudriñar en el azulado líquido del agua tónica mezclada con la ginebra, en los brillos diamantinos del hielo, alguna respuesta a una despedida que quedaba entre lo extravagante y lo patético, entre la póstuma originalidad de Julia y lo lastimero.

Me aliviaba el frescor que sentía en las manos a través de la helada superficie y me distraía una embarullada confusión sobre lo que estaba sucediendo, que tampoco me resultaba claro si no era más bien sobre lo que nos había sucedido. Me veo aturdida en aquella mesa del oscuro bar, con la cabeza baja, porque no me gusta que Álvaro contemple las rojeces de la cara, porque aunque lo quiero mucho y es mi hijo, creo que me he equivocado y que debería haber hecho este viaje sola, y recuerdo el penúltimo sorbo, cuando noto un sabor raro, y me desconcierta que el paladar secuestre mi atención para algo tan concreto, y es cuando me doy cuenta de que algunas lágrimas han resbalado por mis mejillas y caído al vaso, y me parece que he arruinado el brindis, he cometido una falta, otra más, he estropeado la ceremonia, quizás porque como en otras ocasiones yo no había sido una amiga perfecta.

Fue un regreso lento, en el sentido de que a mí me costó regresar y el tiempo parecía detenerse, como a veces, en algunas mañanas, apenas salido el sol, parece que el mar ha prescindido de oleaje y se ha quedado inmóvil.

No hablamos mucho, apenas un recuerdo a Cervantes, cuando íbamos al aeropuerto de Argel, de regreso a España, el asombro por parte de Álvaro al descubrirle que Cervantes había estado encarcelado allí —¿qué les enseñamos a estos chicos en el bachillerato?— y, por mi parte, un estadio medio fantasmal en el que me dejaba traer y llevar, según los cánones del viaje.

De la misma manera que el dolor más racional y más profundo por la muerte de mi padre apareció unos meses después, cuando tienes constancia de la irreversibilidad de la muerte, así también fueron unos meses después cuando percibí que ya no me podría enfadar con Julia por verla aparecer de pronto en la pantalla del televisor, en el estreno de una película española, y comprobar la evidencia de que ni me había avisado de su llegada, ni debía de tener intención de visitarme. Porque hay momentos en que todo te parece un sueño, una especie de suposición pasajera que no tiene que ver con la realidad, porque Julia va a llamar, y pasaremos unos días dichosos en los que la estrechez de la vida provinciana ampliará sus horizontes con su punto de vista sobre los problemas que me ahogan.

Julia representó mucho en mi vida. Creo que sin su presencia, sin su ejemplo, incluso sin sus equivocaciones, hubiera sido mucho más apocada, más tímida, más manipulable de lo que ya soy. Es probable que sin su referencia no me hubiera separado de Emilio y hubiera cargado con una relación que a la larga me habría resultado insoportable. ¿O por culpa de ella no había encarrilado mi vida con Louis?

Se trata de una pregunta que me he planteado muchas veces, y a la que me he

aferrado para justificar mi apocamiento. Si Louis se hubiera enamorado de mí, no se habría marchado sin tratar de verme y, aunque lo hubiera hecho, si después mi recuerdo se le imponía, hubiese sido muy sencillo para él hacerme llegar noticias tuyas.

Nos cuesta reconocer nuestros fracasos. Es algo muy duro. Le costaba a Julia, que jamás se perdonó a sí misma la terrible excursión a Londres y las secuelas consiguientes. ¿La crónica de su separación habría seguido sus previsiones y fue el planteamiento de un hijo lo que derivó en el divorcio? ¿O fue el temor a que esto ocurriera lo que impulsó que las cosas sucedieran así?

Es tan sencillo como irresponsable echarle las culpas al destino. Pero está ahí, claro, y una mañana, por una serie de circunstancias que tienen que ver nada más y nada menos que con el proceso de independencia de un país, llegó hasta el colegio de Etnacila una niña que me dijo: «Te llamaré, Clara», y cuya declaración tuvo un efecto lustral. De la misma manera que el nacimiento de un niño en Córcega, de apellido Bonaparte, tendría mucho que ver con la construcción de una fábrica de harinas en Etnacila.

A veces paso junto a la vieja fábrica, cuya fachada gris da a la carretera de Aljarafe. Me traslado a la casa en el viejo Peugeot que todavía supera las revisiones, y suelo lanzar una mirada, muchas veces distraída, por el edificio que, en la parte lateral, la que se destinaba a los muelles de carga, tiene muchos de los cristales rotos.

Cerca de la fábrica instalaron una gasolinera, al lado de la autovía que desemboca directamente en el puerto. Y, al atardecer, y durante la noche, por las callejas cercanas a la gasolinera, se ven pasear por la acera unas prostitutas muy jóvenes, pobremente vestidas, desgraciadas inmigrantes que vinieron en busca del paraíso y el paraíso les ha ofrecido lo único que quedaba.

Algún día los bancos, o quienes sean los dueños de la vieja fábrica, llegarán a un acuerdo con el ayuntamiento y se levantará una torre de quince plantas, por fin la *gran operación*, pero a cargo de otros. Creo que no lo resistiría. Aguanto bien la decadencia, la comprobación de que los Meralt ya no representan nada, la desaparición de los comercios de solera, la aparición de las franquicias, el desarrollo de la ciudad, la metamorfosis de la chica que creció en una familia influyente y se ha convertido en una ciudadana anodina que necesita la ayuda de la psiquiatría para superar, no la decadencia económica o social, sino un inmenso y aterrador vacío existencial del que espera salir. Pero creo que aguantaría mal ver a las excavadoras derribar la fábrica y contemplar la elevación de los pilotes de cemento del nuevo edificio.

He hablado con Antonio y Javier, y vamos a buscar a una señora para que cuide de mamá y de Tachi. Hace unos días, mamá me dijo que había que contratar a alguien que sustituyera a Tachi, porque Tachi siempre se encontraba enferma y no la podía cuidar a ella. Mamá nunca fue generosa y la vejez le está agudizando sus facetas más egoístas.

Álvaro se ha marchado a estudiar a Valencia. Y tía Dori, cuando voy a verla, me recibe con su sonrisa ingenua, pero cada vez son menos las ocasiones en las que me reconoce.

Me he rebelado contra un futuro compuesto de visitas al psiquiátrico, paseos por el piso de mamá, con la angustia de no saber quién estará más enferma, si mamá o Tachi, y largas esperas a que Álvaro venga a pasar unos días para comprobar que los días en que se encuentre aquí apenas lo veré entrar y salir de casa.

Me voy a marchar de Etnacila. En realidad, voy a hacer lo mismo que hizo Julia, pero muchos, muchísimos años después. Y no me puedo ir sola. Me voy con mi pasado, con mis recuerdos, con mi memoria. Me son familiares, me resultan queridos y creo que no son tan tortuosos. Cuando comience el próximo año no estaré aquí. Es posible que las primeras horas del uno de enero las pase escuchando el concierto de la Filarmónica de Viena. No lo descarto. Pero quiero que cuando termine la marcha de Radetzky, aun cuando sea probable que se me hayan humedecido los ojos, me pueda asomar a otras ventanas y contemplar otros paisajes.

# Epílogo

**H**E VUELTO A LEER EL TEXTO HALLADO EN EL disquete, una vez efectuadas las variaciones que me parecieron más oportunas, y me ha parecido diferente. Ni mejor, ni peor, pero con mis afanes correctores ya no me parece el texto sincero de una mujer que convierte el ordenador en un confesionario periódico en el que descarga emociones y recuerdos, sino el artificio de una mujer que escribe una novela tratando de que no parezca una novela.

La línea que separa la realidad de la ficción es tan tenue como confusa, y es muy difícil distinguir en qué lado se hallan las aduanas, qué luces son las naturales y cuáles las artificiales. Eso no es ningún problema cuando asumimos la ficción y la incorporamos a la realidad, pero produce desencanto si es al contrario, si la historia que creímos real deviene en imaginada, si lo que nos narraron como un acontecimiento histórico resulta que pertenece a la fantasía de un creador de leyendas, como si poseyéramos dos salas en nuestra mente, en una de las cuales recibiríamos a los personajes de carne y hueso y, en otra, a los inventados, lo que no quiere decir que no puedan pasar de una sala a otra para ayudarnos a tomar decisiones o asumir conductas, en ese constante juego de asociaciones a la que llamamos *inteligencia*.

Y, ahora, tras volver a leer el texto pulido por mí, me siento engañado, como si hubiera descubierto que el óleo que yo creía valioso y original fuese una copia, muy bien realizada, exquisitamente resuelta, pero una copia.

Lo que me pareció un borbotón, un brote necesario de alguien que tiene que explicarse a sí misma la etiología de una huida, se me aparece más bien como una añagaza, el viejo truco de la escritora que utiliza la primera persona para intentar proporcionarle mayor verosimilitud al texto e implicar de una manera más intensa al lector.

Puede que mis obsesiones gramaticales hayan despojado al relato de sinceridad o también es probable que la borrosa linde separadora me lleve a creer que estoy a un lado o a otro de la aduana. Incluso no habría que descartar la simbiosis de la realidad y la ficción, ese entramado en el que una y otra se mezclan en un juego de pudores alteradizo e imprevisible y que es el sustento de buen número de narraciones. En realidad, el escritor, como esos ventrílocuos tímidos que pronuncian osadías insultantes en boca de sus muñecos, utiliza no pocas veces el texto para aventar fantasmas o atraerlos, para buscar honduras que sin la ayuda del relato le producirían vértigo.

De cualquier manera, como yo conozco Etnacila, y paso a menudo por la vieja y abandonada fábrica de harinas, aunque nunca he estado en la casa de Aljarafe, no me cuesta nada imaginarme a Clara y a Julia en esos veranos del setenta y en esa edad en que todo son puertas cerradas de habitaciones por descubrir, y donde tan importante es lo que se presiente como lo que se encuentra, una vez que se abre la puerta y puede que no haya ningún tesoro, pero tampoco esté allí el terrible secreto de Barba Azul.

Y, algunas noches, sobre todo en otoño, cuando la gasolinera parece un centinela de luz abandonado, no me cuesta nada imaginarme a Clara, en su viejo Peugeot, repostando gasolina, antes de emprender un viaje que la alejará durante mucho tiempo de la ciudad en la que nació y vivió hasta hace poco.

Y si eso me ocurre y lo constato, ¿qué importa que sea verdad o que sea falso, si se trata de personas o personajes? Al fin y al cabo, unas y otros, personas y personajes, existen en la medida en que no se olvidan, las recordamos, las recreamos, o sea, les volvemos a dar vida.





LUIS DEL VAL (Zaragoza, España, 28 de junio de 1944), periodista y novelista español por entregas.

Está casado. Ha realizado el Magisterio en la Escuela Nacional, y ha completado su formación con estudios de Publicidad en su ciudad natal. Su labor periodística la inició publicando trabajos en el diario *Pueblo* y en el semanario *Sábado Gráfico*.

En 1976 fundó en Zaragoza el PSDA (Partido Social Demócrata Aragonés). Al año siguiente fue elegido Diputado a Cortes por esta ciudad. En 1978, y hasta 1980, fue Director General de Cooperativas y Empresas Comunitarias.

Entre este último año y 1982 se desempeñó como director general de Radiocadena Española. Desde 1983 hasta 1986 trabajó en la Cadena SER; fue comentarista en los programas *Cita a las cinco* y *Las mañanas*.

Asimismo, trabajó como colaborador asiduo de *Interviú* y *Diario 16*. Durante ocho años fue crítico de televisión en el semanario *Tiempo*. También se dedicó a escribir los guiones de los programas de televisión *Viva el espectáculo* (TVE-1), *Con ustedes Pedro Ruiz* (A3-TV) y *Encantada de la vida* (A3-TV). Entre 1988 y 1992 dirigió y presentó, en la COPE, el programa *Sé que estás ahí* por el que, en 1990, ganó el Premio Ondas al mejor programa de radio nacional.

También fue presentador del programa *En tela de juicio* e intervino en *Telenoticias*, ambos de Telemadrid. En la actualidad colabora con varios periódicos regionales y en el programa *Hoy por hoy*, de Iñaki Gabilondo, en la Cadena SER.

